

**BIBLIOTECA
DE BOLSILLO**

MABEL SEELEY

LA CASA QUE ACECHA



Gwynne Dacres, una mujer joven, despedida de su trabajo y sin mucha suerte, alquila un apartamento de dos habitaciones en la planta baja de una enorme casa de huéspedes, regentada por la señora Garr, un edificio antiguo y espeluznante, situado en el mismo borde de un empinado terraplén, donde los inquilinos tiran su basura en la parte de atrás del edificio. Gwynne Dacres no es una heroína ingenua ordinaria. Ha estado casada, es capaz de cuidar de sí misma, y, en su mayor parte, se las ha arreglado para superar la depresión. La gran depresión es algo palpable en esta novela, un personaje tan importante como cualquiera de las víctimas del crimen. Sin embargo, pronto Dacres comienza a irritarse ante el comportamiento intrusivo y cada vez más paranoico de su casera. Los inquilinos son un grupo mixto de hombres y mujeres, y Dacres desarrolla una relación con el atractivo inquilino del segundo piso, Hodge Kistler, al que vislumbró por primera vez mientras estaba en su habitación haciendo flexiones en calzoncillos. No pasa mucho tiempo antes de que Dacres se tropiece con el primer cadáver, empujado por el terraplén trasero de la casa. ¿Podría alguien en la casa de la señora Garr haber sido el responsable? Dacres comienza a husmear, poniendo su propia vida en peligro.

Mabel Seeley

La casa que acecha

Biblioteca de bolsillo. Serie naranja - 70

LA CASA QUE ACECHA

Mabel Seeley

CAPITULO 1

Aquel caso absurdo empezó para mí con la pérdida de un empleo substancioso.

Mi nombre es Gwynne Dacres, *Mrs.* Dacres; cuento 26 años de edad y soy divorciada. A los 22 años estuve casada durante seis meses, lapso necesario y suficiente para que Carl Dacres decidiera que yo poseía más pasta de esposa que de la enfermera que anhelaba su neurastenia. La última vez que supe de él se encontraba en algún punto de Carolina del Sur, mimando beatíficamente su alma hipocondríaca, entregado a los cuidados de sendas enfermeras, diurna y nocturna. Y lo único que saqué yo en limpio de mi matrimonio fue un sinnúmero de complejos. Cabe agregar que no exigí de él pensión alguna.

Por la Pascua de esta primavera hacía ya tres años que trabajaba en el Departamento de Publicidad de la Casa Tellier. Y de improviso, me vi en medio de la calle. Me llamaron a las oficinas de *Mr.* William Tellier, presidente de la compañía, a enfrentar las caras hoscas de *Mr.* Gagan, jefe del departamento publicitario y, por ende, mío, de cinco vicepresidentes y del propio *Mr.* Tellier, todos de pie, todos de piedra. Sobre el escritorio de *Mr.* Tellier vi, desplegada, mi prueba corregida del anuncio de ese día. Y *Mr.* Tellier, felinamente, se curvó sobre la bendita hoja de papel:

—¿Reconoce Ud. esta prueba, *Mrs.* Dacres?

—Sí, señor, es el aviso corregido del mediodía.

El anuncio era a toda página, y grandes titulares lo cruzaban de lado a lado:

«GRAN LIQUIDACIÓN DE ESTUFAS EN CASA TELLIER»

Mr. Tellier señalaba una anotación mía garabateada al margen: «Cambiar por 60 puntos mayúsculas».

—Ciertamente, señor —respondí—. La orden de cambiar el tipo figuraba en las pruebas cotejadas esta mañana por *Mr. Gagan*.

—¡Exactamente, exactamente! En tal caso —gruñó el magnate, con voz estridente— no dudo que reconocerá Ud. también esto, *Mrs. Dacres*.

Levantó la prueba publicitaria y bajo la misma vi, desplegada, la primera edición vespertina del «Cometa», de Gilling City y a su lado las pruebas remitidas por el periódico ese mismo mediodía a la Casa *Tellier*. Yen una y en otro, escrito en deslumbrantes tipos de *60 puntos mayúsculas*, leí lo siguiente:

«GRAN LIQUIDACIÓN DE ESTAFAS EN CASA TELLIER»

Cuando traspuse las gigantescas puertas giratorias de las Tiendas *Tellier* acababa de aguantar un chubasco recriminatorio como no conociera otro, sin que pronunciara palabra en mi defensa, pugnando, sí, por apuntalar mi cerebro vacilante e impedir que se desequilibrara, al sólo pensamiento de la inmensa carcajada olímpica que, a buen seguro, estremecería a la ciudad toda. Y conste que ésa era la primera vez que un anuncio de la Casa *Tellier* decía toda la verdad.

Más lo que no dijera en mi defensa fue que el propio *Mr. Gagan* me había ordenado ir de compras a la liquidación ofrecida por una tienda rival ese mismo día, indicándome que encargaría a otro empleado la corrección de las pruebas del caso.

Mr. Gagan se había olvidado tal orden. ¡Olvido sencillo! Pero de seguro que habría sufrido todas las penas del infierno de denunciarlo yo al Directorio Tellier, y él, a su vez, hubiera sabido cómo descargar sus iras sobre mi cabeza. Ahora, por lo menos, *Mr. Gagan* podría recomendarme... secretamente...

Como quiera que sea, al traspasar las puertas giratorias sabía con exactitud cuál era mi posición actual. La temporada veraniega, poco propicia al comercio, se hallaba a un paso; las otras tiendas importantes desconfiarían, después de aquel escándalo, de una redactora de avisos recientemente despedida. No contaba con probabilidad alguna de conseguir otro empleo seguro antes de la reanudación de las actividades publicitarias de agosto o septiembre; y quizá ni siquiera entonces.

Mi cuenta bancaria sumaba exactamente \$ 278.32.

Si alguna vez el lector anduvo sin trabajo y comiéndose sus ahorrillos, comprenderá fácilmente mi situación; distaba cien leguas de sentirme inundada de optimismo.

Pugué por aventar tristes pensamientos al tornar a casa en tranvía, y de pensar, en cambio, en las cosas que podría hacer: leer los avisos solicitando empleados, ofrecerme a las demás tiendas de la ciudad, tomar una decisión en cuanto a mi presupuesto. ¿Cómo pagar 35 dólares mensuales por un departamento, sin ganar un centavo semanal?

Al entrar, empero, en mi salita, con la puerta cuidadosamente cerrada tras de mí, temí no resolverme a abandonar todo aquello, que durante dos años fuera mi refugio, el puerto seguro de mis esperanzas; creado todo por mí, sentía por él hondo cariño. Contemplé largamente mi pobre alfombra azul, las azules colgaduras de la ventana, las lámparas opalescentes; contemplé seguidamente el sofá que retapizara de suntuoso raso azul, gracias al aumento de sueldo del año pasado, contemplé los claros muros de sonrosadas irisaciones, plenos de deleitosa hermosura; contemplé, en fin, los vetustos tapices de mi abuela pendientes de las paredes, tejidos a

mano con algodón azul oscuro, ya desvaídos por el tiempo como simples volutas de humo.

Me parecía imposible abandonar todo aquel mundo. Pero era necesario... Y con enérgica firmeza me dejé caer en el sofá y abrí el «Cometa» en la página de los avisos. No hallé nada conveniente.

Recorrí seguidamente la sección *Departamentos sin Muebles*, pasé luego por la columna de *Cuartos sin Amueblar* y estudié, finalmente, la de los *Cuartos en pensiones*.

Al tercer anuncio mis ojos se detuvieron.

¡Cuán extraño me parece ahora el modo casual con que tropecé con ese aviso! ¡Y cuán extraña, inevitable y fatal fue la secuela de hechos que de aquel empleo, lastimosamente perdido, me condujeron a la tenebrosa pensión de *Mrs. Garr*!

«Limpias y ventiladas sala y coc. casa ant., gas y calefacción,
4.50 sem. Trent 593»

Así rezaba el aviso aludido. ¡Vaya una baratura, pensé! ¡Alrededor de veinte dólares mensuales por alquiler, gas, luz y calefacción!

Por descontado que sabía la ubicación exacta de la calle Trent al 500. Gilling City es la capital de nuestro estado; el palacio del Congreso se levanta sobre uno de los costados de nuestra colina más elevada, y la calle aludida serpentea a todo lo largo del Congreso. El número 593 se encontraba próximo a la cima de la colina del Congreso.

Había un poco de niebla cuando me apeé del tranvía a la altura de las calles Diez y Seis y Buller y eché a andar hacia Trent, distante tres cuadras más allá. Además de brumoso, el tiempo se mostraba frío; la neblina pegajosa me envolvía y se adhería a las pelusillas castañas de mi saco de *sport*, y por momentos semejaba un rastro de niebla andante. La calle Diez y Seis es empinada; las casas se alinean al sesgo, y uno de los lados de la vía muestra buena parte

de los muros de los sótanos de los edificios, en tanto que el otro parece hundirse demasiado pronto en la cuesta de la colina.

Al ganar la última cuadra de la calle Diez y Seis tenía a mi derecha la vetusta Casa Elliott, construida por uno de los primeros gobernadores del estado; macizo edificio de piedras bermejas, cuyos amplios jardines rodeaban unos murallones de rojos ladrillos. Frente por frente de dicha calleja se elevaba una casa de cuatro pisos, de estilo moderno y enjalbegada en un tono deliciosamente sonrosado. Al otro lado de la calle Trent vi un enorme galpón de maderas carcomidas por el tiempo. La Esquina de la Gata, ubicada enfrente, era un vasto caserón, de ladrillos rojos, quebrados por tres amplios balcones. Percibía claramente los retorcidos números dorados fijos sobre un antiguo tragaluz abierto a un palmo del dintel. Cinco Nueve Tres...

Esa fue mi primera mirada al número 593 de la calle Trent... a la casa de *Mrs. Garr*...

Crucé la calleja. Los viejos caserones suelen inspirarme simpatía y atracción, y aquél parecía muy digno, muy venerable, sin excesos churriguerescos, harto agradable a no mediar su aspecto sucio, increíble en una ciudad extremadamente joven como la nuestra. Un renegrido hollín se deslavaba en pequeños canalículos a lo largo de los muros sombríos, canalículos que gradualmente se tornaban de tonalidades rojinegras a medida que el hollín iba desprendiéndose de los ladrillos.

Eché luego a andar calle abajo costeanado el vetusto caserón hasta llegar a una sólida barandilla metálica. La calle Diez y Seis terminaba allí, a menos de tres metros de la casa, y acababa sobre el vacío, por cuanto la colina formaba en ese punto una caída de más de veinte metros, caída en pico sobre el policromo apeñuscamiento de casillas mexicanas e italianas, extendiéndose a lo largo de Water Street. La pendiente había sido recubierta de cemento y parecía lisa y rectilínea a todo lo largo de su vertiginosa altura.

Mientras estaba allí de pie, asomada al abismo, me asaltaron extraños pensamientos. ¿Quién podría asegurarme que algún formidable golpe de viento no arrasaría la casa del número 593 de la calle Trent y sus rojos ladrillos caerían, golpeteándose y entrechocándose, por aquella vertiente de cemento, acumulándose, semejante a una gigantesca pila de escombros, sobre las apiñadas casillas de Water Street? ¡Bien había dicho *Mr. Gagan* que yo tenía demasiada imaginación!

Sacudí la cabeza, irritada, costeeé la casa hasta llegar a la puerta, ascendí los peldaños, y tiré del triángulo de hierro que asomaba del marco de la misma. Una campanilla repiqueteó adentro, lúgubrementemente, pero casi antes que sus vibraciones se apagaran en mis oídos, la puerta se abrió de par en par.

Después de lo ocurrido allí juré no dejarme influenciar jamás por mis primeras impresiones de las personas. Y eso fue porque el primer juicio que formé de *Mrs. Garr*, al perfilarse su cuerpo en el vano de la puerta, fue de lo más agradable.

Quizás fue por sus cabellos. Su cabellera era blanca. De un blanco bellísimo. Dijo algo, y yo contesté, pero en lugar de estudiar su boca y sus ojos, como suelo hacer en tales cosas, contemplé y admiré sus cabellos. Si el lector vio alguna vez en su vida las blanquísimas plumas de un cisne, inmaculadas y deslumbrantes, tendrá una idea aproximada de como era su color y su aspecto. La mujer peinaba sus cabellos a la antigua: una *pompadour* enrizada al frente y un pequeño rodete en la punta de la cabeza.

—¿No la vi a Ud. caminar alrededor de la casa, *miss*? —preguntó.

No concebí la sospecha de que la mujer me había estado atisbando por la ventana. Sólo parecían interesarme entonces sus cabellos.

—Sí —contesté, imprimiendo suavidad y simpatía en mi voz—. Caminé hasta los fondos para ver la calle cortada a pico. ¿Es honda, verdad?

—¿Y llamó Ud. al timbre para decirme que era honda?

—¡Oh, no, señora! —repliqué, riéndome embarazada—. Llamé porque leí su aviso en el diario... relativo a unos cuartos por alquilar... ¿Podría verlos?

—¡Ciertamente, ciertamente! ¡Seguramente que puede verlos, *miss*! —la mujer dio un paso atrás. Articulaba las palabras en farfalleos, mas no con acento sureño, sino con tono descuidado, comiéndose letras y hasta sílabas.

Traspuse la puerta y entré en el vestíbulo. Y al momento me asaltaron vivos deseos de desandar lo andado.

El vestíbulo hedía en extremo a gas viejo. Y a bestezuelas encerradas largamente en sótanos húmedos. Tufillos de antiguos refritos, rastros acres de cigarrillos y cigarros baratos, hacía tiempo consumidos, flotaban vagamente en el ambiente. Un rectángulo grisáceo revelaba una puerta a la derecha, y más allá, siempre de aquel lado, el umbral de otra puerta arrojaba chorros de luz en las tinieblas. La única ventana, tapizada con cortinados rojizos, se abría a la distancia, y a mano izquierda.

—¡Oh! —proferí, boquiabierta, y girando a medias los talones—. Creo que... que me equivoqué y...

—¡No, no, *miss*! —la mujer se asió de mi manga con rápido ademán—. Esta es la casa que buscaba. Y los cuartos se encuentran sobre el mismo vestíbulo. Son todos de primera clase. De planta baja. Y muy limpios...

En el timbre de su voz resonaba cierto dejo de inquietud.

—Bueno, yo... —vacilé, indecisa, mientras pensaba que la mujer sería pobre, que necesitaría aquel dinero...

Mrs. Garr cojeaba un poco al deslizarse vestíbulo abajo. Me parecía inútil crueldad no examinar siquiera sus dichosos cuartos. De talla elevada, sus grandes huesos prominentes se percibían por debajo de su piel apergaminada; con todo, de espaldas parecía muy anciana, y la blanca cabeza se hundía de tal modo entre sus hombros, que sus espaldas, cubiertas con géneros negros, se elevaban casi más arriba de su pescuezo. Siempre cojeando, cruzó de lado a lado el sombrío vestíbulo, se detuvo ante un par de

puertas ennegrecidas, retiró una llave del marco, y luego de abrir los batientes de par en par, se hizo a un costado, sonriente, invitadora, cordial, furtiva y extrañamente cordial.

El vestíbulo, al echar a andar tras *Mrs. Garr*, no me parecía mejorar de aspecto.

Los muros estaban recubiertos con grueso papel rojo. ¿Rojo? ¡Otra vez el rojo bermejo de las paredes exteriores! Contra el muro de la izquierda se veía un sofá y una silla tapizados con cuero negro; muebles enormes éstos, como suelen encontrarse en los vestíbulos de entrada de los hoteles antiguos.

Al pasar frente a la puerta de la izquierda un tufo aún más penetrante a sótano llegó hasta mí. De súbito, una gata de albañal, gris, de lomo flexible y poderoso, saltó del vano y se enredó entre mis piernas.

—¿Qué es...?

—¿La gatita, eh? —inquirió, con ternura, la mujer—. Es mi minino. ¡Estoy loca por los gatos!

Unas escaleras partían de un punto situado más allá del cuarto del que saliera el felino; instantes después llegaba a las puertas a las cuales me llevara *Mrs. Garr*.

Y recibí una menuda sorpresa. ¡Aquella habitación era la mar de bonita!

—La mujer —que aún no me había dicho su nombre— tuvo el tino suficiente para cerrar con presteza detrás de mí las puertas dobles. Y la alcoba no hedía. Al menos, no como el vestíbulo. Se desplegaba a todo lo ancho de la casa y a cada lado se extendía en miradores de tres ventanas. La pared del fondo, situada al lado opuesto de las puertas, estaba atestada de repisas y armarios, y una alacena, de estilo antiguo, a encaje, exquisitamente manufacturada. El moblaje había sido color marfil; el empapelado era de tonalidades rosáceas; la alfombra había sido de tono más encarnado, y sus flores hacía largo tiempo que se esfumaran en el desvaído fondo. Un canapé castaño, flamante, de calidad, estaba a lo largo del muro junto a las puertas dobles. Cortinados blanquecinos. Una mesilla de

patas torneadas y sillas de comedor en uno de los miradores; otra silla tapizada de verde, al lado de una mesa y lámpara, en el otro mirador.

Y aun había algo más sorprendente todavía. ¡El cuarto estaba casi limpio!

—¡Oh, esto es precioso! —exclamé, esperando no parecer tan sorprendida como lo estaba realmente.

—¡Oh, sí, sí! Por supuesto, es precioso. Y piense Ud. también en el vecindario. ¡Un vecindario selecto, *miss*! Y a breve distancia del centro. Una muchacha joven y sana como Ud. podría caminar con facilidad hasta allí.

Y rió sin gracia, con la risa aguda, chirriante, desagradable de las ancianas.

—¿Y el otro cuarto?

La vieja caminó, cojeando, hacia la puerta al lado de la alacena, y la abrió de golpe.

La cocina me hizo olvidar el fétido vestíbulo.

¡Oh, nuestra buena y tradicional cocina norteamericana, celebrada en el canto y en las leyendas, con reminiscencias de tortas de calabazas, polios al horno, compotas de manzanas y pan de jengibre! Armarios en los muros, linóleo brillante en el piso, una mesa enorme apoyada contra la ventana posterior, una alfombra verde desplegada frente a la mesa, una cocina a gas tamaño familiar, una heladera gigantesca...

—¿A dónde conducen las tres puertas de esa pared?

—La del medio, al lavatorio.

—¡Vaya, eso sí que no lo esperaba! ¡Un cuarto de baño privado!

—La primera puerta está cerrada con llave; lleva al sótano. Ya no utilizamos más estas escaleras a los sótanos del fondo. En cuanto a esta otra puerta... —calló y sus ojillos seniles parecieron enfocarse sobre un punto situado a un palmo de mi rostro—. Aquí hay un cuartillo en el cual guardo algunas cosas mías. Como quiera que no existen cuartitos similares en la parte anterior de la casa, y dado que en los fondos hay tantos de éstos, me parece atinado creer que las

personas que viven aquí no los necesitan para nada. Solía vivir aquí yo misma, pero ahora alquilo siempre los fondos, y me reservo este cuartito.

Verdad era que no necesitaría para nada ese cuartito; el breve pasadizo entre la cocina y la otra habitación contaba con varias repisas a un costado, y con un cuartillo, hondo y estrecho, en el otro. El lugar era, por descontado, infinitamente superior a lo que esperaba encontrar por ese mismo precio. ¡Pero aquel vestíbulo...!

—Bien, creo que voy a pensarlo... —murmuré.

—En esta casa es menester poner los puntos sobre las íes —la anciana estaba de pie delante de mí, pero un poco hacia un costado, y su vocecilla cascada resonaba casi en mis oídos. Nunca parecía quedarse quieta en donde podía verla a mi gusto y paladar—. Existe algo que no quiero ni ver. Son los chicos; sí, no aguanto a los chicos ni en sueños. Soy una mujer de edad madura y mis nervios ya no son tan sólidos como antes. ¿Tiene Ud. chicos?

—No, vivo sola. Soy divorciada...

—¡Ah! ¿Es Ud. una muchacha empleada?

—Sí —contesté— pero no trabajo todo el tiempo. La mayor parte del verano me lo tomaré de vacaciones.

—¡Hum! —aguardaba las sospechas de la vieja y no me equivoqué—. Me gusta que me paguen el alquiler por adelantado. Una semana por adelantado. Y a los que no me pagan, les doy sólo un día de preaviso. Soy una mujer vieja, sola en el mundo, y es necesario que proteja mi pan y mi techo...

—Tengo dinero en el banco... —murmuré, pugnando por enfrentarme con ella, pero la vieja hurtó de nuevo el cuerpo de modo que sólo le veía la mitad del rostro.

—¡Bien, bien! —bisbisó—. Pero conviene que no se fíe de los bancos. Nunca guardaría yo allí un centavo ni... —calló en seco, y pronto pareció llegar a una decisión; se me aproximó, tornando a tironearme ligeramente de la manga—. Es Ud. una buena chica; bien lo veo; una buena chica sería espléndido de tener en mi casa, y constituiría casi una compañía para mí. Para una muchacha linda

como Ud., querida, que tiene dificultades con su trabajo y todo lo demás, podría dejarle el alquiler, durante el verano, por cuatro dólares semanales. Hasta septiembre, por ejemplo...

¡Cuatro dólares semanales! ¡Eso me dejaría casi 18 dólares mensuales para la comida! ¡Cielos! ¡Y casi podría ir al cinematógrafo! Tomé aliento:

—Bien, lo tomo —murmuré.

Regresamos a su saloncillo a fin de que *Mrs.* Garr me extendiera el recibo del alquiler de la primera semana. Al pasar frente a las escaleras miré arriba. Sobre el muro del rellano y se perfilaba una sombra circunscrita por alguna luz en el vestíbulo superior, una sombra con cabeza humana, quieta e inmóvil, extrañamente inmóvil.

¡Alguno acechaba entre las tinieblas!

Quizá por simple curiosidad, pensé, y me desentendí al punto de aquella sombra enigmática.

CAPITULO 2

El quince de abril me mudé a la casa de la calle Trent. Gocé dos días de trabajo como vendedora en la Tienda Chapman, de suerte que eran alrededor de las ocho de la noche antes que pudiera transportar a un taxi mis maletas, mi baúl, mi arcón de cedro, con la vajilla empaquetada adentro, mi máquina de coser, mis cacerolas de aluminio y mis sartenes de cobre. Mi precioso mobiliario estaba a salvo en un seguro depósito comercial.

El chofer parecía sentirse apiadado de mí cuando vio a dónde había ido a parar. Frente al número 593 de la calle Trent el buen hombre me ayudó a descender del coche con un saludo pleno de cortesanía... Llegó incluso a acarrear mis chismes a la casa.

—Deje usted esas maletas a mi cargo, *miss*; yo se las llevaré adentro.

—*Mrs. Garr* —*Harriet Luella Gar* era el nombre con el cual firmara el recibo— abrió de prisa la puerta de calle; a buen seguro que debía atisbar de nuevo como la primera vez. Anduvo merodeando cerca de las puertas dobles, escrutando y curioseando disimuladamente todos los bártulos de la nueva inquilina.

La anciana me siguió como una sombra, arriba y abajo, al empezar yo a trasladar los cajones repletos de vajilla en dirección a la cocina.

—En esta casa he impuesto algunos reglamentos que exijo que cumplan todos mis inquilinos —dijo—. ¡El calefón a gas es terriblemente costoso! Si quiere usted tomarse un baño, hágamelo

saber y yo me responsabilizo de ponerlo en funcionamiento. Y si desea usted agua caliente para lavar los platos, o cosas por el estilo, le agradecería que calentara el agua sobre la cocinita a gas de su departamento. El horno grande es mucho más costoso. Aquí he colocado, sobre la mesa, sus paquetes y cajones. ¿No piensa usted vaciar ese baúl?

—Por ahora, no, *Mrs.* Garr; contiene casi exclusivamente mis ropas de verano.

—Conviene que la ayude a moverlo. Es demasiado pesado para una muchacha tan joven como usted.

Soy de pequeña talla y algo maciza, como buena descendiente de escoceses; poco antes había acarreado hasta la cocina algunas maletas el doble de pesadas que aquélla. Si la anciana quería ser el hada buena de su nueva pensionista, ¿por qué no se ofreció antes?

Me di vuelta hacia ella... y casi di un respingo. La primera vez que veía claramente su rostro y sus ojillos seniles. Y éstos eran negros, diminutos, penetrantes y fulgurantes, profundamente hundidos en las órbitas, y bajo párpados bolsudos, semejantes a pequeñas ascuas encajadas muy hondo en una masa de panadería. Ojillos malignos, ojillos aviesos, debajo de aquella masa de bellísimos cabellos blancos...

—¡Oh, gracias! —balbucí—. Es usted demasiado gentil, señora. Pero ¿dónde podría colocarlo?...

—El baúl quedará bien acomodado en ese cuartito. Tome usted de la otra punta.

La mujer respiraba con fuerza al llevar el baúl. El cuartito no tenía luz, pero en el fondo se veía una plataforma de unas seis pulgadas de alto, en la cual el baúl encajaría a maravillas.

—Debajo de allí hay unas escaleras —la vieja contemplaba con satisfacción el arcón—. Este es un lugar espléndido para un mueble semejante. En la mayoría de los departamentos la gente se ve obligada a guardarlos en los sótanos.

Pronunciado lo cual, la mujer continuó escrutándome y espiándome, analizando, con sus ojillos perversos, todos y cada uno

de mis movimientos. ¡Por todos los diablos, pensé! ¿Querrá esta mujer quedarse delante de mí como un fantasmón medieval?

—¿Hay muchos pensionistas en la casa? —pregunté, esperando no tener que cargar con ella todo el día.

—Sólo recibo a gentes de campanillas en mi pensión. Salvo, eso sí, los Tewmans, a quienes les permito vivir en el sótano para que me ayuden en mis quehaceres domésticos. Arriba, al frente, vive *Mr. Kistler*; es un periodista, joven distinguido, con dos cuartos. Y al lado tengo a *Mr. Buffnim*, a *Mr. Grant*, a *Miss Sands*, y a los *Waller*s, en el fondo, todos los cuales ocupan una habitación de la casa. *Mr. Buffnim* es boticario; siempre me trae la medicina para mi corazón. *Mr. Grant* es un caballero, un anciano caballero retirado de los negocios, al igual que *Mr. Waller*. Es policía, pero retirado. ¡Gente bonísima! —se pavoneó con gesto cómico—. ¡Toda gente fina, distinguida! ¡Caballeros!

—Todavía no me dio las llaves, señora —insinué, veladamente—. Estoy tan cansada que esta noche no desempaquetaré nada.

Mrs. Garr salió, cojeando, de la alcoba, y al rato regresó con una nueva llave Yale.

—Hice colocar una nueva cerradura —murmuró con tono sugestivo, bajando la voz—. Ya creo haberle dicho que me disgustaban los individuos que habitaban antes este departamentito. Solían curiosear en mis cosas, ¿entiende? —sus ojillos parecieron taladrarme—. Y por eso les exigí que se marcharan enseguida de mi casa. Y es también por eso que me alegro de tener como inquilina a una muchachita buena como usted, *Mrs. Dacres*. ¡Sé bien que no sería usted capaz de huronear en mis cosas!

—¿Y la llave de las puertas dobles, y la del fondo?

—La puerta del fondo se cierra con pasador desde adentro. No hay llave para ella. Y la puerta a las escaleras de los sótanos no se emplea jamás, como ya le tengo dicho. Vea usted, el pestillo queda de su lado, y está todo oxidado; ni un pugilista podría moverlo una pulgada. Por el otro lado está cerrado con clavos. No se preocupe usted, que ninguno podría venir desde allí.

—¿Y las puertas dobles?

—Bien, esas puertas dobles, queridita, esas puertas dobles tienen una llave que cuelgo en el marco de afuera cuando la habitación no está alquilada y que quisiera que dejara usted ahora en ese lugar cuando salga de casa. Y eso en caso de que sobrevenga un incendio y pueda llegar hasta mis cosas acondicionadas en este cuartito...

—¡Pero eso no puede ser, *Mrs.* Garr! ¡Cielos, cualquier pensionista de la casa podría entrar tranquilamente en mi departamento durante mi ausencia!

—En mi casa no hay nadie capaz de rebajarse a semejante infamia.

Comprendí que era tiempo sobrado de que me mantuviera firme en mis trece:

—Lo siento mucho —respondí con energía—, pero quiero guardar también las llaves de las puertas dobles.

Y ella me las entregó. Durante unos minutos permaneció inmóvil ante mí, cosa que hice yo también, aguardando, visiblemente, a que se marchara de la habitación. La mujeruca, finalmente, masculló algo para su coleteo y siempre cojeando abandonó lentamente mi departamento.

¡Vaya una mujer fastidiosa y cargante! ¿Acaso me habría mudado a la casa de una vieja chiflada poseída de delirios de persecución?

Si la bruja aquélla hubiera adivinado la suma de entretenimientos y atisbos que efectuaría en su casa, y lo que descubriría en ella... ¡buena sorpresa se habría llevado! Pero todavía yo misma estaba completamente a oscuras al respecto.

La cerradura de las puertas dobles no me parecía suficientemente sólida como para garantizar mi seguridad nocturna, y la llave se asemejaba sospechosamente a una ganzúa susceptible de abrir cualquier puerta. Con todo, mediante algunos ensayos fructíferos, descubrí al cabo que las sillas encajaban divinamente debajo de la manija; las puertas no podrían forzarse sin ejercer

fuerte presión y producir no poco estruendo. Las dos puertas de la cocina ofrecían un aspecto poco más o menos tan sólido como lo describiera *Mrs.* Garr. Deseaba atrincherarme en mi habitación hasta que conociera cabalmente las cosas y los hechos del caserón. Arreglado esto, me tendí en la cama a dormir.

Cerca de la medianoche me desperté, con los músculos acalambrados, para estirarme ligeramente y darme vuelta sobre el otro lado. ¡Lecho extraño! ¡Casa extraña! La primera impresión sentida fue que yacía acostada, escuchando, atisbando, durante quince minutos. Un crujido allí. Un goteo allá.

Mi dormitorio no estaba totalmente a oscuras; hasta él llegaban los amarillentos reflejos del lamparón callejero de la cercana esquina de las calles Diez y Seis y Trent.

Crick... crack... chriss... Rumores, crujidos, chasquidos... todo cuanto se percibe entre las sombras de la noche y de un vetusto caserón que conociera días mejores. Esos ruidos vagos que produciría una casa si se mantuviera tensa, rígida, al acecho, entre las tinieblas, escuchando, escuchando...

—¡Déjate de tonterías! —dije para mis adentros—. Como sigas así, perderás la chaveta...

Crick... crack... chriss... ¡Calma!... Crick... crack... chriss... ¡Silencio!... La casa toda despierta, acechando, aguardando, escuchando, atisbando... ¿Aguardando, qué?

Quizá pies furtivos deslizándose... quizá manos furtivas, potentísimas, tanteando en las sombras...

Me incorporé de un salto y oprimí el botón de la luz eléctrica colocada a la cabecera de la cama. ¡Vaya tontería! Nunca se me habían ocurrido antes semejantes ideas disparatadas... Ambulé por el cuarto, con mis pies desnudos, en procura de una revista, regresé luego al lecho, estremecida de frío, y apretujando sobre mis hombros, helados por el cierzo nocturno de abril, mi vieja bata de casa.

Apenas comenzaba a leer una novela ligera, cuando resonaron tres golpecillos leves en la puerta. Y aquellos ruidos me hicieron

incorporarme de nuevo sobre la cama.

—¿Quién está ahí? —pregunté roncamente.

—Soy yo... ¡*Mrs. Garr!*... —un murmullo cascado llegó perceptiblemente hasta mis oídos—. ¿Se siente usted indispuesta?

Mi respiración parecía restallar entre mis labios ateridos. ¡Vaya, eso era el colmo!

—No, no estoy mala —respondí, clara y enérgicamente—. Me desperté porque no lograba conciliar el sueño y quise leer un poco... ¿Está prohibido eso acaso?

—Es que son casi las dos de la noche —gruñó la mujeruca, alejándose.

Oí sus pasos arrastrándose hacia un cuartucho situado debajo de las escaleras, lugar en que dormía; allí recordaba haber visto un mísero jergón.

Instantes después percibí abrirse la puerta de calle y rumor de fuertes pisadas en el vestíbulo.

—¡Soy yo, *Mrs. Garr!* —vociferó una gruesa voz de hombre.

El desconocido tropezó con fuerza contra la pared antes de trepar, trastabillando, por las oscuras escaleras.

Apenas un viejo borracho, pensé, pero aun así era más reconfortante que... lo otro... Salté fuera del lecho, reinspeccioné las puertas y terminé por tranquilizarme con estas palabras:

—¡Ninguno podría penetrar aquí dentro! Y si la casa escucha y atisba... ¡pues deja que escuche y que atisbe, mujer! Mañana por la mañana pensarás que eres más tonta que una mula...

Desperté con el deseo de echarme a reír de mis tonterías, pero en verdad sólo conseguí arrancarme una débil sonrisa. Después que me levanté y anduve en mis quehaceres arriba y abajo, las imaginarias fantasías de la noche se me antojaron enormemente ridículas, pero mientras continuaba en la cama, silencioso el caserón y los rayos solares penetrando a torrentes por los ventanales, aún me parecía *sentir* el atisbo y el acecho de la casa toda.

Finalmente, percibí rumores de personas trajinando sobre mi cabeza. Tal vez el maldito caserón estaba tan sólida y convenientemente construido que sus muros y pisos apagaban todo rumor; con todo, aun ahora, cuando recapacito un poco, no logro recordar haber oído jamás un solo ruido fuerte, áspero, sonoro, en el caserón siniestro; de hecho, era un edificio apaga ruidos; pasos y voces se aquietaban en él, incluso los estridentes vozarrones de los agentes de policía.

Pero aquella mañana aun no conocía policía alguno.

Después de hacerme tostadas y café, abrí de par en par las puertas dobles de mi dormitorio, cuidándome, empero, de mantenerme cerca de ellas mientras trajinaba por el mismo. Deseaba conocer de vista a los demás pensionistas de la casa. Si no cuadraban dentro de lo regular, me mudaría enseguida. No quería verme envuelta en hechos desagradables.

Y durante toda la mañana tuve ocasión de conocer, uno a uno, a todos los pensionistas de *Mrs. Garr*.

Mi primera «víctima» fue una mujer delgada, de teñidos cabellos, y rostro ahusado y cubierto de afeites; una mujer con vestido de calle, cuidadosamente planchado, y plena de esa soltura artificial de las vendedoras que marchan con desgana a sus rutinarias tareas. Fácil fue para mí identificarla como a *Miss Sands*. Pasó precipitadamente frente de mí sin saludar con la cabeza, aun cuando pronuncié un «¡buenos días!» con tono claro y simpático.

Cierto rumor en el cuartucho debajo de las escaleras me anunció que *Mrs. Garr* se levantaba del lecho. Ladridos y maullidos en coro me advirtieron que la mujeruca se reunía a sus *mascotitas* en los sótanos. La voz de *Mrs. Garr* se elevó también prontamente de allí abajo. Rezongaba y recriminaba a alguien ruidosamente, tildándola de «haragana y borracha». ¡Día viernes y con todos los pisos por limpiar, y la señora Tewman holgazaneando y curioseando las fotografías de los diarios! La vocecilla cascada, senil, se elevaba una y otra vez, insoportablemente aguda.

Bien pasadas ya las nueve de la mañana un anciano caballero, vestido con prendas grises, se deslizó silenciosamente escaleras abajo.

—¡Buenos días! —saludé.

Se detuvo en seco, como sobresaltado.

—Buenos días, buenos días —replicó con tono seco y precipitado, marchándose con premura como si alguien le persiguiera.

No imaginaba a ningún policía tan poco enérgico; a buen seguro que aquel extraño pensionista sería el otro caballero retirado: *Mr. Grant*. ¡Dios mío, cuán inofensivo parecía ser!

Al promediar la mañana una mujer, de aspecto hosco y cabellera renegrida —francocanadiense, de fijo— trepó pesadamente las escaleras de los sótanos y continuó hacia el segundo piso, llevando casi a rastras un balde, un paquete de polvo de jabón, cepillos y algunos trapos de piso la mar de sucios; adiviné que sería *Mrs. Tewman*. Me contempló de hito en hito, pero, al igual que *Miss Sands*, no respondió a mi cordial saludo. Por las escaleras se cruzó con otra mujer, morena ella, enormemente obesa; tan obesa, que se balanceaba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda mientras caminaba, moviendo como péndulos sus monstruosas nalgas y senos.

La mujer gorda vestía decentemente de negro. Contestó con un seco «¡buenos días!» a mi saludo. *Mrs. Waller*, sin duda alguna. Ambuló por el vestíbulo hasta que se le reunió un hombre frisando en la cuarentena, pomposo, de movimientos lentos, graves, rostro rojizo. A buen seguro que aquel hombre sería el antiguo agente de policía. Su edad me intrigó un tanto. ¿Por ventura, los policías se jubilaban a edad tan temprana?

Alrededor del mediodía otros dos hombres descendieron las escaleras, el uno en pos del otro; pero imaginé que no marchaban juntos. El hombre de adelante bajaba con soltura y rapidez; vestía un sobretodo liviano y se tocaba con un sombrero hongo, encasquetado hasta los ojos; era de talla elevada, sólida. Me miró de

arriba abajo con unos ojillos curiosamente redondos, emplazados sobre unas narices ligeramente achatadas como las de un pugilista.

—¡Salud y bienvenida! —exclamó, antes que tuviera tiempo de decirle algo; el primer pensionista que me saludaba así.

El hombre de atrás se limitó a gruñir; todo lo que pude verle fue que era más viejo que el primero, alto y moreno, de facciones marcadas y casi tan adustas como las de *Mrs. Tewman*.

Sólo una semana más tarde supe cuál de ellos era *Mr. Kistler* y quien *Mr. Buffnim*.

Después de un día pasado fregando el departamento, me invité a mí misma a cenar en uno de los diminutos restaurantes cercanos al Congreso. Caía la noche cuando traspuse el oscuro vestíbulo; apenas lo había hecho, una forma peluda y sombría, se abalanzó hacia mí.

—¡Abajo! ¡Échate! —grité, haciendo de tripas corazón.

El perrazo se echó al suelo, pero continuó gruñendo sordamente. En el cuartucho debajo de las escaleras se percibió rumor de faldas, y *Mrs. Garr* se precipitó fuera del mismo, jadeando.

—¡Rover, Rover! ¡Lindo Rover! ¡No gruñas así a la buena chica! Este es mi perro, *Mrs. Dacres*. Estaba en el sótano. Por lo general, los encierro allí dentro, pero creo que dejé abierta la puerta casualmente y...

—Sí, de fijo fue así, señora —Rover era una bestia enorme y amenazadora; algo de perro de policía había en él, pues tenía su talla; le cubría el cuerpo una pelambre renegrada y corta, que se hubiera dicho pelo de foca. Su vista me trajo a la memoria el tétrico recuerdo de una pesadilla sufrida a la edad de once años, después de devorar un cuento sobre hombres lobos. Aquel perrazo poseía su mismo hocico alargado, estrecho, siniestro. Se mantenía al acecho, espiándome de hito en hito, cuando dos enormes gatos blanquinegros, seguidos por una gata grisácea, surgieron silenciosamente del cuartito.

—¡Cielos! ¡Tiene usted toda una familia de mascotas! —prorrumpí, y a fe mía que sentí no sé qué disgusto muy hondo dentro de mí.

—Ellos son los mejores amigos del mundo —*Mrs. Garr* resopló, y su voz se agudizó, estridente, ampliándose, como si quisiera que alguien, a la distancia, la escuchara—. Nunca les sorprenderá a *ellos* arrastrándose hasta uno, mendigando dinero... dinero...; siempre dinero... por esto, por aquello, por los malos tiempos, por la crisis, por la falta de trabajo...

La puerta del cuarto frontal se abrió de golpe.

—¿Estaba usted hablando, tiita? —preguntó una voz dulzona.

Y la dueña de esa voz entró, balanceándose, en el vestíbulo.

—*Mrs. Dacres*, permítame usted presentarle a mi sobrina, *Mrs. Halloran* —la voz de la bruja se henchía de desprecio, el desprecio del individuo adinerado por el pobre.

Contemplando largamente a *Mrs. Halloran*, pensé al instante en *Mrs. Micawber*, una *Mrs. Micawber* personificada por Zasu Pitts. La mujer se tocaba con un sombrero de fieltro color verde amarillento, echado hacia atrás sobre unos cabellos ondulados artificialmente; vestía un traje de rayón azul verdoso, con cuellito blanco, todo muy tieso y sin lavar. Sus medias de rayón estaban torcidas y sus zapatos de tacos altos desgastados a un costado; con todo, mostraba cierta vaga elegancia no del todo desagradable.

—Mucho gusto en conocerla —dijo, sonriendo inexpresivamente.

—Decía a *Mrs. Dacres* —repitió la anciana con énfasis insultante — que el mejor amigo del hombre es el perro. Y los gatos. Nunca piden dinero, dinero, y más dinero. Todo el tiempo dinero, dinero, dinero...

Los dedos finos de *Mrs. Halloran* se enroscaron, singularmente, en un collar de cuentas de vidrio.

—¡Oh! ¡Pero no son gente de su sangre! ¿Verdad, *Mrs. Dacres*? ¡Nunca es como cuando se trata de gente de la propia sangre de uno!

—Algunos parientes son mil veces peores que los bandidos. ¡Oh, sí, sí! ¡Vaya si yo podría decirle a usted cosas sobre ciertas personas de mi propia sangre! —prosiguió con amargura la vieja bruja—. Y muy especialmente cuando se casan con inútiles vagabundos, miserables haraganes que las llenan de hijos y de disgustos y de nada más...

Pretexté alguna excusa y me escabullí prontamente. E inadvertida, según barrunté.

En tanto aderezaba el lecho para dormir no cesaba de escuchar, mal de mi grado, que *Mr. Halloran* era un mísero vagabundo... ¿Y dónde estaban los 10 000 dólares recibidos del gobierno en pago del seguro por incapacidad absoluta? ¿Dónde estaba el dinero del seguro? Y ahora tenían que recurrir a la vieja y pobre tía Garr, que se mataba trabajando, mientras ellos vivían a lo grande, concurrían a los cinematógrafos y tabernas, adquirirían un soberbio «Packard» —inada menos que un «Packard»!— con el cual salieron borrachos y acabaron por destrozarlo en un accidente, ¿y dónde estaba todo eso *ahora*?

En este punto, la discusión continuó desarrollándose detrás de la puerta cerrada, pues nada más oí, gracias al cielo.

Inspeccioné mis barricadas, apagué la luz y en un periquete me encaramé al lecho, a dormir. Después de un día entero transcurrido en el caserón, cerciorada ya de la naturaleza simplísima y comunísima de sus habitantes, pasé una noche tranquila.

A la medianoche, empero, o quizá pocos minutos después, desperté de nuevo, sintiéndome poseída de la extraña sensación de la noche anterior, de que había oídos escuchando, de la casa toda escuchando, atisbando, acechando. Una vez más estuve despierta, aguardando algo que no sobrevino aquella noche, ni la otra, ni la otra siguiente... Y en verdad que lo mismo ocurrió noche tras noche; solía despertarme, presa del ansia de saber que *eso* estaba allí nuevamente, de reconocer su *presencia*... Y sólo logré el ansiado descanso cuando una creciente familiaridad con el caserón me permitió conciliar el sueño, pese a todo.

No transcurrió mucho tiempo antes que conociera al dedillo la diaria rutina de la casa. *Mrs.* Garr ambulaba de su sofá en su cuartito al frente de la casa, en donde estaba raras veces, a la silla negra del vestíbulo, en donde solía permanecer algún tiempo más, y a los sótanos, donde pasaba la mayor parte de sus horas. Después de haber descendido allí abajo con mis paquetes, me enteré de que la anciana poseía una mesa y una mecedora ubicadas junto al horno.

No leía, no cosía, no tejía; algunas veces percibía el cadencioso crujir de su mecedora durante tardes enteras. ¡Una vieja bruja, de ojos aviesos, y cabellos blancos y hermosísimos, sentada allí larguísimas horas sin hacer nada!

Pero los pensionistas parecían todos razonablemente respetables. Era necesario que lo reconociera, considerando que pagaba casi la mitad de lo que tendría que pagar por mi hermoso departamentito.

Tal fue, según recuerdo, mi actitud durante la primera semana. El viernes, al cumplirse una semana de mi estadía en la casa, me desperté temprano; la mañanita abrileña se mostraba cautivadora, y el aire olía a flores y a sol. Salí afuera a pasearme, después de vestirme, para tomar un poco de aire puro. La pensión continuaba abismada aún en el silencio, pero afuera la radiante mañana primaveral parecía desbordante de vitalidad. Crucé la calle a los fondos de la casa para asomarme a la barandilla y mirar abajo.

Los espacios de tierra cultivada entre las casitas verdeaban ahora maravillosamente, con hermoso, radiante, dulcísimo verdor primaveral. El verde se asomaba, incluso, debajo de los tallos resecos y amarillentos de las malezas del año pasado que crecían, salvajes, al pie del murallón de cemento. Los habitantes de la Water Street solían arrojar desperdicios en aquel lugar: papeles, latas, cajones, hierros oxidados... Alguien había arrojado también, un montón de ropas viejas...

De pronto, un extraño impulso me llevó a asomarme peligrosamente por encima de la barandilla.

¡No era un montón de ropas desechadas por viejas! Durante instantes como siglos un vértigo horrible me hizo asirme, desmayadamente, a la barandilla.

¡Un hombre, un hombre retorcido, inmóvil, en una posición como sólo podría dar la muerte, yacía boca abajo entre los matorrales de Water Street!

CAPITULO 3

Como si la barandilla me hubiera repelido, di un salto hacia la casa.

—*iMrs. Garr, Mrs. Garr!* —grité, cruzando vertiginosamente por mi cuarto—. *iMrs. Garr!* *iUn hombre yace al pie del murallón!* *iParece muerto!* *iEs necesario llamar al médico, a la policía!*

Hojeé torpemente la guía de teléfonos, pugnando por ponerme al habla con la operadora. *Mrs. Garr* salió, trastabillando, de su cuarto, envuelta en los pliegues de su bata de casa.

—*iNo puede llamar sin echar una moneda!* —chilló.

Instantes como siglos pasaron antes que mis dedos agarrotados lograran extraer la consabida moneda de mi bolso. La operadora, precipitadamente, me puso en comunicación con la policía.

—*iHay un hombre desplomado entre las malezas de Water Street!* —vociferé, tartamudeando—. Parece... *iparece muerto!*

—¿De dónde habla? —preguntó con calma la voz gruesa del otro lado del aparato.

—Del número 593 de la calle Trent. *iOh, pronto!* *iApúrense!*

—*iYa vamos!* —el receptor repiqueteó.

Mrs. Garr había proferido toda suerte de observaciones y juramentos mientras yo hablaba por teléfono, después de lo cual cruzó, pesadamente, mi departamento y atravesó la plazoleta al fondo de la calle, para escudriñar, ávidamente, abajo...

—*iSeguro que hay un hombre caído allá abajo!* —gritó la mujer—. *Alguna riña de los individuos de allá abajo...* *Alguien le dio una puñalada y le arrojó allí...* *iAhí viene la policía!*

Instantes después la sirena policial aulló a lo lejos, y luego más cerca. Corrí en torno a la casa a interceptarles el paso a los dos policías en la puerta de calle.

—¿Llamaron ustedes a...?

—Sí, fui yo —respondí, jadeante—. ¡Vengan ustedes por los fondos!

Los dos hombres observaron la escena breves instantes, y luego regresaron corriendo a su coche. Éste partió como un rayo, atronando el espacio, y racimos de cabezas comenzaron a asomarse por la puerta del fondo. Al llegar el coche policial por la calleja de abajo, dos hombres descendieron de prisa los peldaños de atrás, siendo recibidos con una lluvia de explicaciones. Se trataba de los dos que viera juntos la primera mañana. El coche aludido se detuvo al borde de la vereda, a menos de dos metros del cuerpo. Los dos policías irrumpieron fuera del mismo y se inclinaron al punto sobre el triste montón de ropas.

Se irguieron luego y conversaron brevemente. Después uno de ellos penetró de prisa en el vehículo, en tanto el otro se quedaba junto al cuerpo. Este último nos saludó con la mano, como si afirmara algo.

—¡Voy a bajar! —exclamó el hombre más joven. Los otros dos le siguieron ávidos de curiosidad.

Mrs. Garr salió a escape hacia la casa.

—¡Aguarden a que me ponga las ropas! ¡No bajen antes que me vista! —chilló en tono imperioso.

Por mí, puedo decir que no me sentía nada deseosa de bajar; esa barandilla era suficientemente cercana para mí. El agente de policía de abajo comenzaba a atarearse más de la cuenta; infinidad de mirones surgían de las casitas de Water Street, apiñándose en torno del cadáver, desplazándose en vaivén a costa de los ímprobos esfuerzos del policía. Nuevas sirenas aullaron. Una ambulancia y dos coches de policía más pasaron rápida y despiadadamente entre la multitud; racimos de hombres uniformados se bajaron de los coches.

—¿Dónde está mi esposo? —me preguntó la mujer gorda, con voz jadeante.

—Bajó a la otra calle —contesté.

Los hombres volvieron boca arriba el cuerpo. Siguió a ello largos instantes de silencio, reiniciándose luego la algarabía. Numerosos rostros se alzaron, mirando hacia nosotros. Me aparté enseguida de la barandilla.

La mujer obesa lanzó un chillido estridente:

—¡Joe! ¡Se llevan a mi pobre Joe!

—¿A su esposo? Pero ¿cómo...? —comencé diciendo y luego callé, pues era verdad—. ¡No! ¡Mire, mire! ¡Se llevan también a los otros hombres! ¡Los cargan a todos en uno de los coches!

—¡Espere! ¡Mire adónde va el vehículo! ¡Hacia aquí, hacia aquí!

En la muchedumbre de abajo se percibían claros movimientos; advertí los clásicos trípodes de los fotógrafos... el cuerpo tendido sobre la camilla...

Un coche se detuvo, aullando su sirena, frente a la pensión de *Mrs. Garr*. Los tres hombres de la misma y otros tantos agentes de policía salieron fuera del vehículo policial y caminaron en grupo rumbo a nosotros. *Mr. Waller* chilló:

—¡Es un hombre muerto, por descontado! Y le mataron a tiros. Pero cayó por el murallón. ¡Y la policía imagina que debió caer o bien le despeñaron desde aquí arriba!

¡El hombre muerto había caído desde allí! Involuntariamente, miré de nuevo por sobre la barandilla, estremecida, helada de terror.

—¡Ea, apártense de la baranda! —tronó imperiosamente uno de los policías—. Vuelvan todos a la casa. Voy a tomarles declaraciones a todos y no quiero que se me pierda ni uno.

Pasamos juntos de mi departamento al vestíbulo. *Mrs. Garr*, ahora vestida de arriba abajo, salía en ese instante de su cuchitril.

—Aquel hombre cayó o fue empujado desde la barandilla de los fondos de esta casa —explicó con impaciencia el oficial de policía—.

¿Quién corre con esta casa?

—Yo soy la propietaria —respondió *Mrs. Garr*.

—¡Bien! Dígame usted quienes viven aquí.

La anciana los fue enumerando a todos, uno por uno.

—*¡Okay!* ¿Quién de ellos dio la alarma?

—*Mrs. Dacres*. ¡Esa es *Mrs. Dacres*!

—Bien, *Mrs. Dacres*, ¿cómo descubrió usted ese cuerpo?

—Salí a pasear decidida a aprovechar esta hermosa mañana primaveral —expliqué—. Caminé hasta la baranda y me asomé por la misma; al principio pensé que sería un montón de ropas viejas, pero luego advertí que me equivocaba y...

—¡Ajá! ¿Sabe usted algo referente al muerto?

—No.

—¿Oyó algún rumor sospechoso anoche por los fondos de la casa?

—No, oficial.

—¿Algún tiro?

—Tampoco.

—¿Dónde se encontraba usted entre las siete de anoche y esta mañana?

Detallé rápidamente todas mis actividades.

El policía se limitó a gruñir al acabar yo y me despidió.

Uno por uno interrogó a los demás. Los tres hombres que observaron el cadáver insistieron en no haber visto jamás antes a ese hombre. *Mr. Tewman* entró por la puerta de calle en el momento en que el interrogatorio llegaba a su punto culminante; se trataba de un sujeto rubio, pequeño, con rostro de conejo, frisando en la cuarentena; declaró que toda la noche había trabajado en su puesto de venta de *sandwichs*. El policía, finalmente, cerró con ruido seco su voluminosa libreta de anotaciones.

—Creo que no vamos a ninguna parte con todo esto —masculó, cejijunto—. En substancia, parece que lo asesinó alguna banda. Todos los que no vieron el cadáver esta mañana deben presentarse

hoy en el depósito de cadáveres y ver si pueden identificar o reconocer al hombre asesinado en una u otra forma.

Hasta que no leímos la edición extra del «Cometa» del mediodía, no supimos ni pizca acerca del hombre muerto. El «Cometa» dedicaba no poco espacio al homicidio en cuestión:

ASESINATO DE UN DESCONOCIDO.

UN FORASTERO ES HALLADO MUERTO A TIROS.

SE CREE QUE SE TRATA DE UN INDIVIDUO DE NUEVA YORK.

«El cuerpo de un hombre, muerto de un tiro y arrojado luego por el murallón de la colina del Congreso, que forma un declive de alrededor de veinte metros hasta Water Street, que corre abajo, fue descubierto esta mañana por una joven pensionista de una de las casas de la calle Trent. La única pista concerniente a la identidad del muerto consiste en una libreta de conductor, expedida por el estado de Nueva York a nombre de Samuel Zeitman, 37, ciudad de Nueva York. La policía de Gilling City se ha puesto ya en contacto con la de Nueva York a los efectos de dilucidar convenientemente si el individuo en cuestión es el propio Samuel Zeitman.

»Se efectúan actualmente algunas investigaciones en hoteles y pensiones de esta ciudad, a fin de determinar su residencia aquí, amén de sus actividades y relaciones. Contaba alrededor de 37 años de edad, sus cabellos eran negros, medía 1,75 de altura, llevaba un anillo con un grueso diamante en el meñique izquierdo y tenía una verruga oscura en la sien izquierda. Sucumbió de un balazo en el corazón, disparado con una pistola calibre 38, a una hora que el médico policial doctor Thomely calculó, aproximadamente, alrededor de la medianoche. Una pistola, que actualmente se trata de averiguar si con ella se disparó el tiro homicida, fue encontrada junto al cadáver. Las

impresiones digitales encontradas en la pistola son todas del muerto, lo cual corrobora la opinión de que fue herido de muerte por su propia arma. El hecho de que, conforme a las declaraciones del doctor Thomely, el muerto fue arrojado por el murallón unos quince minutos después de su fallecimiento trágico, elimina la posibilidad de que se trate de un caso de suicidio».

Mrs. Waller llamó con los nudillos a mi puerta por la tarde temprano para preguntarme si quería ir a la Morgue con ella. *Mr.* Waller nos acompañó, aunque no necesitaba hacerlo.

El depósito de cadáveres queda contiguo al río; se trata de un edificio de ladrillos amarillos semejante en todo a una fábrica, pero con un hedor a desinfectantes que voltea. Uno de los ordenanzas apartó en silencio la sábana que tapaba el rostro del muerto; nos vimos ante una faz aviesa, insignificante aún después de muerta, de oscuros y engrasados cabellos, frente abombada, ojillos muy juntos a las carnosas narices, el mentón excesivamente estrecho. Volví la cara después de un brevísimo examen y me precipité de vuelta al corredor, seguida por *Mrs.* Waller, que punto menos me pisaba los talones. Firmamos sendas declaraciones reafirmando nuestra total ignorancia con respecto al muerto, y de que no poseíamos información alguna concerniente a su trágica muerte.

La edición vespertina del «Cometa» traía una nueva crónica del suceso:

IDENTIFICACIÓN DEL MUERTO.

SE TRATA DE SAM ZEITMAN, PISTOLERO
NEOYORQUINO.

SE SOSPECHA GUERRA DE BANDAS RIVALES.

«La policía de Nueva York identificó esta tarde al hombre descubierto a la mañana, muerto de un tiro, al pie del murallón

de Water Street, como a Samuel Zeitman, sobre el cual pesaban graves sospechas de complicidad con una banda de extorsionadores de restaurantes neoyorquinos. La policía de Nueva York indicó que dicho malhechor había huido de la misma esta primavera a los efectos de eludir las batidas realizadas por la policía contra los extorsionadores aludidos; el descubrimiento de su cadáver hecho esta mañana constituyó la primera noticia acerca de su paradero actual.

»El oficial Peter Strom, jefe de la Sección Homicidios de Gilling City, declaró que Zeitman encontró la muerte al intentar inmiscuirse en las delictuosas actividades de algunas de las pequeñas bandas provinciales que intentan establecer “cadenas” de extorsión en Gilling City. Si bien tales actividades están perfectamente fiscalizadas, la policía indicó que de vez en cuando ciertas gavillas efectúan tentativas esporádicas para extorsionar a los comerciantes por tales medios, o bien mediante el empleo de máquinas tragaperras y otras por el estilo destinadas a juegos ilícitos.

»La propietaria de un hotelillo declaró esta mañana a la policía que Zeitman se había registrado en su casa el 17 de marzo del corriente año, y que desde entonces había vivido allí. Luego identificó el cuerpo como el de su pensionista. Por lo demás, declaró no saber nada acerca de las actividades del muerto. Una revisión en la habitación de Zeitman condujo al descubrimiento de otra pistola, de algunos cartuchos y de una pesada cachiporra, mas no de alguna pista o detalle revelador de sus delictuosas actividades. La policía declaró que se están efectuando todos los esfuerzos necesarios encaminados a esclarecer debidamente el suceso».

En los días subsiguientes, empero, la policía no logró descubrir absolutamente nada sobre el muerto. La vida en la pensión de *Mrs.* Garr siguió su curso normal. Durante un tiempo me sentí sobresaltada, especialmente de noche, pero pronto eso también se

disipó. Los inquilinos entraban y salían. Mis dos cuartos me agradaban cada vez más; en los días de sol radiante ambos eran en extremo hermosos. *Mrs. Garr*, por descontado, era la mosca en el dulce. Cierta día guardaba mis prendas invernales, sacudiéndolas en el porche posterior para orearlas, arrastrando el baúl por sobre el piso de la cocina, y desempaquetando mis ropas estivales, cuando aquellos golpeos en la puerta, que me había acostumbrado a reconocer hasta en sueños, resonaron en mis oídos.

—¡Gasta usted mi agua caliente para su cocina! —prorrumpió la vieja bruja, taladrándome con sus ojillos aviesos y llameantes.

—¡De ninguna manera! No usaba agua ahora...

—¡Es inútil hablarme de ese modo! ¡A mí no se me engaña! —la mujeruca pasó, altanera, a mi lado, se detuvo un instante para espiar mis prendas y el baúl depositado sobre el piso de la cocina, continuó su marcha, cojeando, hasta la pileta, y sus dedos ganchudos se cerraron sobre la canilla del agua caliente.

—No, no la usó —gruñó de malísimo talante—. Sé cuando alguien emplea mi agua caliente, porque entonces la canilla queda caliente —con presteza desvió el tema de la conversación—. ¡Cielos! ¡Qué hermosos vestidos! ¡Me muero por ver prendas bonitas!

Y esto diciendo, se dejó caer, pesadamente, sobre la silla de la cocina.

Permaneció allí como un pegote infecto, mirando y espiándome, mientras yo sacudía y colgaba mis prendas estivales, y doblaba y empaquetaba las ropas invernales.

—Pronto tendremos otro cambio en la casa —dijo la anciana, dándose humos de importancia—. Los *Walters* se marchan de aquí. ¡No les tengo ni pizca de confianza!

—¿Cómo? Yo creía que él era un antiguo agente de policía —respondí—. Francamente, creo que podría usted confiar en un ex policía.

—¡No! ¡No me fío de él! ¡Espía! ¡Se entremete en todo! ¡Oh, sí, los muy tontos se imaginan que esta pobre vieja chocha ignora todo!

Bajó el sótano y se disculpó diciendo que buscaba clavos... ¡Jo, jo, jo!... Sí... ellos buscan... ¡claro que buscan!

A decir verdad, la única persona en la casa que solía espiar era la propia *Mrs. Garr*. No podía mover una mesa ni una silla sin tenerla ya allí, con sus ojillos negros sopesando, atisbando, mirándolo todo.

—Pero ¿qué buscan? —inquirí, fastidiada.

Ella me arrojó una mirada de través, aviesa:

—Nada... espían y merodean sólo por el placer de amargar a los demás.

—¡Vamos, ésas son imaginaciones tuyas, *Mrs. Garr*! Usted vive demasiado encerrada. ¡Casi emparedada! Ahora que es tan hermoso salir a pasear, usted tendría que salir afuera de cuando en cuando. Vaya a alguna parte. Vea una película. ¡Caramba, si usted nunca sale!

—No me siento con ánimos para ello... ¡Oh, en mi tiempo era como un trompo! A buen seguro que oscurecería a cualquier muchacha de ahora.

—No lo dudo, señora. Sus cabellos son aún muy hermosos.

Por descontado que acababa de tocarle su punto débil.

—Sí, siempre tuve cabellos hermosísimos. Mucha gente me llamó la atención sobre mi cabellera. Una hermosa cabellera blanca... Oiga, podría ayudarla a volver el baúl a su lugar.

—No, no se moleste. Ya lo saqué sola. Es demasiado pesado para usted.

—No, nada de eso, querida. ¡No soy tan vieja como parezco!

Asió de nuevo una de las puntas del baúl y jadeando, me ayudó a acarrearlo hasta el sitio que ocupaba anteriormente y luego salió, siempre cojeando, de mi departamento.

Huelga decirles que me sentía plenamente segura de que toda esa charla acerca de supuestos merodeadores en su casa no era más que fruto de su imaginación senil. Eso sí, *segura* hasta aquel día

fatal del pasado mes de abril cuando *Mrs.* Halloran logró persuadir, finalmente, a *Mrs.* Garr que saliera con ella a ver una película.

Aquella tarde yo estaba también ausente, prosiguiendo mi eterna búsqueda de trabajo. Retorné alrededor de las cuatro y media, y al pasar frente a la sala de *Mrs.* Garr, oí el ligero chasquido de un cajón cerrándose con suavidad y furtivamente. Me detuve a preguntar a *Mrs.* Garr si le había gustado la película.

La anciana no se encontraba dentro. Sólo vi al caballero pequeño, de aspecto de laucha, sentado en el sofá.

—¿Sabría usted decirme si *Mrs.* Garr regresará pronto? —inquirió—. Aguardaba su regreso para abonarle el alquiler —su habla era seca y áspera, pero la mano sobre su rodilla temblaba convulsivamente.

—Fue al cinematógrafo con *Mrs.* Halloran. Creo que volverá de un momento a otro.

—Bien, bien, gracias mil, *Mrs.* Dacres. No la esperaré entonces.

Pasó de prisa al lado mío y subió como una sombra las escaleras. Le seguí con la mirada como si no diera crédito a mis ojos.

¡De suerte, pues, que las fantasías de *Mrs.* Garr tenían fundamento! ¡Y ese *fundamento* era nada menos ni nada más que el insignificante *Mr.* Grant, de angelicales ojos azules!

Pensativa, dejé abierta las puertas de mi dormitorio y me senté en la silla tapizada del mirador de la izquierda, desde donde podía vigilar el vestíbulo mientras leía la revista traída a casa.

Acababa apenas de acomodarme cuando un hombre, que no recordaba haber visto nunca, se escurrió en silencio fuera del cuarto debajo de las escaleras, se detuvo en seco al encararme, y luego salió a escape, como una bala, del vestíbulo, trasponiendo en un periquete la puerta de calle y desapareciendo como si se lo tragara la tierra.

CAPITULO 4

—Bueno, ¿qué diablos...? —balbucí.

Corrí hacia la boca de las escaleras del sótano, pero nada oí allá abajo, donde reinaba un silencio cargado de misterio. Precipitadamente me aparté de aquella lóbrega entrada, dirigiéndome hacia las escaleras; ansiaba compañía. ¿Quién más estaba en la casa?

En aquel momento ya sabía yo quienes vivían en la planta alta. *Miss Sands* no estaría aún de regreso del trabajo. Volví sobre mis pasos hacia la puerta del cuarto de los *Wallers*, pero me detuve con la mano en alto. *Mrs. Garr* sospechaba de los *Wallers*. Quizá aquel matrimonio estuviera complicado, asimismo, en aquellos misterios...

Partí al frente de la casa. En los cuartos de esa parte del edificio —igracias a Dios!— oí un pesado golpeteo. Llamé con los nudillos.

—¡Adelante! —bramó una voz de hombre.

—Entré y casi me di de boca con un joven punto menos que desnudo, salvo por un par pantaloncillos, izándose a fuerza de puños sobre una barra encajada en lo alto del marco de la puerta conducente a la otra habitación.

—¡Oh! ¡Salud! —se dejó caer al piso, aguantando el choque del salto con soltura, y sobre sus rodillas curvadas; desapareció al punto en el otro cuarto, del cual salió revestido de una elegante bata de casa. Sonreía invitadoramente.

—No esperaba a una dama, pero siempre son bienvenidas.

—¡Oh! —exclamé—. Yo no... subí porque un desconocido, que parecía un ladrón o algo por el estilo, acaba de salir de los sótanos de... *Mrs. Garr* salió. Cuando me vio se precipitó hacia la puerta de calle como si temiera que llamara a la policía.

—¡Qué interesantes aventuras corre usted! ¿No es usted, acaso, la que descubrió también al hombre muerto en el murallón? Bien, vamos a investigar esto —desapareció de nuevo en la otra habitación; cuando regresó había agregado zapatillas a su paradisíaco atuendo.

Corrió escaleras abajo, y yo le seguí pisándole los talones.

El sótano, al parecer, estaba ahora desierto. Los cuartos de *Mrs. Tewman* al frente y la cocina de *Mrs. Garr* al fondo estaban cerrados con llave y parecía que ninguno las había tocado siquiera. Al aproximarnos a la cocina, el perro ladró y los gatos maullaron. La anciana encerraba siempre allí dentro a sus mascotas cuando salía de compras, dejando la llave colgada de un clavo del marco. Y la llave estaba en su lugar. Aquellas bestias habrían escapado de su encierro si alguien hubiera abierto la puerta.

—Pocos indicios veo aquí de merodeadores —masculó mi colega detectivesco.

Arrojé una nueva ojeada al cuarto del horno. Parecía vacío, salvo una pila de diarios colocados cerca de la puerta del depósito. Aquella pila...

—¡Mire! Algunos de los diarios han caído. Seguramente fueron arrojados al suelo por alguien que salió o entró de prisa en el depósito.

El joven se encaminó hacia la puerta del depósito y probó la manija. Giraba...

—¡Sea quien sea que esté allí dentro, que salga enseguida o...! —tronó, manteniéndose atrás.

Nadie salió de allí. El joven abrió la puerta y ambos entramos. Vimos cajones dados vuelta, diarios y ropas viejas y mohosas desperdigadas por todo el piso.

—¡Caracoles! ¿Qué me dice usted de esto?

—¿Cree usted conveniente llamar a la policía?

—¿La policía? El tipo se marchó, ¿verdad?

—Sí, pero...

Él sacudió la cabeza.

—Si falta algo de valor, *Mrs.* Garr dará parte inmediatamente a las autoridades. Ese sería el único modo con que la policía podría echarle el guante... atrapándole cuando intente vender algo de lo hurtado...

Parecía inútil demorarnos más en el sótano. De hecho, bien poco era lo que restaba por examinar: muros de cemento gris; techo de cemento gris, piso de cemento gris, barrido, pero enhollado; un gigantesco horno para agua caliente, cañerías de agua, la mesa y la silla de *Mrs.* Garr. ¿Qué buscaba aquel misterioso ladrón?

Ascendí de nuevo las escaleras. El cuarto situado en la boca de las escaleras del sótano y debajo de las del segundo piso presentaba su habitual aspecto desordenado; una habitación de anciana un si es no es sucia; un jergón con cobertor, un armario de cajones infinitas veces barnizado y rebarnizado, una silla, ninguna ventana... Francamente, no atinaba a comprender cómo *Mrs.* Garr podía dormir en semejante pieza sin aire ni ventana alguna.

El joven me siguió, confianzudo, hasta mi salita.

—Me quedaré con usted hasta que se considere a salvo con el regreso de *Mrs.* Garr —dijo con mucho despejo. Se dejó caer sentado sobre el canapé antes de que lo hiciera yo, y miró con curiosidad en torno suyo—. ¿No quiere sentarse al lado de papá? —preguntó.

—No, gracias, prefiero esta silla —repliqué, manteniéndome muy serio al lado del sofá.

—¡Oh, bueno, bueno! ¡Siempre hago la prueba! —filosofó el muchacho—. ¿Por qué no se sienta de una vez en lugar de recalcar mi pésima educación?

¡Vaya un atrevido, un cínico! Pero me senté...

—Es usted *Mr.* Kistler, ¿verdad?

—Sí, el mismo que viste y calza. Kistler... Hodge Kistler.

—Estaba segura que no podría ser *Mr. Buffnim*.

—¿*Mr.* quién? ¡Ah, *Mr. Buffingham*! Pronuncie B-u-ff-i-n-g-h-a-m.
¡Lo que no dirán esos cultos caballeros ingleses!

—Yo soy *Mrs. Dacres*.

—¿Siempre formal y muy señora de sí misma?

Volví a ponerme en pie.

—Sospecho que no volveremos a hablarnos después de que *Mrs. Garr* retorne a casa.

—¡Abofeteado de nuevo! —el muchacho me sonreía cínicamente

—. ¿Existe alguna manera de acercársele que le agrade, nena?

—Lo siento en el alma, pero preferiría quedarme sola.

—¡Vamos, siéntese, nena! Nosotros los periodistas tenemos que comportarnos a la altura de la reputación que nos cuelgan en las películas.

—Sí, pero eso no reza conmigo.

—Lo malo con usted es que alguna vez tendrá que ser presentada a usted misma.

—Pues no buscaría a un repórter para semejante presentación.

—¿Repórter? Quizá lo haya sido, *Mrs. Dacres*, pero ya no lo soy más. Ya he dejado muy atrás esas chiquilladas. En mí ve usted a un editor.

Le miré de hito en hito. *Mrs. Garr* había dicho periodista, y yo agregué lo de repórter sin pensarlo mayormente.

—Entonces, ¿qué hace usted viviendo en un lugar semejante? —balbucí atropelladamente.

—¿Y por qué no, mi estimada señora? —respondió pomposamente—. Por seis dólares semanales tengo dos cuartos, grandes y bien aireados e iluminados. Prácticamente, cuento con un cuarto de baño particular. Y casi casi el servicio de una bella doncella... ¿Cuánto tendría que abonar por el departamento de un hotel? ¿O acaso insinuaría usted, descomedidamente, que alquilase una casa? ¿Yo, un solterito?

—William Randolph Hearst de incógnito, a buen seguro.

—*Mr.* Hearst se extendió demasiado en sus empresas periodísticas. En cuanto a mí, señora, consagro mis singulares talentos a un sólo periódico. ¡Al diario de más rápido crecimiento de todo Gilling City! Muchos avisos. Columnas brillantísimas. Desbordante ingenio. Las mejores crónicas cinematográficas. Y soy yo quien lo dirige todo en persona.

—¿Pretende usted hacerme creer que es también el editor del «Cometa»? —pregunté furiosamente.

—¿Cómo es eso, *Mrs.* Dacres? ¿No oyó usted hablar jamás de ese diario que es la comidilla de la ciudad? ¿El periódico de todos los umbrales? ¿No oyó usted citar al ilustre, radiante, incandescente, archimaravilloso periódico llamado «La Guía del Comprador»?

La verdad del caso clareó en mi alma. «La Guía del Comprador» es interesante. Cuando vi un ejemplar dos años antes era apenas una hoja de cuatro carillas cubiertas de avisos comerciales del barrio norte. Pero había crecido enormemente. Sus avisos cubrían toda la ciudad; salía ahora en tamaño periodístico, y algunas veces incluía dos secciones. Una vez a la semana lo distribuían casa por casa.

La característica revolucionaria de dicho semanario finca en que se distribuye gratuitamente. Es por completo un periódico de anuncios, sin esa pleitesía servil por las noticias, propia de las demás publicaciones. Pero encierra algunas columnas tan interesantes e ingeniosas que la gente suele leerlas y releerlas y comentar toda la semana.

—¿Conque es usted la «Guía del Comprador», *Mr.* Kistler?

El joven se levantó, haciendo una reverencia cortesana:

—El mismo.

—¡Ahora sí que lo comprendo todo! La «Columna de los Chissst». Las crónicas cinematográficas. ¿Cómo se las arregla para salir ileso?

—Muy fácilmente. Los empresarios teatrales me acechan en las puertas cuando circula el rumor de que me aproximo. Pero yo les engaño, pues voy disfrazado.

—Pues agárrese usted bien, *Mr. Kistler*: nunca voy a ver una película a menos que esté colocada en la lista de «No Apta para Retardados...».

—¡Vaya, se chancea!

—No lo crea. ¿Gana dinero con su *Guía*?

—¿¡Dinero!? —masculló—. ¡La niña dice *dinero*! ¡Eso es todo lo que oigo! Y eso es lo que nuestra superfenomenal, extraordinarísima y colosal prensa anda también a la pesca. ¡Dinero! Les —mi socio— asegura, asimismo, que tenemos que ganar dinero. ¡Puf!

—¿Y la municipalidad?

Hodge me dirigió una mirada aviesa.

—Ahí fue donde se tragaron los dólares pertenecientes a nuestra nueva rotativa.

Por las propias columnas de la «Guía», corrosivas y cargadas de veneno, sabía a lo que se refería Kistler. Las grandes tiendas habían disminuido sus avisos en el costoso «Cometa» para llenar páginas enteras en el económico semanario de Hodge. El «Cometa» había tratado de hacer promulgar una ordenanza municipal declarando ilegal el reparto de periódicos casa por casa. Y esto habría llevado a la picante «Guía» a donde quería que fuera el poderoso «Cometa». Pero la ordenanza no había pasado. Podía calcular el costo de semejante triunfo...

Mr. Kistler se puso de pie, estiró los brazos y comenzó a huronear por el cuarto, hojeando las revistas, levantando las sábanas y curioseando en los cajones.

—¡Lindo! —murmuró.

—Comienzo a sospechar que *Mrs. Garr* tiene razón y que lo que piensa se aplica a todos por igual en la casa. Dice que la gente la espía...

—¡Bah! ¡Anda mal de los sesos!

—Quizá. Quizá no... Yo misma vi algo.

—¡La niña bonita e inteligente!

—Bueno, ríase no más... pero esta tarde oí cerrarse un cajón en la salita y miré adentro y vi a *Mr. Grant* sentado en el sofá. Y sus

manos temblaban.

—¿Quién, ése? ¿Nuestro inocente angelito? ¡Vamos nena!

—Y justamente después de eso, apareció el hombre del sótano.

—Bueno, le concedo al hombre de la bolsa, querida. Imaginémonos ahora cómo son las cosas: *Mrs. Garr*, ignorado por todos, posee el diamante Hope, que le fuera regalado en su juventud por uno de sus amantes... ¡ah! ¡Por el alegre y brillante *Mr. Grant*! Arruinado, liquidado y agotado, *Mr. Grant* decide robarle el diamante a su amor de juventud y...

—¡Ah! Pero entonces llega el villano —agregué yo, chanceándome— y al espiar por una rendija de las celosías del sótano, advierte que *Mrs. Garr* acaricia avariciosamente su preciosísimo diamante a la luz de la candela...

Nos divertíamos en grande cuando *Mr. Garr* regresó a casa.

La anciana, escoltada con ternura por la sinuosa *Mrs. Halloran*, regresó a su cueva al toque de las seis. Sus ojillos negros y malignos advirtieron prontamente la presencia de *Mr. Kistler* en mi habitación.

—No sabía que usted conocía a *Mr. Kistler* —su voz insinuaba con meridiana claridad que en aquella amistad flamante no olfateaba nada bueno.

—¡Oh, no! Pero ahora nos conocemos y estamos ambos de parabienes, *Mrs. Garr* —*Mr. Kistler* se irguió cuan alto era, sonriendo radiantemente como un papá primerizo.

—*Mr. Kistler* vino a verme porque estaba un poco sobresaltada —expliqué yo de prisa—. Resulta que... que un hombre... un desconocido... salió corriendo del sótano. Por lo menos, le vi salir con precipitación de su dormitorio...

Mrs. Garr se volvió amarilla como el limón:

—¡Agárrenla! —grité.

Mrs. Halloran y *Mr. Kistler* se hallaban suficientemente cerca de la vieja como para atraparla entre sus brazos y depositarla con cuidado sobre la silla de cuero negro, antes de que se desplomara en tierra.

Mrs. Garr recobró prontamente los sentidos. Pero sus ojillos de rata rebrillaban de enfermizo terror cuando los abrió.

—¿Fue a sus habitaciones? —inquirió roncamente.

—¡Oh, no, *Mrs. Garr*! Ninguno entró en mi cuarto. Salía en puntillas del cuarto debajo de las escaleras cuando le sorprendí.

—¡Cielo santo! —barbotó la vieja, con acento ronco—. ¡Quédense aquí, quédense aquí!

Saltó de su silla con sorprendente rapidez y salió a escape en dirección del cuarto debajo de las escaleras. *Mr. Kistler* me miró de hito en hito, con sus cejas más triangulares que nunca; y luego ambos volvimos los ojos hacia *Mrs. Halloran*.

—*Mrs. Garr* obra como si poseyera algo que teme como la muerte que le roben —murmuré—. ¿Qué podrá ser?

Mrs. Halloran balanceó y encogió los hombros; parecía amedrentada.

—Bueno, la verdad es que mi tía no cree en los bancos —indicó.

La nerviosidad de aquella mujer se redoblaba a cada minuto que pasaba; al cabo la puerta crujió y chirrió y *Mrs. Garr* apareció en el vano.

—En el depósito... allí fue donde estuvo ese hombre —murmuró. Se ensimismó unos instantes, pensando furiosamente.

—*Mr. Grant* podría haberle visto —le recordé yo—. *Mr. Grant* aguardaba en su salita para pagarle el alquiler cuando llegué yo a la casa.

¿Convenía que dijera algo más? Después de todo...

—¿*Mr. Grant*? ¡Si pagó ayer su alquiler!

—¡Vamos, vamos! —terció *Mr. Kistler*—. Nada de sospechitas contra ese pobre viejo. Iré a preguntarle si vio algo.

Subió a saltos las escaleras. *Mrs. Garr* se volvió hacia mí, casi amenazadoramente:

—¡Usted le vio, *Mrs. Dacres*! ¿Qué aspecto tenía?

—No era un hombre alto; parecía un individuo furtivo y cauteloso; llevaba una gorra gris y un sobretodo también gris, abierto, pero con cinturón atrás. Su rostro era huesoso y rojizo; su nariz era grande y carnosa: sospecho que tenía cabellos gris

castaño. ¡Qué raro corte de cabello tenía atrás! Cortado en forma horizontal y rectilíneamente... Se lo describiré a la policía si usted...

—No, no es necesario. No pienso llamar a la policía.

Mrs. Garr miraba ahora fijo a *Mrs. Halloran*, y ésta temblaba como una hoja.

—*¡Tenías que detenerte para tomar helados, tenías que detenerte para tomar helados!* —bramó, venenosamente, la vieja bruja, y empujando a *Mrs. Halloran* dentro de su salita, cerró la puerta de un golpe.

Mr. Kistler bajó a saltos la escalera, vociferando:

—Él dice que no vio... ¡Eh!... ¿Se suspendió la fiesta?

—Parece que es así, al menos en cuanto a nosotros —observé pensativa—. Pero me agradecería saber qué significa todo este misterio.

CAPITULO 5

Después de aquel misterioso incidente no volví a ver a *Mrs.* Halloran durante dos semanas.

La suerte me sonrió en parte. Una de las redactoras de avisos de modas de las *Tiendas Benson* se enfermó, y los propietarios de las mismas me emplearon hasta que regresara la titular. Durante ese tiempo sólo pude hacerme cargo de las actividades nocturnas de la pensión de *Mrs.* Garr.

En verdad, no fueron pocas. Si antes aquel caserón parecía agazaparse al acecho, escuchando, atisbando, merodeando, ahora todo eso parecía redoblar y centuplicarse, quizás porque sólo conocía la casa de noche. Y de resultas de ello solía despertarme hasta cinco y seis veces por noche. Llegué, incluso, a confesárselo todo a *Mr.* Kistler, y él me sacó a cenar o al cinematógrafo varias veces. Se mostraba divertido y cordial cuando no se le daba por ponerse bullicioso y ruidosamente vulgar.

Se rió cuando le hablé de la *casa al acecho*; pero a la mañana siguiente, antes que saliera al trabajo, llamó con los nudillos a la puerta de mi cuarto y me saludó con un tremendo juramento:

—¡Ahora sí que me ha fastidiado! Toda la noche oí ese *algo* maldito.

—Podría decirle punto por punto todo lo ocurrido anoche desde la medianoche hasta la madrugada, Kistler. Alrededor de la una y media, *Mr.* Buffingham entró en la casa, acompañado de otro

hombre. A las dos, *Mrs. Garr* salió de su cuchitril y empezó a merodear de nuevo...

Aquí me interrumpió el repicar de la campanilla de calle. *Mrs. Tewman* salió de su cuarto en respuesta al llamado.

—¿Vive aquí un individuo llamado Buffingham? —inquirió un vozarrón enérgico, que pugnaba por mantenerse en tono bajo.

—¡Demontres! —articuló *Mr. Kistler*—. Rece sus oraciones, nena, que es la policía —se separó de mí para marchar al encuentro de los policías.

—Buenos días, agente. ¿Podría hacer algo por usted?

—Sí, amigo. ¿Vive aquí un sujeto llamado Buffingham?

—En efecto, agente. Se aloja en una pieza de los altos.

El hombre uniformado de azul traspuso el umbral, seguido por otros cinco más como él, todos con los revólveres en la mano, tensos, vigilantes, cautelosos, feroces. *Mrs. Tewman* lanzó un chillido y salió a escape hacia las escaleras. *Mrs. Garr* asomó su cabezota por el marco y se echó atrás, encogida, al ver a la policía.

—La primera puerta a la derecha, hacia el frente de la casa —dijo Hodge al que comandaba el pelotón policial.

El oficial a cargo del pelotón subió ágilmente las escaleras. Instantes más tarde bajaba de nuevo, apostando a dos de sus hombres en la embocadura de las escaleras, y adelantándose, intrépidamente, con los otros tres. Seguidamente; un llamado seco con los nudillos. Y el vozarrón tronó:

—Largue el arma, Buffingham, y salga enseguida de allí.

Un tiro respondió seguido de otros dos más y del restallido de maderas astilladas.

—¡No nos podrá sacar del paso de ese modo, imbécil! ¡Ya le tenemos, Buffingham! ¡Somos seis contra dos... si es que su padre es bastante tonto para respaldarle! No somos tan necios como para quedarnos frente por frente de la puerta. ¡Ea, salga o lo quemaremos a balazos!

Mis ojos se posaron sobre la primera ventana del mirador del lado izquierdo de la casa. Dos piernas se balanceaban por fuera del

alféizar. El hombre se dejó caer en el instante preciso en que lanzaba un grito estridente. Pero se trataba de un individuo más joven, robusto y bajo que *Mr. Buffingham*.

—¡Salió por la ventana! —grité.

Creo que los policías descendieron las escaleras pisando los peldaños de a tres por vez; instantes después irrumpían en mi habitación, levantaban la persiana y pasaban velozmente por entre los cortinados.

Nuevos tiros se descerrajaron afuera, en la calle, hacia los fondos de la casa. Corrí a la puerta de la cocina; el fugitivo se agazapaba cerca de la esquina del edificio, sosteniéndose con una mano. Disparaba contra los policías, pero éstos ya cerraban en masa sobre él. Acababa de entornar un dedo la puerta, cuando el hombre perseguido arrojó lejos el arma y gritó, roncamente:

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

Un puño velludo se estrelló en su mentón y el fugitivo cayó al suelo, inerte. La confusa algarabía cesó de golpe. Tres policías, llevando a fuerza de puños al bandido, desaparecieron por el lado de la calle Diez y Seis de la casa.

Jadeante, regresé al vestíbulo. *Mr. Buffingham*, el único que conocía, se encontraba allí, esposado a otro policía. Hodge Kistler, a un costado, se mostraba atento y vigilante, y sus ojos rebrillaban como ascuas. Prácticamente meneaba la cola como tigre contento y cebado. Los tres no tardaron en desaparecer por la puerta fuera.

Mrs. Garr se estremecía de emoción y sobresalto.

—¡Es ese inútil de su hijo! —berreaba—. «Ese muchacho no llegará a nada bueno», auguré desde el mismo momento en que consiguió un trabajo como chófer de camiones para esos condenados contrabandistas de licores.

Cuando regresé a casa del trabajo, la charla continuaba aún en todo su apogeo. Los diarios rebosaban de crónicas al respecto; leí lo acaecido en un periódico al volver a casa en el tranvía.

En sustancia, lo ocurrido consistía en lo siguiente: *Mr. Buffingham*, hijo, de nombre Reginald, se había llegado el día anterior a la localidad de Elsinore, en compañía de otros tres sujetos, y entre todos asaltaron el banco local. La banda disparó e hirió de muerte a un maestro de escuela, que aguardaba frente a la ventanilla de *pagos*, en razón de no apartarse suficientemente rápido del paso de los bandidos. Reginald Buffingham perdió el sombrero. El cajero tuvo ocasión de verlo a su gusto y paladar; cayó herido para sellarle la boca, pero felizmente logró vivir el tiempo necesario para dar una descripción de los delincuentes a la policía. Buffingham, hijo, huyó a la casa de su padre en procura de refugio y escondrijo, pero la policía había logrado atrapar ya a todos sus cómplices de fechorías, y éstos *cantaron* todo de plano.

—¿Cree usted que el Buffingham residente aquí tiene algo que ver en el atraco? —pregunté.

—No sería capaz de ello —gruñó *Mrs. Garr*—. Yo le *conozco* muy bien.

—¿Quedó mal herido su hijo?

—Se quebró la pierna al caer de la ventana.

—He observado que no se aventura aún la posibilidad de que él hiriera de muerte a Samuel Zeitman —insinué—. A mí me parece que la policía no dejará de pensar en semejante posibilidad.

—Igual pensaba yo —murmuró *Mr. Waller*—. La policía sacará eso a relucir... ¡ya lo verán!

Aguardé hasta el regreso de Hodge Kistler a la medianoche.

—¡Pobre *Mr. Buffingham*! —bisbisé, una vez que le serví café y emparedados—. ¡Imagínense tener hijos y que salgan malhechores! Si le largan, bien podríamos hacer algo para testimoniarle toda nuestra simpatía. ¿Por qué no invitarlo a cenar o...?

—¿Qué? ¿Se volvió deschavetada? —los labios de *Mr. Kistler* se apretaron firmemente y sus cejas se juntaron hasta casi unirse a las narices—. ¡Si la veo decir media palabra a ese tío, le bajo los pantalones y le doy una zurra de órdago con mis zapatillas!

¿Comprende? Ponga usted bien firmes sus benditas sillas debajo de las manijas de las puertas y váyase a dormir y olvídense de todo esto.

Y se quedó en el vestíbulo hasta que así lo hice.

Mr. Kistler estaba en lo cierto. Los diarios del día siguiente publicaban la siguiente crónica deslumbrante:

EL ASESINO DEL CAJERO, SOSPECHOSO
DEL ASESINATO DE ZEITMAN.

«Reginald Buffingham enfrenta hoy una tercera inculpación de asesinato al acusarle la policía de herir de un balazo y asesinar a Samuel Zeitman. Como se recordará, éste fue descubierto muerto semanas atrás al pie del murallón de la colina del Congreso, emplazado inmediatamente detrás de la casa de la calle Trent en que se escondía Buffingham cuando fue aprehendido. La policía espera descubrir alguna pista que conduzca al esclarecimiento de la muerte de Zeitman».

Y la crónica seguía largamente columna tras columna. Una información más modesta anunciaba días después lo siguiente:

LA POLICÍA NO LOGRA IDENTIFICAR A
BUFFINGHAM COMO ASESINO
DE ZEITMAN

De modo, pues, que la suerte corrida por el misterioso delincuente continuaba aún sin resolver.

Mr. Buffingham quedó detenido toda una semana antes de que le pusieran en libertad bajo fianza. Oí abrir la puerta de calle, pasos pesados en el sombrío vestíbulo, un chistido... y luego la voz de *Mrs.* Tewman:

—¡Dios mío! ¡Qué cara tiene el pobre!

Por descontado esperaba que *Mrs.* Garr subiera a tropezones las oscuras escaleras para exigir, perentoriamente, que *Mr.* Buffingham

se marchara de su casa. Pasaron los días; sólo le vi una vez durante ese lapso, pero eso fue suficiente para persuadirme de la exactitud de la opinión formulada por *Mrs. Tewman*.

—Supongo que usted no se atreve a pedir a *Mr. Buffingham* que se marche de su casa después de haber sufrido tantos sinsabores a causa de su hijo —insinué cierta tarde a *Mr. Garr*.

La anciana clavó sus ojos en mí:

—¡Oh, sí! No me animo a hacerlo. Siempre dije que en mi casa la gente debe sentirse como en su hogar. Nunca expulsaría de aquí a un pobre hombre.

Sea como fuere, la afirmación de la anciana no parecía aplicarse a los Waller. Regresé a casa una noche y oí los bramidos de *Mr. Waller* en el saloncillo:

—¡Es imposible que usted nos eche así de aquí!

¡Bueno, bueno! Barrunté que *Mrs. Garr* habría traído a colación los chismes del acecho y el merodeo. Esa misma tarde oí hablar a *Mrs. Garr* por teléfono. Este sólo funcionaba echando una moneda. Estaba colocado justamente al lado de las puertas de mi departamentito, sobre el muro al pie de las escaleras. A través de las paredes oigo todas las conversaciones telefónicas de la casa.

La persona a quien llamaba la casera era *Mrs. Halloran*. ¿De modo, pues, que la querella podría considerarse finiquitada? Eso me divirtió, pensando en la infinidad de chismes deliciosos que colmarían el viejo seno de *Mrs. Garr*.

Después de esto, *Mrs. Halloran* retornó a la pensión. Aquélla y la vieja bruja andaban maquinando algo; poco interés sentía por aquellos cuentos y no me molesté en espiarlas. *Mrs. Garr* constituía una verdadera molestia para mí. Más que nunca merodeaba y rondaba por la casa; cierta tarde comencé a mover los muebles de un lado al otro, a los efectos de matar el tiempo, y hela allí, veloz como el rayo, contemplando todo, sin moverse hasta que hube terminado de reacondicionar su precioso moblaje; en verdad no atinaba a comprender la causa por la cual temía que perjudicara de algún modo todos aquellos trastos viejos.

A la tarde siguiente, *Mrs.* Halloran salió de nuevo; aquella vez se había llevado consigo a dos chiquillas pecosas y despeinadas. Después de la cena, *Mrs.* Garr llamó con los nudillos a mi puerta y me invitó a pasar un rato en su salita.

Tomé asiento allí, decidida a permanecer el menor tiempo posible. La salita estaba atestada de muebles; se necesitaba costear dificultosamente el banco del piano de cola alemán para llegar al frente de la habitación donde estaban las sillas y la mesa.

—Yo y *Mrs.* Garr vamos a salir de viaje —*Mrs.* Halloran me comunicó, pomposamente, las grandes nuevas de la pensión—. Iremos a Chicago en celebración del Memorial Day.

Respondí que me parecía muy bien. *Mrs.* Halloran desbordaba de proyectos, pero *Mrs.* Garr, según advertí, se mantenía casi siempre en silencio, mirándome a mí, mirando a *Mrs.* Halloran. De cuando en cuando asentía vagamente. Esa era toda la cooperación que necesitaba la conversación de *Mrs.* Halloran.

Aquel viaje inopinado me llamaba vagamente la atención. Salvo la vez que fuera al cinematógrafo y alguna rápida salida al almacén, *Mrs.* Garr no abandonaba jamás su casa. Podría decirse que *cobijaba* su pensión como la clueca cobija a sus polluelos. ¡Y ahora la abandonaba tranquilamente por cuatro largos días!

—Lo cual te demuestra, tontuela —dije para mi fuero interno— que eres la mar de inútil para juzgar a las personas.

Mrs. Garr y *Mrs.* Halloran partirían el viernes por la noche de Gilling City. Bajé al sótano el jueves por la mañana temprano a fin de abonarle el importe del alquiler. El billete de cinco dólares que le entregué se encontraba en mal estado, desgarrado punto menos que una pulgada en una de las puntas, en el pliegue lateral. *Mr.* Garr masculló alguna indecencia con respecto a las personas que no respetan como es debido al dinero. Salió cojeando de la cocina en busca de cambio:

—No den demasiadas fiestas mientras dure mi ausencia —dijo.

El vestíbulo de la casa de *Mrs.* Garr se encontraba tan a oscuras como de costumbre cuando pasé por él, en dirección a mi habitación, alrededor de las diez de aquella noche. Al instante algo ligero, flexible y liviano, salió a escape de las escaleras del segundo piso.

Encendí la luz eléctrica y me incliné a espiar debajo del estante de los libros. Los ojazos verdosos de la enorme gata gris me atisbaron entre las sombras; era su refugio favorito. Instantes después alguien bajó precipitadamente las escaleras. Era *Mr.* Buffingham.

—¡Buenas noches! —saludé. Solía mostrarme cordial con él, cada vez que le encontraba.

—¡Hola! —murmuró.

—Uno de los gatos se escapó —agregué—. *Mrs.* Garr debe haber olvidado de encerrarlo en la cocina antes de marcharse. Me dijo que les encerraría allí abajo, dejándoles suficientes alimentos como para que duraran hasta su regreso.

Mr. Buffingham se encogió de hombros:

—Creo que no pudo atrapar a la gata... —puntualizó—. Casi caí sobre ella al bajar las escaleras.

—Pero éste es el que... ¡Cielos!... A mí me parece que *Mrs.* Garr tendría que haberse preocupado especialmente de esta gata, pues va a tener gatitos en cualquier momento, y ya sabe usted que las gatas siempre saben escoger el mejor sofá de la casa... ¿No cree usted que convendría volverla al sótano?

—¿Para qué molestarnos por tan poca cosa? *Mrs.* Tewman se ocupará de alimentarla.

—Bueno, en ese caso... —observé—. Desde luego, ésas no son cosas nuestras —agregué y me retiré a mi departamentito.

Me sentía mortalmente cansada y ante la perspectiva de otro día de intenso trajín, decidí acostarme cuanto antes.

Ida *Mrs.* Garr, la casa toda parecía esencialmente diferente. Como casi vacía, pese a la gente que se alojaba en los altos. Parecía que la casa estaba más poblada de ruidos que nunca. Alguien ocupó largo tiempo el cuarto de baño, situado sobre mi cabeza. Algo más tarde percibí pisadas demasiado furtivas para tenerlas por reales... pisadas que primero bajaron por las escaleras, luego penetraron en el sótano y desaparecieron allí... pisadas tan lentas que tardaron no menos de veinte minutos en cubrir ese tramo...

Cabeceaba de nuevo cuando percibí ruidos extraños, rápidos y furtivos chasquidos en los fondos del edificio.

Y luego, con claridad enigmática, resonó en mis oídos un metálico *clink*.

En aquella noche primaveral de mayo, clara y queda, no soplabla viento alguno. Mis ventanas estaban abiertas en la parte superior. No cabía duda alguna al respecto. ¡Alguien merodeaba por los fondos!

¡Vaya, eso era ya demasiado! Me envolví entre los pliegues de mi bata de casa, encendí las luces y me escurrí en silencio hacia la puerta de atrás. El pestillo produjo un ligero chirrido cuando lo descorría al costado.

Debajo del porche posterior había sendas ventanas correspondientes al sótano, una a la derecha y otra a la izquierda; sospechaba que había sido de una de las mismas de donde partiera el misterioso *rumor*. Obedeciendo a extraño impulso me asomé por la baranda de la de la derecha a fin de espiar la calle.

Y lo que ocurrió luego fue algo increíblemente rápido. Quise gritar, pero todo sonido se ahogó en mi garganta. ¡Aquellas manos asesinas apresaron demasiado pronto mi pescuezo!

No percibí ruido alguno. Ni sentí la sensación de un cuerpo que se me aproximara en la serena noche primaveral. Sólo manos... manos surgiendo del aire y atrapándome poderosamente el cuello... la garganta...

Sí... manos poderosas que se cerraron en torno de mi garganta, cortándome brutalmente la respiración, arrancándome gradualmente la dulce vida... Luché y me debatí con salvaje desesperación, pero la

lucha fue breve, según sospecho; desde el principio, aquella *sombra* me dominaba por entero.

¡Las más espesas tinieblas cayeron sobre el mundo todo y girando y girando y girando locamente me hundí en las sombras!

CAPITULO 6

Desperté sobresaltada. Yacía encogida, hecha un ovillo, sobre el frío piso de la cocina, como si la *sombra* me hubiera arrojado allí. La puerta del porche posterior se encontraba ahora cerrada; percibía la luz filtrándose a través de mi salita.

Y las puertas del vestíbulo resonaban y se sacudían bajo el estruendo de tremendos puñetazos. Y una voz aullaba:

—¡Mrs. Dacres! ¡Mrs. Dacres! ¡Mrs. Dacres! ¡Gwynne! ¿Qué ocurre? ¡Gwynne!

Me levanté penosamente del suelo. El piso bailoteaba vertiginosamente al ponerme de pie; el cielorraso se ladeaba una y otra vez, como presa de un remolino. Mis pies se desplazaron poco a poco, débilmente, hacia la puerta... y aquel estrépito...

—¡Soy yo, Hodge Kistler! ¡Déjeme entrar!

Retiré las sillas de abajo de las manijas y abrí las puertas. Al abrirlas, casi dieron de boca conmigo. *Mr. Kistler* se erguía ahora frente a mí, clavándome la mirada, ávidamente; tras él veía a *Miss Sands*, *Mr. Buffingham*, *Mr. Grant* y *Mr. y Mrs. Waller*, todos ellos cubiertos con pijamas y saltos de cama deshilachados y raídos.

—Yo... yo... yo... —balbucí, y arrojando mis brazos alrededor del cuello de *Mr. Kistler*, eché a llorar en su pecho como una criatura. Me levantó en vilo y se sentó en el sillón teniéndome sobre sus rodillas; apreté tiernamente mi rostro contra su pescuezo y continué gimoteando. Los demás seguían dándome palmaditas y

preguntándome de continuo: «¿Qué le pasó?», «¿Qué es eso?», «¿Qué fue?».

—¡Ea, basta de lloros y niñerías, nena, y cuéntanos lo acaecido!
—interrumpió Kistler.

Aparte mi faz de su cuello para enjugar las lágrimas en el pañuelo que me tendía bondadosamente. El llanto había desanudado mi garganta:

—¡Un hombre intentó estrangularme!

—¡Vamos, te chanceas!

—No... ¡no!... El pescuezo me escuece todavía horribilmente.

La gente se aglomeraba en torno nuestro para examinarme el cuello.

Miss Sands y *Mrs. Waller* lanzaron sendos chillidos de espanto; todos, salvo Kistler, se separaron un poco para mirarme y escrutar temerosamente la habitación.

—No fue alguien conocido... Oí un rumor en el fondo... cerca de la ventana del sótano y... salí a ver para...

Mr. Kistler se puso de pie, empujándome sin ceremonias al suelo hasta pararme como una muñeca.

—¡Abriste la puerta para ofrecer tu cuello al tal estrangulador so loca! —barbotó.

—¡No... no es cierto!... Sólo me asomé por la barandilla para mirar afuera... Pero supongo que *él* se agazapaba del otro lado y...

Con una mano me empujó a la silla y luego abrió sus brazos como aspas de molino.

—¡No posee ni pizca de seso! —gruñó.

—Sí, sí... ¡sí!... —murmuré—. Fue alguien que...

Miré entonces a las personas reunidas a mi alrededor. Todos cuantos residían en la casa, salvo los *Tewmans* y *Mrs. Garr* se hallaban allí. Iba a decir justamente que el *estrangulador* debía ser alguno de la pensión, por cuanto ahora imaginaba que los furtivos pasos que escuchara bajando por las escaleras eran perfectamente reales y no fruto de mi imaginación trastornada... Con todo, decidí no decirlo entonces.

—Creo mejor llamar a la policía —insinué.

—¡*Okay*, nena, la fiestita es tuya! —respondió lentamente Kistler.

La policía llegó al poco rato. Se trataba de dos agentes jóvenes, tan jóvenes, de hecho, que se daban visibles humos de grandeza y de afectado aburrimiento, como de gente acostumbradísima a tales achaques. Uno de ellos parecía conocido de Kistler.

—¡Salud, Hodge! —dijo—. ¿Qué demontres ocurre aquí?

—¡Hola, Jerry! Oye, pasa que esta señorita ha sido casi estrangulada por un individuo desconocido.

—Culpa suya por franquear la entrada a gente que no conoce, *miss*.

—¡Nada de eso hice, oficial!

—¿Quién fue, *miss*?

—No lo sé —musité, y armándome de coraje, largué con serenidad *mi bomba*—. Sospecho que fue alguno de la casa.

Todos se quedaron como de piedra. Seguidamente estalló un coro de voces excitadas.

—¡Bueno, bueno, calma, amigos! ¡Calma! Dejen que la chica cuente lo que tiene que contarnos. ¡Ea, díganoslo todo, *miss*!

Y así lo hice, partiendo de las pisadas que creyera haber oído por las escaleras.

—¿Algunos de ustedes oyó algo? —Jerry se dirigía a los demás.

Ninguno admitió haber oído o visto algo insólito. *Miss* Sands declaró que se había acostado y conciliado el sueño alrededor de las nueve y media, luego de un día de venta particularmente cansador en su empleo. *Mr.* Grant había estado durmiendo. Los Waller concurrieron a un cinematógrafo y regresando a casa a las once, se acostaron casi enseguida. *Mr.* Buffingham salía a la calle a comprar cigarrillos cuando me pasó en el vestíbulo; poco después regresó, leyó un tiempo, y se acostó.

Mr. Kistler se había demorado en el centro de la ciudad hasta después de la medianoche, deteniéndose ante mi puerta para darme las buenas noches al observar el hilillo de luz filtrándose por debajo de la hoja, se alarmó al no recibir respuesta alguna a sus llamados

reiterados. Los demás pensionistas se despertaron al oír el estruendo de sus puñetazos sobre la puerta y su vozarrón llamándome por mi nombre. Salvo el propio Kistler, *todos habían bajado juntos*. Cada uno de ellos podía dar fe de los demás.

—Desde luego —articuló, sombrío, Jerry, pavoneándose— resultaría imposible determinar cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que casi la estrangularon y el instante en que Kistler penetró aquí. Sea quien sea, contó con tiempo sobrado para subir a su habitación y desvestirse. O quizá dio vuelta por el edificio, entró aquí y comenzó a asestar puñetazos a la puerta.

—Eso no fue lo ocurrido, viejo —*Mr.* Kistler se mostraba muy calmoso.

—¡Al demontre! —Jerry se rascó la coronilla—. Oye, ¿quién corre aquí con la dirección de las cosas? ¿Quién es el dueño?

Los agitados pensionistas le explicaron que *Mrs.* Garr había ido a Chicago. El policía les preguntó, uno tras otro, si estaban perfectamente seguros de que *Mrs.* Garr había partido esa noche.

Y todos sabían tal cosa. *Mr.* Buffingham aseguró al principio que nada sabía al respecto, pero luego se rectificó:

—¡Ah, sí! Creo que dijo algo por el estilo... Francamente, presté poca atención a eso.

Cuando le llegó el turno a *Mr.* Grant, el anciano caballero se limitó a articular un vaguísimo: ¡Sí, lo sabía!

—Se trata de esa excursión en el «Gran Occidental» —intercalé yo.

—Partió de Gilling City a las 8:05 p. m., Jerry —aclaró el segundo policía.

—Pero *Mrs.* Garr no se marchó, entonces —tales palabras fueron pronunciadas en alta voz, como si el que hablaba pensara en alto. *Mr.* Grant volvía a hacer uso de la palabra.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Que no se marchó?

—Es que yo la vi después de esa hora... es decir, después de las ocho y cinco, oficial.

—¿De veras? ¿Y en dónde fue?

—Del otro lado de la calle, caminando por la Diez y Seis. Me encontraba en mi habitación, acodado a la ventana, cuando la distinguí cruzando la calle por la otra esquina, frente a la Elliott House, oficial. Creí que regresaba en busca de algo olvidado. Consulté mi reloj pocos minutos después, pues abrigaba la intención de salir a pasear aprovechando la hermosa noche. Y bien, eran alrededor de las ocho y cuarenta minutos.

Mr. Kistler salió a escape al vestíbulo:

—¡*Mrs. Garr!* ¡*Mrs. Garr!* —llamó a voz en cuello—. ¡*Mrs. Garr!*

Su vozarrón repercutió en el sombrío vestíbulo, pero no hubo respuesta a su llamado. Regresó instantes más tarde.

Jerry tomó por su cuenta a *Mr. Grant*:

—Amigo mío, hay muchas ancianas por este barrio —dijo con indulgencia.

—Es difícil que confunda a *Mrs. Garr*, oficial.

—Sí, sí... ¡quizá sea así!... Pero... ¿Cuánto tiempo pasó entonces antes de consultar su reloj?

—No creo que fueran más de cinco... tal vez diez minutos, oficial.

Jerry se echó a reír:

—¡Eso es lo que usted imagina, hombre! —se irguió, impaciente—. ¡Demontres! Todo esto no nos lleva a ninguna parte, amigos. Bien, le llegó el turno a usted, *Mrs. Dacres*. ¿Cree usted que la vieja volvió a la casa e intentó acogerla?

Medité un poco.

—¡Oh, no! No... no podría ser ella... Sea quien sea, se trataba de una persona fuerte. Además, *Mrs. Garr* sufría del corazón y el mero hecho de subir las escaleras la dejaba agotada, jadeante. No oí la respiración de... ese individuo antes de que me apresara el cuello...

—¿No logró verle para nada?

—No... Pero tengo la sensación de que se trataba de un hombre.

Jerry masculló algo para su coeto:

—Dígame, ¿era gordo, alto, flaco, bajo?

Pero me fue imposible proporcionarle las señas del individuo atacante. Sólo sabía que vi manos... manos proyectándose en las

tinieblas. Y brazos. Y una fuerza de titán en aquellos dedazos estranguladores.

Las miradas que me dirigían *Mr. Waller*, *Miss Sands* y *Mrs. Waller* parecían henchidas de resentimiento. *Mr. Grant* me observaba con dulzura de oveja. *Mr. Buffingham* estaba sombrío. Y *Mr. Kistler* alerta. Estudié a unos y a otros, en procura de algún indicio que les delatara.

—No les pierdas de vista, Red —ordenó Jerry— mientras voy a echar un vistazo por ahí.

Extrajo una linterna eléctrica del bolsillo y partió rumbo a la cocina. Al cabo de unos minutos le siguió Hodge. Nos quedamos en silencio mientras duró su ausencia. Cuando volvía los ojos para mirar a cualquiera de los demás pensionistas, aquél desviaba la vista.

Jerry regresó poco después.

—No parece que haya sido tocado nada —anunció.

Cruzó mis habitaciones, entró al vestíbulo y bajó ruidosamente las escaleras de los sótanos. Cuando retornó, se paró en mitad de la alcoba, meditabundo, oscilando su linterna.

—¿Esas pisadas que usted oyó deslizarse escaleras abajo son el único indicio con que cuenta usted para pensar que el estrangulador fue alguno de la casa? —inquirió.

—Sí, eso es todo.

—¡Oiga, hermanita! Así es como yo me lo imagino: algún malhechor de poco más o menos andaba merodeando por aquí, a la pesca de algo que robar. Abajo, en el sótano, hay una ventana que se encuentra abierta alrededor de una pulgada. Ha sido clavada o algo por el estilo; como quiera que sea, no cede; yo no pude moverla ni un dedo. El tipo trató de abrirla, pero no pudo. Usted le oyó huronear por allí. Abre su puerta y le espanta y le salta al cuello para evitar que usted chille y luego pone pies en polvorosa. Venga usted conmigo para calmarse los nervios, y verá usted cómo fueron las cosas.

¡Vaya una procesión teatral que formaríamos, dado el caso que alguien nos hubiera visto en aquel momento de esa hermosa noche

sin luna! ¡Con el policía a la cabeza, dirigiendo el haz de luz de su linterna hacia las ventanas del sótano, y el desfile de gentes vestidas con ropas de cama, y la luz jugueteando por turno en sendas ventanas! Estas tenían vidrios granulados, doblemente oscurecidos por el polvo y el hollín. Las ventanas estaban firmemente cerradas, salvo la de la izquierda, abierta una pulgada por la parte inferior. Parecía clavada, conforme lo indicara Jerry; barruntaba que *Mrs. Garr* sabía que sus mascotitas necesitaban aire, pero que no quería ladrones en su casa.

Todos franqueamos en tropel la puerta de la cocina; *Mr. Kistler*, que cerraba la marcha, corrió el pestillo. En el sótano, Jerry continuaba calmando mis nervios.

—¿Ve, *Mrs. Dacres*? Voy a recorrer todo aquí dentro. Los cuartos del frente se hallan vacíos, y ni siquiera tienen pasador. No hay ni un alma aquí, señora. Nada fue tocado, que yo sepa. Examine ahora este cuarto del horno. Nadie aquí. Ni tampoco en las tuberías. No hay ninguno en el depósito.

Dirigió el haz de luz breves instantes al interior del cuartito, el cual estaba de nuevo en perfecto orden. Algo más había allí, empero: la silla de *Mrs. Garr*, sobre la cual se veían algunas prendas de vestir hechas una pelota.

Todos examinamos la puerta del fondo de la cocina. El perro ladró y por alguna causa desconocida no atiné a reprimir un escalofrío de terror. Pugué por hallarle alguna explicación, e hice hincapié en la única razón que imaginaba entonces.

—¡Cosa curiosa! ¡La llave ha desaparecido! *Mrs. Garr* acostumbraba a dejarla colgada de un clavo en el marco. Seguramente se la llevó consigo.

—Bueno, le concedemos cierto derecho a encontrar todo misterioso, nena —murmuró Jerry, paternalmente; giró sobre sus talones, dirigiéndose a las escaleras—. Pero la próxima vez no abra la puerta del fondo para curiosear los ruidos de la noche. ¿No fue cerca de aquí donde asesinaron a ese Zeitman? Bien podrían haberla

arrojado por esa barandilla para hacerse una tortilla con los sesos al pie del murallón. Menos mal que tuvo una suerte del demonio.

—¿Por qué no viene usted conmigo y duerme el resto de la noche en el lecho de la sala? —ofreció de súbito *Mrs. Waller*. En el ambiente flotaba cierto aire de perdón y olvido condescendiente.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó Jerry.

Cuando estuvimos una vez más en el vestíbulo de la planta baja, *Mr. Kistler* alzó la voz, meditabundo:

—Hay una seguridad más que podríamos proporcionar a *Mrs. Dacres* —puntualizó—. Revisemos toda la casa a fin de cerciorarnos de que no hay ningún individuo escondido. Y según me lo imagino, si fue alguien de la pensión, ese tal debía caminar sobre sus medias o calcetines. Y lo uno o lo otro deben encontrarse bastante sucios de polvo o tierra...; indicando, por lo menos, que se ha caminado largamente sobre ellos. Sugiero que examinemos todos los calcetines de la gente aquí reunida. Comiencen ustedes por los míos, caballeros.

Se sentó de nuevo sobre la silla de cuero negro a los efectos de sacarse los zapatos. A buen seguro, no había caminado por la calle con aquellos calcetines.

Miré los pies de los demás. El policía rió por lo bajo. Uno tras otro todos los demás mostraron sus calcetines o pies desnudos, inocentes de todo polvo acusador.

Examinamos brevemente la salita de *Mrs. Garr* antes de subir las escaleras. La casa de la anciana no tenía altillo; es un edificio de techo bajo. De suerte, pues, que continuamos examinando todos los demás cuartos.

Ni rastros de malhechor alguno en el baño. Nos apeñuscamos en la habitación de *Miss Sands* y observamos la pobre media remendada, cruzada sobre la silla colocada junto al lecho mísero; observamos su lío de ropa para lavar, mirando todos con curiosidad, entre avergonzados y desconfiados, aquel cuartito pobre, desnudo, incómodo.

El departamento de los Wallers seguía al de *Miss Sands*; tenía tres cuartitos al fondo: dormitorio, salita y cocina; no estaba tan pobremente amueblado como el de *Miss Sands*, pero allí se veía también la misma desnudez patética, sin esos cuadros, esos chismes, esas cosillas deliciosamente inútiles que concretan una vida dichosa. Sólo los muros, los muebles, las alfombras. Limpios. Y desnudos con esa desnudez de matrimonios sin hijos y ya maduros. Sus medias estaban sobre sus zapatos altos, limpias.

Seguidamente venía el cuarto de *Mr. Grant*. Allí se advertía cierta diferencia palpable. Una buena lámpara para leer junto a una cómoda silla azul de almohadones bajos. Un equipo de costosos y finos cepillos de cerda sobre el tocador; y libros lujosamente encuadernados. *Mr. Grant* llevaba sus calcetines.

La alcoba de *Mr. Buffingham* era semejante a la de *Miss Sands*, pero un tanto más desordenada; algunas cacerolas sin lavar y una sartén grasienta sobre la cocinilla a gas; platos sucios sobre la mesa, sábanas y frazadas arrojadas a un costado; ropas depositadas en desorden sobre las sillas. Pescó sus calcetines del montón de ropa sucia arrojada sobre el piso del desván, ambos libres de polvo.

Los cuartos de *Mr. Kistler*, por último, estaban cerrados con llave antes que los abriera; el aire olía mal, a rancio, como si la alcoba hubiera estado cerrada durante todo el día. Con pomposa ceremonia extrajo de abajo de la cama algunos calcetines sucios.

¡Ni una sola pista en toda la casa! Jerry y Red, al partir, se despidieron con esta chanza:

—¡Buenas noche a todos! Nos vamos, pero no olvide de llamarnos la próxima vez que la asesinan de verdad, *Mrs. Dacres*.

Hodge me ayudó a llevar sábanas y frazadas hasta el lecho de los Waller. Acarreó todas las ropas de cama de una sola vez; contemplé sus manazas y pensé en las garras que apresaron, ferozmente, mi garganta. Ciertamente, Hodge tenía las manos más poderosas y... más de estrangulador de todos los hombres de la casa.

—Suerte para mí que usted se detuvo a llamar a la puerta —observé, pero la mar de extraños pensamientos rondaban por mi

cerebro.

En el departamento de los Waller me sentí perfectamente a salvo y prontamente concilié un pesado sueño. Al despertar a la mañana siguiente, *Mr.* y *Mrs.* Waller se aparecieron en el cuarto para saludarme en el lecho, alegres y joviales. Desayuné con ellos, bajando primero a mi cuarto para vestirme convenientemente y traer mi ración de tocino y crema. Nos hicimos tan amigos que *Mr.* Waller se puso el sombrero para acompañarme hasta el tranvía de la calle Diez y Seis. A los efectos, explicó risueñamente, de que nadie intentara estrangularme por la calle.

—No se amargue usted demasiado por lo ocurrido —puntualizó paternalmente—. Esa clase de cosas suelen ocurrir en ciudades de esta importancia. Siempre hay por ahí algún ratero a la pesca de algo que robar. Pero no son peligrosos, si se cuida de cerrar bien ventanas y puertas.

—No dudo que usted debe tener mucha experiencia —le respondí—. *Mrs.* Garr me contó que usted era agente de policía jubilado. Con todo, me parece usted demasiado joven para retirarse.

Su afabilidad se trocó en súbita cólera:

—¡Esa maldita bruja! —masculló rabiosamente—. ¡Podría decirle a usted algunas cosillas de ella que vaciarían su condenada pensión en un abrir y cerrar de ojos!

En honor a la verdad, aquel arrebató de ira me dejó perpleja y desconcertada. Pugué por borrar el efecto de mis palabras y volverle nuevamente amable conmigo, pero era tarea harto difícil, y el hombre se quedó callado como una tumba.

Semejante cambio en él me dejó atónita. ¿Por qué había sido? ¿Acaso por mi observación referente a su juventud excesiva para ser jubilado? ¿Por qué se había enfurecido tanto por eso? Aún reflexionaba sobre el particular cuando llegué a mi oficina.

Pasé allí un día de prueba. Desde luego, cometí la tontería de contarles a las chicas de la oficina lo ocurrido por la noche. Y al jefe

de la Sección Publicidad eso no le gustó ni pizca; a las seis de la tarde me comunicaron que la empleada que reemplazaba tornaría al trabajo la semana siguiente y... ¡muchas gracias por haberles ayudado!...

De nuevo sin empleo, recibí el salario de la semana en el sobre correspondiente y regresé a casa a dormir, deteniéndome sólo para comprar un *sandwich*. Ya en casa, cumplí a conciencia la importante tarea de atrincherarme en mi departamentito. Esta consistía en colocar la silla tapizada debajo de las manijas de las puertas dobles, conjuntamente con las otras dos sillas menos resistentes, amén de apoyar la mesa de la cocina contra la puerta del fondo y encajar una silla debajo del picaporte de la puerta de la cocina conducente a las escaleras en desuso de los sótanos.

Si esa noche alguien merodeó cerca, no le oí.

El Memorial Day, un domingo, amaneció lluvioso y encapotado. *Mr. Kistler* descendió a las once para devorar algo olvidado sobre la mesa del desayuno. *Miss Sands* y los *Waller*s bajaron un tiempo más tarde. Al cabo de un rato de encontrarnos todos allí reunidos, despejamos a un costado de la mesa la vajilla del desayuno e iniciamos una reñidísima partida de cartas, apostando valiosos fósforos en la parada. *Mr. Grant* bajó para curiosear el juego, aun cuando rehusó participar en él. *Mr. Buffingham* asomó su cabeza por la puerta poco antes del mediodía.

—¿Cómo le va? —preguntó con desgana.

—Bien —respondí—. Ya gané casi todas las cerillas de *Mr. Kistler*. ¿Por qué no viene a jugar?

—No, gracias, soy un hombre de trabajo.

Después que se marchó *Mr. Buffingham*, el juego continuó sin interrupciones. A las tres, *Mr. Kistler* tenía en su poder todos los fósforos. Los *Waller*s y *Miss Sands* renunciaron a la lucha y se marcharon a sus habitaciones.

—Desdichado en el amor... —*Mr. Kistler* apiló pomposamente las cerillas conquistadas en la caja de fósforos—. Una cena le pagaré por este desayuno que acabo de comer, nena.

Y se portó mejor de lo que decía. Cenamos y bailamos, y a la mañana siguiente me obligó a levantarme temprano para salir a pescar en medio de una borrosa y grisácea llovizna. Pasamos todo ese día de fiesta sentados en un bote del Lago Slater, pescando mojarras a pura caña de bambú y arrojándolas después al agua de nuevo, pues eran demasiado pequeñas para freír.

El martes por la mañana el teléfono repiqueteó alrededor de las nueve. Al no contestar el llamado *Mrs. Tewman*, acudí yo prestamente.

La voz aguda al otro lado del hilo telefónico —que identifiqué fácilmente por la de *Mrs. Halloran*— pidió hablar con *Mrs. Garr*.

—¡Hola!... ¿Es usted, *Mrs. Halloran*?... ¡Bienvenida, bienvenida!... No la he visto, pero la llamaré enseguida.

Colocando la palma de la mano sobre el tubo, grité:

—¡*Mrs. Garr*!... ¡*Mrs. Garr*!... ¡*Mrs. Garr*!

Aguardé, pero no recibí respuesta.

—Aún no la vi y no me responde —dije por teléfono—. ¿Cuándo regresó usted? ¿Se han divertido mucho?

—Hace alrededor de una hora; acabo de llegar a casa. ¡Oh, sí! ¡Nos divertimos en grande!

—¿Tiene usted algún recado que darle a *Mrs. Garr*?

—No, díglele sólo que llamé y que me divertí muchísimo.

A decir verdad no sé cómo podría haber intuido entonces lo ocurrido de conformidad con los términos de esa conversación. Lo único que me sorprendió, llamándome poderosamente la atención, fue que el recado de *Mrs. Halloran* no parecía por demás agradecido y vibraba en él cierto raro retintín de maligna venganza. Además, resultaba curioso que *Mrs. Halloran* llamara a la casa antes de que *Mrs. Garr* tuviera tiempo siquiera de llegar a ella.

Toda una sorpresa fue para mí esa mañana cuando tropecé inopinadamente con un buen trabajito. El tercer lugar a que concurrí fue la *Casa Hibbard*, y sus propietarios se mordían los puños de rabia, pues el técnico publicitario de la empresa no se había presentado ese día al trabajo y no lograban ponerse en contacto con

él. Los avisos estaban ya diagramados, pero los compradores se desgañitaban pidiendo las pruebas correspondientes, y en las oficinas nadie entendía un ardite. De modo, pues, que me tomaron sobre la marcha, y yo contenta como unas pascuas.

Aquella noche regresé tarde a casa, dormí, y salí temprano; no vi a ninguno de los demás pensionistas. Al día siguiente hice lo propio. El jueves por la mañana el técnico publicitario de la *Casa Hibbard* penetró furtiva y vergonzosamente en su oficina. Permanecí junto a él hasta enseñarle lo que había hecho, ayudándole a poner todo en orden. Era el tres de junio.

CAPITULO 7

Esa fue la noche fatal. Aun ahora, pasado el tiempo, recuerdo aquello con horror indescriptible.

Alrededor de las siete de la tarde abrí las puertas de mi alcoba en respuesta a un suave llamado con los nudillos. Me vi frente a *Mr. Grant*:

—No tuve ocasión de verla por la casa estos últimos días — musitó con su vocecilla dulzona—. Y pensé que... convendría que la saludara y...

—Me alegro en el alma que llamara, *Mr. Grant* —respondí—. Entre usted, por favor, y tome asiento.

El hombrecillo se aclaró la garganta.

—Ando medio preocupado por *Mrs. Garr* —anunció—. ¿No tenía que regresar pronto a casa?

Me quedé mirándolo de hito en hito y con la boca abierta un palmo:

—¿Cómo que no ha regresado todavía? —balbucí—. ¡Pero si tenía que estar de regreso el martes por la mañana!

—Pues yo no la he visto.

—¡Oh! ¡Debe haber vuelto ya! A buen seguro que se encuentra en alguna parte de la casa. Voy a llamarla.

Al igual que hiciera *Mr. Kistler* el viernes último, salí yo al vestíbulo voceando a voz en cuello el nombre de nuestra casera:

—¡*Mrs. Garr*! ¡*Mrs. Garr*!

No hubo respuesta. Corrí a la entrada de las escaleras del sótano; éste se encontraba a oscuras, pero llamé también allí. De nuevo no recibí contestación. Regresé junto a *Mr. Grant*.

—Ahora no está en casa, pero... ¡Un momento!... Déjeme pensarlo... ¡*Mrs. Halloran* ya retornó a la ciudad!... Sí, me llamó por teléfono el martes por la mañana antes que yo saliera al centro. Y pidió hablar con *Mrs. Garr*.

Mr. Grant me miró, parpadeando, largo tiempo; sus ojillos relucían, enigmáticamente, detrás de sus gruesas gafas.

—Entonces *Mrs. Garr* debe haber regresado ya. Vea usted, fue raro —¡muy raro!— el que yo la viera aquella noche del viernes pasado... Juraría que era *Mrs. Garr*. ¿Usted no cree en... en aparecidos, *Mrs. Dacres*?

Me reí entre dientes.

—No, pero concuerdo con usted en que es extraño, *Mr. Grant*. Es posible que fuera a otra parte. O que haya sufrido un accidente... o que fuera arrollada por un automóvil y ahora se encuentre en algún hospital, inconsciente...

—¿No cree usted entonces que tendríamos que hacer algo?

—¡Desde luego! Podríamos consultar con los Halloran.

Pero a poco descubrimos que los Halloran no tenían teléfono.

—Subamos a ver a los Wallers —dije— para preguntarles lo que podríamos hacer.

Entrambos subimos rápidamente a los altos. Los Waller no se mostraron muy interesados, al principio, con nuestras sospechas.

—¡Esa condenada bruja! —gruñó amargamente *Mr. Waller*—. Cuanto más tiempo se demore, tanto más me alegraré.

—Sin embargo, bien podría haber sido arrollada por un coche —conjeturó su esposa.

Mr. Waller cobró mayor interés en el caso:

—¡Tal vez, tal vez! —musitó—. Hasta podría estar muerta. ¿En dónde dice usted que vive ese individuo Halloran?

—En algún punto de la calle Dunlop Sur —contesté—. El número no figura en la guía telefónica.

—Sin duda alguna, *Mrs. Garr* tenía esta dirección anotada entre sus ropas o en su cartera. Y si la policía o algún hospital la hubieran recogido, ya nos habríamos enterado de ello.

—*Mrs. Tewman* se ausentó el lunes —intercaló *Mrs. Waller*, pensativa—. El cuarto de baño parece un chiquero.

—*iOkay, okay!* Iremos a caza de esa vieja bruja, amigos. Nunca nos hubiéramos imaginado que algún día yo le *daría caza a ella*, ¿verdad, *Agnes?*... En fin, antes de iniciar esta cacería a ciegas, convendría que revisáramos bien la casa para asegurarnos de que no se encuentra en ella.

La revisión se realizó en breve tiempo. Los altos, el vestíbulo, el cuarto de las escaleras, el sótano. Los cuartos de *Mrs. Tewman* al frente estaban sin llave y vacíos; el cuarto del horno, desierto. *Mr. Waller* bramó: «*iMrs. Garr!*» ante la cocina del sótano, pero salvo un ladrido del perro en respuesta, todo permaneció en completa calma.

El ex policía partió juntamente con *Mr. Grant*. Invité a *Mrs. Waller* a reunirse conmigo abajo hasta que ambos hombres regresaran. Nos detuvimos ante la puerta de la habitación de *Miss Sands* para que nos acompañara también. Sólo estábamos las tres en la casa. Nuestra perplejidad se acrecentaba por momentos, en tanto discutíamos animadamente la extraña desaparición de *Mrs. Garr*.

De pronto, un pensamiento cruzó por mi mente:

—Ella debía saber que permanecería ausente largo tiempo porque... ¡Recuerden a los animales del sótano!... A la sazón habrían enloquecido de hambre si *Mrs. Garr* no les hubiera dejado comida en abundancia. Y el perro ladró poco... De cuando en cuando oigo algún gruñido, y nada más... ¿No opinan ustedes que sería mejor bajar y soltarlos a todos?

—Después va a ser difícil encerrarlos de nuevo —objetó *Mrs. Halloran*.

Decidimos aguardar el regreso de los dos hombres.

Mr. Grant y *Mr. Waller* no volvieron hasta casi las diez. Ambos parecían preocupados cuando entraron en mi salita. No estaban solos, pues les acompañaba *Mrs. Halloran*, ebria de emoción.

—¡Oh, tía Harriet! ¡Oh, mi pobrecita tiita Harriet! ¡Seguro que la asesinaron! ¡Pobrecilla! ¡Y pensar que yo creía que lo hacía a propósito... y me volví loca de rabia... y me divertí hasta no poder más para hacerla enfurecer... mientras ella... ¡pobrecilla!... quizá estaba muerta... o la habían secuestrado!

—Pero ¿qué está usted diciendo, mujer? —pregunté a *Mrs. Halloran*—. ¿No estaba en perfecto estado de salud cuando regresó de Chicago el martes pasado?

—¡No, no, no! ¡Nunca fue a Chicago! —me espetó *Mrs. Halloran*, retorciéndose las manos—. Las dos estábamos al lado de las verjas de entrada cuando yo le dije que sacara su pasaje: «¿Tienes ahí él boleto, tía?», inquirí. El mío ya lo tenía en la mano. Con todo, ella me respondió: «¡Hay tiempo de sobra, hay tiempo de sobra!». Entonces el revisor nos pidió los pasajes, y tía abrió su cartera y rebuscó dentro, pero no pudo encontrarlo; «ve adelante —me dijo entonces— y resérvame un asiento»; y subí entonces al tren; escogí un buen asiento en la parte media del convoy... ¡pero ella nunca vino!... Cuando el tren arrancó, pensé que tía debía andar buscándome por alguno de los otros vagones. Al cabo de un tiempo, rogué a otra señora vecina que me guardara el asiento y recorrí todo el convoy buscándola, pero tía no estaba allí. Al llegar a Chicago, me dirigí al Hotel Clinton, en donde ella me había dicho que pararía; pero tampoco estaba allí. Me puse loca de rabia y fui al cinematógrafo... ¡mientras quizá la pobre tiita Hattie era asesinada luego de haber perdido su pasaje!

—Mejor ponernos en contacto inmediato con todos los hospitales de la ciudad —murmuró *Mr. Waller*, vibrante ahora de acción—. Y hablar con la policía para que intervenga la Sección Personas desaparecidas.

Y por tercera vez desde que me mudara a esa casa, la policía recibió un llamado telefónico de la pensión de *Mrs. Garr*.

De conformidad con los visibles esfuerzos desplegados por *Mr. Waller* ante el teléfono, inferí que el Departamento de Policía se mostraba escasamente interesado por la inexplicable ausencia de *Mrs. Garr*.

—Sí... ha desaparecido misteriosamente... —explicaba *Mr. Waller*, reiterando sus declaraciones—. Falta desde el viernes pasado por la noche... No, es una mujer anciana... De alrededor de sesenta años... No... no tiene más que un pariente... y está aquí con nosotros, preocupadísima... *Mrs. Garr* iba a ir a Chicago el viernes, pero no tomó el tren... No... no se perdió en Chicago... Le digo, hombre, que no tomó el tren ni...

Mr. Kistler regresó a casa a la medianoche y *Mr. Buffingham* alrededor de la una. Ambos se agregaron a la partida indagadora, pero ni uno ni otro parecieron demostrar nuestro mismo grado de interés.

Los dos policías llegaron casi pisándole los talones a *Mr. Buffingham*. Se trataba de los mismos hombres del viernes último: Jerry y Red. Entrambos penetraron bruscamente en mi cuarto, adustos y malhumorados.

—Bueno, ¿qué pasa ahora aquí? ¿Alguna tontería más? —preguntaron.

Mrs. Halloran se designó a sí misma portavoz del grupo. Pero ambos parecían la mar de aburridos.

—¡Bah! ¡Ya volverá, hombre! A lo mejor perdió el tren, y fue de visitas a otra parte, ¿entienden? ¿Existe algún motivo por el cual esa mujer tenía que comunicarles a ustedes dónde iba, acaso?

Mr. Grant clavó su mansa mirada de ovejita en los dos policías:

—Viví en esta casa cuatro años largos y nunca supe que la abandonara siquiera dos horas —murmuró.

—Bueno, pues esta vez sí lo hizo, amigo. ¿No dijo acaso que *iría a Chicago*? La mujer no se encuentra en ningún hospital de la

ciudad; no está tampoco en el depósito de cadáveres; ni menos en la cárcel. ¿Y entonces?

—Quizá fue atropellada por un automóvil, cuyo conductor la recogió y ahora la atiende en su casa —intercaló Hodge con ojos inquietos—. O tal vez fue asesinada y enterrada en algún lugar desierto del campo... o...

Mrs. Halloran, lanzó un penetrante chillido y cayó, de espaldas, sobre su silla. Con todo, se recobró casi en un periquete. A lo que parece, la mujer no quería perderse un instante solo de todas aquellas desusadas emociones.

—Bien, abriremos mucho los ojos por si la vemos por allí —prometió Jerry, condescendentemente, al tiempo que se incorporaba para marcharse.

—Aguarda un minuto, Jerry —indicó Kistler, siempre meditabundo—. Parece ocioso revisar de nuevo la casa; pero hay un lugar que no miramos, ¿recuerdan? Es esa cocina de abajo.

—¡Vamos, déjate de necedades!

—Supónganse que *Mrs. Garr* olvidara allí el pasaje y que hubiera regresado a buscarlo, cayéndose entonces o enfermándose o... Tal vez yace allí enferma... ¡o muerta!

—En tal caso, ¿cómo está cerrada con llave la puerta? —apuntó Jerry, con férrea lógica.

—¿Probaste a ver si estaba cerrada con llave? —inquirió el muchacho.

—¡Hombre! ¡Claro que sí! Seguro que estaba bien cerrada... Al menos, así me parece —la voz del policía cobró cierta vaga indecisión—. *¡Okay, okay!* —murmuró luego—. Vamos a revisarla otra vez.

Una vez más nuestro grupo, integrado por nueve personas harto desparejas, desfiló escaleras abajo en desorden. La frialdad de los sótanos, en contraste con el calorcillo primaveral de la planta baja, arrancó escalofríos de todos nosotros. Los accesos más lejanos del cuarto del horno estaban a oscuras. El lugar hedía peor que nunca. *Mrs. Tewman*, según me pareció, había hecho tan poca limpieza allí

como sostuviera la propia *Mrs.* Waller. Y además, aquellas bestezuelas allí abajo encerradas...

La mano de Jerry ciñó el picaporte de la puerta de la cocina. Adentro, el perro gruñó sordamente.

La hoja no se movió. El policía se volvió triunfalmente a nosotros: —¿Vieron? ¡Bien cerrada está! ¿Satisfechos ahora, amigos?

—No, no, yo no estoy satisfecho —respondió Hodge—. Creo que tendríamos que derribar la puerta.

Jerry se encogió de hombros:

—*iOkay!* ¡Cómo quieras! —replicó, amohinado.

Él, Red, Jerry y *Mr.* Waller empujaron contra la hoja; cuando Jerry aplicó a ella sus espaldas poderosas, cedió un poco, pero la cerradura resistió.

—¡Aguarden! —anunció Hodge, tranquilamente. Por alguna parte del sótano vi un hacha...

Rebuscaron hasta dar con el cajón de herramientas colocado debajo de una tubería. Jerry extrajo de ella una hachuela y pronto astillaron la madera de la hoja por la parte de la cerradura; cuando ésta saltó, la puerta se abrió hacia dentro.

Instantáneamente, los tres gatos salieron escapados y se escabulleron ágilmente por entre nuestras piernas. El perro emergió también y durante unos instantes se quedó al acecho ante la puerta, terminando por escurrirse fuera, circundando rápidamente el grupo.

—¡Demontres! ¡Es un verdadero zoológico! —exclamó Jerry—. Y huele como cien mil zoológicos también...

El cuarto estaba totalmente a oscuras; el policía extrajo su linterna del bolsillo y paseó el haz luminoso por los muros. Dio dos pasos adelante; todos les seguimos también.

—¿Ven? Aquí no hay nadie ni... —comenzó diciendo con aplomada seguridad; luego calló en seco— ¡demasiado en seco! —y seguidamente se deslizó un minuto realmente interminable, tenso, cargado de electricidad, grávido de horror y de espanto...

Y después estalló de nuevo la voz despavorida del policía:

—¡¡Dios mío!! —gimió—. ¡¡Dios mío!! ¡Salgan de aquí! ¡Salgan de...! —retrocedió tambaleándose como un ebrio, manoteando ciegamente, loco de pavor; sus ojos horrorizados nos miraban sin vernos—. ¡¡Red!!... ¿Dónde... dónde... estás...? ¡Oh!... —un horrible gorgoteo estalló en su garganta—. ¡¡Dios mío!!

Se volvió presa de estremecedor frenesí e instantes más tarde caía boca abajo, presa de terribles sacudidas, sobre la boca del barril de ceniza.

Red giró sobre sus talones, arrancó la linterna de la mano temblorosa de su camarada e hizo girar el haz de luz por el cuarto. *Mr. Kistler* y *Mr. Waller* saltaron a una para espiar por sobre su hombro. Sólo arrojaron una mirada fugaz hacia un rincón, y luego retrocedieron en desorden, despavoridos. Sus rostros estaban más pálidos que el papel cuando se volvieron de nuevo hacia nosotros. *Mr. Kistler* parecía como si fuera a descomponerse, pero resistía heroicamente aquel extraño impulso.

Y luego *Mrs. Halloran* comenzó a chillar de nuevo, estridentemente, lanzando chillido tras chillido. Me incliné sobre ella, le di de bofetadas, y empujándola hacia las escaleras, laforcé a sentarse en el primer peldaño. Los aullidos taladrantes fueron apagándose y fundiéndose en un gorgoteo sibilante: «¡Aaaj-juuu! ¡Aaajjj-jjuuu!».

Creo recordar que pensé que la pobre mujer estaba amedrentada. Red se inclinaba ahora sobre Jerry y le palmeaba vigorosamente las espaldas.

—¡Dios del cielo! —balbuceó *Mr. Waller*—. ¡Dios del cielo!

Su mujer susurró:

—¿Qué pasa, Joe? ¿Qué es?

—Es ella... ¡Dios mío... es *ella*!

—¿Quieren decir que *ella* está muerta?

Durante unos instantes el ex policía no contestó. Y luego murmuró débilmente:

—Sí, es ella y está muerta. ¡Está muerta!

El ataque de Jerry parecía concluir; el pobre diablo se recostaba ahora, ceniciento, contra el horno.

—¡Vaya una lío infernal que encontramos! —balbuceó—. Bueno, ahora sé lo que le espera a un policía —nos sonrió a la redonda, torcidamente—. ¡Caramba, es necesario llamar a los superiores!... Telefonaré yo... Ustedes quédense aquí...

Mr. Kistler entregó a Jerry su linterna eléctrica; el policía comenzó a subir los escalones, iluminándose con la linterna mientras así lo hacía; a mitad de camino trastabilló, cayó algunos escalones y luego se irguió de nuevo, tambaleándose:

—¡Fuera! —aulló—. ¡Fuera de ahí!

Uno de los gatos se agazapaba en la embocadura de las escaleras; sus ojazos verdosos reflejaban curiosamente la luz de la linterna. Cuando el policía lanzó sus gritos, la bestezuela se escabulló ágilmente, y aquél continuó subiendo, maldiciendo profusamente en voz baja.

Luego oímos el sonido de su voz en el vestíbulo. Nosotros nos quedamos allí abajo, sin articular palabra, como si estuviéramos paralizados por las heladas garras de un terror indescriptible...

Jerry había recobrado su aplomo de policía imperturbable al regresar al lado nuestro.

—Vendrán enseguida —anunció—. Vayan arriba todos ustedes.

Ambos policías ascendieron las escaleras tras de nosotros, arreándonos luego hacia mi salita; allí aguardamos, separados unos de otros; *Mr.* Kistler estaba en el mirador izquierdo, atisbando por la ventana. Caminé hacia él:

—¿Qué fue eso? —pregunté bajito—. ¿Es algo tan horrible? ¿*Mrs.* Garr ha sido... ha sido asesinada?

—No lo sé —respondió Hodge.

—¿Qué fue, entonces? ¡Dímelo! ¿Qué ocurrió?

—Hace tiempo que ella murió —susurró Kistler sin atreverse a mirarme en los ojos—. Y los gatos... Bueno, los gatos...

CAPITULO 8

Un alarido estridente brotó entonces de mi garganta. La primera vez en mi vida que calaba hondo en el horror de las cosas...

Pasó algún tiempo antes que comenzara a interesarme de nuevo en los demás. Les miré, uno a uno, procurando adivinar si ellos también *sabían*.

Pero no. Salvo *Mr. Waller* y los dos policías, todos los otros continuaban tan a oscuras, intrigados y apartados unos de otros como anteriormente.

Mrs. Halloran prorrumpió en chillidos:

—¡Ninguno quiere decirme nada! —gimoteó—. ¡Es mi tiita Harriet! ¡Y ha sido asesinada!

Mr. Grant suplicó cortésmente a *Kistler* que hablara:

—Si es cosa que *Miss Dacres* pueda oír... —agregó, a guisa de argumento contundente.

Mr. Kistler se volvió a *Red* y *Jerry*, ambos de pie ante la puerta, como montando guardia. Tuve la impresión que *Jerry* había estado sopesando y midiendo los reflejos emocionales aparecidos en mi rostro cuando *Hodge* me había enterado de lo acaecido.

—Díselo, *Jerry*.

—¡Yo, no, viejo!

—Bien, se lo diré yo —anunció el muchacho—. No sé por qué tengo que cargar yo con todo esto, pero ahí va —su voz se volvió baja y lenta— prepárense para recibir una fuerte impresión, amigos... especialmente usted, *Mrs. Halloran*. Es aún peor que haya

muerto. Y más horrible aun que un crimen. Pasa que ella... bueno, los animales no esperaron... que les alimentaran...

A pesar de la forma en que les preparara, aquel anuncio les sacudió como una detonación. La cabeza de *Mr. Buffingham* cayó hacia atrás; su rostro enrojeció como un ascua. La faz de *Mr. Grant* palideció intensamente. *Miss Sands* contuvo el aliento, provocando un ruido sibilante, estrangulado. *Mrs. Waller* se volvió verde como una hoja. Sus rodillas cedieron bajo el peso de su cuerpo, y Red colocó con precipitación una silla debajo de ella.

Mrs. Halloran gimió sólo una vez, exhalando un berrido agudísimo, taladrante, antes que cayera girando sobre sí misma. Jerry y Kistler la transportaron hasta mi cuarto y la tendieron sobre el canapé. Tambaleándome me dirigí a la cocina en busca de un vaso de agua. Los hombres me dejaron gustosamente a su lado cuando regresé con él.

Mrs. Halloran constituía un serio estorbo en sus cabales, más aún que cuando estaba desmayada; en este último caso podríamos haberla dejado sola. Consciente, comenzó el gimoteo y el chillerío agudísimo, entrecortado de berridos y gorgoteos estrangulados. La pobre mujer estaba horriblemente fea extendida de espaldas sobre el lecho, con las puntas de sus zapatos pateando el aire y su rostro amoratado debajo del embadurnamiento de sus afeites baratos.

Oímos claramente la primera sirena, un lejano ulular convirtiéndose en creciente aullido. Luego otro... y otro... Hombres en uniforme formaban grupos que nos miraban largamente. Y hombres sin uniforme hacían exactamente lo mismo. Fuertes pisadas atronaron los peldaños de las escaleras bajás; pasos sonoros resonaron en el cuartillo del horno. Pero no percibimos pisadas fuertes en aquel cuarto debajo de mi cocina.

Mr. Kistler y *Mr. Waller* desaparecieron entonces y reaparecieron a poco. *Mrs. Waller* continuaba sentada en una de las sillas, y sus labios se movían sin articular sonido alguno. *Mr. Buffingham* fumaba constantemente, volcando las cenizas sobre el piso. En determinado momento levanté un cenicero portátil, y lo coloqué, malhumorada,

frente a él, pero fue como si tal cosa, pues el hombre pareció no advertir mi gesto. Estaba más desencajado que nunca; un pañuelo humedecido colgaba sobre su amplia frente; sus labios se fruncían y desfruncían como si intentara silbar, pero al punto parecía cambiar de idea. *Miss Sands* y *Mr. Grant* se agazapaban, amedrentados, en sendos rincones.

La blanca esfera del reloj eléctrico colocado sobre la mesilla de luz iba mostrando el lento deslizar de sus manecillas... las tres... las cuatro...

Poco antes de las cuatro de la madrugada un hombre alto, con raleantes cabellos rubios y semblante desilusionado, casi aburrido, penetró en mi habitación. Vestía ropas civiles, pero su porte revelaba cierto aire autoritario.

—Soy el teniente Strom. Les interrogaré por turno... en la habitación del frente de la casa —dirigió una mirada en redondo al cuarto—. ¿Quién llamó a la policía? ¿*Mr. Waller*? Bien, *Mr. Waller*, usted será el primero.

Mr. Waller le siguió. Quedábamos siete del grupo, vigilados por Red. *Mr. Kistler* se encaminó cierta vez hacia mí, pero el policía le contuvo.

—Prohibido hablar en privado —gruñó.

Mrs. Halloran se serenó lo suficiente para conciliar el sueño. *Mr. Waller* permaneció en la habitación frontal hasta poco después de las cinco. Luego Red hizo entrar a *Mrs. Waller*. La mujer se demoró allí escasos minutos.

Mr. Buffingham fue subsiguientemente llamado. Antes que subiera a su dormitorio eran bien pasadas las seis de la mañana. *Mrs. Halloran* fue llamada. La despertamos y humedeciendo su frente con un trapo mojado, pasó, vacilante, a la otra habitación, a pesar de estar sostenida por Red.

Rayaba el día cuando Jerry trajo de vuelta a *Mrs. Halloran*.

—Usted es el próximo, *Mr. Kistler* —dijo el policía. Y *Kistler* se marchó.

La entrevista del policía con Hodge se prolongó alrededor de media hora. *Mr.* Grant le siguió en turno, y luego llegó el de *Miss* Sands. Cuando me llamaron finalmente me caía de cansancio y sueño. Jerry me hizo entrar. Al pasar, dirigí rápida mirada al reloj: eran casi las ocho.

Pasé, escurriéndome, al lado de varios policías y del piano de cola alemán para llegar ante el teniente Strom. El hombre se sentaba en el sofá con su espaldar al mirador de las ventanas frontales; frente a él vi una mesita y una silla junto a la misma. El teniente tenía una pluma fuente en la diestra y dos pilas de papeles sobre la mesa ante él, una de ellas escrita, y la otra no. Hacía anotaciones a medida que yo contestaba a sus preguntas.

Me invitaron a sentarme en la silla en cuestión. La luz de las ventanas me daba en pleno rostro; parpadeaba y cabeceaba de puro cansada.

El policía hablaba sosegadamente, pero sus primeras palabras arrancaron el sueño de mis párpados:

—Es inútil andarnos con vueltas, *Mrs.* Dacres. ¿Quién la ayudó en este sucio trabajito?

Mi lengua se pegó al paladar, como paralizada por la sorpresa.

Bruscamente se inclinó sobre la mesa, barboteando:

—¡Vamos, hable! ¡Confiésemelo todo!

—¡Pero si no sé de qué habla, señor! —balbuceé—. No creo que usted pretenda...

—Sí, pretendo eso y mucho más, *Mrs.* Dacres. Y sabemos quien fue su cómplice... ¡*Mr.* Hodge Kistler!

—¿*Mr.* Kistler? —pugnaba en vano por encontrar sentido a esa acusación.

—Conque no era *Mr.* Kistler, ¿verdad? ¿Así que fue otro, eh? ¡Bueno, hable, antes que pierda la paciencia!

El policía barbotaba aquellas palabras en mi propio rostro y al aullar así, me recordaba de tal modo a *Mr.* Gagan que, de súbito, comprendí claramente su rara actitud... y no en la forma que él esperaba...

¡El teniente Strom representaba una burda comedia! Comencé a sentirme irritada, y esa irritación terminó por devolverme mi sangre fría.

—¡Qué tonterías! —dije con énfasis—. No tengo absolutamente nada que ver con la muerte de *Mrs. Garr*.

—Parece que sabe dominarse los nervios, ¿verdad? ¡Y un buen dominio, a fe mía! Y dice que no tiene nada que ver con eso... ¡Hum!... Quizá pueda usted contarnos cómo ha ocurrido todo esto, *Mrs. Dacres*.

—¿No es posible que haya muerto de modo natural? Sufría del corazón; eso me lo dijo ella misma.

—¿Conque éstos son los cuentos con que nos viene ahora, no?

—No tengo cuentos que contar, teniente Strom. Ignoro por completo lo ocurrido.

Aquí sus modales cambiaron de medio a medio y se volvió todo insinuación:

—¿No es extraño que sobrevinieran tantas dificultades desde que usted se mudó aquí, *Mrs. Dacres*? Antes de eso, ésta era una casa muy tranquila, decente...

—Tal vez insinúe usted que yo obligué al hijo de *Mr. Buffingham* a asaltar ese banco, ¿verdad? ¿O que traté de estrangularme a mí misma?

—¿Qué quería usted decir cuando mencionó ciertos incidentes nocturnos a *Mr. Kistler*?

—¡Ah! ¿Se refiere usted a que la casa... escuchaba de noche? —aquella declaración parecía bien necia cuando la formulé ante aquel cuarto lleno de hombres adustos y estólidos.

—Sí... ¿qué significaba todo eso? Ninguno aquí sintió *escuchar* a la casa. Antes que usted viniera, la pensión era muy respetable, decente, tranquila...

—Tal vez fuera así —le interrumpí—. Y quizás lo es aún. Pero yo no lo creo. Sospecho que aquí se maquinaba algo vidrioso mucho antes de mi venida a la pensión. No creo que *Mrs. Garr* haya muerto

de modo natural. Afirmino, por lo contrario, que fue asesinada. Eso parece más... razonable.

—Por lo visto, ahora vamos llegando a algo más concreto — Strom se sentó derecho como un huso; sus ojos seguían todos los movimientos de mis labios—. ¡Prosiga!

—*Mrs. Garr* manifestó una vez que había solicitado a las personas que alquilaban antes mi departamento que se marcharan, pues las había sorprendido merodeando por la casa... revisando sus cosas...

—¿Buscando qué?

—También yo le pregunté eso. Pero ella se desentendió de mi pregunta, diciendo que era mera curiosidad ajena por sus cosas.

—¡Tonterías! ¿Desde entonces no estuvo nunca por aquí esa gente?

—Que yo sepa, no, teniente. Pero alguien sí que volvió...

Le narré el incidente con el merodeador que sorprendiera aquella tarde escabulléndose por la casa, semanas antes, cuando *Mrs. Halloran* y *Mrs. Garr* habían ido a ver una película.

—¡Humm! —gruñó el policía—. ¿Por qué se mudó usted aquí?

Mencioné el trabajo perdido, el estado de mis finanzas, aquel aviso en el diario, todo.

—¿Conocía de antes a *Mrs. Garr*?

—No.

—¿Simpatizaba con ella?

—No sabría decírselo, teniente Strom. *Mrs. Garr* sufría de alucinaciones o bien delirios de persecución.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pues que ella tenía la manía de que alguien merodeaba por la casa. De hecho, sospechaba de todos sus inquilinos.

—Empiece desde cuando se mudó, y dígame todo cuanto sabe.

Y así lo hice. Conté al policía cómo *Mrs. Garr* llamó a mi puerta aquella noche en que encendí las luces tan tarde; de cómo ella sospechaba de los Waller. El teniente Strom escuchaba mis palabras con particular atención.

—¡Vieja chiflada! —terció uno de sus hombres cuando acabé.

—Eso es lo que imaginaba yo —respondí— hasta que sorprendí a ese merodeador.

—¿Alguna otra prueba fidedigna después de eso?

—Hasta el viernes pasado, no, teniente, cuando *Mrs. Garr* partió para Chicago. Es decir, cuando todos suponíamos que ella iría a...

—*¡Okay, okay!* Volvamos a lo ocurrido el viernes último. ¿Dónde estaba usted ese día?

—En el trabajo, teniente. Conseguí un empleo provisional en las *Tiendas Benson*; a la noche cené con Hilda Crosley, una de las empleadas de dicha casa. Ella confirmará mis declaraciones. Vimos, asimismo, una película.

—¿A qué hora regresó del cinematógrafo?

—Creo que alrededor de las diez.

—Detálleme todos sus movimientos de las diez en adelante de la noche del viernes pasado.

—Bueno, entré en casa y...

—¿Vio a alguien?

—No, yo... ¡Aguarde usted un instante!... —aquella curiosa escena cruzó por mi mente, con claridad meridiana—. Sí, vi algo... al penetrar en el vestíbulo, un gato llegó corriendo escaleras abajo y se escurrió debajo del estante de libros. La bestia... ¡Vaya! ¡Es curioso!

—¿Qué demontres es *curioso*? —berreó el policía, impaciente.

—Pues ese gato. Porque el animal estaba en la cocina de abajo esta noche cuando abrimos la puerta. Es la gatita con su cría...

Un silencio. Un hombre habló a mi lado:

—Si ésa es la verdad, entonces la vieja fue ultimada después de las diez de la noche, Strom. Eso es lo que afirman todos: los tres gatos salieron disparando como el diablo cuando abrieron la puerta.

Un estremecimiento de horror me corría por la columna vertebral ante la idea que cruzaba entonces por mi mente:

—No, quizá ésa no sea la verdad, señor —aseveré, casi dando diente con diente—. Piensen ustedes un poco en lo siguiente: si *Mrs. Garr* fue... asesinada, nada impediría al homicida apoderarse del

gato y volverlo a la cocina junto a los demás. A buen seguro que él lo habría hecho... si quería que las cosas se presentaran como se presentaron...

Los policías no contestaron enseguida. Y luego el teniente Strom alzó la voz, lenta, claramente:

—Ya veo que usted es una muchacha lista, querida. Quizá no fue ésta la primera vez que se le ocurrió esa idea, ¿verdad?

CAPITULO 9

Dirigí una mirada en torno a los hombres agrupados en la habitación, y me pareció que todos los rostros trasuntaban claras sospechas. Mi cabeza me pesaba tanto que por momentos se me antojaba imposible continuar empleándola como *arma de combate*. Pero era menester que me defendiera contra aquella gravísima acusación:

—No he pensado ni un solo instante en ese gato desde aquel momento hasta ahora —musité, cansadamente—. ¡Por el cielo, teniente Strom! ¿Sería usted capaz de indicarme una sola razón por la cual yo hubiera deseado la muerte de esa anciana?

—Ahí me tiene usted fastidiado, nena. ¿Quién demontres querría asesinar a esa vieja? ¿Sabe usted si ella poseía algún dinero?

—No.

—¿Nunca le mencionó dinero?

—No... aunque cierta vez me confesó que no tenía confianza en los bancos. Eso ocurrió cuando examinaba el departamentito.

—¡Hum!... ¿Conoce usted alguna otra referencia al respecto?

—Sí... Aquel día en que vi a ese merodeador, cuando preguntaba, intrigada, qué podría amedrentar tanto a *Mrs. Garr*, *Mrs. Halloran* expresó, muy significativamente, que su tía no *creía* en la seguridad de los bancos.

—¿Quiénes más participaban en la conversación?

—Nada más que *Mr. Kistler*, *Mrs. Halloran* y yo.

—Bien, volvamos al ataque de que usted fue víctima el viernes pasado por la noche.

Conté cuanto sabía de aquel dramático incidente. A poco llegué a la parte en que todos descendimos a los sótanos.

—Allí abajo no había ninguno —repetí—. Ninguno... —aquella palabra me taladraba los sesos—. ¡Dios mío! ¿Sospecha usted, por ventura, que en ese momento *Mrs. Garr* se encontraba ya muerta en la cocina?

El teniente Strom dirigió al joven Jerry una de las más aviesas miradas que haya visto en la faz de un hombre.

—Esa posibilidad ya entró en nuestro cálculo de probabilidades —gruñó.

—*Mrs. Garr* podría estar aún con vida —respondí.

—Eso también ha sido calculado, nena. ¿Recuerda usted algún síntoma revelador de que la vieja se encontraba en la cocina de los bajos cuando ustedes revisaron la casa la noche del viernes? ¿Algún ruido extraño? ¿Ropas? ¿Cualquier gesto sospechoso por parte de alguno de los inquilinos?

Pensé desesperadamente. No recordaba, empero, ningún indicio que revelara la presencia de *Mrs. Garr*, viva o muerta, en la casa aquella noche del viernes pasado.

—Igual que los demás —masculó el policía—. Todos parecen más ciegos que topos. Ven lo que uno espera que vean y ni un punto más. Bien, dígame usted ahora exactamente lo que dijo cada uno de los pensionistas con respecto a sus actividades durante la noche de dicho viernes, *Mrs. Dacres*.

Lentamente, fragmento a fragmento y trozo a trozo, fui diciéndole todo. El teniente Strom cotejó sus anotaciones:

—Bueno, todos cuentan la misma historia, a lo que parece —suspiró al fin—. No veo ni una coartada segura en todo el grupo, salvo, quizá, la de Kistler. Todos los demás podrían haber andado merodeando por la casa, según se desprende de estas declaraciones. Bueno, eso es todo por el momento. Abra bien los ojos y conserve la boca bien cerrada.

Y sin más, fui despachada.

Lo ocurrido después en la casa durante aquel día continúa siendo un misterio para mí, porque me pasé durmiendo todas sus horas.

Cuando desperté finalmente, los acontecimientos de la noche anterior volvieron a mi mente con nitidez; de hecho, no era menester que nadie me refrescara la memoria. Dirigí mis ojos en torno, y vi que *Mrs. Halloran* había desaparecido.

En mi cocina bebí jugo de tomate y observé que tenía un hambre canina. Cuando salí a tomar aire, mi heladera estaba más desnuda que una artista del *strip-tease* al terminar su actuación. Pero me sentía mucho mejor.

Mis pobres cuartos estaban en un desorden indescriptible. El linóleo de la cocina negreaba de colillas, cenizas, fósforos quemados. Recogí cigarrillos y colillas en la piletta, en el horno, en el piso, en los estantes, en la mesa, en la alfombra, en las sillas, en todas partes. Y hasta llegué a encontrar algunos en el cenicero...

Casi con frenesí me puse al trabajo. ¡A limpiar! Acababa apenas de empezar a restregar el piso de la cocina cuando mi mente volvió a discurrir en torno al misterio de *Mrs. Garr*. Al terminar el fregado, mi mente estaba tan absorta en la pesca de respuestas adecuadas que ni a cañonazos podrían haberme arrancado de mis pensamientos.

¿*Mr. Grant* habría asesinado a *Mrs. Garr*? Sólo él admitió verla aquella noche del viernes pasado. ¿Acaso el hombrecillo había estado abriendo y cerrando los cajones de la cocina cuando regresó *Mrs. Garr* y, al sorprenderlo, aquél habría saltado sobre ella y...? La lauchita de *Mr. Grant*...

O quizá habían sido los *Waller*s. *Mrs. Garr* les había exigido que se marcharan. ¡Qué extraño! ¿Por qué no se lo dije al teniente *Strom*?

O *Miss Sands*... La solterona vivía en la casa de *Mrs. Garr* desde hacía doce años. Y en doce años puede juntarse mucho odio...

O quizá *Mr. Buffingham*. ¡Mala casta! Su hijo, complicado gravemente con algunos peligrosos criminales, languidecía en la cárcel... Y los abogados son costosos. Tal vez buscaría el dinerillo de la vieja... esos pocos y desgastados billetes ahorrados harto penosamente por una pobre anciana dueña de una mísera pensión...

—No creo en bancos... —un duendecillo pícaro susurraba aquellas palabras en mis oídos.

Pugné por calmarme; necesitaba hablar con alguien. ¿Y quién mejor para ello que *Mr. Kistler*?

¡Hum! ¡*Mr. Kistler*! El muchacho poseía manos poderosas como zarpas. Varias veces me había estrechado las manos. Y sentí claramente sus palmas callosas. Callos de las barras, tal vez...

Y pensé en esas manos en mi pescuezo... imaginándolas como las manos que tentaran estrangularme aquella noche de horror... pero no podía creerlo.

Bueno, supongamos que él fuera el homicida misterioso. *Mrs. Halloran* había formulado también ante él la significativa afirmación de que su tía «no confiaba en los bancos». Y Hodge necesitaba angustiosamente dinero, según él mismo me lo manifestara repetidas veces. Precisaba imperiosamente nuevas prensas; quizá buscaba dinero para sacarme a pasear. Esta última era una atrayente posibilidad.

De suerte, pues, que cuando se enteró de que nuestra casera saldría de viaje, Hodge podría haber regresado a la casa, después de la partida del tren con *Mrs. Garr*, y empezado a revisar todo en busca del dinero. Sus dedos poderosos habrían rebuscado en los tarros de azúcar y en las jarras de crema de la cocina del sótano. Y llega *Mrs. Garr* y le sorprende, y un alarido sale entonces de sus labios resecos: «¡Ladrón!»...

Y él podría haber saltado sobre ella, para silenciarla. Tal vez ignoraba el insólito vigor de sus manazas. Y luego se habría escabullido, listo, veloz, para esconderse, para salvarse... Y los gatos...

Supongamos que fuera él el homicida. ¿Cómo demontres podrían descubrir su culpabilidad?

Por el dinero. Si él había encontrado los ahorrillos de la vieja, a buen seguro que los habría escondido en su habitación. No podía depositarlos en un banco... no se atrevería... tan pronto...

La llave. La llave de *Mrs. Garr* de la cocina del sótano. ¿Dónde estaba?

Si fuera posible hallarla en el cuarto de alguno de los pensionistas... Mis dedos parecían escocerme. Decidí inspeccionar los cuartos de Hodge Kistler. Sabía que si él retornaba y me sorprendía... bueno, mi intención era que no me descubriera. Una ojeada al reloj me indicó que eran poco más de las nueve de la noche. Si *Mr. Kistler* había tenido que trabajar hasta medianoche el viernes pasado, igual tendría que hacer aquella noche; raras veces volvía a casa antes de esa hora. No me llevaría más de veinte minutos rematar mis propósitos.

En el vestíbulo tropecé con un policía de guardia:

—¿No hay inconveniente, agente, en que vaya a charlar con los Waller? —inquirí.

El hombre agitó, con indiferencia, su mano regordeta:

—Claro que no, *Mrs. Dacres*; suba no más.

Ascendí las escaleras y, pisando con toda fuerza, llamé a la puerta del cuarto de los Waller. *Mrs. Waller* contestó al llamado y entré.

Charlamos, desde luego, sobre lo sucedido a *Mrs. Garr*: ¿habría sido o no asesinada? El matrimonio no se mostraba muy comunicativo. Parecían nerviosos, descorazonados, intranquilos. Me despedí de ellos puertas adentro, aguardé su contestación y luego abrí y cerré con suavidad la puerta de su departamentito. Creo que procedí tan quedamente que el policía de la planta baja imaginaría que aún yo continuaba en los cuartos de los Waller.

Silenciosa y ágilmente me escurrí por el largo y sombrío corredor, hasta llegar a la puerta del cuarto de *Mr. Kistler*...

Rápidamente bajé las cortinas de la habitación y encendí las luces. La imprescindible necesidad de dejar las cosas tal cual estaban antes frenaba forzosamente la rapidez de mis movimientos. Con todo, llevé a efecto un trabajito cabal. Por fortuna, el armario y los cajones de *Mr. Kistler* poseían las características de todos los muebles pertenecientes a hombres: limpios, poco interesantes. Dos sombreros en el estante superior. Una hilera de zapatos abajo. Nada allí. Trajes y sobretodos pendientes de la varilla de hierro; registré todos y cada uno de los bolsillos, palpando cada pulgada de tela. El arcón de cajones después. Seguí luego con las almohadas, el colchón, las alfombras...

Caminando hacia la sala pasé junto al arcón de cajones y me detuve unos instantes para inspeccionarlo nuevamente: cepillos, peines y botellitas en el tope. Un tapete de tela color crudo. Levanté sus bordes...

Y debajo del tapete lo vi. Un papel verdoso negreando de letras de imprenta. Un pasaje de ferrocarril...

¡Un boleto de excursión para el *Memorial Day*, de Gilling City a Chicago, expedido por el *Gran Occidental*!

Sólo atinaba a mirarlo boquiabierto. Y no reuní las fuerzas necesarias para exhalar un alarido de terror cuando *la voz* resonó en el umbral:

—No me diga usted que viví todos estos años para venir al fin a equivocarme —dijo.

Los ojos castaños que encontraron mis pupilas anubladas destellaban enigmáticamente.

—¡Oh! ¡Ignoraba que usted había regresado a casa! —balbucí débilmente, como una tontuela.

—Sí, ya lo veo —*Mr. Kistler* se encaminó hacia mí, siempre alerta—. ¿Cómo demonios entró aquí?

—Mis llaves servían para... ¡Oh!... ¡Apártese de mí!... ¡Déjeme bajar!

—Sí, eso es lo que tú te crees, nena. ¡Pero te equivocas!

Traté de pasar a su lado, esquivándolo, pero el muchacho se estiró y me atrapó por los hombros; abrí la boca para gritar, pero su mano se aplastó brutalmente sobre mis labios.

—¿Sientes esa mano? Bueno, la volverás a sentir en tu boca si pretendes chillar de nuevo. Bien, habla ahora, nena. Es necesario que me lo expliques todo.

Retiró su mano de mi boca, manteniéndola preparada a menos de un palmo de mi rostro.

—Bueno, yo... buscaba pistas de... Reflexioné sobre quién podría ser el culpable si *Mrs. Garr* había sido asesinada. Y tú parecías el menos indicado. Deseaba asegurarme de que no existía nada contra ti, y que podríamos trabajar juntos para desenmascarar al homicida...

—¿Y qué descubriste, nena?

—Yo... pues nada...

—¿Nada?

—¡Nada!

—No, mientes como una hereje, preciosa. ¡Aguarda un instante! ¿Qué estabas mirando cuando entré en mi cuarto?

—Nada...

—Te vi curioseando debajo de ese tapete, nena.

—No... iba justamente a mirar allí debajo y... —me sentía ahora despavorida, y creo que él se dio cuenta de ello.

—¡*Okay!* Veamos qué hay allí abajo.

Hodge me arrastró consigo, con uno de sus brazos plegado alrededor de mi cuello y su manaza sobre mi boca. No podía resistirle.

Levantó el cobertor con su mano libre. ¡Y allí estaba *eso* ante nuestros ojos!

La mano se desprendió de mis labios. Y lo que impidió que chillara esa vez fue la expresión atónita de su semblante.

—¡Oh! —musitó, borrosamente, y se volvió, clavándome la mirada.

Luego comenzó a reírse y retrocediendo, vacilante, hasta el lecho, se dejó caer allí, débilmente, riéndose y riéndose hasta que su rostro se pudo encarnado como un tomate.

—¡Por todos los demonios coronados! Oye, ven a sentarte a mi lado.

Se levantó y empujándome a la cama, se irguió luego ante mí, con las manos sepultadas en sus bolsillos.

—Supongo que tendré que confesártelo todo —casi adivinaba su mente funcionando, rápida y astutamente, detrás de sus ojos castaños—. Fue el viernes. El viernes por la noche. Una semana atrás. No trabajaba...

—Eso será de gran ayuda para ti.

—Ya se lo conté todo a Strom. El hombre comprendió por qué tergiversé un poco la verdad el viernes último, y no ignoro que intentará verificar la exactitud de mi coartada. Francamente, no esperaba que tú también quisieras hacerlo. El viernes por la tarde yo y unos amigos entramos en un bar a beber unas copas, y tropezamos allí con un par de muchachas. Manifestaron que se estaban aprestando para realizar un largo viaje, de modo que decidimos ayudarlas a prepararse, nena. Y una cosa lleva a otra y... ¡Oye! No me ayudas mucho, Gwynne.

—Sí, sí... ¡por supuesto! ¡Como para ayudarte!

—¡Bueno, al diablo con todo! El caso fue que esas muchachas no partieron para Chicago —que era el lugar al cual iban— en el tren de excursión del Memorial Day. En cierto momento una de las chicas extrajo un pasaje de su cartera y me lo entregó, diciéndome que quería que yo lo guardara en recuerdo de aquella noche divina... ¡Hum!... Y confieso que esa vez vacié todos mis bolsillos por la muchacha... ¡Qué tonterías hace uno!... Y coloqué el pasaje debajo del tapete del arcón y luego... me lo olvidé.

—Y todo eso ocurrió aquella noche antes que regresaras a casa y me salvaras, ¿verdad?

—Eso mismo, nena.

—¡Qué temprano abandonaste a tu dulce amiguita!

—¡Que se vaya al diablo! ¿No ves que se me importaba un bledo?

Creo que no tenía la más mínima intención de gimotear, pero eso fue, cabalmente, lo que hice. Al igual que casi todas las mujeres, me pongo a llorar cuando me enfurezco.

—¡Oh! ¡Vamos, vamos!

Y por segunda vez en la noche, una voz habló desde la puerta. Y ahora era el policía de la planta baja.

CAPITULO 10

El policía me miró de hito en hito.

—Creía que había subido a visitar a los Waller. No la vi entrar aquí.

—Yo... ocurrió que... vi abierta la puerta de la habitación de *Mr. Kistler*, cuando me despedí de los Wallers y...

—¡Camina usted demasiado furtivamente! —sus miradas vagaron por el cuarto. Mis ojos le siguieron, y al punto quedé helada de espanto.

El cobertor del arcón de cajones había quedado plegado al dejarlo caer Hodge. Una punta del pasaje asomaba por entre la tela.

El policía saltó a él como un tigre.

—¡Bueno, que me coman las hormigas! —masculló y virando en redondo llevó la mano derecha a la pistola—. ¿De quién de ustedes es...?

—Yo soy responsable de que ese boleto fuera escondido allí, agente, si es eso lo que usted quiere decir —respondió *Mr. Kistler*, con calma pasmosa.

—Este asunto no corre por cuenta mía, amigo. Voy a mandarles al calabozo. ¡Ea, andando! Usted también, señora. Marchen delante de mí.

El policía nos hizo desfilas ante él por las escaleras y luego de invitarnos a sentar en el sofá de cuero negro del vestíbulo, telefoneó al Departamento de Policía.

La sirena respondió prestamente al llamado. Dos policías desconocidos entraron para cargarnos en el camión celular, cosa que llevaron a cabo con escasos alardes de cortesía. Por mí, sé decirles que me sentía como atontada. Cuando miré a *Mr.* Kistler, observé en su semblante la misma sonrisita reprimida que sospecho aparecía en mis labios, de suerte que barrunté que el muchacho sentía poco más o menos lo mismo que yo. Cruzamos como un rayo las calles oscuras de la ciudad y finalmente, el coche se detuvo, estridente, ante un edificio, cuyo aspecto exterior se asemejaba mucho al de un Cuartel de Bomberos.

Rápidamente la mano debajo de mi codo me empujó a través de un cuarto enorme y lleno de gente hasta penetrar en una salita de espera vacía, amueblada con grandes sillones de brazos. Hodge se sentó en uno y yo en otro, mientras nuestros guardianes ambulaban cerca de la puerta.

Aguardamos un rato. Finalmente, la puerta de la oficina interior se abrió, y dos personas salieron por ella, un hombre y una mujer, conducidos por otro policía.

La mujer era *Mrs.* Halloran. Ambos parecían cansados, fastidiados, enormemente aburridos. Pero sus semblantes trasuntaban, bajo esa apariencia, cierta curiosa alegría.

Como si sintiera mi mirada, los ojos del hombre se clavaron en mí. El júbilo se borró de su cara como se funde la nieve bajo el sol. Al instante comenzó a escurrirse de prisa a la salida.

—¡Un momento! ¡Deténganlo! —grité—. ¡Ese es el individuo que huía del sótano!

El policía que hiciera pasar al hombre por la puerta extendió el brazo para atraparlo:

—¿Qué significa esto? —berreó luego, dirigiéndose a mí.

—Vi a un individuo escapándose de los sótanos de la casa de *Mrs.* Garr; accionaba como si fuera un ratero. ¡Y éste es el hombre de marras!

—¡Es una mentirosa! ¡Es todo una madeja de embustes! —berreó el merodeador, debatiéndose para desasirse del policía, clavando sus

ojillos aviesos en mí y en *Mrs.* Halloran.

La mujeruca me favoreció asimismo con una miradilla harto venenosa.

—¡Ea, cálese! ¡Venga adentro de nuevo! Ustedes también vengan con nosotros.

Ninguno necesitaba extender esa invitación a *Mrs.* Halloran. Los tres estuvimos pronto en la oficina interior, casi vacía de muebles, salvo un escritorio antiguo y los infaltables sillones de brazos; detrás del primero se sentaba el aburrido teniente Strom.

—Esta mujer tiene algo que declarar, señor. Afirma que *Mr.* Halloran es el individuo a quien sorprendió escabulléndose fuera del sótano de la casa de *Mrs.* Garr.

¡De modo que aquel bribón era *Mr.* Halloran! A medias rastrero y a medias desafiante, aquella buena pieza constituía una réplica cabal de su mujer.

—¡Miente como un canalla! —barbotaba el hombre—. ¡Juraría que ella misma estaba robando algo!

—¿Robando, eh? ¿Así que era eso lo que usted hacía, Halloran?

—¡Le digo que miente!

El teniente Strom se incorporó de la silla e inclinándose sobre el escritorio, miró ceñudamente al diminuto y rastrero sujeto:

—¡Cálese la boca! —rugió—. Nadie necesita decirme que usted es un ladrón, amigo. ¡Bien que lo sé! ¿Cuántas veces le metieron a la sombra cuando se fingía obrero? ¡Ea, hable claro y confíeselo todo! ¿Qué buscaba usted en ese sótano?

Mr. Halloran retrocedió, encogiéndose todo:

—¿Y qué hay con eso? —gimoteó—. Soy padre de familia, ¿verdad? ¡No podía dejar que mi mujer y mis hijos murieran de hambre bajo mis propios ojos!

—¡Oh, cálese! —gritó fastidiado el policía, volviéndose luego a mí—. ¿Cuánto tiempo hace que vio usted salir del sótano a ese individuo?

—Hace mucho. Varias semanas.

—¡Hum!... La cuestión es saber si intentó repetir su hazaña el viernes por la noche cuando la costa estaba libre de moros.

Descolgó el tubo del aparato telefónico de su escritorio, pidió un interno, y luego tronó:

—¡Verifiquen la exactitud de la coartada de los Halloran con un peine fino!

Estudió sombríamente a los Halloran después del llamado en cuestión y en definitiva, pareció adoptar una resolución:

—Enciérrenlo a él en el calabozo y envíen a la mujer a cuidar de los malditos mocosos. A lo mejor, algún día llegan a ser presidentes...

Los Halloran fueron despachados en un santiamén.

—Traigan a Kistler —ordenó luego.

Hodge entró en la oficina con el mismo despejo que si estuviera en su propia casa. El teniente Strom se recostó contra el espaldar de su silla giratoria.

—De suerte que ustedes dos tenían un boleto de excursión a Chicago expedido en ocasión del Memorial Day, ¿verdad?... ¡Hum!... ¿Supongo que la vieja se lo obsequió como regalo de fin de año prematuro, eh?

—Vea, señor, cuando le conté dónde estuve el viernes por la noche me dejé en el tintero algunos puntos de escasa importancia —miró fijo al policía, con el rostro encarnado como una cereza—. ¡Ejem!... ¿Podríamos hablar privadamente?

Strom me miró a mí y por unos instantes me pareció entrever un atisbo de sonrisa a flor de labio.

—¡No! ¡Hable, amigo!

—Bueno, en general las cosas pasaron exactamente igual como le conté esta misma mañana, teniente. Les Trowbridge y yo terminamos el trabajo en la *Guía* alrededor de las cinco de la tarde. Caímos al bar de la calle Oeste para bebernos un par de aperitivos. Dos muchachas estaban trasegando los suyos en la mesa contigua, y como parecían bastante *sociables*, nos reunimos con ellas. Nos dijeron que, como iban de excursión a Chicago, necesitaban algún

buen fortificante. ¡Y a fe mía que lo bebían! Bueno, a eso de las siete de la noche las chicas comenzaron a hablar de partir a la estación, pero Les y yo teníamos ideas diferentes.

»El caso fue que las muchachas no fueron a Chicago. Como quiera que sea, dos tipos las aguardaban allá y... En fin, dejamos el bar y en no sé qué momento, mi chica extrajo su boleto de la cartera y me dijo: "¡Mira lo que te regalo!". La pobre quería que lo conservara como recuerdo suyo.

El teniente Strom volvió sus ojos calmos a mí:

—¿Cree usted esa historia, *Mrs. Dacres*? —preguntó.

—¡Oh, sí, claro que la creo! —respondí con amargura.

—¿Por qué?

—Porque me da tanta rabia que ni veo... —El policía se recostó contra su silla, para reír más a sus anchas:

—¡Vaya! —exclamó, y se enjugó la cara—. Admita usted que ese cuento es bastante sospechoso. ¿Adónde fueron después de abandonar el bar?

—Aquí —*Mr. Kistler* extendió la mano, recogió una lapicera del escritorio, escribió algo brevemente sobre un trozo de papel, terminando por alargárselo al teniente.

—Ya hemos recibido algunas referencias acerca de este lugar —murmuró el policía—. Lo siento en el alma, pero tendré que retenerle, *Kistler*.

—¡Oh, teniente, tenga usted corazón! Mañana me ha citado uno de los jefes de una importante *cadena de tiendas* para firmar un jugoso contrato y no quiero perderlo. ¡Oh, necesitamos desesperadamente dinero!

—¿No tiene usted un socio?

—Sí, pero...

—Pues que vaya él. Comenzaremos ahora mismo a esclarecer ese punto y si descubrimos algunas pruebas circunstanciales a favor suyo, mejor que mejor. Pero es infinitamente más probable que usted riñera con la mujer y que en la lucha le arrancara ese pasaje. Si no encontramos alguna prueba fidedigna en apoyo de su historia,

ya puede usted ir preparándose para freírse en alguna *silla caliente* que yo me conozco.

Strom me favoreció luego con una larga y meditabunda mirada:

—Bien, comencemos ahora con usted. ¿Por qué se metió en el cuarto de Kistler?

Le di la misma explicación que a Hodge.

—¡Cuando la picara curiosidad anda rondando su cabecita, *Mrs. Dacres*, se toma usted las cosas muy en serio!

—Admito que me agrada hacer las cosas en forma, teniente.

—¡Hum! De usted no me siento muy seguro. Sospecho que usted es demasiado lista.

—¡Oh, no! Creo que más bien soy una tonta.

—¿Sí, eh? Bien, no olvide esto. ¡Ya lo averiguaremos! Ahora puede regresar a casa.

Cuando abrí la puerta de la casa de *Mrs. Garr* vi a dos hombres en el vestíbulo anterior, pero uno de ellos se escurrió prestamente al cuarto debajo de las escaleras. A decir verdad, ya para entonces cesé de preguntarme el por qué de muchas acciones estrambóticas de los policías. El otro era la voz que hablaba del umbral; en sus manos vi la edición vespertina del *Cometa*.

—¿Dónde está Kistler? —inquirió.

—Yo no lo tengo.

—¡*Okay*, señora! Ya lo sabré a su debido tiempo.

Enterró de nuevo sus narices en el periódico. Leí los titulares:

—¡Así que ni siquiera logramos la primera plana! ¡Cielos!

El policía despegó prontamente su faz del diario.

—Hagamos un negocio, señora: yo le doy el *Cometa*, y usted me proporciona las últimas noticias.

Después de lo cual solté la lengua lo suficiente para enterarle de lo ocurrido a *Mr. Kistler*. Sentándome en el sillón de cuero negro, hojeé el diario en busca de las crónicas pertinentes al drama de la casa de *Mrs. Garr*.

—No hay nada, salvo los detalles acostumbrados en estos casos

—aclaró el policía desde su silla, en tono protector.

El artículo se me antojó un verdadero milagro de ubicación errónea, insertado como estaba en la página catorce. El segundo párrafo, empero, abrió ante mí todo un nuevo campo de especulaciones:

MUERTE DE MRS. GARR

«Harriet Luella Garr, de 67 años de edad, residente en Gilling City desde 1884, fue encontrada muerta en su pensión, sita en la calle Trent número 593, el jueves por la noche. Alarmados por su desaparición, sus inquilinos llamaron a la policía a los efectos de revisar los cuartos de la anciana fallecida, en donde no tardó en ser descubierta.

»En virtud de su vinculación con el caso Liberry, ocurrido veinte años atrás, *Mrs.* Garr constituyó en la época una figura harto conocida en la ciudad. En su residencia de la calle Saint Simon fue encontrada muerta la desventurada Rose Liberry, quien se había suicidado. Después de algunos años de retiro, *Mrs.* Garr se mudó al número 593 de la calle Trent en donde vivía oscuramente. Los funerales se realizaron en privado».

¿Cómo no lo había sospechado antes? ¡A buen seguro que algo horrible tenía que latir detrás de las aviesas pupilas de la vieja bruja!

—¿En qué clase de negocios se ocupaba *Mrs.* Garr antes de retirarse? —pregunté bruscamente al policía.

El hombre tosió y se mostró embarazado:

—Hacía muchos años que figuraba en nuestros libros. *Mrs.* Garr era regenta de una casa de lenocinio.

—¿Una casa de... de lenocinio? —murmuré, boquiabierta.

—¡Efectivamente! Allá por la calle Simon. Creemos que corrió a cargo de ella desde 1900 hasta 1919. Un verdadero tugurio, según me dijeron, de lo más escandaloso. En ese tiempo no era más que

un muchacho, pero recuerdo las historias que solía contar la muchachada.

—¡Francamente, nunca me hubiera imaginado dónde me metía cuando tomé este departamentito de la casa!

—¡Oh, vamos! Con arreglo a lo que sabemos, *Mrs. Garr* no reincidió en sus cosas en esta casa. Además, ya pasaron trece años.

—¿Qué fue ese *caso Liberry*?

El hombre se atascó allí:

—No sé mucho al respecto, nena.

Y no pude sonsacarle ni una brizna más de informaciones.

Eché a andar a mis habitaciones y barriqué mis puertas. ¡Todas mis ideas y conceptos anteriores se habían venido al suelo! Esa información daba un giro totalmente distinto al caso. Tal vez el motivo propulsor del homicidio no había sido el dinero. Quizá la causa motora era el odio... ¿la venganza? Si *Mrs. Garr* había regenteado una casa de lenocinio de esa importancia, existirían muchísimas personas que la odiarían a muerte, los padres y las madres, los hermanos y las hermanas y los prometidos de las mujeres que pervirtiera. O las esposas de los hombres que concurrieran a su antro. O las mismas muchachas. O bien los hombres. Desde luego, largo tiempo había transcurrido desde entonces. Casi veinte años habían pasado desde 1919. Hodge Kistler era demasiado joven para eso, pues no contaba mucho más de treinta años de edad. En cambio, los Halloran frisaban en los cuarenta. ¿Acaso *Mrs. Garr* habría corrompido a su misma sobrina? Tal cosa parecía imposible, pero quizá no fueran parientes.

¿Y los otros? *Mr. Grant* era casi tan anciano como *Mrs. Garr*. Y *Mr. Buffingham*. Los Wallers y *Miss Sands*. Todos ellos eran sospechosos. Y de nuevo *Mr. Kistler* parecía el menos susceptible de ser el asesino. A juzgar por los resultados de mis reflexiones, estaba destinada a descubrir, probablemente, que Hodge había nacido en la casa de *Mrs. Garr*. O que ésta arruinó a su padre.

Leí bastantes novelas policiales para saber que el culpable es siempre la persona menos sospechosa. ¡Y eso condenaba

irremisiblemente a *Mr.* Kistler!

CAPITULO 11

El timbre del teléfono me despertó, al igual que los berridos de *Mrs. Tewman* en el vestíbulo, vociferando:

—¡*Mr. Kistler!* ¡*Mr. Kistler!*

Entendí que me incumbía comportarme noblemente. Me envolví en mi bata de casa bajo la radiante luz solar y corrí al vestíbulo.

Mrs. Tewman, en los altos, sacudía una puerta a puñetazos. Recogí el oscilante receptor y dije:

—¡Hola!... Habla *Mrs. Dacres*. ¿Qué...?

—¡Ah!... ¡Hola! —replicó cordialmente una voz de hombre joven —. Hodge me habló de usted. ¿Dónde está ahora?

—¿Quién es usted?

—Les Trowbridge, *Mrs. Dacres*. El socio de Hodge. De la *Guía*. ¿Qué diablos hace? ¿Celebra el asesinato?

—Sí, de un modo salvajísimo. ¡Está en el calabozo!

—¡Caramba, *Mrs. Dacres!* ¡No me diga usted que aprehendieron a Hodge por *asesino!*

—¡Oh, no! La policía no hace más que retenerlo allí, porque descubrieron en su poder un pasaje de excursión a Chicago para el *Memorial Day*. Ese es el boleto que *Mrs. Garr* emplearía para su viaje a Chicago, pero aún no se ha podido descubrir la verdad.

—¡Demontres! ¿Dónde dijo él que lo había recibido? ¿Y de quién?

—De una de esas muchachas con las cuales usted y él estuvieron la semana pasada.

—¡Es muy posible que sea así! Oiga, la muchacha que estuvo conmigo tenía otro pasaje en su poder. Decían que iba a... ¡seguramente fue allí donde recibió el boleto!... ¡pero hoy no puede andar holgazaneando en la cárcel, *Mrs. Dacres*!... Va a venir a vernos hoy el gerente de una de las grandes tiendas de la ciudad. ¡Y nosotros necesitamos ese dinero! ¡Vaya si lo necesitamos, nena!

—Si es así, creo que usted tendrá que hacer ahora las veces de gerente de ventas —dije.

Un gruñido perruno:

—¡Pero nada sé de todo eso! ¡Ni siquiera conozco los números! No soy vendedor ni... ¡Oiga! ¡Aguarde un instante!

Un estrépito sordo del otro lado del aparato:

—¡Es necesario que hagamos algo! —berreó—. ¡Haga algo, por el cielo! ¡Sáqueme a Hodge del calabozo, *Mrs. Dacres*!

—Ocúpese usted de eso, señor —respondí, pero mis palabras no conducían a nada bueno, y Les colgó bruscamente el tubo.

Mrs. Tewman, cuando colgué el receptor de nuevo, espiaba detrás de mí, escuchando sombríamente la conversación.

—¡Hola, *Mrs. Tewman*! ¿Dónde ha estado usted?

—En la casa del hermano de mi marido —la mujer estaba encendida de cólera—. Esos tipos condenados nos retuvieron todo el día de ayer en casa de su hermano, abrumándonos a preguntas y preguntas y preguntas.

Sin embargo, parecía que la declaración de los *Tewman* referente a que el singular matrimonio había pasado la tarde y la noche del viernes en cuestión en una fiesta en donde corriera abundantemente la cerveza había sido verificada por la policía; la gente había recordado su presencia allí.

—Y después quisieron saber por qué me había mudado de esta casa la semana pasada. Y se lo dije: fue por el hedor.

—¡Por el cielo! ¿Por qué no se lo dijo a alguien?

La mujer se encogió de hombros:

—¿Y a quién quiere usted que se lo contara? *Mrs. Garr* no estaba aquí, ¿verdad? Fui a la casa del hermano de mi marido. ¡Y ahora me

dicen que tengo que regresar y alojarme aquí! Pero ninguno me obligará a vivir en el sótano.

Me separé de la mujer, embargada ahora por mis propias preocupaciones; mis pensamientos no se apartaban de *Mr. Trowbridge*. Apenas comenzaba a dar cuenta del desayuno, cuando resonaron rápidos golpecitos en la puerta. Abrí a *Mrs. Halloran*:

—¡Vine aquí a decirle algo, *Mrs. Dacres*! —me espetó a boca de jarro—. ¡Y ya puede usted metérselo bien metido en sus entendederas! *Mr. Halloran* está en libertad, ¿sabe? El viernes pasado no se acercó siquiera a esta casa, ¿sabe? Su coartada es perfecta, ¿sabe? —su voz se elevaba a cada sílaba que pronunciaba hasta fundirse en un agudo chillido.

—Mucho me alegro de saberlo, señora. ¿Eso es todo?

—¡No, no es todo! Esta casa es ahora mía, ¿sabe? He heredado la propiedad. La policía me leyó ese artículo en el testamento. Soy heredera de la pensión, ¿sabe? ¡Y mucho le agradecería que se marchara cuanto antes de mi casa!

—¡Por supuesto que me mudaré de aquí! ¡No faltaba más! Pero primero tenemos que pedir permiso a la policía.

—Pues se irá usted de mi casa tan pronto como ellos digan que puede marcharse —advirtió la mujeruca.

Ahora era el momento más apropiado para asestar mi golpe:

—¡Cómo no, cómo no, *Mrs. Halloran*! ¿Sabía usted que la policía retiene detenido a *Mr. Kistler*?

—Me alegro de saberlo; ese tipo nunca me gustó.

—¡Pero no fue *Mr. Kistler* quien asesinó a *Mrs. Garr*, si es que fue asesinada! Bien segura estoy de ello; tampoco fui yo. Y como no me gusta que sospechen de mí, me esfuerzo por descubrir quién fue el homicida de su tía. Si piensa usted vivir aquí... ¿Cuántos hijos dijo usted que tenían?

—Siete. Siete criaturillas angelicales.

—Piense usted entonces, *Mrs. Dacres*, en lo que podría ocurrir si trae usted aquí a sus pequeñuelos, con un asesino en la casa.

—¡Oh, Dios mío! ¡Y viviremos todos aquí! ¡Oh, no, no! Ahora mismo voy a decirles a todos que se marchen de la pensión.

—No, no podría hacerlo, *Mrs.* Halloran. La policía, usted sabe que... Lo que yo digo es que las dos podríamos juntar nuestros esfuerzos y ver lo que sacamos en limpio.

La mujer me siguió como un corderillo a la salita y se sentó, rígida, en mi lecho, en tanto sus dedos jugueteaban con las cuentas de su inevitable collar de perlas falsas.

—El motivo por el cual detuvieron a *Mr.* Kistler consiste en que encontraron en su poder un boleto de excursión para el «Memorial Day», en Chicago —aclaré—. Ahora bien, si logramos probar que pertenecía o no a *Mrs.* Garr, habremos dado un gran paso adelante. ¿Dónde compró usted los pasajes? Ya sabe usted que los boletos llevan en el dorso la hora y el lugar en que fueron expedidos.

—No lo sé. Tía Hattie los compró.

—¿Qué día le entregó el suyo?

—El jueves, si mal no recuerdo. Aquella tarde vine a visitar a tía.

—¡Oh, ése es un dato precioso, *Mrs.* Halloran! ¡Si probamos que el boleto de *Mr.* Kistler fue adquirido después del jueves, él estará a salvo! *Mrs.* Garr debió comprar ambos pasajes al mismo tiempo.

Me preguntaba qué probabilidades tendría de descubrir al empleado que vendiera los boletos a la vieja bruja. El día prometía ser de trajín continuado, pero aún deseaba sonsacarle algo más a *Mrs.* Halloran.

—Creo que es maravilloso que usted heredara la casa. ¿Recibirá también algún dinero?

—¡Quinientos dólares anuales! Es mucho dinero, ¿verdad? Dejó un título de capitalización para mí y los niños. Halloran dice que quizá podríamos sacar todo el dinero de una sola vez. ¡Cielos! ¡Sería una enorme suma!

La mujer se pavoneaba ante tan gratas perspectivas.

—Sí, serán unos diez o doce mil dólares, por lo menos —mis flamantes noticias acerca del turbio pasado de *Mrs.* Garr impidieron

que me sorprendiera ante tamaña cantidad de dinero—. Eso debía ser todo cuanto poseía.

—No, ella... —sus labios esbozaron un gesto avinagrado.

—¿Entonces su tía legó también algo más a otra persona? —éste era el punto que me interesaba más de la cuenta. ¿Quién diantres se beneficiaba con su muerte?

—Ella lo dejó a... —*Mrs.* Halloran se inclinó hacia adelante—. Ella lo legó para formar un hogar de animales —la mujer tragó saliva con dificultad—. ¡Se lo dejó al perro y a los gatos! ¡A sus condenadas mascotas!

CAPITULO 12

La estación ferroviaria de *Gilling City* constituye una de sus alegrías y orgullos. Veinticuatro ventanillas expendedoras de pasajes, con sus números arriba, iluminados por débiles luces, extendiéndose a lo largo del muro oeste del vasto vestíbulo de acceso. Afortunadamente para mí, dieciséis ventanillas estaban a oscuras y con sus rejas bajas; tomé aliento y acometí contra las restantes ocho ventanillas.

—Desearía saber si una mujer, de quien se sospecha que fue asesinada —pugnaba por articular las palabras del modo más *oficial* y enérgico posible— adquirió aquí la semana pasada un boleto de excursión a Chicago. Quizá haya advertido usted que esa mujer tenía hermosos cabellos blancos, relucientes y suaves como las plumas de un cisne. Llevaba un horrible turbante negro en la punta de la cabeza, con algunas violetas blanqueadas al frente —*Mrs. Garr* no poseía más que un sombrero—. Y sus ojos son como carbones renegridos, profundamente encajados en su rostro.

Probé en las ventanillas una, dos, tres, cuatro.

—No... no... no... no...

El boletero de la quinta se aburría bastante como para mostrarse comunicativo conmigo:

—Señora, ¿a cuántas personas cree usted que vendí esos pasajes? Ya le dije a la policía que... —se detuvo en seco y una expresión casi humana apareció en su semblante—. ¿Cómo dijo usted que era ella, señora?

Repetí ávidamente mi descripción de *Mrs.* Garr, adicionando todos los detalles que me parecieron más pertinentes.

—¡Oiga! La fotografía de la policía no se parecía en nada a su descripción.

—¿Quiere usted decir que la policía anduvo averiguando aquí lo mismo que yo?

—¡Claro! Esta misma mañana; hace un par de horas apenas. ¿Cómo? ¿No lo sabía usted? ¿Quién es usted? ¿Una periodista? Bueno, me alegro de poder ayudar a una linda chica como usted. La policía vino a averiguar aquí, trayendo una fotografía, pero no recordaba a nadie con semejante rostro. Sin embargo, en un tiempo viví en el campo y allí criábamos gansos y cisnes y aquella mujer tenía la cabellera exactamente como usted acaba de describírmela, *miss*. ¿No guardaba un montón de monedas de níquel y cobre?

—No lo sé, pero es muy posible.

—Bueno, el caso es que yo acababa de regresar de almorzar cuando esa mujer anciana se acercó a la ventanilla y solicitó un boleto de excursión a Chicago. Le dije que eran \$ 8.42. Sacó entonces una cartera raída, de color negro, y comenzó a extraer el dinero; ino recuerdo haber visto jamás tantos cobres y níqueles ante mi ventanilla en los ocho años que trabajo en la compañía! ¡Ocho dólares y cuarenta y dos centavos!

—¿Pero ella no adquirió dos pasajes?

—De mí, no, *miss*. ¡Ocho dólares y cuarenta y dos centavos! Un solo boleto.

Clavé mi mirada en el boletero; la cabeza me daba vueltas ante tamaño descubrimiento.

—¿Podría usted recordar qué día fue, señor? —inquirí.

—Bueno, debe haber sido el miércoles... o quizá el martes... Sí, porque el jueves fue un día de muchísimo trabajo... y aquella vez había poca gente.

—¿Seguro que no fue después del miércoles?

—Me engañaría de medio a medio si así no fuera, *miss*.

—Gracias. Ya volveré luego.

Crucé corriendo el vestíbulo de la estación en dirección a las casillas telefónicas.

—¿Podría hablar con el teniente Strom, por favor?... Teniente Strom, soy yo... *Mrs. Dacres*... Creo que acabo de descubrir algo importante.

—¿Qué me dice?

—Sobre ese pasaje... el de *Mr. Kistler*. Suponía que si podía averiguar cuándo lo había adquirido *Mrs. Garr*, tal vez podría demostrar que el pasaje de *Mr. Kistler* no era el de *Mrs. Garr*, dado que todos llevan impreso al dorso el día y la hora en que fueron expedidos. Creo que descubrí el boleterero que se lo vendió a *Mrs. Garr*.

—¿De veras? ¿Y dónde?

—En la Estación Unión.

—¿Dónde está Ud. ahora?

—Aquí mismo.

—No se mueva de allí hasta que llegue yo, *Mrs. Dacres*.

Cinco minutos habían pasado apenas y ya le tenía ahí, cruzando el vestíbulo a trancos, seguido por otro policía.

—¡La nena buena que ayuda a mamita! —exclamó haciendo un visaje—. ¿Cuál ventanilla?

—La quinta.

El teniente proyectó su rostro por la ventanilla aludida.

—¿Uno de mis hombres no le indagó acerca de esos billetes expendidos a *Mrs. Garr*? —gruñó.

—Sí, señor, y me mostró una fotografía. No vi ninguna mujer parecida.

—¿Esta es la fotografía que le enseñaron?

—Sí, señor.

El policía se volvió a mí:

—¿Se parece mucho a *Mrs. Garr*?

—Casi nada, teniente —contesté, repitiéndole luego mi descripción de *Mrs. Garr* tal cual la viera por última vez.

—¿Cuándo dice Ud. que vendió ese boleto a la anciana de cabellos blancos?

La *Ventanilla Quinta* repitió su historia. No había sido después del miércoles.

—Deme Ud. ese pasaje.

El ayudante extrajo un sobre de sus abultadas faltriqueras y del mismo sacó a relucir el ya familiar pasaje de excursión del *Memorial Day*. El policía lo dio vuelta al dorso, sobre el cual se advertía un cuadrito estampado con tinta roja. ¡El boleto había sido vendido en la estación Unión el 28 de mayo a las 3:45 de la tarde! ¡Mayo 28! ¡Viernes! ¡Tres y Cuarenta y cinco! Si lo hubiera sabido antes...

—Otra diligencia podríamos hacer, teniente Strom —observé ansiosamente—. Alguno de los inquilinos de la casa debía saber dónde se encontraba *Mrs. Garr* a las tres y cuarenta y cinco del viernes por la tarde. ¡*Mrs. Halloran*, por ejemplo! Y hay algo más todavía: este hombre acaba de decir que vendió un solo pasaje a *Mrs. Garr*.

El policía invitó al empleado ferroviario a repetirle esa parte de su narración, después de lo cual tornó sus ojos asombrados hacia mí:

—¡Demontres! Si Ud. no figurara en la lista de los sospechosos, *Mrs. Dacres*, por descontado que contrataría sus servicios. ¿Qué piensa Ud. hacer ahora, si me permite preguntárselo?

—Pues investigar ese punto relativo a la adquisición de un solo boleto por parte de *Mrs. Garr*. *Mrs. Halloran* asevera que su tía le dio el pasaje a Chicago el jueves por la tarde. Eso importaría que...

—¡Demonios! ¡La vieja no abrigaba la intención de trasladarse a Chicago!

—¡Exactamente! Compró sólo un billete; a buen seguro que no se molestaría en realizar dos viajes para comprar sendos pasajes, teniente; recuerde Ud. que era renga. Y la forma en que actuó, aguardando el tren con *Mrs. Halloran*... No era mujer acostumbrada a viajar; si abrigaba la intención de realizar el viaje, habría tenido listo su boleto al mismo tiempo que *Mrs. Halloran*. ¡No, no! ¡Es evidente que buscaba desprenderse cuanto antes de su sobrina!

—Bien, regresemos al automóvil y discutamos allá dentro el asunto.

El policía me arrastró consigo; su ayudante le pisaba los talones. El coche policial estaba estacionado frente a la estación.

—¿Adónde, señor? —preguntó el chófer.

—Quedémonos aquí unos instantes —Strom se sentó sumido en sus pensamientos, las manos cruzadas sobre sus rodillas, la cara proyectada adelante. Luego se volvió a mí—: ¡Bien, bien! De acuerdo en que *Mrs.* Garr no se proponía abandonar la ciudad. Oigamos ahora su versión del porqué la vieja loca se salió con esa triquiñuela de Chicago.

—Quería sorprender a alguien merodeando en su casa. Probablemente a *Mr.* Halloran.

—Repítame Ud. sus declaraciones relativas a lo que dijo *Mrs.* Garr cuando Ud. le mencionó su incidente con aquel ratero. Y lo que ella hizo.

Y se las repetí punto por punto y cabalmente. Recapacitando un poco, me parecía obvio que *Mrs.* Garr, de acuerdo con mi descripción, reconociera a *Mr.* Halloran en el merodeador, después de lo cual había entablado larga y furiosa discusión con *Mrs.* Halloran, rompiendo sus relaciones con ella. Semanas después, *Mrs.* Garr propuso a su sobrina aquel fatídico viaje a Chicago. ¿Sería ésta una artimaña astucísima para atrapar a *Mr.* Halloran en sus raterías?

—Su mente imagina una teoría bastante atrevida, *Mrs.* Dacres. Siente Ud. no poco desprecio por los Halloran, ¿verdad?

—Sí.

El policía se echó a reír:

—Bueno, por mí sé decirle que no admiro a ese bribón; pero eso no demuestra que asesinara a la vieja bruja, nena. Es posible que ésta arreglara su viaje a Chicago por las razones expuestas por usted, mas quizá podría esperar atrapar a un pez enteramente diferente de ese tunante.

—Sí, ya lo veo.

—Ahora llevaré más adelante sus razonamientos. Si *Mrs. Garr* experimentaba un pánico tan intenso contra los rateros y merodeadores, *Mrs. Dacres*, eso implicaría que la vieja *poseía* algo que no quería que le robaran o descubrieran. Y recapacite usted ahora que el jueves por la noche revisamos de una punta a la otra toda la casa de *Mrs. Garr*, y los únicos objetos importantes descubiertos fueron dos llaves de Depósitos de Seguridad. Abrimos la caja, que contenía el testamento de la vieja, los documentos relativos al título de capitalización de los Halloran, la escritura de la casa y algunos otros papeles semejantes. Nada de bonos, ni dinero, ni acciones. De modo que, al leer el testamento, supimos que *Mrs. Garr* legaba el resto de su fortuna a... —calló y me dirigió una incierta mirada.

—*Mrs. Halloran* ya me lo ha dicho todo, teniente.

—Bueno, conocí cosas la mar de estrambóticas en mis tiempos, pero como ésta... inunca jamás!... ¡Vaya una extraña combinación de circunstancias! En fin, ¿por dónde iba?

—Decía usted que legaba el resto de su fortuna a...

—¡Ah, sí, sí!... Bien, esas cláusulas parecían indicar la existencia de un residuo de su fortuna, ¿verdad? Y el viernes revisamos las habitaciones poco menos que con peine fino y descubrimos 588 dólares. Todos en billetes. Y en su mayoría, billetes chicos. Encontramos billetes dentro de ese condenado piano alemán; y otros más en la cómoda del cuarto que está junto a la embocadura de las escaleras del sótano...

—Esa suma no parece considerable, en realidad, teniente. Y menos si se la compara con el título capitalizador.

—Efectivamente, así es, *Mrs. Dacres*. Pero si hay un dólar más, juro comérmelo sobre la marcha. Y no localizamos ninguna cuenta bancaria. Por otra parte —continuó, meditabundo— bien podría ser que aquel sujeto no anduviera a la pesca de dinero; recuerde usted que la vieja bruja se lió cochinamente con ciertas cosas infames cuando era más joven.

—Quisiera saber con seguridad si fue asesinada o si falleció de muerte natural.

El policía tuvo un acceso de hilaridad:

—*Mrs. Dacres*, confieso que no lo sé. Ni fue muerta de un tiro ni fue envenenada —volvió a reírse estridentemente—. Amiga mía, si quiere usted oír un lenguaje espeluznante escuche el de un médico policial cuando hace la autopsia a una gata... ¡con gatitos!

—¡Oh! ¿De modo que...?

—Pues claro, ¿qué se creía usted? ¿Íbamos a dárselos a los chicos para que jugaran con ellos?

Me estremecí de pies a cabeza:

—No, no, me alegro en el alma que haya muerto —balbucí—. ¿De suerte que no encontraron ningún indicio que demostrara si *Mrs. Garr* había sido o no asesinada?

—Poco puede afirmarse con certeza en un lío semejante —masculló el policía—. En la cocina no descubrimos nada más que lo dicho, salvo un frasco de vidrio de macarrones secos volcado sobre la mesa... ¿Adónde podría llevarla, *Mrs. Dacres*?

Su despedida era tan brusca como de costumbre.

—Deje usted; tomaré el tranvía. Con todo, desearía preguntarle algo todavía. Es una petición...

El policía sonrió:

—Por descontado que me lo sospechaba. ¡Diga no más!

—¿No pone usted objeciones en que revise la casa?

—¡Desde luego que no! El sótano del fondo está sellado. Si consigue el consentimiento de *Mrs. Halloran*, examine el resto de las habitaciones de la pensión. Tome usted —escribió algunas líneas sobre una hojita de papel arrancada de su anotador—. Entréguele esto al pesquisa de guardia en el vestíbulo. Comuníqueme cuanto descubra. ¡Adiós!

Informé a *Mrs. Halloran* acerca de mis proyectos de inspeccionar la casona de *Mrs. Garr*, a la pesca de algún dato que arrojará luz sobre su misteriosa muerte. Un destello de excitación rebrilló en sus pupilas turbias.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pensar que perdí todo este tiempo! Acaso no tengo derecho a revisar todas las cosas de mi casa, ¿eh?

—¡Vamos! ¡Bien segura estoy que el teniente Strom vería con muy malos ojos que usted lo hiciera sola! —le respondí, enseñándole la nota del teniente, que rezaba así:

JACK, permite que Mrs. Dacres realice una revisión más a fondo de los cuartos de Mrs. Garr. Pero no la pierdas de vista.

Mrs. Halloran rebatió mis palabras; reparé en su enorme embarazo. ¡A buen seguro que la gordinflona habría descubierto algún dinerillo de la vieja tía! Con todo, no tardó en ceder. Empezamos por la salita, bajo la vigilancia del policía.

La mesa desbordaba de papeluchos. Estremecida por una febril energía, *Mrs.* Halloran me empujó a un lado para revolverlos con avidez codiciosa. No encontró nada más que papeles.

—¡No hay nada aquí! —gruñó.

—¿Me permite usted mirar, señora?

Examiné cuidadosamente los papeles. Cuentas insignificantes de comestibles. Columnas de números: impuestos, \$ 138.72; agua, \$ 6.48; seguro contra incendios, \$ 19.64; baterías del timbre de calle, \$ 1.00. Un libro de recibos.

Levantándolo rápidamente, lo hojeé con displicencia, comenzando por el fin. Talones de recibos para mí, \$ 4.00; para *Mr.* Kistler, \$ 6.00; *Mr.* Grant, \$ 2.00; *Miss* Sands, \$ 5.00; *Mr.* Buffingham, \$ 9.00.

Mis ojos se detuvieron, incrédulos, en estos últimos dos números. ¡*Miss* Sands pagaba más por su cuartucho mísero con cocina a gas de dos mecheros, que yo por mi departamento! ¡Y *Mr.* Buffingham abonaba el doble que yo!

Revisé rápidamente la libreta, cuyas anotaciones remontaban a varios meses atrás. ¡Las sumas no variaban jamás!

¡Los Wallers! Una vez más examiné la libreta de recibos hasta el último talón.

iNo encontré ni uno sólo que indicara que los Wallers hubieran pagado un céntimo a *Mrs.* Garr!

CAPITULO 13

Mrs. Halloran me arrebató de la mano la libreta de recibos, la hojeó rápidamente y luego levantó sus ojos, volviéndolos de la misma a mí y de mí a la libreta:

—De aquí no sacaré usted nada en limpio —gruñó—. Son recibos de alquileres pagos.

¿Qué ganaría yo en no descubrirle el secreto de los Wallers? Sería mucho más natural e infinitamente más sencillo que la propia *Mrs.* Halloran se entendiera con los Wallers con respecto al alquiler de sus habitaciones, y no yo. Y pronto sabría lo que descubriría la locuaz *Mrs.* Halloran.

—Oiga —indiqué a la confusa mujer—. ¿No le parece raro a usted que aquí no figure ni un solo recibo de los Wallers?

—¡Es verdad, es verdad! ¡No encuentro ningún recibo de alquiler! Pues bien, esos tramposos me pagarán el alquiler... ¡ya lo creo que me lo han de pagar, demonios!

Como esperaba, la mujeruca no aguardó ni un instante más; salió precipitadamente de la alcoba y subió, jadeante, las escaleras.

Continué la búsqueda. Acababa de revisar la mitad de la habitación, cuando retomó *Mrs.* Halloran, entre dominada y agresiva aún.

—Los Wallers aseguran que tía les debía dinero, y nada menos que dos mil dólares, y que poseen el comprobante correspondiente. Dicen que ella les permitía vivir aquí a cambio de los intereses de

esa deuda. ¡Bueno! ¡No vivirán a costa mía, pillastres! ¡Y no les voy a pagar ese dinero ni por pienso!

Seguí mis revisiones. Nada hasta el momento. Llegué a poco al sillón de brazos; al volverlo patas arriba reparé que tres tachuelas, ajuste de una de las esquinas del forro inferior, parecían desprenderse con sobrada facilidad. Las saqué en un periquete y tanteé entre los resortes con los dedos extendidos.

Mrs. Halloran, husmeando dinero avariciosamente, se precipitó adelante, arrancó mis manos del seno del sofá y manipuló adentro con sus dedos ávidos.

Un fajo de billetes apareció en sus manos. De uno y de cinco dólares.

El policía avanzó plácidamente:

—Permítame usted hacerme cargo de ellos, señora.

—¡No, no me los quitará usted, condenado! ¡Ladrón! ¡Ratero!

El detective le retorció las manos a las espaldas, reteniéndoselas allí con uno de sus poderosos puños velludos.

—¿Sería usted capaz de robarle a los pobres animalillos?

La mujer se debatía furiosamente, pateándole y mordiéndole; el policía se la apartó de un empujón, al tiempo que me tendía el dinero.

—Cuéntelo, señora.

Obedecí. Ciento veinte dólares, contantes y sonantes. El hombre los tomó de vuelta de mis manos:

—Ustedes serán testigos de esa cantidad —y con estas palabras depositó los billetes en su enorme cartera, retrocediendo tranquilamente hasta la puerta.

Después de esto *Mrs.* Halloran se precipitó desatinadamente de objeto a objeto y de mueble a mueble, arrancando los marcos de los cuadros de los muros y desarticulándolos despiadadamente. Entre el cartón y la fotografía de uno de los marcos descubrió dos billetes de cinco dólares. Cosidos a una vieja colcha descubierta en la pieza debajo de las escaleras halló siete billetes de veinte dólares. El

policía reclamó imperiosamente los unos y los otros; *Mrs.* Halloran disputó rabiosamente con él y terminó quejándose y gimoteando.

Daban las seis cuando la mujer, polvorienta, despeinada y exasperada, desistió de sus búsquedas. Las partes de la casa en que viviera *Mrs.* Garr eran ahora un espantoso revoltijo atestado de restos informes y basuras. Pero de lo que yo anhelaba encontrar, de esa pista invaluable que determinaría la causa de la muerte de *Mrs.* Garr, su cómo y su por qué, no hallé ni trazas.

Encendí el calentador para darme un baño y luego subí las escaleras para ir a mi propio departamento. Del piso contiguo a la puerta recogí un sobre. La comunicación de adentro del sobre me ordenaba hallarme presente en la pesquisa judicial, a realizarse el lunes por la tarde a las dos y media. Albergaba la esperanza de averiguar en dicha sesión si mi antigua casera había sido asesinada o no.

Me bañé, me vestí, salí a comer algo, regresé luego a casa, meditando profundamente todo el tiempo. Cuanto más discurría, tanto más me persuadía que los Halloran flotaban en el fondo del misterio. De hecho, aquel singular matrimonio era el único beneficiario de la muerte de la vieja bruja. Su tipo humano correspondía a los individuos avariciosos y desconsoladoramente estúpidos. ¿Por ventura *Mr.* Halloran, ese cobarde espantadizo, se habría atrevido a ambular por toda la casa, atrapando uno a uno a los animales de la anciana casera y tornándolos después a la cocina? ¿O habría ido al fondo del caserón a fin de ver los resultados de su trabajito en la cocina del sótano, atacándome cuando lo sorprendí con las manos en la masa?

En semejante caso, ¿no era perfectamente posible que alguien le hubiera visto en la casa?

Sí... ¡*Mr.* Buffingham!

Mr. Buffingham se dirigía escaleras abajo cuando uno de los gatos continuaba perdido en la casa; recordaba haberle hablado al respecto. Si alguno sorprendió a *Mr.* Halloran en sus merodeos, ese alguien sería Buffingham.

Subí a los altos a llamar a la puerta de la habitación de *Mr. Buffingham*. Unos ruidos resonaron en el cuarto, seguidos por un silencio. Golpeé de nuevo. La hoja se abrió con, lentitud; al mismo tiempo, un repiqueteo apagado estalló en el cuarto. Mi semblante expresó la sorpresa de mi espíritu bajo la mirada fija, sombría, de *Mr. Buffingham*.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Alarma contra ladrones —respondió, lacónico, sin sonreír.

¡Por lo visto, el bueno de *Mr. Buffingham* no correría el riesgo de que alguno revisara su pieza! Seguidamente recordé mis propias puertas y me reí con simpatía.

—¡Buena idea! ¡Viera usted la forma en que atranco mis puertas!

—¿De veras?

—Sólo deseaba formularle una pregunta —le advertí precipitadamente—. La noche del viernes pasado regresé a casa alrededor de las diez, y uno de los gatos se escabulló debajo del estante de los libros. Después usted bajó las escaleras. ¿No tropezó usted con un individuo extraño en la casa?

—No.

—¿No oyó algo insólito? ¿Al bajar a los sótanos, por ejemplo? Después de todo, ese animal debió haber sido llevado de vuelta al sótano entre las diez, momento en que lo vi, y las dos de la madrugada, cuando la casa fue revisada. Entonces no estaba por aquí.

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa? No malgasto el tiempo espionando a los demás; tengo que atender mis cosas. Además, si hubiera visto a alguien, se lo habría comunicado a la policía, ¿verdad?

—Sí, sí, desde luego —murmuré—. Gracias, *Mr. Buffingham*. Lamento en el alma haberle molestado.

El hombre cerró la puerta de un golpe; el campanilleo cesó automáticamente.

Dado que me encontraba en los altos, bien podría formularles idénticas preguntas a los demás inquilinos, aunque tales diligencias

parecieran perfectamente inútiles. Por lo menos, contribuirían a averiguar su impresión cabal con respecto al crimen. Tal vez lograra inferir algo de sus actitudes o palabras.

No recibí respuesta a mis llamados a la puerta de *Mr. Kistler*.

Mr. Grant contestó con tanta prisa que lo supuse al acecho.

—No, a ninguno —replicó—. Nada anormal.

Miss Sands, con tenacillas en los cabellos y un kimono sobre su viso de rayón barato, planchaba un vestido negro; su cuarto hedía a éter de un compuesto sacamanchas.

—No; a buen seguro que lo habría recordado cuando la intentaron estrangular, ¿verdad, querida? —contestó, cansadamente—. ¿Recibió usted esa citación a la pesquisa judicial? Igual que yo, y tendré que ir, según supongo.

—¡Pobre *Mrs. Garr*! —manifesté yo, gravemente—. Al morir, no hizo un favor a nadie. Salvo, quizá, a los *Halloran*.

—¡Esa vieja arpía! Me alegro que haya muerto —en sus palabras se traslucía el odio más violento—. Ahora podré... —se calló de súbito, y continuó alisando el vestido con la pesada plancha. Ya no diría una palabra más, no soy tan dura de cascos como para no comprenderlo al momento.

Los *Waller* se mostraron, asimismo, escasamente comunicativos. Tuve la impresión, cuando abrieron la puerta, que entrambos se retiraban a su departamento como en una fortaleza, a los efectos de cobijarse allí hasta que pasara el chubasco. *Mrs. Waller* entornó la hoja un dedo y no me invitó a entrar.

—No, no vimos a ninguno. No, no oímos a ninguno —contestó la mujer y cerró la puerta. Oí el chasquido del cerrojo.

¿Qué razón podría haber tenido *Mrs. Garr* para tomar prestados dos mil dólares del matrimonio *Waller*, cuando la anciana podía invertir diez mil en un título de capitalización a nombre de los *Halloran*? ¿Y por qué les estaba pagando dos mil dólares? Por primera vez intuí que aquel dato precioso bien podría ser el vínculo actual con su turbio pasado, el primero que encontraba. El interés de los dos mil dólares, aun al seis por ciento, ascendería únicamente a

unos ciento veinte dólares anuales, lo cual implicaba que *Mrs.* Garr cedía uno de los mejores departamentos de la casa por menos de dos cincuenta semanales. ¡Vaya! ¡Eso era totalmente impropio de la vieja bruja!

Me refugié en mi cuarto, proveyéndome adecuadamente de lápiz y papel. Medito infinitamente mejor con un lápiz en las manos y confieso que necesitaba apoyo seguro. Acababa de recoger el lápiz, cuando resonaron en la puerta varios llamados, tan sonoros como perentorios.

Era Hodge. Cerró las hojas detrás de él y me tendió los brazos, abiertos como aspas; las comisuras de su boca risueña casi le llegaban a las orejas.

—¡Oh, mi linda carita! —prorrumpió—. ¿Con que es cierto que me amas locamente?

En ese momento deseaba ser la parte congeladora de un refrigerador eléctrico:

—Sólo a ti podría ocurrírsete semejante idea disparatada —dije volcando veneno en mis palabras.

—Pero, nena, me sacaste de la cárcel, ¿verdad? Esa es una señal de amor verdadero, ¿no te parece?

—Apenas un subproducto, *Mr.* Kistler. Buscaba hechos concretos y dio la casualidad de tropezar con el detalle que aclaró tu situación.

—*Madame*, por tal subproducto os brindo mi más sincero agradecimiento —el muchacho se curvó en una perfecta reverencia cortesana, pero su semblante trasuntaba siempre su aplomo cínico—. La cárcel es un lugar feísimo para pasar la vida, querida. ¿Quién sabe las costumbres infames que habría tomado de seguir un tiempo más en ese hotelillo gratuito?

—Pues a mí me parece un lugar muy apropiado para ti.

—¡Vamos, vamos, nena! ¿Todavía enojada conmigo?

—¿Yo, enojada? Personalmente, no creo tener ningún motivo de agravio —me esforzaba por conservar el tono lejano de mi voz, pero

mi cólera parecía haberse evaporado mucho más rápidamente de lo que deseaba, y ahora era difícil reactivarla convenientemente—. No es por querer cambiar de tema, ni nada por el estilo, pero supongo que no averiguaste nada más del crimen, ¿verdad?

—¡Dios me libre de tenerte alguna vez en mis huellas! ¡Eres incansable! Pero no, nena, no sé más nada del crimen. No, acabo de meter a cierto gerente de publicidad de las *Tiendas T-X* debajo de la mesa, bien a salvo.

Conté todo cuanto descubriera durante el día, haciendo especial hincapié en el caso entablado contra los Halloran.

—¿Nada nuevo contra mí?

—Siento decirte que no. Pero existen algunos puntos que quizá tú podrías averiguarme; serían un poco dificultosos para mí si trato de olfatearlos demasiado. Desearía que investigaras la coartada de *Mr. Halloran*, de modo de conocer su solidez.

—¿Qué dijo Halloran acerca de sus actividades el viernes por la noche?

—Eso es terreno virgen todavía.

—Bueno, uno de mis correctores de pruebas no trabajará el lunes; voy a arrojarlo tras las huellas de los Halloran. ¿Algo más, nena?

—Los Tewman han sufrido también bastante de la harpía de *Mrs. Garr*, quien estaba siempre rezongándolos y regañándolos, y hasta los gusanos son capaces de revolverse cuando los atacan. ¿Cómo son sus coartadas?

—¡Puff! Halloran tenía motivos de odio. Por mi parte, apostaría a su cabeza.

—No olvidemos tampoco a *Mrs. Halloran*. ¿Qué me dices si ella no fue a Chicago?

—Eso es tan fácil de averiguar, que hasta la propia policía no podría embarullarlo. Pero ¿y Buffingham? Lo escogería si tuviera que seleccionar al criminal de entre todos los distinguidos pensionistas de la casa.

—El único indicio que cuento contra él es que abonaba nueve dólares semanales por su cuarto. Vi los recibos.

—¡Puff! ¡Nueve dólares por semana por ese agujero! ¡Qué robo! *Mrs.* Garr tendría que haber sido encarcelada por ese latrocinio... ¿para qué demontres asesinarla?

—Y también *miss* Sands. Paga cinco dólares semanales. ¡Y los Wallers no abonan un centavo! Dicen que poseen un recibo de *Mrs.* Garr por dos mil dólares, y que ella les pagaba el interés con los alquileres.

—¡Buen Dios! ¡Qué investigadora endemoniada me resultas! ¿Quién imaginaría que este viejo caserón desbordaría de misterios? Has puesto en línea a todos los pensionistas de la casa para facilitarte el trabajo. ¿Dices alguno bien estúpido? Los Halloran y los Tewman corren parejos en esta categoría. ¡El bueno de Buffingham, papacito de criminales, corre tercero! Y Grant es un caballo dudoso. *Miss* Sands no parece candidato. Idem, los Wallers. ¿Quién más queda? Sólo nosotros dos. Conviene que sepas que soy demasiado galante para colocarte a ti en la carrera, amada mía.

—Espero que seas suficientemente galante para darme las buenas noches —respondí—. Muero de cansancio.

CAPITULO 14

Mrs. Halloran llamó a la puerta muy de mañanita:

—Le agradecería que me abonara el alquiler de la semana, *Mrs.* Dacres —me anunció, muy atiesada.

Sólo guardaba un billete de diez dólares en la cartera, que entregué a la mujer; ésta me dio de vuelto un billete de cinco dólares y uno de a uno.

Mi meñique advirtió al roce el desgarrón en el billete de cinco dólares, exactamente en el pliegue lateral.

El billete en cuestión parecía tan familiar como un diario leído, pues realmente se trataba del mismo con el cual pagara el alquiler de mi departamentito el día anterior de la supuesta partida de *Mrs.* Garr a Chicago.

Creí tener entonces en mis manos a los intrigantes Halloran. Articulé rápidamente mis palabras:

—¿Así que encontró más dinero de *Mrs.* Garr, eh?

La mujer levantó la vista, sobresaltada.

—¡No, no hallé nada! —respondió—. Únicamente lo que descubrí ayer y que se llevó ese condenado policía.

—¿Sí, eh? ¿Supongo entonces que *Mrs.* Garr le dio dinero? —mi tonillo era tan insultante que esperé que la mujer desmintiera acaloradamente mi afirmación.

—Tía no me dio un solo centavo en casi un mes entero. *Mr.* Halloran me entregó el dinero para ir a Chicago, salvo el boleto. Ese viernes acababa de recibir la pensión que le paga el Estado.

Depositó el billete roto sobre la mesa, bajo sus ojos espantados:

—Reconozco este billete, *Mrs. Halloran*. Con él aboné el alquiler de la semana pasada... ¡a *Mrs. Garr*!

—¡Oh; Dios mío! —susurró, trémula, la desagradable mujer—. Seguro me lo entregó alguno de los inquilinos de la casa. No llevaba billetes de cinco dólares cuando vine, pues todo lo que tenía eran dos billetes de a dólar y algunos níqueles. Todo lo demás lo recibí cuando me pagaron el alquiler.

¿Con que era eso? ¿O mentía descaradamente? Probé suerte de nuevo:

—¿Podría usted recordar quién se lo dio?

—Déjeme pensarlo, *Mrs. Dacres*... ¡Hum!... *Mr. Kistler* me entregó uno de cinco y otro de uno. *Miss Sands* me dio también un billete de cinco dólares. Luego llamé a la puerta de *Mr. Grant*, a quien di de vuelta tres dólares a cambio de sus cinco dólares. Seguidamente golpeé largo rato a la puerta de *Mr. Buffingham*, pues creo que estaba todavía en cama; no quiso abonarme los nueve dólares indicados en el libro, asegurándome que eran sólo tres por semana; juraría que le debía dinero a la pobre tiita; rebuscaré en sus papeles a ver si descubro algo al respecto. Todo lo que tenía era uno de cinco, pero fui al cuarto de los *Waller* y lo cambié, entregándole después a *Mr. Buffingham* dos dólares de cambio. El suyo fue el último billete de cinco dólares.

Después de oídas las declaraciones de *Mrs. Halloran*, ¿hasta qué punto me era útil el dichoso billete de cinco dólares? El jueves había pagado con él el alquiler a *Mrs. Garr*, quien podría haberlo pasado a su vez a alguno de sus pensionistas como cambio. Francamente, aquel enigma era enloquecedor.

En rigor, aún no estaba muy segura de que *Mrs. Halloran* no mentía; intenté insinuar de nuevo a la mujer que su propio marido le había hecho entrega del billete de marras. Una rotunda negativa fue lo único que pude sonsacarle después.

Pasé un día sosegado y una noche tranquila. Recuerdo uno y otra como si fuera hoy.

Hodge Kistler vino a verme alrededor de las doce del lunes subsiguiente:

—Bueno, el corrector de pruebas me ha salido de los buenos —anunció alegremente—. Me encuentro en condiciones de pagarte un plato de sopa, nena. ¿Quieres que investiguemos juntos el enigma? Me espera en el Wetmore Grill a la una.

Entré en el Grill del Wetmore deseosa de parecer en todo el resplandor de mi belleza.

—Si me resultas una de esas muchachas frívolas que me conozco —recalcó Hodge, adelantándose a mi encuentro—, juro que tendrás que comerte sola el almuerzo.

Nos refugiamos en uno de los compartimientos de esquina.

—¿Qué averiguó tu corrector de pruebas? —indagué.

—Paciencia, que ya iremos a eso —ordenó la consumición al camarero—. Bueno, dicho corrector de pruebas se allegó al hogar, dulce hogar de los Halloran, alrededor de las diez y media, para ser exacto. *Mr.* Halloran reposaba aún de sus fatigas nocturnas, de modo que mi delegado ante su señoría expresó a la niña que le abrió la puerta que era miembro de la Legión Americana, y que estaba realizando gestiones para obligar a pagar diez mil dólares, contantes y sonantes, a todos los veteranos de la guerra, y que deseaba recabar el asentimiento de *Mr.* Halloran. Eso le franqueó la entrada como una bala.

—Me lo imagino.

—Mi avanzadilla y el veterano se sientan en la salita y charlan hasta por los codos. A poco la conversación se desvía a las amarguras y tribulaciones sufridas por los pobrecillos veteranos. Y al hecho de haber sido retenido *Mr.* Halloran una noche entera en la cárcel y al por qué. Y a cómo *Mr.* Halloran no asesinó a *Mrs.* Garr. ¿Preguntaste alguna vez a *Mrs.* Halloran cuántos hijos tiene?

—Sí, siete, según me dijo.

—¿Formulaste la misma pregunta a *Mr.* Halloran?

—No...

—¡Ah! ¡Pues mi corrector de pruebas sí que se lo preguntó, nena! Y *Mr. Halloran* respondió que tenía cinco hijitos. Y que aquella noche del viernes había salido de juerguecilla a desquitarse un poco de tanta chiquillería.

—¡Sí, ya lo veo! ¡Otro pillo como tú!

Mr. Kistler meneó tristemente la cabeza:

—Mi actitud hacia *Mr. Halloran* me consterna. Mi corrector de pruebas, cuyo nombre es Anderson, procedió mejor, y decidió admirarse. Y *Mr. Halloran*, muy por lo bajito, le confió nombre y dirección, que Anderson cotejó inmediatamente. Y el propietario del tugurio de marras manifestó que *Mr. Halloran*, en la alegre compañía de una deslumbrante rubia oxigenada, concurrió allí el viernes por la noche, quedándose desde las nueve hasta las cuatro de la madrugada, y que prácticamente durante todo ese tiempo nuestro juerguista estaba tan ebrio que ni hubiera podido asesinar a una mosca en invierno.

—¡Pero tiene que ser *Mr. Halloran*! ¿Quién otro podría ser el criminal?

—Bueno, nuestra única posibilidad de defensa estribaría en que el tabernero fuera un embustero. Anderson salió ahora a dar caza a la rubia oxigenada y a otros dos caballeros más a quienes el honorable tabernero recuerda haber visto en esas horas. Pero no olvides que las manos estranguladoras no pertenecían a las de un borracho, nena.

—Estoy disgustada —murmuré mohína.

—¡Ánimo! ¿Quién sabe lo que saldrá a relucir en la pesquisa judicial?

Cuando penetramos en la Alcaldía de la ciudad, Informaciones nos indicó la sala 233 como el lugar en que se ventilaba la causa Garr. La sala 223 hedía a calor seco, y parecía más desnuda que un aula escolar, con el pupitre del profesor sobre la tarima elevada y sus filas de bancos plegadizos frente por frente del mismo. Una fila de sillas, formando ángulo recto con las demás, se alineaba al lado del

escritorio y estaban todas ocupadas por gentes graves; el jurado, según barrunté para mi coleteo.

La mayoría de las sillas plegadizas se hallaban también ocupadas. Vi a todos los pensionistas del caserón de la Garr. Los Halloran. Los Tewman. El boletero. Unos periodistas. Algunos policías aburridos se paraban aquí y allá por el salón.

El juez de instrucción penetró en el lugar caminando a pasos vivos, seguido por el teniente Strom y otros dos hombres más a remolque. El juez —un político afortunado en su vida pública— se sentó tras el escritorio y cumplió rápidamente con las fórmulas de práctica. El teniente Strom se sentaba junto a él.

—¡Primer testigo! —llamó el juez de instrucción—. *Mrs. Halloran*, tenga usted la bondad de sentarse en esa silla.

No abrigo el propósito de transcribir toda la pesquisa judicial, pues buena parte de la misma es repetición de cosas sabidas. El testimonio de *Mrs. Halloran* se vinculaba al viaje a Chicago. Después de ella le llegó el turno al boletero, y luego fue llamado a declarar cierto *Mr. Banks*.

—¿Examinó usted los pasajes del tren de excursión a Chicago de las ocho y cinco del 28 de mayo pasado, *Mr. Banks*?

—Sí, señor.

—¿Recuerda usted algún incidente relativo a *Mrs. Halloran*, la mujer que acaba de deponer ante el tribunal, y la otra mujer?

—Sí, señor.

—Describanos a esta última, *Mr. Banks*.

—Recuerdo que era de más edad, señor. De hermosa cabellera blanca, con un sombrero pasado de moda y un vestido negro.

—¿Qué atrajo su atención hacia ellas?

—Resulta que esas dos mujeres se apretujaron contra mí, chillando: «¿No podríamos pasar ahora, revisor? Queremos reservarnos un buen asiento». Cuando las verjas se abrieron, la mujer más vieja no atinaba a encontrar el pasaje. La más joven se quedó esperando. Finalmente, la más vieja dijo: «Vete al tren,

consígueme un buen asiento. Volveré apenas encuentre mi pasaje; sé que lo tengo por aquí». La otra se marchó entonces.

—¿Encontró esa mujer más vieja su pasaje, *Mr. Banks*?

—No, señor. De hecho, no pareció buscarlo más. Se esfumó entre la muchedumbre. Vagamente la estuve buscando con la mirada, sin divisarla más.

—Gracias, *Mr. Banks*. Siéntese.

El siguiente testigo era un guarda, quien atestiguó haber recogido el pasaje de *Mrs. Halloran* y haberla visto en el convoy en un punto cercano a Chicago.

—¡Testigo subsiguiente, *Mrs. Dacres*!

Se me interrogó detalladamente sobre mi regreso a casa el viernes fatal, el enigma del gato escapado en el vestíbulo, los ruidos que percibiera, el ataque contra mí. Seguidamente me ordenaron retirarme.

Mr. Kistler fue citado después que yo, a los efectos de que indicara cómo me encontró aquel viernes por la noche. Luego llamaron a Foster, el policía que conociera bajo el nombre de Jerry. Narró la revisión de esa noche de la pensión de la Garr. Uno tras otro fueron llamados todos los pensionistas de la anciana muerta. Se recalcaron muy especialmente las declaraciones de *Mr. Grant*, referentes a haber visto a *Mrs. Garr* de regreso a su casa alrededor de las ocho y treinta.

El descubrimiento del cadáver constituyó el punto que se investigó luego. Transcribiré las declaraciones de Foster.

—Bien, Foster, dice usted que los restos, las ropas y los cabellos estaban diseminados por el piso de la cocina, pero especialmente cerca de la puerta.

—Sí, señor.

—¿Descubrió usted señales de disparos de armas de fuego en el cuarto?

—No, señor.

—¿No halló tampoco ningún otro objeto o cosa que mostrara señales de haber sido empleada como arma?

—No, señor. En el cajón de la mesa hallamos cuchillos, pero en ninguno de ellos se advertía indicio alguno de haber sido usado para acuchillarla. Encontramos, asimismo, algunas herramientas en un cajón del cuarto del horno. Sometidos a revisión pericial, se descubrió que habían sido empleados de la manera corriente y nada más...

—¿Descubrieron algún signo de lucha en el cuarto?

—Con franqueza, señor, la habitación no se encontraba en su mejor estado, como bien puede usted imaginar. El único signo de desorden era un frasco de vidrio de macarrones secos, volcado a medias sobre la mesa.

—¿Se examinó pericialmente el cuarto en procura de impresiones digitales?

—Sí, señor, pero no fue posible encontrar ninguna de buena impresión, excepción hecha de un par de *Mrs. Garr*, de superficies imperfectas. El cuarto es de cemento y maderas viejas.

—Comprendo, Foster. Bien, veamos la ubicación de la llave. ¿Dónde la encontraron?

Tendí el cuello, atenta. ¡La llave! Esa era la primera vez que la oía mencionar.

—La llave estaba sobre la mesa de la cocina, a poca distancia del frasco de macarrones.

—¿Está usted seguro que la llave hallada sobre la mesa era la de la cocina?

—Sí, señor, la probamos en la cerradura.

—¿Sería posible emplear otra llave en esa cerradura, Foster?

—No me parece posible, señor. Forzamos y astillamos la puerta para entrar en el cuarto, pero apenas si causamos escasos daños a la cerradura. Probamos un manojo de otras llaves, algunas ganzúas, todas las que pudimos. Ninguna de ellas conmovió siquiera a esa cerradura. Era muy rara, hecha a mano, según me parece. Además no mostraba señales de haber sido tocada.

—¿Colaboró usted también con el teniente Strom en la revisión de los otros cuartos ocupados por *Mrs. Garr*?

—Sí, señor.

—¿Dónde encontraron las llaves del depósito?

—En su cartera.

—¿Consideró usted que había revisado bien a fondo esas habitaciones?

—¡Oh, sí, señor! —respondió, fervorosamente, Foster—. ¡Menuda sorpresa experimenté cuando esas señoras descubrieron dinero!

—Bueno, todos no podemos ser mujeres —se chanceó el juez y estallaron algunas risas—. Bien, Foster, se ha sugerido que *Mrs. Garr* sospechaba que su casa había sido visitada por un ratero, o rateros —en una palabra, por merodeadores— que buscaban algo de valor. Cuando examinó los efectos de *Mrs. Garr*, ¿descubrió usted alguna señal de que dichos efectos ya habían sido revisados?

—En ese momento tuve la impresión, señor, y sigo teniéndola ahora, de que alguien se nos había adelantado.

CAPITULO 15

—Bien, Foster, ¿por qué sospecha usted que los efectos de *Mrs. Garr* fueron inspeccionados por alguien antes que usted?

—Pues vea usted, los cuadros de las paredes estaban casi todos torcidos, como si alguno los hubiera revisado precipitadamente. Además, uno de los almohadones del sofá presentaba una tajadura en uno de los costados. A mayor abundamiento, los cajones estaban todos revueltos.

Observé los rostros de los circunstantes, en cada uno de los cuales se advertía interés y nada más. Uno tras otro, durante toda la interminable tarde, los testigos fuimos llamados y vueltos a llamar, hasta sentirnos hastiados y apáticos a todo. Y fue como si soplara fresca brisa cuando el juez de instrucción dio por terminadas las deposiciones testimoniales y se volvió al jurado. Levantó algunas hojas de papel dactilografiado de sobre su escritorio, y expresó lo siguiente, con voz ronca y solemne:

—Damas y caballeros, el objeto de la presente investigación consiste en determinar si *Mrs. Garr* falleció de muerte natural o bien si fue alevosamente asesinada.

»La deducción extraída de algunas de las anteriores deposiciones testimoniales es que *Mrs. Garr* no albergaba la intención de partir para Chicago; y que el viaje proyectado sólo era un ardid de parte suya. Damas y caballeros, a ustedes incumbe la tarea de probar la solidez de esta deducción. En rigor, no se demostró categóricamente que dicho viaje fuera una treta de *Mrs. Garr*.

»De cualquier manera, tenemos la plena seguridad de que *Mrs. Garr* no fue a Chicago. Posiblemente fue vista por las proximidades del número 593, de la calle Trent, por el testigo *Mr. Grant*, a eso de las ocho y media de la noche. Sólo podemos formular conjeturas acerca de lo que le ocurrió de ese instante en adelante.

»Nos consta que en algún instante antes de las diez de la noche, cuando *Mrs. Dacres* regresó a la pensión, la puerta de la cocina de los bajos de *Mrs. Garr* estaba abierta y que uno o quizá todos los animales, encerrados en la misma, se hallaban en libertad. La gata erraba por la casa a las diez de la noche. Ningún animal estaba en libertad cuando el agente Foster revisó la pensión pocos minutos antes de la medianoche.

»Discutiremos ahora más de cerca el punto concerniente a si *Mrs. Garr* fue o no asesinada. Sabemos, por las declaraciones del médico policial que, posiblemente, el cadáver fue llevado al cuarto en que fuera encontrado el sábado, a más tardar; por consiguiente, en algún instante de la noche del viernes, por cuanto tal hecho habría sido extremadamente dificultoso de realizar durante el día.

»¿*Mrs. Garr* podría haber sido asesinada fuera de su casa? Existe una puerta, conducente a los sótanos, en la cocina de *Mrs. Dacres*, pero dicha puerta tiene un pestillo herrumbrado del lado del departamento de la testigo mencionada y del otro lado ha sido sólidamente clavada. La espesa capa de polvo depositada sobre los peldaños de las escaleras, aparecía intacta. El cuerpo, consiguientemente, sólo podría haber sido acarreado o transportado por la parte frontal de la casa. Extremadamente arriesgado tal acarreo, por supuesto, pero cabe dentro de lo posible. Los motivos del crimen son múltiples. *Mrs. Garr* era una mujer de cuyo turbio infame pasado el jurado ha sido ya sucintamente enterado; se sabe, además, que era dada a ocultar pequeñas sumas de dinero en algunas partes de su casa.

»Consideraremos ahora la posibilidad más factible, a nuestro entender, de que *Mrs. Garr* fue ultimada dentro de su casa. En ese caso, debió regresar sola a casa; dentro de la misma sorprende o es

sorprendida por el criminal, y éste, luego de asesinarla, la encierra en la cocina juntamente con sus mascotas. Uno de los testigos declaró tener la vehemente sospecha de que *Mrs. Garr* sorprendió a un ladrón o ratero o merodeador con las manos en la masa y que él mismo la asesinó a mansalva o bien en defensa propia. Se ha sugerido, asimismo, que dicho merodeador —supuesto que es harto difícil que se trate de dos delincuentes— es el individuo que atacó luego a *Mrs. Dacres*. Nos consta que este merodeador no forzó su entrada en la pensión por el departamento de *Mrs. Dacres*, en razón de que las sillas de ésta se encontraban encajadas debajo de las manijas de las puertas de su salita cuando ella volvió en sí. No se han encontrado evidencias de cómo el supuesto homicida encerró a los animales y colocó el cadáver en la cocina, dejando la llave adentro.

»Suplico a ustedes no olvidar que el hecho de que los efectos de *Mrs. Garr* fueran revisados en su ausencia, no prueba, forzosamente, que el ladrón en cuestión cometiera el crimen contra *Mrs. Garr*. Tampoco deben dejarse influenciar por las vehementes sospechas manifestadas por algunos de los deponentes de que *Mrs. Garr* fuera asesinada.

»Ahora el caso de muerte natural. En dicha teoría, el curso de los acontecimientos se presentaría del modo siguiente: *Mrs. Garr* descendió al sótano al retornar a su casa alrededor de las 8:30. En algún instante antes de las 10, *Mrs. Garr* abrió la puerta de la cocina de los bajos y su gata huyó fuera. Luego, entre las 10 y las 12 de la noche, *Mrs. Garr* recaptura a la gata aludida, y la vuelve a la cocina junto a las demás mascotas. Es posible que acechara a algún merodeador; como quiera que sea, se sienta en el cuarto a oscuras. Sabemos que está sujeta a ataques cardíacos. Sufre, entonces, uno de tales ataques, quizá una apoplejía o bien alguna enfermedad subitánea. Y fallece. Cabe consignar que el rumor del ataque perpetrado contra *Mrs. Dacres* y el tumulto subsiguiente podrían haber desencadenado en ella ese proceso patológico mortal. Es de lamentar grandemente que la cocina de los sótanos no fuera

registrada esa noche; es harto posible que la mujer estuviera aún viva; de todos modos, la causa de su fallecimiento podría haber sido entonces fácilmente comprobada.

»Damas y caballeros, se les ha proporcionado a ustedes una relación exacta de las actividades testimoniadas de todas las personas vinculadas, de un modo u otro, a la casa de la calle Trent número 593. Si su veredicto es *asesinato*, les suplicó que nombren a la persona o personas culpables de su muerte, supuesto que hayan determinado quien lo cometió.

El juez calló. Los jurados se pusieron de pie, torpe y cansadamente, y desfilaron fuera de la sala del juzgado por una puertecilla lateral.

Era alrededor de las seis cuando los jurados se marcharon y casi las ocho cuando retornaron, pomposamente, a sus sillas.

En el salón estallaron algunos chistidos expectantes.

El juez de instrucción, hablando en el tono de práctica, formuló la pregunta del caso.

Uno de los jurados se había quedado de pie, y fue él quien respondió por todos sus colegas:

—Hallamos que *Mrs.* Garr falleció de muerte natural, por causa o causas desconocidas.

No podía dar crédito a mis oídos. Volví los ojos de prisa al teniente Strom. Sus ojillos hundidos y burlones se clavaban de hito en hito en mí, y sus labios sonreían con triunfo, con sarcasmo.

Sentía la impresión del que acaba de arrojar de un avión en paracaídas y advierte que su paracaídas no se abre.

—¿Quiere decir entonces que esto es todo? —balbuceé a *Mr.* Kistler, mientras él me sacaba del salón—. ¿La policía no realizará nuevas diligencias?

—Seguramente, nena. Tu bendito misterio se fue a las nubes. Aquí no hubo más que una pobre vieja que expiró sin ayuda de nadie y acompañada por seres dudosos. Por lo que toca al Departamento de Policía, el caso ha terminado. No veremos a otro detective en la pensión hasta que el tiempo la reduzca a polvo.

Mr. Kistler había tomado la pesquisa judicial con mucha calma, pero yo —y no hay otra forma de diagnosticar mis emociones— me sentía punto menos que una tigresa embravecida.

—¡El teniente Strom es un perfecto idiota! —declaré, solemnemente.

—¿Es que nunca se te metió en tu linda cabecita el pensamiento de que el teniente Strom quizá estuviera en lo cierto? Después de todo, es hombre experimentado en esta clase de delitos, mientras que tú, no, querida.

Alrededor de las tres regresamos a casa, luego de ver una película y comer y beber algo en un restaurante, y entramos a tientas en el vasto, oscuro, silencioso vestíbulo, deteniéndonos en la puerta de mi departamento para despedirnos. Abrí la puerta con mi llave, lancé un rápido vistazo en torno a fin de verificar si todo estaba en orden, y comuniqué luego la buena nueva a Hodge antes de que él subiera las escaleras.

Me sentía la mar de bien y de dichosa. Fluía el licor por mis venas con un calorcillo gratísimo. Me apresté a acostarme con el ánimo alegre, pero no tan alegre que olvidara de encajar las benditas sillas debajo de las manijas. Olvidé por completo a *Mrs.* Garr y prestamente concilié el sueño.

No tengo la menor idea de cuándo desperté. Y me desperté pensando en qué oscuro estaba el cuarto. Desconcertada, atisbaba las tinieblas. Aunque la luna no brille en el cielo nocturno, el lamparón callejero de la esquina despide luz suficiente para llenar mi habitación de ese misterioso resplandor opalescente que torna espectralmente visibles los objetos todos.

Mas en ese instante no había luz alguna en el cuarto. Sólo tinieblas. Densas, impenetrables tinieblas. Volví lenta, acompasadamente el rostro, sólo lo necesario para mirar hacia donde se abren las ventanas. Sombras. Negreantes tinieblas... ¡Oh, no!... Un hilillo de luz espectral. ¡Las celosías estaban bajadas!

Y ése fue el último instante en que respiré con calma.

Y con la misma seguridad que si lo viera con mis propios ojos, me vi levantando las celosías como de costumbre poco antes de acostarme.

Y ahora, en *mi* cuarto, percibía ruidos, rumores sordos, furtivos. Una corriente de aire, agitado, me acarició vagamente mi rostro convulso. Un rumor sigiloso, amenazante, tétrico. Muerte. ¡La Muerte que flotaba en el caserón de la siniestra Garr! La Muerte caminando lenta, segura, quedamente en mi habitación...

Sentía paralizado el cuerpo, y la garganta como un tubo vacío. Abrí la boca para clamar socorro, pero ni un solo gemido salió de ella. Movía una pulgada por vez mis manos, mi brazo débil, pesadísimo —¡horriblemente pesado, inerte, mortalmente, inerte!—, hacia el costado del lecho...

¡Y mis dedos helados tocaron unas ropas *que no eran de mi lecho!*

En algún lugar recóndito de mi espíritu una voz estrangulada susurró:

—¡Dios mío, recibe mi alma!

Y en el mismo instante un golpe paralizante brotó de las tinieblas.

CAPITULO 16

Horrible fue mi despertar. Clamaba ahora por mi *ser*, por recrearme de entre las negríssimas tinieblas circundantes... ¡y me sentía tan débil! Oscilaba y huía de mí misma y tornaba y volvía una y otra vez.

Recobré los perdidos sentidos hundiéndome en luces blancas, calor blanco, dolor blanquísimo.

Comparado con aquello, hasta las negras tinieblas parecían más atractivos. Pero *ellos* no cesaban de *hacerme cosas*. Cosas peculiares; no discernía de qué se trataba. Y no pasó largo tiempo antes que fuera discriminando gentes, cosas, movimientos. Hodge Kistler. Un rostro palidísimo. *Mr.* Waller. El teniente Strom. Curioso. ¡El teniente Strom! Otro detective... ¡hasta que la casa se convierta en polvo!... Me esforcé por zafarme de ellos, pero no me dejaron hacerlo. Me abofeteaban y me clavaban alfileres agudísimos y vertían líquidos candentes por mi garganta...

Observé el semblante inclinado sobre mí. ¡La cara de Hodge Kistler! Y tan blanco... tan bañado en sudor...

—*Eso me pegó...* —a buen seguro que dejé parte de mi voz en las tinieblas del Más Allá.

—¡Calma! ¡Paciencia! No trates de volverte a dormir, nena. ¿Cómo va la enferma, doctor?

—Viento en popa —otra voz fluctuante tronó junto al lecho—. ¡Muy bien! Pero no le permitan dormirse antes del mediodía.

Seguidamente reinó calma en torno mío; sólo percibía las estridentes sirenas de lo Incógnito en mis oídos. Algunas veces *Mr.*

Kistler y otras *Mr. Waller* se sentaban al lado de la cama. Descubrí la forma de dormir con los ojos abiertos. Y ellos no me formularon objeciones...

Finalmente, mis *verdugos* terminaron por dejarme dormir. Cuando desperté, la luz estaba en el centro del cielorraso, velada por una bolsita de papel atada alrededor. ¡Qué cosas ridículas suele hacer la gente! Pero me sentía mejor. Infinitamente mejor. Mi cuerpo parecía desasido de mí misma, pero me sentía dentro de él, aunque flotaba en misteriosas lejanías. Hodge se sentaba junto al lecho, las piernas estiradas y las manos hundidas en los bolsillos, con un gesto tan sombrío como jamás imaginara que fuera capaz de poner.

—¡Hola! —musité.

El muchacho dio un respingo:

—¡Hola, hola! ¡Vean quién está de vuelta a casa! —exclamó, aproximando su cara, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Quién fue?

—Querida, eso es un misterio profundo para todos nosotros. Hoy día podría comprar dos tenientes Strom por una moneda falsa y partida al medio.

—¿Mi cabeza... está... está rota?

—Oye, mira que tu cabeza nunca podría romperse.

—Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

—¡Escucha, Gwynne! ¡Huele esto!

Y olí.

—¡Es curioso! Es como...

—Es un limpiador a seco a base de éter. Reconozco todos tus derechos de sentirte malísima, preciosa.

—Y me siento mala, Hodge. No tienes por qué preocuparte por eso.

—¡Oh, Gwynne! —él me asió la mano—. ¡No sabes cuánto lo siento!

Me hundí de nuevo en sueños y esta vez dormí realmente. Cuando desperté de nuevo, la luz continuaba brillando dentro de la

bolsita de papel, pero los rayos solares penetraban por las ventanas. Hodge dormía sentado en el sofá, próximo al lecho.

Me escurrí fuera de la cama, buscando deslizarme por detrás del sofá de *Mr.* Kistler. Mi esfuerzo resultó infructuoso. A la primera escurrida, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Eh! ¿Qué haces? —gritó.

—Desfallezco de hambre —gimoteé.

—¿Hambre? —preguntó, incrédulo. Se puso de pie, bostezando y sacudiéndose furiosamente—. Todo lo que tendrás es juguito de naranja. Así lo ordenó el médico: jugo de naranja y nada más.

Y eso fue todo cuanto me dieron durante el día entero. Discutimos acerca de si podría levantarme o no; llamó telefónicamente al médico y regresó a poco la mar de disgustado:

—El doctor dice que te levantes si te sientes tan titánicamente fuerte. Pero vuelve al lecho apenas te sientas desfallecer. No entiendo cómo no te sientes débil, pero a mí sí que me temblequean las piernas. ¡Dios mío, tengo que ir al trabajo! Diré a un agente que no te pierda de vista.

¡Cielos, mis cosas estaban hechas un revoltijo infernal! Diarios, revistas, libros desperdigados por el piso. Los cajones del armario boqueaban allá lejos y su contenido había sido revuelto y arrojado por doquier. Los platos estaban locamente amontonados debajo del gabinete. Los cajones también se hallaban abiertos y sus cosas diabólicamente embarulladas. Con el corazón en un puño, contemplé mi ropero; todas mis prendas, colgadas antes de sendas perchas, yacían en montoncillos informes sobre el suelo. La cocina se encontraba exactamente en el mismo estado. El cuartito reservado de *Mrs.* Garr se hallaba aún en peor situación. Me quedé pensando en lo tonta que había sido. No le había informado a la policía de que *Mrs.* Garr solicitó retener aquella parte de mi departamento. Con todo, salvo en una ocasión, la vieja no me había molestado para llegarse hasta el mismo. Y olvidé hasta su existencia, al igual que las escaleras en desuso conducentes a los sótanos.

Ahora poseía pruebas cabales. En la casa rondaba un misterioso merodeador. No dio con lo que buscara en la parte del caserón correspondiente a *Mrs. Garr*; ahora, consiguientemente, rebuscaba en la mía. Por tal causa me había atacado: le era necesario sacarme del camino, de un modo u otro.

¿Por ventura habría hallado lo que buscaba? ¿Y hallado qué, en aquel cuartillo reservado? ¿Qué ansiaba tan ávidamente aquel despiadado merodeador? ¿Dinero? ¿Más dinero aún?

Pero ¿quién osaría correr tamaños riesgos por unos pocos centenares de dólares? Si quería dinero, debía ser muchísimo dinero, a fe mía. Alguno conocía la existencia de buenos fajos de billetes escondidos por la vieja bruja en alguna parte de su caserón maldito. Una buena pila, en verdad, oculta por *Mrs. Garr* con astucia infernal. El ladrón se había apoderado de todo el dinero que encontrara, ya que nunca habíamos hallado un céntimo entre los objetos que rebuscara.

¿Probaba eso que el ladrón buscaba dinero? No, eso sólo demostraba que se apoderaba de lo que encontraba al paso. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Algún hecho del turbio pasado de *Mrs. Garr*, acaso? ¿Alguna prueba incriminatoria contra alguien?

Desde el primer momento en que examinara la libreta de recibos sospeché que *Mrs. Garr* extorsionaba a dos de sus inquilinos. *Miss Sands*: ¿cómo explicar de otro modo los cinco dólares semanales de alquiler pagados por su mísero cuartucho? Y *Mr. Buffingham*: alguna *hazaña* de su hijo criminal parecía ser lo más probable en su caso. Por otra parte, podría sospechar que otros dos arrendatarios extorsionaban, a su vez, a *Mrs. Garr*. Los *Waller*s: ¿por qué les debía ella dos mil dólares? Y los *Halloran*: era de presumir que *Mrs. Garr* retenía recibos de dinero prestado al singular matrimonio. ¿Acaso el ataque de que fuera víctima y el pillaje desenfrenado de mis habitaciones constituía el último eslabón de la fatal cadena? ¿Por ventura el merodeador habría descubierto lo buscado por él con tanta saña? No, a buen seguro que no. Ninguno podría ser tan estúpido de no revisar primero el cuartillo reservado de *Mrs. Garr*.

Supuesto que descubriera allí lo que tanto anhelaba, la búsqueda habría cesado al punto. Pero no era así. El desconocido había revisado todo el departamento de arriba abajo. Sólo cabía extraer una conclusión al respecto: que el merodeador no estaba aún satisfecho.

Cerré los ojos y me pregunté si podría soportar con vida lo que me preparaba el destino. En ese punto descarté la investigación del caso de la Garr como diversión pura al cien por cien. Me engolfé en ella como en una lucha a muerte; o bien atrapaba yo primero al criminal o éste me liquidaba a mí sin vuelta de hoja.

Las primeras escaramuzas se iniciaron con repiqueteos de timbres, abrir de puertas, fuertes pisadas en el vestíbulo. El teniente Strom, flanqueado por dos de sus sabuesos, se paró ante mi lecho.

—Bien, ¿ya se va recobrando? —preguntó.

—Siento decirle que desbordo de salud.

—¡Un cabello blanco de menos en mi cabeza! Lamento en el alma lo ocurrido, *Mrs. Dacres*. Si quiere usted esclarecerme algunos puntos oscuros, comience no más.

—¿Cree usted aún que la muerte de *Mrs. Garr* no fue un crimen?

Él se sentó en el sofá y suspiró profundamente:

—¡Bueno, búrlese no más! —gimió—. ¡Qué diferente resulta el caso ahora, amiga mía!

—¿Qué quiere usted decir? ¿A qué se refiere?

—Pues a esa tentativa de asesinato perpetrada contra usted, *Mrs. Dacres*. Un delito sólido, palpable, tangible, con pistas y todo. Ahora sí que puedo salir a la pesca de alguien. ¡Un ataque deliberado! Nos consta ahora que nuestro delincuente es peligroso, perteneciente al tipo que mata cuantas veces sea menester. No podríamos permitirle, ni por sueños, que se proponga asesinar muchachas hermosas, sanas, saludables, sarcásticas —sonrió lentamente—, muchachas inolvidablemente bonitas, a su manera...

—Me alegro en el alma de saber que soy tan importante —murmuré.

—Le brindaremos hoy toda la importancia a que se crea acreedora, *Mrs.* Dacres, pues le traeremos a este cuarto a todas las personas que viven bajo su mismo techo y que podrían haber tenido intenciones cloroformantes con respecto a su personilla, y las invitaremos cordialmente a que nos repitan las declaraciones que me formularan ayer. Atraparé al vuelo cualquier discrepancia en que incurran en las mismas, y usted tomará buena cuenta de cualquier nota falsa, de cualquier sorpresa emocional, de todo cuanto le parezca a usted significativo, por más insignificante que sea. Por fortuna, nuestra pesquisa quedará limitada a las personas sabedoras de que *Mrs.* Garr guardaba cosas suyas en el reservado de su cocina. A propósito, ¿no es este detalle algo de lo que olvidó de decirnos? ¿No le enseñará eso a contarle todo a la policía?

—Sí, señor.

—¿Se siente usted con fuerzas suficientes para aguantar nuevas declaraciones testimoniales?

—Sí, sí, desde luego, teniente Strom. Pero primero quiero saber lo ocurrido.

—¡*Okay*, ahí va! El martes por la mañana a las seis comenzó a repiquetear el teléfono. Al final, el estrépito despertó a *Miss* Sands. Desciende a la planta baja y contesta al llamado. Es para *Mr.* Kistler. Sube y llama a la puerta. *Mr.* Kistler, furiosísimo, baja. El llamado era de *Mr.* Trowbridge que, a lo que parece, celebraba un nuevo gran contrato de la Guía y...

—¡Oh! ¡Hodge no me dijo nada!

—¿Sí, eh? Bueno, el cliente en cuestión cayó el lunes y *Mr.* Trowbridge, según tengo para mí, no festeja nada que no sea en forma tan grandiosa como bien remojada. Como quiera que sea, *Mr.* Kistler cuelga el tubo y va a volverse a la cama, cuando un pensamiento cruza por su mente. ¿Cómo es que *Miss* Sands había contestado al llamado telefónico? Su lecho, señora, está justamente al otro lado del muro y le constaba a él que usted suele apresurarse a contestar el teléfono. Entonces algo llega hasta él. Un olor extraño. Camina hasta las puertas de su departamento, olfatea

reiteradamente y luego hace lo propio por la rendija de las hojas. El hedor es más fuerte allí, y es de éter y nafta. ¿Cómo diablos estaría usted limpiando sus prendas a las seis de la madrugada? Llama a la puerta y vocea su nombre, pero no recibe respuesta alguna. Trató de forzar las hojas, pero las sillas debajo de las manijas no parecían querer ceder ni un dedo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. ¡Las sillas... las sillas debajo de los picaportes!

—Allí estaban, inconmovibles.

—Entonces, ¿cómo él... pudo... pudo entrar a...?

—Revisé el maldito departamento palmo a palmo y no descubrí ninguna vía de escape o de entrada factible para nuestro merodeador.

Le contempló fijamente, presa de horror. ¿Qué *cosa* me habría acechado en mi habitación?

CAPITULO 17

—Lo demás fue tarea harto ímproba, *Mrs.* Dacres. Kistler hizo bajar a Waller y los dos hombres forzaron la cerradura; la llave estaba aún en ella. Y allí la encontraron, señora, sobre su lecho, con un trozo enorme de algodón aplicado sobre su cara, cubriéndosela por completo, absorbiendo beatíficamente el condenado quitamanchas. Kistler se afanó inmensamente por usted, señora. Si se alegra usted de vivir todavía, a él se lo debe por entero.

—Es un buen muchacho, ¿verdad?

—¡Oh, sí, seguro! Hasta los hombres pensamos lo mismo que usted de *Mr.* Kistler —respondió, socarrón, el policía.

—Eso lo prueba elocuentemente, señor teniente Strom. ¿No descubrieron indicios acerca de la procedencia del éter?

—Por supuesto, nena. Encontramos una lata vacía junto al lecho. ¡Kleenfine! Esa era la marca.

Una escena cruzó por mi mente:

—¡Oh, Dios mío! ¡*Miss* Sands! Subí a hacerle una pregunta y la encontré planchando sus vestidos, y eliminando las manchas con un trapo mojado en cierto líquido. Recuerdo haber visto la lata...

—Kleenfine, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Bueno, pregunté a todos si tenían una lata. *Miss* Sands y *Mrs.* Waller lo admitieron; en rigor, se trata de un quitamanchas harto común. No se puede fundar un caso sobre ese detalle solamente. Cualquiera puede comprar una lata.

El policía me estudiaba atentamente:

—¿Qué fue a preguntar a *Miss Sands*?

—¡Oh, una idea mía!... Resulta que en ese momento estaba en pos de las huellas de *Mr. Halloran*, y meditaba acerca del gato descubierto en el vestíbulo a eso de las diez. Alguien lo apresó, volviéndolo a la cocina antes de medianoche. De modo, pues, que subí a los altos a preguntarles a los demás si habían visto u oído a alguien susceptible de llevar a cabo tal cosa.

—¿A quién interrogó usted?

—A *Mr. Buffingham* primero, y luego a *Mr. Grant*, *Miss Sands*, los *Wallers*. Ninguno de ellos había oído nada.

—¿No ha penetrado todavía en su vacío magín la idea de que un sinnúmero de cosas peores le ocurrieron anteanoche por la sencilla razón de que nuestro criminal consideraba necesario sacarla del paso para darse el gusto de rebuscar un poco en sus habitaciones? Si la encontrábamos dos horas después, a buen seguro que en este momento no contaba el cuento. El miserable bandido del quitamanchas se filtró esta noche aquí con la santa intención de asesinarla. ¡De asesinarla, señora mía! Y usted estaba ahí preguntando cosas a los demás... ¿Por qué?

—Bueno, yo... yo estaba en el camino y... Además, soy dada a curiosearlo todo un poco, como usted sabe.

El policía bufó:

—¡Vaya si lo sé!

—Pero de nada me sirve ahora afilar mis cuernos —señalé—. Lo único que me queda por hacer es atrapar al asesino antes que el asesino me atrape a mí.

—¡Dacres, Corazón de León! Ya puede usted confiarme algunos de sus más recónditos secretos.

—Bueno, la libreta de recibos de *Mrs. Garr* es... La encontré cuando usted me concedió permiso para revisar las pertenencias de *Mrs. Garr*. Desde aquel instante no la volví a ver más.

Narré al policía cuanto sabía al respecto. Se mostró muy interesado en mi teoría de que los elevados alquileres abonados por

Miss Sands y *Mr. Buffingham* representaban extorsión por parte de *Mrs. Garr*, y que los *Waller*, a su turno, extorsionaban a la anciana muerta. Seguidamente, le comuniqué lo que sacara en limpio esta mañana del estado de mis habitaciones; pero el policía sólo me escuchaba a medias, y se limitó a asentir, asegurándome que pensaba lo propio. Se incorporó bruscamente cuando concluí, y anunció su decisión de ponerse a trabajar en la dilucidación del enigma de cómo el merodeador nocturno entrara y saliera de mi departamento. Salté del lecho y me coloqué la bata de cama y unas zapatillas. Enseguida le enseñé cómo preparé las puertas la noche pasada.

—Nadie podría haber pasado por estas puertas, echarles llave, dejar ésta adentro y encajar las sillas debajo de las manijas y salir luego de mi habitación, a menos que pasara por el agujero de la llave —dije—. Creo que eso es patente.

—También nosotros lo creemos así —respondió, seco, el policía.

—¿Está usted seguro que él... que él no estaba aún dentro cuando la puerta se forzó ayer por la mañana?

—Bueno, *Kistler* y *Waller* juran y perjuran que ni una mosca podría habérseles escapado. Cuando llegamos a la casa, revisamos de nuevo y no vimos ni rastros del merodeador. Este lugar no es tan grande como para que alguno pudiera ocultarse de *Waller* o de *Kistler*.

Después de lo cual fuimos hasta las ventanas. Desde luego, las ventanas de arriba estaban abiertas, pero ambas tenían persianas, cada una de las cuales quedaba retenida afuera por unos accesorios giratorios, y adentro por ganchos especiales. Resultaba imposible entrar y salir por aquellas ventanas, dejando las celosías aseguradas por adentro y por afuera. Después les tocó el turno de nuestra cuidadosa inspección a la ventana y a la puerta de la cocina. Esta última tenía burletes; los policías habían estado estudiándola durante una hora antes de darse por vencidos, llegando a la conclusión de que el pestillo no podía desplazarse desde afuera con ninguna herramienta o dispositivo, por ingenioso que fuera.

De la puerta en desuso pasaron a las escaleras en desuso. El pestillo parecía tan herrumbrado como siempre; el teniente no pudo moverlo un dedo a pesar de tirar de él hasta que las venas se le hincharon como cuerdas en la frente.

Los policías sondearon los muros a golpecillos rítmicos; levantaron las alfombras de los pisos y examinaron palmo a palmo los cielorrasos. Absolutamente nada. Y allí estaban, de pie en la salita, mirándose los unos a los otros con sombría expresión de fracaso. El teniente Strom ardía en ira:

—Oigan, amigos, yo no creo en duendes, ni creeré en ellos jamás de los jamases. Ni mucho menos en *duendes* esgrimiendo martillos y limpiadores Kleenfine. ¡Qué no daría por encontrar una huella digital en esa lata de Kleenfine! Revisamos todos los objetos y no encontramos ni pizca de huellas. Nuestras mejores posibilidades fincan en descubrir la forma en que entró y salió del departamento de *Mrs. Dacres*. Ahora bien, no veo más que un solo lugar que podría proporcionarnos una pista, y son las escaleras del sótano. ¡Vamos!

La orden iba dirigida a sus dos hombres, pero yo fui también.

Los tres policías atravesaron el cuarto en que fueron descubiertos los restos mortales de *Mrs. Garr*. Tragué saliva con dificultad, pero pasé por aquel lugar sin inconveniente alguno.

En realidad, ésa era la primera vez que entraba en la cocina. Toda traza de la pesadilla ocurrida allí había sido eliminada por la policía. El piso estaba limpio, imaculado. Y quizá por ello resultaba una cocina poco atractiva. La piletta se encontraba a la derecha, bajo la mía. Una puerta se abría cerca y desembocaba en una fila de peldaños conducentes a mi cocina. A la izquierda se alzaba una estufa de gas, ahumada. Más allá, una alacena cubierta de polvo.

El pulso se me aceleró repentinamente. La mesa de la cocina se apoyaba contra la pared posterior, a mitad de camino entre las dos ventanas del fondo; se encontraba colocada justamente debajo del porche posterior de arriba, a unos tres pies hacia la derecha de la cocina del sótano que estaba entreabierta una pulgada.

—¡La mesa! —balbucí—. ¿Esta es la mesa donde hallaron la llave?

—¡En efecto! ¿Por qué?

—En tal caso, *Mrs. Garr* fue asesinada —decía una voz clara y sonora, la mía—. Y ahora sé cómo salió el criminal de la cocina luego de ultimarla.

Los dos policías, a mitad de las escaleras, bajaron precipitadamente. Los tres hombres avanzaron hacia mí... todo un pelotón policial!

—¡*Okay*, hable, nena!

—Es de lo más sencillo, teniente Strom. El asesino salió por la puerta de la cocina y echó llave a la cerradura; aguardó luego a que toda la casa quedara en silencio, tranquila, y entonces salió y dio vuelta hasta los fondos del edificio, arrojando la llave en cuestión a través de esa ventana abierta a medias, que precisamente cayó sobre esa mesa. Ese fue el tintineo que escuché desde mi cuarto: «¡plink!».

—¡Cielos, teniente! ¡Creo que la chica tiene razón! —exclamó Van, excitado, contemplando fijamente la ventana entreabierta—. ¡Aguarden aquí, que arrojaré mis llaves adentro!

Salió a escape.

El policía me miraba sombríamente.

—No se le importe de mí un bleo —gruñó con amargura—. No me lo diga todo. Yo soy la última persona a la que se le dicen las cosas. ¿Por ventura me dijo usted una sola palabra sobre cosas u objetos o demontres cayendo dentro del sótano? Si así lo hubiera hecho, nena, se habría ahorrado una nohecita del demonio.

El hombre parecía definitivamente enconado contra mí. Pero también estaba avergonzado; intuí que Strom comprendía que tendría que haber pensado también en aquella ventana.

Van se encontraba evidentemente afuera, pues una llave suya saltó dentro y aterrizó sobre la mesa, despidiendo un ligero tintineo

metálico.

—¡Cayó a menos de tres pulgadas del punto en que hallaron la otra llave! *¡Okay!* —los ojos del policía relucían ahora debajo de sus cejas—. Alguno tiene culpable conocimiento de la muerte de *Mrs. Garr*. Culpable, sí, porque si así no fuera, ¿a qué santo habría arrojado por allí la llave? Y ahora, *Mrs. Dacres*, ¿conoce usted algún otro motivo de sus dos experiencias nocturnas? Nuestro criminal sospecha que usted oyó caer la llave. Cuando pienso en lo preocupado que estará actualmente por no haber rematado debidamente su obra en usted, señora, casi me siento inclinado a tenerle lástima.

Me tomó por los hombros, y empujándome hacia las escaleras, hizo jugar sobre los peldaños el luminoso haz de su linterna.

—¿Advierte usted algo en los escalones, digno de observarse, teniendo en consideración cierto detalle que salió a relucir en la pesquisa judicial? —preguntó.

El policía me dio tiempo para pensarlo; y pensé intensamente, y terminé por declararme vencida.

—*¡Okay!* Bueno, tampoco yo até cabos enseguida cuando las examiné ayer tarde. Pero al instante en que puse el pie en ellas esta mañana, un nuevo pensamiento cruzó por mi mente. Voy a repetirle las palabras pronunciadas por Jerry Foster ante el juez en su deposición: «El polvo depositado sobre las escaleras aparecía intacto».

Sólo entonces capté el significado de sus palabras.

—¿Y ahora, qué? —el teniente Strom rebosaba de satisfacción triunfal—. *¡Esas escaleras fueron barridas!* ¿Quién las barrió? No fue la Tewman, pues se marchó de la pensión inmediatamente después de la pesquisa judicial. Tampoco la Halloran. Aseguró no haberse aproximado siquiera a este lugar, salvo cuando la arrastramos nosotros hasta aquí a los efectos de interrogarla debidamente. No, sólo existe un individuo interesado en barrer esos peldaños. Y ése es el bribón que quiso cloroformar a *Mrs. Dacres*. Necesitaba estas escaleras, y no quería que quedaran impresas aquí sus pisadas.

Sabía que los pasos no se marcan sobre polvo reciente. Y cabía la posibilidad de que no observáramos que los peldaños habían sido barridos. ¡*El criminal pasó por esa puerta de una manera u otra!*

Entusiasmado por la idea, el policía trepó escaleras arriba. Los demás le seguimos hasta el rellano. Strom manipulaba la puerta, dirigiendo el haz de luz de su linterna a los cuatro tornillos del marco, cuyas herrumbradas cabecitas aseguraban, sólidamente, la hoja de madera.

—Anoche buscamos impresiones digitales en el pasador. ¡Limpio como casa de holandés! Eso es la mar de sospechoso, amigos y... ¡Demontres!... ¡No puedo mover esta maldita puerta!

Una vez más la luz de la antorcha jugueteó por la puerta, arriba y abajo, principalmente cerca de las cabezas de los tornillos. Strom exhaló de súbito una exclamación de alegría. No tardé en verlo yo también. ¡Sobre la vieja pintura gris de la puerta se destacaba, nítida, una diminuta, flamante raspadura!

—¡Una raspadura! Con pasador o sin él, voy a sacar los tornillos de la madera y luego veremos qué pasa aquí, amigos.

Sacó un cortaplumas del bolsillo y destornilló uno de los tornillos con una de las hojas de forma semejante a un atornillador. El tornillo giró dificultosamente en las cuatro o cinco vueltas del filete superior y luego salió fuera con rapidez y facilidad sorprendentes. Menos de cinco minutos más tarde, los cuatro tornillos estaban fuera de la hoja.

—¡Puf! ¡Vaya si fue fácil esto!

Giró el picaporte y tiró con fuerza hacia sí. Extendí los brazos de prisa para impedir que cayera de espaldas sobre nosotros.

¡La puerta había cedido al primer tirón! Con la misma facilidad, con idéntica sencillez que cualquier otra puerta, revelando más allá mi cocinilla.

¡El pestillo había sido serruchado junto al filo de la puerta!

—¡Serruchado! —exclamó el teniente.

—¿No cree usted que eso me habría despertado? Esa operación debió realizarse con bastante ruido.

—Pero usted no regresó a casa hasta las tres de la madrugada, ¿verdad? El criminal contó con tiempo de sobra, entre la medianoche y las tres de la mañana, para serruchar, no digo un pasador, sino diez.

—¿Es decir que, cuando volví a casa yo... él aguardaba... aquí... escuchando posiblemente del otro lado de la puerta y... y...?

—Efectivamente, *Mrs. Dacres*.

—¡Creo que no me atreveré a dormir más aquí!

—Eso no volverá a ocurrirle más, *Mrs. Dacres*. Colocaré a uno de mis hombres aquí abajo hasta que esclarezcamos el caso. A mayor abundamiento, haré colocar tres buenas cerraduras nuevas a sus tres puertas. ¿Eso le satisface ahora?

—¡Nunca me volveré a sentir segura nuevamente! Cuando pienso en cómo *confiaba* en las sillas colocadas debajo del picaporte...

El teniente Strom guiñó un ojo a sus colegas:

—El único consejo que puedo darle es que se case —rió de buena gana y tomó su atención a la puerta—. ¡Qué serrucho mordedor necesitó el tipo para cortar semejante barrote de hierro en dos! ¿Quién es un antiguo pajarraco de cuenta en esta casa?

—No conozco a ninguno. Claro que el hijo de Buffingham... ¿Podría preguntarle a cuánto asciende la caución del hijo de Buffingham?

—Un asesino no puede salir libre bajo caución.

—Sin embargo, algún dinero se necesita para pagar abogados.

—No vamos a ninguna parte charlando hasta por los codos —contestó, impacientado, el policía—. Descubrí ya cómo entró en su habitación nuestro amigo, el cloroformador, y eso es algo. Después del almuerzo, *Mrs. Dacres*, voy a comenzar a interrogar a todos los inquilinos de la casa.

Los policías salieron a comer; por mi parte, bebí jugo de naranja, descansé media hora y me vestí. Oí la voz bronca de *Mrs. Halloran* al frente de la casa mientras me vestía.

El teniente Strom, no bien regresó, instaló una suerte de juzgado improvisado en mi salita, él sobre mi sofá con la mesita de patas

torneadas ante sí, y yo en el lecho, a la vez de testigo y de público interesado.

Los Halloran fueron llamados a comparecer ante el tribunal. La parte femenina del dúo contestó a las preguntas del teniente.

—¡Pues claro que sé dónde estábamos el lunes por la noche! Celebrábamos un acontecimiento íntimo... la herencia recibida... Quisiera saber quién tiene más derecho a...

—Repítame usted dónde fueron y cuándo, señora.

—Regresamos a casa después de la pesquisa judicial y reunimos a todos nuestros encantadores hijuelos; entonces fuimos al restaurante «El Lago», un lugar lujosísimo, en verdad, pagando la consumición con el dinero adelantado por los abogados —la mujeruca se pavoneaba, dándose aires de importancia—. Y comimos, señor mío. ¡Qué buena comida sirven en ese restaurante! Después de eso, el siguiente lugar a que fuimos fue *La Burbuja Carmesí*.

¡Un club nocturno! ¡Con los chicos! *Mrs.* Halloran prosiguió hablando con pomposa grandilocuencia:

—He sostenido siempre que conviene que nuestros hijos se acostumbren a conocer lo mejor de lo mejor. Nos cedieron dos mesas junto a la pista de baile, y yo y mi esposo bailamos como dos tortolillos. Allí conocimos a un matrimonio simpatiquísimo y todos juntos fuimos a beber cerveza a un lugar de la calle Mayor, y allí trabamos también relación con muchísimas personas de distinción, y ¡cómo nos divertimos!

—¿*Mr.* Halloran participó siempre de la fiesta? —pregunté.

—¡Por supuesto que permaneció junto a mí todo el tiempo! No creerá usted que él sería capaz de apartarse del lado de su mujercita, ¿verdad?

Mr. Halloran replicó a aquella humorada con una sonrisa idiota. ¡A buen seguro que no se apartaría de ella... al menos, mientras fuera flamante heredera de buenos dólares!

—Sí —el policía frenó la verbosidad de *Mrs.* Halloran—. Regresaron a casa al alba. A las tres de la madrugada se nos

informó que los dos se encontraban en un estado en que hubiera sido harto difícil que ejecutaran la complicada operacioncilla del cloroformamiento. Yo creo que podríamos descartarlos, ¿verdad?

—Sí —odiaba tener que eliminarlos como sospechosos, pero una coartada como la suya podría ser verificada cabalmente hasta en sus más mínimos detalles.

Los Halloran salieron de la habitación con ridícula precipitación.

—Llama a los Tewmans, Van.

Mrs. Tewman y el hombrecillo de cara alauchada entraron al cuarto.

—Bien, *Mr.* Tewman, repítanos su declaración referente a sus pasos la noche del lunes.

—Jefe, yo estaba en la pesquisa judicial, ¿verdad? —el pobre diablo temblaba un poco—. Trabajo de noche en mi puesto de venta de chorizos, porque mi hermano está allí de día y yo estoy de noche, ¿entiende? Como ya le dije, jefe, no abandoné el trabajo ni un solo minuto, porque estando donde está, no quedaría allí ni un solo pan si lo abandonara un instante.

—¡Vaya con la lógica aristotélica del hombre! —me dijo el policía, socarronamente—. Esta declaración ha sido también verificada, señora. Encontramos a dos de sus clientes. Ahora usted, *Mrs.* Tewman.

—Apenas entré en casa me dirigí al fondo —su voz bronca vibraba de temor—. No estaba dispuesta a quedarme un solo instante más de lo que necesitaba con esa *Mrs.* Halloran de patrona. Por eso bajé al cuarto y preparé rápidamente todas mis cosas. Llevé todo a la casa del hermano de mi marido y allí me quedé.

—¿Dónde dejó la llave?

—Encima del estante de libros del vestíbulo.

—¿Ve? —me dijo Strom—. La llave estaba allí —y a los Tewman agregó—: Bien, pueden retirarse.

Ambos se marcharon con vertiginosa rapidez.

—Llamé primero a esos cuatro testigos por una razón poderosa. *Mrs.* Dacres. Albergo la convicción de que nada tienen que ver con el

ataque de que fue usted víctima, y por consiguiente, supuesto que creemos ambos hechos vinculados con el que provocara la muerte de *Mrs.* Garr. Pero el asunto es hartó diferente en cuanto a las demás personas de la casa. Opino que todos y cada uno de ellos es fuertemente sospechoso.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, vea usted esto: ¿el atacante fue algún extraño a la casa? Evidentemente, no. Se trata de alguien con acceso fácil al sótano. Un conocedor a fondo de las costumbres de sus habitantes. Si el criminal no resulta uno de los pensionistas, prometo comerme todas mis anotaciones.

Me dirigió una mirada de soslayo:

—Primero de todo, Hodge Kistler. Fácil le hubiera sido bajar las escaleras al sótano después de las 3.

—A propósito —le interrumpí, curiosa— ¿descubrieron el objeto, con el cual me golpearon?

—Desde luego, *Mrs.* Dacres. ¿Cómo? ¿No se lo dije? Es uno de los martillos de la caja de herramientas de abajo. Sin embargo, no hallamos en él ni una mala impresión digital.

Me estremecí de pies a cabeza.

—¡Bien! ¿Por dónde estábamos? ¡Ah, sí! Kistler, Buffingham, la Sands, los Wallers. Seis personas sospechables y sospechosas.

—¡Lástima que no pueda usted meterlos a todos en el calabozo!

—No se imagina usted cuánto desearía poder hacerlo, nena. Van, tráeme aquí a *Mr.* Buffingham.

—Salió al trabajo. Johnson le está vigilando.

—¡Demontres! ¿Qué me pasa ahora? ¡Claro que está trabajando! Bien, le esperaremos, entonces. Escojo ahora a... a *Mr.* Grant.

A poco entró el pobrecillo de *Mr.* Grant, tan achacoso y parpadeante como de costumbre. Una vez más me pareció que el pobre diablo había envejecido diez años en una semana. Se advertía claramente que estaba nervioso y que no había dormido mucho en aquellos últimos días. El teniente le explicó las razones de ese segundo interrogatorio.

—Como le dije ayer, señor —*Mr.* Grant se sentó bien en la punta de su silla, con las manos sobre las rodillas— esa pesquisa judicial me trastornó más de la cuenta. Cené en el centro y regresé a casa caminando. Subí al cuarto y me esforcé por leer un poco, pero mi atención no se concentraba en la lectura. Durante un tiempo estuve mirando algunos viejos recuerdos míos, guardados en mi baúl.

—¿Qué hora era cuándo salió de la casa?

—Pues sería alrededor de las once —murmuró el viejito, en tono de disculpas.

—¿Tiene usted la costumbre de salir a pasear tan tarde de noche?

—Contraí ese hábito la semana pasada —el anciano sonrió débilmente—. Creo que usted tiene motivos para saberlo, pues uno de sus hombres me siguió de continuo.

El teniente gruñó:

—*iOkay!* Siga usted.

—Vagué al azar por la Water Street. Francamente, me sentía nerviosísimo. En esa pesquisa judicial salieron a relucir muchas cosas que me traían perturbado.

—¿Sí? ¿Qué cosas, *Mr.* Grant?

—Pues las cláusulas del testamento, teniente. ¡Vaya una ironía! Una mujer detestable, aviesa, criminal... que sufre el destino que merecía...

La voz del policía era baja, insinuante:

—¿Conque cree usted que *Mrs.* Garr no tuvo más que lo merecido, *Mr.* Grant?

—No podría haberle deseado un fin más trágico y adecuado —dijo, quedamente, el anciano.

CAPITULO 18

Todos los circunstantes contemplamos de hito en hito a *Mr. Grant*. ¡Vaya aquella ovejilla, mansa y dulce, del bueno de *Mr. Grant*!

El teniente rebufó, se levantó a medias, se sentó de nuevo, rojo:

—¿Qué motivos tenía usted para desear la muerte de *Mrs. Garr*?
—aulló.

Mr. Grant lo contempló, plácidamente:

—La pesquisa judicial sacó a relucir el pasado de esa mujer, ¿verdad? —respondió—. Ella acarreó mucho dolor y mucha vergüenza a un sinnúmero de personas... un dolor y una vergüenza de lo más horrible... A centenares y centenares de pobres gentes. A las madres de infinidad de muchachas inocentes, madres que expiraron llorando a gritos...

La voz del policía era calmosa:

—¿Y eso qué significa para usted, *Mr. Grant*?

—¡Oh, nada, nada!... No veo en todo esto más que la obra de una justiciera providencia...

—¿Y usted no ayudó de algún modo a la providencia, amigo mío?

—No... —volvió las palmas de las manos hacia arriba—. No la ayudé, teniente... ¡no la ayudé!

—¡Ea, no se amargue usted la vida porque la dichosa y zarandeada providencia le ganó de mano, *Mr. Grant*! Bien, volvamos a su paseo.

—Regresé a Adams de nuevo. Ambulé al acaso por la ciudad hasta llegar cerca de casa y pasar frente a la casa de Elliott,

momento en que vi a un hombre yendo a mi encuentro. Se trataba de *Mr. Buffingham*, que regresaba de su trabajo. Juntos volvimos a casa y nos separamos en el vestíbulo de los altos. Ayer por la mañana me despertó el estrépito producido por *Mr. Kistler* y *Mr. Waller*.

—Este individuo me da mucho que pensar —dijo el policía, luego que *Mr. Grant* partió del cuarto—. Si probáramos su vinculación con el pasado de *Mrs. Garr...* ipero es imposible!... No hemos podido encontrar ninguna prueba de que viviera en la ciudad cuatro años antes de la fecha; parece que en esa época apareció en un hotel del centro. Por su parte, afirma que viene de Detroit, y que es tenedor de libros retirado. A poco de llegar a la ciudad, se trasladó a esta pensión y vivió aquí desde entonces. Dice que costea su vida del producido de un montón de títulos estadounidenses. No pertenece al tipo criminal capaz de asesinar por unos pocos centavos, pero sí al que mata para satisfacer un odio antiguo.

—Sin embargo, él no tiene ningún odio antiguo contra mí.

—No olvide que fue usted la única que oyó caer la llave. Y luego estuvo en los altos formulando algunas preguntillas harto capciosas... Bien, Van, llámame a los Wallers.

Mi corazón latió aceleradamente cuando llegaron los Wallers. Se pararon ante el teniente Strom, quien los invitó a sentarse en sendas sillas; el matrimonio, silencioso, se sentó en ellas. Rostros petrificados. Pero tras sus máscaras se adivinaba profundísima aprensión... miedo quizás...

—Waller —comenzó diciendo el teniente Strom—, ¿quiere usted repetirnos cuanto sabe de lo acaecido aquí la noche del lunes?

Mr. Waller narró su regreso a la casa con su mujer y la Sands, su conversación en sus cuartos, el sueño que conciliara hasta ser despertado por los alaridos de *Mr. Kistler* en el vestíbulo de la planta baja. Él y *Mrs. Waller* se habían quedado al lado de la *enferma* para ayudar al médico. Por primera vez escuché algunos de los detalles más truculentos; les agradecí con toda mi alma.

El policía se sumió en silencio algunos instantes y luego habló de nuevo:

—Bien, Waller, ¿por qué diablos no mencionó usted en sus anteriores declaraciones que tenía un recibo de *Mrs. Garr*?

Mr. Waller se irguió:

—Se trataba de un asunto particular.

—O quizá una buena razón para reñir con *Mrs. Garr*.

—No reñí con ella, teniente.

—Sí, eso es lo que usted dice, amigo. Bien, oigamos ahora lo que tiene usted que decirnos acerca del porqué *Mrs. Garr* le pidió prestado ese dinero.

—Muchos años atrás le presté esa suma y... Ella necesitaba algún dinerillo y...

—¿Por qué no presentó usted ese recibo al tribunal para cobrar su importe?

—Es que no tenía ningún apuro. Creí mejor aguardar hasta que... hasta que pareciera más correcto...

—Sí, ya veo que es usted en sumo grado considerado por una fruslería de dos mil dólares. ¿Podría decirme cuándo prestó ese dinero a *Mrs. Garr*?

Mr. Waller tragó saliva.

—Eso... no tiene relación alguna con...

El teniente tronó con su tono de voz más estentóreo:

—¡Usted tiene ese recibo consigo, Waller! ¡Démelo enseguida!

Mr. Waller extrajo una cartera del bolsillo interior del saco y sacando de la misma un sucio trozo de papel, doblado una vez, lo depositó ante el policía. Esperamos ansiosamente, en tanto el teniente contemplaba el papel, lo doblaba luego con infinito cuidado dentro de su propia cartera y levantaba finalmente los ojos, clavándolos en los de *Mr. Waller*. Sus pupilas despedían llamaradas y su voz vibraba sonora y amenazadoramente:

—Ya lo recibirá de nuevo. Ahora es una prueba valiosa. Waller, amigo mío, este recibo está fechado el 8 de julio de 1919. ¡8 de julio

de 1919! ¿Quiere usted explicarme qué clase de negocios tenía con *Mrs.* Garr el año en que ella fue encarcelada?

La excitación que vibraba en el tono de su voz era inconfundible. El teniente había dicho 8 de julio de 1919, como si tal fecha revistiera una importancia excepcionalísima. El semblante de *Mr.* Waller estaba pálido, de un blancor espectral, horrible.

—Ella... ella vino a hablarme, teniente... a pedirme dinero. Yo... yo había estado en su casa, vendiéndole licores. Sabía que guardaba dinero y...

—Sí, entiendo, amigo mío. ¿Alguna vez averiguó por qué necesitaba ese dinero?

—¡Oh, sí, sí! La verdad salió pronto a relucir... en los periódicos...

—¿Se refiere usted al caso Liberry?

—¡Este!... Sí... isí!

—*Mrs.* Dacres testificó haber oído a *Mrs.* Garr altercando con usted. Parece que esa mujer les exigía el abandono de su casa.

—Sí, es verdad, teniente. La mujer envejecía a ojos vistas. Se volvía vieja... y maniática... irara!... Suponía que ese recibo no era valedero, por ser tan antiguo, y me dijo que no lo iba a pagar.

—Waller, ¿eso es todo cuanto puede usted expresarnos sobre ese recibo?

El hombre se humedeció de nuevo los labios:

—Todo, teniente Strom.

Durante un lapso que me pareció de siglos, el teniente se abismó en sombrío silencio, contemplándolo fijamente. Los ojos de *Mr.* Waller se clavaban en algún punto de los amplísimos hombros del policía. La mirada de su esposa se fijaba en sus manos convulsivas, fuertemente cerradas.

—Bien, pueden marcharse.

Strom se puso de pie de un salto, y caminó de arriba abajo, con trancos kilométricos.

—¡Cielos! ¡Poco a poco vamos llegando a algo concreto! ¿Vio usted lo amedrentados que se sienten esos dos? ¡8 de julio de 1919!

—¿Por qué esa fecha es tan importante?

—¡Importante! En julio de 1919 una muchacha, llamada Rose Liberry, fue hallada muerta en la casa de *Mrs. Garr*. ¡Caso de suicidio! En julio de 1919, las actividades turbias de *Mrs. Garr* volaron al diablo y por un tris no voló también el departamento de policía. En noviembre de 1919 no quedaban bastantes policías antiguos de la ciudad como para patrullar una sola manzana. Los electores eligieron a un nuevo gobierno municipal reformista. Eso ocurrió en el mes de julio de 1919, *Mrs. Dacres*.

—Es perfectamente razonable que *Mrs. Garr*, al encontrarse en un apuro, se dirigiera a un hombre con el cual había realizado algunos negocios. Con todo, no deja de ser extraño que *Mr. Waller* vendiera licores —murmuré, recordando entonces algo casi perdido en mi memoria—. Seguramente fue antes que ingresara a la policía. Dificulto que se retirase antes de esa época.

Si hubiera arrojado una bomba en las narices del policía, a buen seguro que éste no habría reaccionado de modo tan vivo. Se quedó mirándome de hito en hito, atónito, casi tembloroso, como si las piernas se le aflojaran.

—¿Quiere usted decirme eso de nuevo? —balbuceó.

Y yo se lo dije. Silencio... Y luego:

—¿Recuerda usted quién le dijo que Waller fue antiguo policía?

—Por supuesto, teniente; fue la propia *Mrs. Garr*. Dijo que era jubilado, policía jubilado.

El policía masculló con rabia:

—Como *buscadora de pistas*, *Mrs. Dacres*, es usted una maravilla, pero como *deductora* no vale un maldito ardite. ¡Demontres! ¡Waller, ex policía! Prácticamente todo el departamento policial fue exonerado en aquel año de 1919. ¡Aquí hay algo vidrioso! ¡Bien me lo husmeo!

Continuó paseándose por el cuarto, presa de intensa emoción; luego se volvió de nuevo a mí:

—¡*Mrs. Dacres*! Tiene usted pasta de policía. ¿Quiere un trabajito provisional? Pues bien, vaya usted a las oficinas del *Cometa* y consulte sus archivos a partir de mayo de 1919. Transcríbame todos los titulares y el primer párrafo de todas las crónicas referentes al caso Liberry. Si figura algo en los diarios que no esté en los archivos judiciales, quiero saberlo de punta a punta, ¿entiende? Es posible que ese periódico consigne fotografías que nosotros no tenemos en nuestros archivos. ¿Comprende?

—Iré allí aunque tenga que arrastrarme —respondí, bravamente.

Discutíamos todavía nuestros proyectos cuando llegó *Mr. Kistler*.

—¿Cómo? ¿Todavía con vida? —inquirió.

—Acabamos de gustar nuevas emociones —contesté.

—¡Chitón! —me advirtió el policía—. ¡Secretos de estado!

Desvié el tema espinoso agradeciéndole a *Mr. Kistler* la salvación de mi vida, a lo cual él me respondió que no era nada, menos que nada; cosas así solía hacer todos los días. Luego el policía comenzó a «cocinar» a Hodge, y éste le narró todas nuestras actividades hasta las 3 de la madrugada, continuando luego con la relación, ya familiar para mí, de mi rescate de las garras de la muerte a la mañana siguiente.

—¿Alguna discrepancia en el relato, *Mrs. Dacres*? —preguntó Strom.

—No, nada que pueda ver.

—¡Vaya un cumplimiento! —rezongó *Mr. Kistler*.

—Creo oír volver a *Miss Sands*; búscala, Van.

Miss Sands penetró en el cuarto presentando el aspecto de una flor ajada, como si ahora, terminado el duro trajín diario —¡a Dios gracias!— ya no creyera necesario aparecer absolutamente implacable. Tal vez por eso me pareció más animada que otras veces, casi como si alguna amarga preocupación acabara de disiparse en su alma de solterona solitaria.

—*Miss Sands*, hago repetir a todos los pensionistas de la casa sus declaraciones relativas a lo ocurrido la noche del lunes para que pueda oírlas *Mrs. Dacres* aquí presente. Primero, empero, desearía

me contestara esta pregunta —hizo una larga pausa, se irguió luego cuan alto era, se inclinó adelante y tronó como Júpiter—. ¿Por qué se dejaba usted extorsionar por *Mrs. Garr*?

Raras veces presencié cómo una pregunta producía un cambio tan profundo en una persona. Esa su nueva expresión de calma infinita se borró del semblante de la solterona. Sus manos ahusadas volaron hasta su faz y comenzó a sollozar, sacudida por sollozos largos, secos, horribles. Luego dejó caer las manos con la misma rapidez que las levantara. Su rostro se retorció ahora de odio inquebrantable:

—¡*Ella* ha muerto! ¡Me alegro en el alma de que haya muerto! —sus palabras resonaban con claro timbre desafiante—. ¡*Ella* ha muerto, pero continúa viviendo para mi eterna maldición! ¡*Mrs. Garr* me tiene en sus garras, viva o muerta, hasta que me mate! Me tiene en su poder, sí, desde el primer instante que puse pie en esa maldita casa...

Ante el significado de sus palabras, me puse pálida y convulsa. Hasta el propio teniente de policía la miró, sobresaltado.

—¡Sí, sí, ahora todos ustedes pueden extorsionarme! ¡Pues bien, nada se me importa ahora! ¡Nada! Ya no quiero más vivir... ino!... Sólo tenía 17 años cuando llegué primero a esta ciudad. Venía del campo. Conseguí un trabajo en una tienda importante. Un hombre me habló cierta noche en el mostrador de un restaurante y me invitó a una fiesta que daba un amigo suyo. Y él me llevó a la casa de *Mrs. Garr*... Pasaron dos años antes que lograra salir de aquel antro aborrecible. Arruinadas por completo, la vieja arpía nos tenía en sus garras. Una noche, un soldado que marchaba a la guerra me dio ocultamente veinte dólares. Y huí de allí. Y me escondí. Trabajé como sirvienta. Luego hallé un empleo en una tienda. Y entonces llegó ella hasta mí: «Oí decir que trabajaba en este lugar, querida mía», me dijo, ronroneando como un gato: «¿qué dirían los propietarios de este comercio si supieran qué clase de muchacha eres tú?». —Y luego agregó—: Tengo una casa nueva, una pensión tan hermosa como respetable. ¿Por qué no vienes a ella y vives en

alguna de mis habitaciones?». ¿Qué podía hacer yo? Mis patrones me hubieran despedido en el acto de saber aquel turbio pasado mío. No podía ahorrar dinero suficiente para huir de aquí y mantenerme hasta que lograra encontrar otro trabajo... Doce años pasé aquí. ¿Qué podía hacer?

Abruptamente, su tormentoso llanto estalló de nuevo con furia. Hodge Kistler sudaba a mares, callado y cejijunto, con el rostro casi negro de ira. Los dos detectives callaban, fijos sus ojos en su superior. La voz de éste resonó suavemente cuando tornó a hablar:

—¿*Miss Sands*, asesinó usted a *Mrs. Garr*?

—No, no la maté. A menudo lo deseé... muchos años atrás...

Un tiempo largo duró el silencio, quebrado apenas por el hipar penoso de la solterona. El teniente Strom parecía meditar profundamente.

—*Miss Sands*, ¿conoció usted a una muchacha llamada Rose Liberry en la casa de *Mrs. Garr*?

—No; eso ocurrió después que salí de ella. Leí todo en los diarios.

—Bien, *Miss Sands*, lo que acaba de decirnos es cosa concluida. Tenga usted la absoluta seguridad de que ninguno de los presentes dirá palabra sobre su pasado. Si alguien intenta extorsionarla de nuevo, comuníquemelo enseguida, y le prometo que no la molestarán largo tiempo. Ni que el hecho se hará público. Ahora repítame su relación acerca de sus actividades el lunes pasado por la noche.

—Me acosté temprano; dormía todavía cuando oí el campanileo del teléfono. Contesté al llamado y luego subí a despertar a *Mr. Kistler*. Volví a la cama, pero no concilié el sueño enseguida y no tardé en oír los gritos de *Mr. Kistler* llamando a *Mr. Waller*. Durante un tiempo estuve con ellos ayudándoles en su tarea; después tuve que marcharme al trabajo.

—No crea usted que no aprecio debidamente su ayuda, *Miss Sands* —dije yo, calurosamente—. No olvidaré jamás lo que hizo hoy por mí.

—La mejor manera de ayudarme es olvidarse de mí. ¿Puedo retirarme ahora?

—Muchas gracias, *Miss Sands*. Eso es todo lo que deseaba preguntarle.

Mr. Kistler estaba de pie, caminando de arriba abajo como una fiera:

—Si logra usted descubrir que esa pobre mujer asesinó a *Mrs. Garr*, espero que usted le consiga una generosa recompensa de parte del Estado —gruñó rabiosamente.

CAPITULO 19

Ese miércoles hubo otra entrevista más: la de *Mr. Buffingham*. El teniente mandó a Van a la Droguería *Elite* donde *Mr. Buffingham* trabajaba, ordenándole retornar a la casa durante la hora de la cena. El hombre llegó poco antes de las seis; el policía lo llamó con impaciencia. Strom estaba ahora tenso, templado como una cuerda de violín, rabiando por compulsar los archivos relativos al caso Liberry, despepitándose por llegar al fondo de los mismos, ahora que cabía la posibilidad de que *Mr. Waller* y *Miss Sands* estuvieran vinculados de algún modo con aquel antiguo y resonante suceso.

Mr. Buffingham entró en el cuarto, arrastrando los pies, tan desencajado como siempre; sus ojos erraban, al azar, de unos a otros, inamistosos, sin aguardar tampoco amistad de los circunstancias.

El relato de *Mr. Buffingham* no podía ser más sencillo. Trabajó hasta medianoche. Volvió caminando a casa. El coche estaba en el garaje en compostura. Encontró a *Mr. Grant* cerca de la pensión. Regresó a ésta en su compañía. Se despertó ante el estrépito de la mañana del martes.

—Actualmente poseemos algunas informaciones flamantes, *Mr. Buffingham* —le anunció el policía—. ¿Le divierte ser extorsionado, amigo mío?

Los ojillos renegridos de *Mr. Buffingham* volaron rápidamente de rostro a rostro, pero sus labios permanecieron inmutables.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, usted.

—¿Qué hice yo de malo para extorsionarme? —los ojos del hombre estaban muy alertas.

—Eso es lo que queríamos saber de usted.

—¿Quién podría extorsionarme a mí? No he hecho nada delictuoso. ¿Sólo porque mi muchacho se metió en un lío de órdago va usted a colgarme a mí también el sambenito?

—¿Cuánto percibe usted del *Elite*, Buffingham?

—Dieciocho dólares semanales. Es un comercio de mala muerte.

Suave y calmoso, el policía murmuró:

—Nueve dólares semanales es mucho dinero por la habitación de arriba, Buffingham.

—Sí —respondió el hombre—. ¡Ah! ¿Se refiere usted a lo que pagaba actualmente a la vieja? —echó atrás la cabeza y rió a carcajadas—. ¿Con qué fue por eso que usted sospecha que ella me extorsionaba, eh? A buen seguro que dejó los recibos por allí, ¿verdad? Bueno, resulta que yo le debía alquiler atrasado, ¿entiende? Durante un tiempo anduve desocupado. Y la vieja me clavó con ese cuarto. ¡Demonios! ¡Cuando conseguí de nuevo empleo, la bruja ésa me obligó a pagarle tres veces más alquiler por mi habitación que antes!

Si el tipo mentía, a buen seguro que era un comediante, perfecto.

—Dieciocho menos nueve quedan nueve dólares semanales. Y tiene usted automóvil...

—¡Oh! Vea usted, también tengo algunas otras fuentes de ganancias, teniente. Con franqueza, amigo mío, no es tan difícil ganarse la vida en una droguería. Ya entenderá usted por qué sé lo digo. Supongo que no me molestará por eso, ¿verdad?

El policía desvió el tema:

—¿Conoció usted alguna vez a Rose Liberry?

—¿Rose, qué? ¿Liberry? No... no me parece que... ¿Quién es?

—Poco importa eso. Puede marcharse ya.

El teniente lo despidió y le siguió, meditabundo, con la mirada, mientras *Mr. Buffingham* se retiraba, precipitadamente, de la habitación.

—Bueno, el amigo *Buffingham* ocupará un puesto importante en mi lista de sospechosos. El tipo es torcido. Y lo admite. Y quien es *torcido* en lo pequeño, es *torcido* en lo muy grande... ¡Hum!... Nos contó un lindo cuento para explicar lo de los nueve dólares semanales, pero ¿es verdad? Por lo que sabemos ahora, el tipo no está vinculado al pasado de *Mrs. Garr*. No obstante, se mudó a esta casa inmediatamente después que *Mrs. Garr* abrió la pensión. ¿Se dieron cuenta de ello? Según afirmó ante el juez de instrucción, vivió aquí doce años. A lo que parece, *Mrs. Garr* le ató de pies y manos de la misma manera que a *Miss Sands*. Si la vieja arpía le extorsionaba, le tenía bien seguro en sus garras.

—Tal vez fuera por alguna de esas actividades extra que confesó —apuntó *Mr. Kistler*.

—Sí, sí, es posible, amigo mío. Pero no apartaré a ese tipo de mis más caros pensamientos. ¡Vamos, muchachos, que desfallezco de hambre! Y usted, *Mrs. Dacres*, no me olvide el trabajito de mañana.

Pasó la noche sin incidentes importantes. Dormí beatíficamente, con un policía también dormido junto al lecho y todo estaba tranquilo y sereno a la madrugada. Salí de la casa alrededor de las siete; no quería discutir con *Mr. Hodge Kistler* acerca de si el viernes sería igual que el jueves para compulsar los archivos del *Cometa*.

Pocas personas había a esa hora en el diario aludido, pero un jovencito, larguirucho y soñoliento, me condujo a través de infinidad de cubículos oficinescos hasta un antro oscuro a los fondos del edificio. Allí encendió unas luces, miró alrededor los rebosantes archivos, y salió silenciosamente.

Examiné algunos tomos enormes, de tamaño de página de diario, colocados sobre los estantes frontales de la pared del fondo.

Finalmente, hallé el volumen buscado: del 2 de mayo hasta el 28 de julio de 1919.

Provoqué una tormenta de polvo al bajar el libraco; con mi precioso hallazgo en los brazos, me retiré a un escritorio del rincón. Comenzando desde el 2 de mayo de 1919, fui revisando, uno tras otro, los números del periódico, pero sólo al llegar al ejemplar correspondiente al 24 de mayo de 1919 encontré las primeras noticias relativas a la desventurada Rose Liberry. En la página tres descubrí una breve sí que significativa crónica:

«*Miss Rachel Staines*, domiciliada en la avenida Cleveland 1128, llamó a la policía a las once de la noche de ayer a los efectos de comunicarle la inexplicable ausencia de su sobrina, *Miss Rose Liberry*, de Cincinnati, quien pasaba una temporada en casa de *Miss Staines*.

»... estar a las declaraciones de *Miss Staines*, la muchacha desaparecida partió de su casa aproximadamente a las tres de ayer tarde para hacer algunas compras caseras. Al no regresar la joven a la hora de la cena, *Miss Staines* no se alarmó, pues su sobrina le había prevenido que pensaba visitar a una conocida suya y concurrir luego a un cine. A las diez de la noche, empero, *Miss Staines* comenzó a alarmarse. Aguardó algún tiempo más antes de llamar telefónicamente a la residencia de la amiga de *Miss Liberry*, en donde le informaron que ésta no había concurrido allí de visita. *Miss Staines* llamó entonces a la policía. Hasta el momento no se ha descubierto rastro alguno de la joven desaparecida».

La crónica relativa al caso, publicada en el número del día siguiente, figuraba en primera plana:

«LA MUCHACHA NO APARECE»

No se han encontrado huellas de la joven desaparecida.

La policía no da con su pista.

«El paradero de *Miss* Rose Liberry, que abandonó la casa de su tía, *Miss* Rachel Staines, la tarde del 23 de mayo, continúa siendo un misterio para la policía y su pariente. *Miss* Staines ha notificado lo acaecido a sus padres. *Mr.* y *Mrs.* J.G. Liberry, de Cincinnati, le telegrafiaron que llegarían esta noche a la ciudad a los efectos de continuar la búsqueda de su hija».

En el «Cometa» del 26 de mayo la crónica del caso continuaba figurando en primera página, encabezada por grandes titulares y complementada con una fotografía. Miré largamente el retrato y pensé con ira que aquella pobre muchacha estaba muerta.

Rose era hermosa, con esa hermosura que más conmueve las fibras del corazón; rostro aniñado y grave, inmensamente grave. Parecía contar escasos 16 años. Sus cabellos eran negros, peinados hacia atrás; sus ojos renegridos, bien separados el uno del otro, miraban rectamente a los del lector, indagadores, misteriosos, con un atisbo de amistosa simpatía. La boca me agradó más que sus otros rasgos faciales, pues sus labios se asomaban con gesto tan serio, tan interrogante, tan curioso, que conmovía profundamente.

Dieciséis años y preguntándose qué le depararía la dulce vida...

Y aquí fue cuando sentí que el *Caso Liberry* cesaba de ser algo muerto, algo pasado, añoso. ¡No, no estaba muerto, *no podía estar muerto*! Aquella pobre muchacha, al morir trágicamente, había dejado odio y dolor; la forma en que falleciera habría suscitado odios violentísimos. Mis ojos saltaron enseguida a la crónica correspondiente:

LOS PADRES CREEN RAPTADA A SU HIJA

El padre llega a buscar a la desaparecida muchacha.

«La hipótesis de que su hija ha sido secuestrada fue anticipada a los periodistas por *Mr. John G. Liberry*, de Cincinnati, quien llegó a Gilling City hoy a fin de dirigir la pesquisa policial tendiente a dar con el paradero de su hija, *Miss Rose Liberry*. *Miss Liberry*, de 16 años de edad, desapareció la tarde del 23 de mayo del hogar de su tía, *Miss Rachel Staines*, domiciliada en la avenida Cleveland 1128.

»*Mr. Liberry*, prominente contador de Cincinnati, aguarda a cada momento que los secuestradores de su hija se dirijan a él a los efectos de exigirle el correspondiente rescate. El jefe de policía Hartigan desmiente esta teoría, asegurando a los periodistas que la muchacha huyó de casa por su propia cuenta. La ausencia de la joven suscitó primero ansiedad cuando...».

Seguía a continuación una larga recapitulación de los hechos ya conocidos; la crónica terminaba proporcionando una descripción de la muchacha desaparecida, exhortando a los que la vieran a denunciar el hecho a la policía.

El ejemplar del 27 de mayo llevaba los siguientes titulares a ocho columnas:

¿ROSE LIBERRY SE ENCUENTRA EN PODER DE TRATANTES DE
BLANCAS?

SENSACIONALES DECLARACIONES DE MISS RACHEL STAINES

Las columnas de la parte céntrica estaban repletas de fotografías. Fotografías de Rose Liberry a los quince, a los once, a los tres años de edad. Fotografías del padre y de la madre de la desventurada muchacha en el instante de abandonar el despacho del jefe de policía de Gilling City, Hartigan: él, bajo, pequeño, con ojos salvajes; ella, de talla breve y rechoncha, ocultando su rostro con la cartera. Un retrato del jefe de policía Hartigan encabezado con el título: «La chica regresará al lado de sus padres, afirma el

jefe de policía Hartigan». Una fotografía artística de *Miss Rachel*, mujer frizando en los cuarenta, muy rubia y muy mundana. Arriba, un título: «La tía teme la intervención de tratantes de blancas». Estudié cuidadosamente los rostros de las personas fotografiadas. Rememoré las caras de todos los individuos complicados, directa o indirectamente, en el drama del siniestro caserón de *Mrs. Garr*. No vislumbré traza alguna de semejanza, pero... idieciocho años son muchos años, en verdad! Padre, madre, tía... ¿viviría alguno de ellos ahora en casa de la Garr?... ¿Habría sido, por ventura, su asesino, el vengador de la dulce muchachita sacrificada?

La crónica ocupaba dos columnas:

«*Miss Rachel Staines*, domiciliada en la avenida Cleveland número 1128, tía de la desaparecida *Miss Rose Liberry*, suscitó hoy intensa conmoción en el despacho del jefe de policía de Gilling City, *Mr. Hartigan*, al declarar hoy, con énfasis y absoluta seguridad, que su sobrina era retenida en alguna casa de lenocinio con propósitos fácilmente comprensibles.

»El jefe Hartigan, ciñéndose a su teoría de que la muchacha había abandonado de intento la casa de su señorita tía, destacó los puntos fundamentales de su hipótesis relativo a la huida de la chica con algún amante.

»Gilling City es una ciudad moralmente impecable —declaró Hartigan a los periodistas durante una entrevista—. *Miss Liberry* tiene apenas 16 años, edad ésta por demás romántica, y creo que más tarde o más temprano descubriremos que eso es lo que ocurrió».

Al escuchar los conceptos del señor jefe de policía, *Mr. John G. Liberry*, padre de la muchacha desaparecida, se encendió súbitamente en ira. «Es propio de *Mr. Hartigan* arrojar sombras malignas sobre la honra de mi hija, —puntualizó—; en estos últimos días he descubierto que la policía de esta ciudad, no sólo es absolutamente incompetente para el eficaz cumplimiento de su

misión, sino que se ha revelado extrañamente remisa en realizar una tarea que exceda en un ápice a lo rutinario y comunísimo. Las fuerzas policiales de Gilling City están corrompidas hasta el tuétano, y usted, señor jefe de policía, ¡usted es ese tuétano putrefacto!».

»*Mr.* Hartigan soportó los ataques iracundos de *Mr.* Liberry con una risotada tolerante y desdeñosa “¡Este es un estallido de cólera bien propio de un padre!; afirmó. Los padres son siempre los que conocen menos a sus hijos. Todos los ciudadanos de esta ciudad saben que, bajo mi jefatura, la labor policial de Gilling City ha sido impecable. Respeto el orden, pero respeto asimismo la libertad. Y en Gilling City contamos con lo uno y lo otro. Pueden ustedes creerme a pie juntillas, caballeros”».

CAPITULO 20

Los tirones de un hambre devorador me forzaron finalmente a salir a comer. Regresé y di comienzo a mi tarea por donde terminara a la mañana, es decir, por el número correspondiente al 28 de mayo. Hasta aquel día las noticias del caso Liberry ocupaban lugar destacadísimo en el *Cometa*; mas en los días subsiguientes, las informaciones fueron empequeñeciéndose de más en más, hasta relegarlas a una columna. La crónica correspondiente mencionaba las búsquedas estériles y afanosas, la angustia de los padres, la indiferencia policial, sin perjuicio, desde luego, de darle toda la publicidad posible al caso.

Las crónicas continuaban luego según el mismo tenor. Durante dos semanas cabales, el misterio de la desaparición de la hija de los Liberry ocupó un lugar en el *Cometa*, pero escurriéndose, gradualmente, al anonimato; de la primera columna, saltó al medio de la página uno, volviendo después a la columna principal al recibirse informaciones relativas al hallazgo de la muchacha en una fiesta de fantasía. Luego la crónica saltó a la página segunda, a la quinta. Rose Liberry seguía inhallable.

El ejemplar del *Cometa* del 21 de junio fue el primero en que no apareció información alguna del caso. Durante toda la semana subsiguiente, el periódico no trajo ninguna noticia de Rose Liberry.

Temiendo algún salto involuntario, volví a revisar las páginas del periódico. Nada. Nada. Y nada. Un número completo tras otro. Y

luego mi mirada tropezó con una noticia de muy poca monta, al parecer:

SUICIDIO DE UNA MUCHACHA.

«*Miss Ethel Smith*, residente en el número 417 de la calle de Saint Simon, fue hallada muerta en su cuarto esta mañana por una de sus compañeras de pensión. Se informó a la policía que *Miss Smith* se había suicidado ahorcándose».

¿Sería esa noticia carente de importancia? Busqué la fecha del diario: 8 de julio de 1919. ¡El día en que estaba fechado el recibo de *Mr. Waller*!

Con las manos temblando casi convulsivamente, volví todas las páginas de aquel número del *Cometa* hasta la primera plana del número correspondiente al 9 de julio. Una vez más la carita grave de la desventurada Rose Liberry se asomó en las columnas del diario; la fotografía era tres veces más grande que la publicada en el *Cometa* del 26 de mayo. Las titulares cruzaban de lado a lado la página, llamativas, renegridas, impresionantes:

EL PADRE IDENTIFICA A LA SUICIDA COMO A SU HIJA ROSE LIBERRY.

La muchacha murió en circunstancias misteriosas.

«*Mr. John G. Liberry*, de Cincinnati, encontró finalmente a su hija *Miss Rose Liberry*, a quien buscaba desesperadamente desde que desapareciera el 23 de mayo próximo pasado. El padre la halló esta mañana en el depósito de cadáveres de la ciudad. La hija estaba muerta. Un suicidio.

»Desde el día fatal en que desapareciera, siete semanas atrás, *Mr. Liberry* había buscado empeñosamente a su hija. Todos los días visitaba cárceles, hospitales, hoteles, el depósito de

cadáveres municipal. Detectives pagados por él rebuscaron minuciosamente por toda la ciudad. Esta mañana le enviaron recado anunciándole que el cadáver de una muchacha de cabellos oscuros había sido traído al depósito de cadáveres de Gilling City. En prosecución de su afanosa búsqueda, el infeliz padre fue a verla.

»Y hela allí, su Rose al fin. Su Rose amada, largo tiempo desaparecida. Y muerta. Suicidio...

»Por primera vez en su prolongado y doloroso calvario, el pobre padre se sintió dominado por el dolor. Los periodistas le vieron en las oficinas del depósito de cadáveres, sollozando sin consuelo, clamando por su Rose.

»Hasta el momento ha sido imposible informar lo sucedido a la madre, internada en un hospital desde hace tres semanas, como consecuencia de una crisis nerviosa derivada de su ansiedad por la suerte corrida por su hija. Los médicos de dicho hospital nos formularon la declaración de que el estado de la pobre mujer es gravísimo.

»Al ser informado de la identificación del cadáver, el jefe de policía de la ciudad, *Mr. Hartigan*, expresó a los periodistas su inmensa sorpresa por el giro inesperado del caso Liberry. “Todas mis simpatías van hacia los abatidos padres de la pobre muchacha, —manifestó luego—; comprendo que las circunstancias en que se produjo la muerte de su hija deben haber ahondado profundamente su dolor».

Hartigan trazó luego algunos planes destinados a investigar el suicidio. «Se agotarán todos los esfuerzos necesarios, declaró enfáticamente, para averiguar si *Miss Rose Liberry* cometió suicidio por su propia y libre voluntad, o bien si alguna persona o ciertas circunstancias la impulsaron a adoptar tan trágica determinación. Realizaremos algunas indagaciones entre los inquilinos de la casa del número 417 de la calle de Saint Simon, lugar en que se encontró el cuerpo de la muchacha. Tengan

ustedes la seguridad de que detendremos a quienquiera que sea hallado culpable en tal sentido».

«*Mrs.* Harriet Garr, propietaria de la casa del número 417 de la calle de Saint Simon estableció que regenteaba una respetable pensión. Expresó que la muchacha había ido a su casa tres semanas atrás, llevando consigo una pequeña maleta, solicitando entonces una pieza, que le alquiló. *Mrs.* Garr asevera que la muchacha era tranquila y que vivía confinada en su cuarto, saliendo a la calle muy raras veces. Al preguntársele si no había reparado en la semejanza de la muchacha con los retratos de Rose Liberry, profusamente publicados por los periódicos, la mujer manifestó no haberse fijado mayormente en la jovencita, puntualizando que en su pensión entraban y salían continuamente muchas personas diferentes. Terminó diciendo que estaba por completo a oscuras en cuanto a los motivos que indujeron a la muchacha a poner fin a su vida».

En el *Cometa* del 10 de julio, el caso de Rose Liberry colmó todas las columnas de la primera plana. Tres grandes titulares a ocho columnas anunciaban lo siguiente:

LIBERRY ACUSA A LA POLICÍA DE PROTEGER A LAS
GAVILLAS DE TRATANTES DE BLANCAS DE LA CIUDAD

El lugar del suicidio de Rose Liberry es un antro de vicio.

El gobernador interviene en el asunto; ordena intervenir
la policía de la ciudad e investigar las condiciones en que
se desarrollan los antros de vicio.

«*Mr.* John G. Liberry, padre de Rose Liberry, cuyo cadáver fuera encontrado en la calle Saint Simon, número 417, el 8 de julio, en circunstancias qué indicaban suicidio, se entrevistó hoy con el gobernador, *Mr.* David Lamson, a fin de presentarle acusaciones tendientes a demostrar la existencia de una

protección criminal oficial de los tratantes de blancas de Gilling City.

»Dichas acusaciones descubren uno de los más grandes escándalos de la ciudad, y se fundan en las investigaciones efectuadas por uno de los cronistas policiales del *Cometa*, quien hoy ganó entrada en la casa de la calle de Saint Simon. Simulando ser uno de los mecánicos del Departamento de Aguas Corrientes de la ciudad, nuestro cronista fue introducido en la casa por la entrada de los fondos por un amedrentado cocinero negro y una sirvienta del campo. De ambos logró extraer la confesión de que la casa, regentada por *Mrs. Garr*, era un foco de manifiestas actividades de tratantes de blancas, verdadero *palacio del vicio*.

»Separándose de los sirvientes mencionados, luego de arrancarles la promesa de que guardarían silencio en cuanto a su entrada subrepticia a la casa, el cronista del *Cometa* subió al segundo piso, en donde logró entrar a una de las habitaciones. En la misma encontró a dos muchachas, presas igualmente del pánico, que confesaron pronta y abiertamente el verdadero carácter de las actividades de aquella supuesta pensión. La casa, declararon las muchachas, está atestada de hombres durante la noche. Los licores corren abundantemente. Una de las jóvenes declaró que muchos altos empleados del gobierno eran asiduos concurrentes al lenocinio, y agregaron algunos detalles particulares en cuanto a sus intimidades con el jefe de policía Hartigan, el cual visitaba a menudo aquel antro de perdición, y recibía fuertes sumas de dinero de *Mrs. Garr*.

»Atónito y aún incrédulo, el cronista del *Cometa* sobornó a las pupilas de *Mrs. Garr* para que le acompañaran al tercer piso del *establecimiento*, donde vio, con sus propios ojos, un lujoso salón de juegos, con mesas de ruletas, dados, el “ferrocarril”, el «canfield»; en uno de los extremos del salón se veía un bar completísimo, suntuosamente instalado.

»A la hora de la visita de nuestro cronista, *Mrs. Garr* estaba ausente de la casa. Sólo más tarde se enteró de que la miserable celestina estaba siendo interrogada en el Departamento de Policía. Hartigan la despidió sin formular acusación alguna contra ella, ignorando entonces los descubrimientos de nuestro cronista. Concretadas sus sospechas, nuestro cronista se dirigió precipitadamente al número 1128 de la avenida Claveland, residencia de *Miss Rachel Staines*, tía de la infortunada muchacha suicida. En dicho lugar encontró al padre de la muerta, *Mr. Liberry*, informándole entonces de lo que había descubierto. Grandemente conmovido por aquellas nuevas, *Mr. Liberry* telefoneó inmediatamente al palacio del gobernador, solicitándole una entrevista, petición que le fue acordada al momento.

»El gobernador Lamson se mostró profundamente conmovido ante las pruebas presentadas por el abatido padre. “Si estas pruebas son exactas, —declaró con énfasis—, prometo a Gilling City una *barrida* política como la ciudad no conoció jamás. Es una mancha para la honra de nuestra ciudad y de nuestro estado que una joven visitante de otro estado hermano haya podido ser inducida, ya sea por su voluntad o contra ella, a llevar una existencia inmoral en un antro de vicio. Es un crimen sin nombre la subsistencia de semejante estado de cosas”».

Mis ojos volaron a otros titulares, de formato profundamente sensacionalista. Rezaban así:

«YO LA ENCONTRÉ MUERTA»

Habla la joven que encontró a Rose Liberry

«Éste es el relato de la mujer que encontró muerta a Rose Liberry. Nuestra entrevistada prefiere escudarse en el anonimato y la llamaremos Leah.

»Eran las ocho de la mañana, los ojos castaños, arrasados en lágrimas, de Leah, se cierran dolorosamente mientras narra su dramática historia, cuando desperté. En la otra habitación había una muchacha. No parecía muy amigable, pero creí conveniente llegarme hasta ella y hablarle un poco. Llamé a la puerta, pero no recibí respuesta. Abrí la puerta. Ninguna de nuestras puertas tiene llave. A *Mrs. Garr* no le importa si nos visitamos mutuamente. Sólo las puertas de calle están cerradas con llave, pues *ella* no gusta que nos vayamos sin que lo sepa. Como decía, abrí la puerta y penetré en el cuarto.

»Al instante me veo ante aquella pobre criatura pendiendo de un gancho atornillado por la parte interior del ropero. Se había ahorcado con una sábana retorcida. Salí de la habitación y descendí de prisa las escaleras, pues creí necesario llamar a un policía y le grité a Fancy, nuestra mucama, que una de las muchachas se había ahorcado y que teníamos que buscar a la policía. Ésta fue siempre bonísima con nosotros todas las veces que ocurría algún escándalo en la casa. Fancy quitó la llave a la puerta de calle, pues también ella tiene la llave de ésta, y salí corriendo a la calle con mis ropas de cama, y a poco tropecé con un agente de policía, un hombre joven.

»Vino tras de mí dentro del cuarto; yo me quedé en la puerta y barrunto que el estrépito que armamos todas corriendo y bajando las escaleras, despertó a *Mrs. Garr*, pues ella salió al vestíbulo, vociferando: “¿Qué ocurre aquí?”. Luego entró en la habitación y cerró la puerta de un golpazo. Eso es todo cuanto sé».

Otra crónica estaba encabezada del modo siguiente:

MRS. GARR SE NIEGA A HABLAR

La Regenta del Antro del Vicio rehúsa formular comentarios

Otra más rezaba así:

EL JEFE DE POLICÍA ES INTERROGADO POR LOS DIRIGENTES
DEL PARTIDO A PUERTAS CERRADAS

Y otra más:

LOS SEÑORES DEL VICIO DE GILLING CITY TIEMBLAN
MIENTRAS SE ESTRECHA EL LAZO QUE LOS ESTRANGULA

Los dedos me dolían horriblemente, pero seguía copiando tesoneramente. Luego volví las páginas a la primera plana a fin de constatar no haber olvidado nada.

¡Las fotografías! Me puse a estudiarlas.

Mr. Liberry y el gobernador juntos. Otro retrato de Rose Liberry. Una fotografía artística de su madre. Una instantánea de su tía detrás de un cantero de rosas, sombrío recuerdo de días sin penas. Una fotografía sonriente de Hartigan: «El jefe de policía dirigiéndose al lugar del interrogatorio». Una fotografía del joven patrullero Walters: «Llamado por la despavorida muchacha al teatro de la tragedia en el antro de vicio de *Mrs.* Garr».

Mis ojos se posaron y se apartaron de esta última fotografía y luego, como advertida por mi intuición femenina, volvieron a clavarse en aquel rostro juvenil. Atenta, ahora, me incliné, sobresaltada, sobre la fotografía. Sí... agreguemos 18 años más... agreguemos arrugas en la frente... agreguemos cierta adiposidad en aquel mentón entonces impecable... agreguemos una mirada vaga, perdida, en aquellos ojos... El patrullero. El patrullero. El patrullero Walters... ¿Walters?... ¡NO!... ¡*Mr.* WALLER!

CAPITULO 21

Temblaba de excitación. Salí a escape al teléfono.

—Departamento de policía, por favor —grité a la telefonista—. Comuníqueme con el teniente Strom, por favor... Sí, es importantísimo... ¡Hola!... Habla *Mrs. Dacres*... ¡Teniente Strom, acabo de descubrir algo sensacional!... ¿Puede usted llegarse enseguida al archivo del *Cometa*?

—¡En cinco minutos estaré allí!

Colgó el tubo y pronto le vi venir hacia mí, llevando a remolque al omnipresente Van.

—¡Hola, *Mrs. Dacres*! Veamos lo que descubrió.

Mi índice tembloroso apuntaba la fotografía del antiguo patrullero. No dije palabra; si el policía no descubría la verdad por sí solo, me moriría de pasmo.

El teniente Strom se curvó sobre la fotografía. Luego se irguió y me miró de hito en hito:

—¡Waller, por todos los demonios!

Inmediatamente recorrimos juntos las ampulosas crónicas sobre el caso Liberry, publicadas por el *Cometa* durante todo el resto de 1919. La intervención en el Departamento de Policía; la formidable *barrida* de elementos venales; los fantásticos detalles acerca de la vida diaria en el antro de la miserable celestina, cuarenta por ciento de lo cual, por la parte baja, era ficción pura; los preliminares del proceso incoado contra la Garr; las incesantes tentativas realizadas por el padre de la desdichada muchachita para poner de manifiesto

pruebas evidenciales de que su hija había sido retenida a la fuerza en el antro de la celestina, y que fue empujada a adoptar tan trágica determinación como único medio de escapar al horror en que vivía; el éxito judicial de los abogados de *Mrs. Garr* en mantener incólumes las declaraciones de *Mrs. Garr* de que Rose Liberry había concurrido a la casa en compañía de un joven licencioso, decidiendo luego permanecer en ella por agradecerle aquel ambiente vicioso y desdeñar regresar al lado de sus padres.

A su lado no se encontró la casi infaltable misiva de todos los suicidas. Una y otra vez los abogados de Liberry «cocinaron» a la proxeneta Garr, a su pupila Leah y al patrullero Walters. No existió carta alguna de la muchacha suicida...

Más tarde, las titulares del *Cometa* anunciaron la condena de *Mrs. Garr* a cinco años de prisión en Waterford.

Salimos del archivo y partimos para el departamento policial. Van fue despachado para traer a los Wallers ante Strom y someterlos a nuevo interrogatorio. El teniente me dejó errar al azar por su despacho, en tanto él aguardaba con impaciencia la llegada del matrimonio.

—¿Puede usted deducir ahora... puede usted deducir de esa pista que *ellos* asesinaron a *Mrs. Garr*? —pregunté varias veces, con algunas variantes.

El policía se limitó a gruñir borrosamente. Sentado quedamente al escritorio, estudiaba minuciosamente un lápiz en sus manos. Y no se apartó de esa posición hasta que Van trajo a remolque al matrimonio Wallers.

Si ambos parecían antes amedrentados, ahora sus rostros testimoniaban el temor de presentir cercana la inevitable catástrofe.

—Siéntense —les ordenó el teniente.

Los miraba con ojos imperturbables, como si buscara aterrorizarlos aún más.

—Waller —manifestó luego, quedamente—, el 10 de julio de 1919 el *Cometa* publicó una fotografía de cierto patrullero policial. En la mañana del 8 de julio de 1919, dicho patrullero recibió un

llamado urgente de la casa del número 417 de la calle de Saint Simon, por parte de una mujer que salió a la calle gritando que una muchacha se había ahorcado en su dormitorio de dicha casa. Y bien, el nombre del policía de marras era... ¡Walters!

Silencio.

—Waller, ¿por qué no me informó usted que figuró en la policía?

Mr. Waller no le miraba a él, sino a mí:

—Sabía que esa muchacha traería a colación ese dato más tarde o más temprano —el hombre hablaba como consigo mismo—. Sí... desde el mismo momento que me dijo que la Garr se lo había dicho...

—Sí, usted lo sabía —Strom estalló en una voz de trueno—. ¡Usted lo sabía... y trató de asesinarla para silenciarla!...

Mr. Waller, siempre ceniciento, la sacudió cabeza:

—No...

—¡Su esposa le dio el *Kleenfine*!

—No... ella sólo lo empleaba para limpieza.

—Usted regresó a casa después de la pesquisa judicial; aguardó luego a que la casa quedara en silencio y descendió a los sótanos, donde barrió los peldaños de las escaleras. Seguidamente extrajo los tornillos y serruchó el pasador de la puerta conducente a la cocina de *Mrs. Dacres*. Y usted la acechó allí mismo, en las oscuras escaleras, hasta considerarse a salvo para perpetrar su abominable atentado.

Los Wallers seguían temblando convulsivamente. Yo misma me estremecía de pies a cabeza.

La voz del policía bajó un punto y articuló luego las palabras en un tono helado:

—¿Qué buscaba usted en esa alacena?

—¡Se equivoca, teniente! ¡Juro ante Dios que yo no he sido!

—Entonces, ¿qué estaba usted haciendo allí?

—Nada... no estaba yo allí en ese momento...

El policía suspiró, quedamente:

—Waller, ordenaré revisar sus habitaciones.

Silencio.

—¿No objeta nada?

Silencio...

—¿Con que no estaba allí, eh? Amigo mío, todos los caminos llevan a Roma. Waller, en la caja fuerte guardo un recibo suyo, fechado el 8 de julio de 1919. Y el 8 de julio de 1919, el patrullero Walters —es decir, usted mismo, Wallers— penetró en la casa del número 417 de Saint Simon. Y allí encontró usted algo... ¡*algo por lo cual Mrs. Garr le abonó dos mil dólares!*

—Walters, sólo existe una cosa que pudo usted haber encontrado en ese cuarto, sólo una cosa que usted podría haber hecho en ese cuarto, amigo mío, y por la cual *Mrs. Garr* se vio obligada a pagarle esa fuerte suma de dinero. *Algo* que, a buen seguro, habría empeorado grandemente su ya grave situación ante la justicia. Walters durante todo el juicio contra la Garr, los abogados de John Liberry pugnaron por hallar pruebas evidenciales de que la muchacha suicida había dejado una misiva. Y pugnaron por arrancar tal prueba a *Mrs. Garr*. Y a la muchacha que encontró el cadáver. Y a usted, a usted, Walters, el policía que fue en, realidad, la primera persona que examinó el cuarto de la muerte...

»¡Pero nada pudieron conseguir! ¡Nada! Porque usted mentía, Walters; mentía, sí, mentía con abominable descaro, y ellos no pudieron probar nada. Mas ahora sé algo que ignoraban aquellos abogados, Walters. *Algo* que el pobre padre habría pagado hasta con la última gota de sangre de sus venas... ¡y ese *algo* es la misiva de la muchacha suicida, fechada el 8 de julio de 1919!

Ni un ruido quebraba el penoso silencio del despacho, salvo, quizás, el estremecimiento convulsivo de aquellos dos seres culpables...

—Walters, ¿qué hizo de aquella carta?

Penosamente, sombrío, tétrico, *Mr. Waller* le miró. Y luego, con pasmosa sencillez, como si no se tratara de un doloroso secreto retenido durante diez y ocho años, murmuró quedamente:

—*Mrs. Garr* la quemó.

Sentía vivos deseos de llorar. La voz del policía continuaba vibrando con calma y pasmosa tranquilidad.

—Usted encontró la misiva de la muchacha suicida —musitó.

—Sí... la hallé...

—Y *Mrs.* Garr le pagó dos mil dólares para callar.

—Sí...

—¿Sólo ustedes dos lo sabían?

—Sí...

—Walters, ¿leyó usted la carta?

El hombre interrogado suspiró roncamente y murmuró muy bajo:

—Papel...

El teniente Strom le alargó papel y lápiz.

Mr. Waller caminó hasta el escritorio, se inclinó sobre el mismo y cogió el lápiz. Durante unos minutos estuvo escribiendo; luego empujó el papel por sobre la mesa hacia el policía, y allí se quedó, inmóvil, semejante a la imagen del remordimiento, mirando fijo el piso. Una expresión dura apareció fugazmente en la faz de Strom. Me acerqué a él para leer por sobre su hombro.

Casi no parecía letra de hombre, sino de mujer; un escrito grabado tan hondamente en la mente de un hombre, a través del tiempo y del espacio, que casi podía reproducirlo con fidelidad.

«Papá, mamá: he tratado una y otra vez de escapar de aquí. Pero no puedo, la casa está cerrada con llave. Las cosas que me obligan a hacer son horribles, horribles. ¡Oh, papá y mamá, perdónenme! Mucho les quiero y bien sé que me querrán mucho más cuando su Rose esté muerta».

Mis oídos percibieron la ronca voz de *Mr.* Waller:

—Ahora quizá pueda olvidarlo —dijo—. En aquel entonces era nuevo en la policía. Debía mucho dinero. E íbamos a tener un hijo. Y él murió... Esa misiva me ha estado mordiendo el corazón desde entonces.

El teniente preguntó, siempre con calma:

—¿Los dos mil dólares fueron el pago completo por entregar a *Mrs. Garr* esa carta?

Mr. Waller contestó como si ya hubiera colmado toda su vergüenza y no pudiera desbordarse:

—La vieja bruja me entregó todo el dinero que tenía en la casa... alrededor de tres mil dólares...

—¡Por el cielo, *Waller*!

De súbito, el hombre se desplomó pesadamente en su silla; cayó su cabeza sobre sus manos y comenzó a sollozar, con esos sollozos quebrados, convulsivos de los hombres. No miré, pero oí a *Mrs. Waller* palmeándole los hombros.

—¿Asesinó usted a la *Garr*, *Waller*? —el policía articulaba las palabras con pasmosa calma.

—¡Ante Dios, juro que no!

—¿Atacó usted a *Mrs. Dacres* la noche del lunes?

—No...

El teniente se encogió, cansadamente, de hombros:

—¿Por qué no regresa usted a casa, *Mrs. Dacres*? Lo demás será volver sobre el mismo tema, una y otra vez, hasta que confiese de plano. Creo que podré trabajar mejor sin usted presente. Ya le comunicaré lo que sepa si logro llegar adonde quiero llegar. Gracias por su ayuda.

Salí a la calle, a gozar del sol de junio. Vibraba de excitación. Me parecía incomprensible que experimentara compasión por *Waller*, que había dejado sufrir a la madre y al padre de la desdichada *Rose Liberry* todos los horrores de la vergüenza de que el mundo supusiera pervertida a su inocente muchacha. Sí, las muchachas son algunas veces pervertidas a los dieciséis años. ¡Pero no su *Rose*! No la *Rose* de aquellos grandes ojazos, plenos de silenciosa gravedad.

Llamé por teléfono a *Hodge Kistler* desde una droguería; en la cena le conté las novedades producidas aquella tarde.

—¡Es terrible! —aprobo el joven, sobriamente—. ¡Esa pobre niña enfangándose, pese a sí misma, en semejante infamia! Y dejar luego que sus padres supusieran que su hija era una mala mujer... y que

aquella maldita bruja saliera del paso con sólo cinco años de prisión... ¡Ese condenado de Waller tendría que ser fusilado en el acto!

—Los Wallers contaban con muy buenas razones para odiarla a muerte, Hodge. A buen seguro que detestaría con toda mi alma a cualquiera que me obligara a complicarme en tamaña perfidia.

—¿Quieres decir que tú hubieras accedido a los deseos de la Garr?

—¡Quién sabe! Me hallaba presente en el despacho de Strom cuando Waller lo confesó todo y experimentaba los mismos sentimientos que él, querido... ¡Es inútil que pretenda disimulártelo! Waller sentía en aquel momento exactamente lo mismo que habría sentido yo de ser él.

—¡Esta es la hora de la franqueza! Por mí, sé decirte que hubiera salido a escape de ese antro infame, agitando la misiva de la pobre muchacha, como una bandera, para que la vieran hasta los ciegos. ¡Imagina tú cómo hubiera sacudido el mundo entero con esa carta! En fin, quizá la carta hubiera dado mayor sensacionalismo al asunto; y a fe mía que en este respecto no le faltaba un adarme. Bueno, Rose Liberry murió para brindarle a Gilling City un nuevo y depurado gobierno; tal es su hazaña, querida. Infinidad de hombres viven muchos años más y no ejecutan nada que valga un ardite.

—Ahora esa carta no representa ningún valor, ¿verdad?

—Supongo que no, al menos para los que no conocieron a la muchacha. Algunos viejos recordarán el caso lo suficiente como para sentirse ligeramente interesados. Con todo, creo que el teniente Strom tendría que esforzarse por dar con el paradero de los padres de la muchacha suicida, si es que vive alguno todavía, y darles a conocer la buena nueva.

Regresamos luego a mi departamentito; si el policía telefoneaba, a no dudarlo llamaría allí. Reflexioné sobre los Wallers mientras esperaba. Y pensé en Waller, joven, endeudado. Y en su mujer gruesa, próxima a tener familia. Y en *Mr.* Waller patrullando su facción y cavilando en que su mujer lloraría en su lecho pensando de

dónde sacarían el dinero para la criatura que estaba por llegar. Y luego... una muchacha corre a él, en sus ropas de cama, gritando como una loca. E imaginé a *Mr. Waller*, joven, penetrando en la casa roja y subiendo ágilmente las escaleras alfombradas. Y atravesando con rapidez un vestíbulo suntuosamente alhajado y entrando en un cuarto en donde una muchacha colgaba por el cuello de una sábana retorcida. Y poniendo rápidamente manos a la obra, descolgando a la desventurada suicida del gancho y depositándola sobre el lecho, a pesar de saber que ya se hallaba muerta. Y tomando la misiva fatal y leyéndola, horrorizado. Y la entrada impetuosa de *Mrs. Garr* en la habitación de la pobre muerta y ofreciéndole dinero, muchos miles de dólares, dos mil dólares, tres mil, cuatro mil... todo el dinero que quisiera... a cambio de la destrucción de aquella carta postrera... La muchacha estaba muerta. El hecho de rehusar, indignadamente, aquel dinero, no la volvería a la dulce vida...

Hodge y yo hablábamos esporádicamente; luego resonaron pasos lentos en el sombrío vestíbulo; pisadas penosas, arrastradas, que llevaban a alguien, agobiado por la pena, escaleras arriba... Sólo un par de pies...

—Estoy seguro que es *Mrs. Waller* —susurré—. Y sola... ¡Ojalá que el teniente Strom llamara de una buena vez, Hodge! Como quiera que sea, ¿qué buscaba Waller en el sótano?

—Tal vez la vieja arpía no destruyó la misiva de Rose Liberry. Y quizá ella la retuvo como amenaza contra Waller. Desde luego, esa carta resultaría tan peligrosa para uno como para otro, pero... Quizá Waller imaginó que si la Garr no guardaba más la misiva fatal, podría forzarla a pagarle de una vez los dos mil dólares de la...

El timbre de la calle repiqueteó estruendosamente. El detective del vestíbulo contestó al llamado. La voz de la puerta era la del teniente Strom. Corrí a él.

—¿Confesó ya? ¿Sabe usted ahora si él...?

El policía parecía enormemente cansado de todo; se desplomó pesadamente en la silla grande como si sus músculos se negaran a sostenerle más.

—El tipo se mantiene más firme que una roca —gruñó con disgusto—. Imposible arrancarle una sola confesión más.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por ventura no será culpable?

—¡Quién sabe, quién sabe! Eso sí que no lo sé...

Calenté café y le preparé algunos emparedados, después de lo cual el policía pareció reavivarse grandemente; sin embargo, continuaba todavía no poco preocupado y abatido.

—Si el tipo asesinó a la vieja, sabe guardar su culpabilidad con mano maestra —masculló.

—Doy por seguro que pocos culpables saben escabullirse de sus garras, ¿verdad? —preguntó Hodge.

—¡Poquísimos, amigo mío! —contestó con arrogancia el policía—. No se me escapan nunca. No ignoro que soy un buen policía, pero... no todo lo bueno que debiera serlo, a fe mía... ¡jamás les hago confesar crímenes que no cometieron! No... Si Waller ultimó a la Garr y quiso repetir su hazaña con usted. *Mrs. Dacres*, afirmo que es un tipo de agallas. Lo malo es que, o bien me lo confiesa todo de plano o si no... No poseo suficientes pruebas circunstanciales para acusarle a él de ese crimen... o a otro cualquiera...

—Waller, sin embargo, tenía sus buenos motivos para acabar con la Garr —afirmó el periodista—. La vieja arpía rehusó pagarle aquel vale y amenazó con expulsarlos de su casa. Y tengo entendido que admitió que *Mrs. Dacres* le había dicho que sabía que él había figurado antes en las filas del cuerpo policial. ¡Y éste era un punto terriblemente peligroso para él si llegaba a hacerse público!

—¿Quién diría usted, *Mrs. Dacres*, que fue el homicida, olvidándonos, por el momento, de Waller, y tomando en consideración todos los pormenores conocidos hasta ahora del caso Garr?

—No lo puedo evitar —murmuré— pero cuando comienzo a preguntarme quién mató a *Mrs. Garr*, me olvido por completo del caso de Rose Liberry. Después de todo, no contamos con ningún indicio seguro que nos demuestre que dicho caso vinculase de algún modo con la muerte de la Garr. De hecho, ningún detalle de

preponderancia, salvo que la Garr fue la principal figura de los dos sucesos. Vuelvo por donde comencé: ¿Quién se beneficia con la muerte de *Mrs. Garr*? ¡Los Halloran!

El policía y Hodge gruñeron al unísono:

—Mi estimada *Mrs. Dacres* —gruñó el teniente— parece que para usted las coartadas no valen un pepino. Esos Halloran no son bastante inteligentes y habilidosos como para disimular coartadas tan incontrovertibles como las suyas. Ni uno ni otro podrían haberle jugado la partida del lunes por la noche.

—¿Qué pruebas tiene usted de que la misma persona asesinó a *Mrs. Garr*?

Los dos hombres gruñeron de nuevo:

—¡Bueno, que me coman las hormigas si vuelvo a desandar lo andado! Kistler, no me diga usted que sus ideas son tan brillantes como las de esta muchacha.

—Creo que no.

—¡Ea, oigamos lo que usted piensa!

—Mi candidato es el *caballo negro*. El mismo *caballo negro* favorito mío del principio... ¡Buffingham!

—¡Vamos, hombre! Un sujeto con semejante nombrecillo aristocrático no sería capaz de asesinar a una mosca.

—Pues parece que el tal nombrecillo no impidió que su angelical vástago asaltara un banco y asesinara a no sé cuántos.

—Bien, bien, pero ¿tiene usted razones para su acusación? ¿Nuevas razones?

—No, son siempre las mismas, teniente. Eso sí, agregue a ello que me lo dice mi intuición cuando reúno a todos los habitantes de la casa en un solo haz, en un cuarto solo. Y si me pregunto quién demontres liquidó a la vieja bruja, siento que el dedo índice se levanta solo y apunta... ¡apunta a Buffingham! ¡Recuerden ustedes que el tipo anda desesperadamente en busca de dinero!

—Un par de miles de dólares no favorecerían un ápice a su hijo, amigo. Bien, si ustedes me lo preguntan a mí, les diré que nuestro asesino tiene que ser una de dos: o bien es un tunante infinitamente

más listo que todos los que encontré en mi larga carrera policial, tan diestro que oculta magistralmente sus pensamientos y sus acciones; o bien es tan torpe y bruto que no tiene nada que revelar o exteriorizar. Ya tropecé otras veces con criminales de este jaez.

—La primera descripción cuadra cabalmente a *Mr.* Kistler.

—¡*Okay*, nena! Y la segunda, a ti, preciosa.

—¿De veras? Pues bien, en realidad yo estaba pensando en alguien cuya mente se aferra de modo tan tenaz y apretado a algo que nos es tan desconocido que ello resulta suficiente para encubrir por completo la pista que andamos buscando tan desesperadamente.

—¡Oigan! Eso indicaría a Buffingham, ¿verdad?

—Sí, y a algunas personas más —intercaló el policía—. Bien, haré que Buffingham baje de nuevo aquí para tornarle a «cocinar» un poco.

Ordenó al detective del vestíbulo que llamara a Buffingham; a poco, el policía regresó con el sospechado.

—*Mr.* Buffingham, acabamos de descubrir nuevos indicios que me fuerzan a interrogarle una vez más —la voz del policía resonaba con el usual tonillo amenazante—. Estuve revisando los archivos del caso Liberry y aun cuando usted no salió a relucir, Buffingham, juraría que usted estaba vinculado de alguna manera con el antiguo negocio de la Garr... ¿Qué era usted... un parroquiano?

—Nunca vi a *Mrs.* Garr antes de venir a esta casa.

—¿No conoció antes a los Wallers?

—¿Si los conozco?... ¡Hombre, seguramente!... Residen aquí desde hace largo tiempo. Los veo siempre por la casa...

—¿Sabía usted que Waller era policía?

Buffingham vaciló:

—No lo sé, pero... tenía la vaga idea de que así era...

—¿Le conoció usted en la época del caso Liberry?

—No.

—¡Ajá! ¡Parece usted muy seguro! ¿Con que recuerda usted muy bien el caso Liberry, verdad?

—Sí, teniente. Se trata de un suceso importante. Leí lo acaecido en los diarios. ¡Un notición!

—En efecto, un notición... ¿Dónde trabajaba usted en aquellos tiempos?

—Creo que era en una droguería. Siempre tuve empleos parecidos. Y casi siempre servía soda y refrescos y helados...

—¿Alguna vez trabajó usted en la *Droguería Stacy*, situada en la esquina de las calles Cleveland y Saint Simon?

Una vez más, al igual que el miércoles pasado, una sombra enigmática apareció y desapareció en las pupilas de *Mr. Buffingham*.

—Sí, trabajé allí un tiempo —rió entre dientes—. ¡Si me empleé en la mitad de las droguerías de la ciudad!

—¿Cuándo trabajó usted allí? —la voz del policía era cortante.

—Pues... ¡veamos, veamos!... Eso fue muchos años atrás... ¡Doce años, cuando menos!... Sí... quizá quince... No recuerdo bien. ¡Demonios, trabajé en tantos lugares que perdí la memoria!

—¿Está usted seguro que no trabajaba allí el verano de 1919?

—Hombre, podría ser muy bien... pero no lo recuerdo.

—Existen ciertos pormenores que le refrescarán la memoria, amigo mío. La esquina de las calles Cleveland y Saint Simon dista apenas dos cuadras del número 417 de la calle de Saint Simon, Buffingham. Y aquel verano ocurrieron muchos líos y desórdenes de órdago en aquella casa...

—Ni lo uno ni lo otro tuvo algo que ver conmigo. No sé cómo podría saberlo, teniente.

¿El hombre contestaba, por ventura, en tono alerta, cuidadoso? ¿O bien sus respuestas eran tan sinceras como padecían a simple vista?

El policía desvió el interrogatorio, que tomó otro rumbo diferente:

—Bien, volvamos al lunes último por la noche, cuando *Mrs. Dacres* se divirtió en grande con la fiestecita que todos conocemos hasta en sueños. Después de medianoche, *Mr. Buffingham*, usted regresó a casa en compañía de *Mr. Grant*. Subió a su cuarto. Y se acostó. Bien, amigo, usted sabe al dedillo que aquella noche se

oyeron ruidos y rumores claros en la casa. *Mrs.* Dacres los oyó cabalmente la noche en que *Mrs.* Garr fuera ultimada. Y no es posible serruchar un pasador sin despedir un mísero chirrido... Nuestra preciosa oyente estaba ausente, al igual que *Mr.* Kistler. Sands y los Wallers expresaron que se acostaron temprano; todos ellos debían estar durmiendo a pierna suelta, siempre y cuando el asesino no fuera uno de ellos rondando y merodeando por la casa. Y bien, quisiera saber qué razones alega usted para no oír lo que era punto menos que imposible no oír, amigo mío. Su habitación se encuentra justamente arriba de la embocadura de las escaleras. Usted acababa de regresar de la calle. ¡Y dice que no oyó absolutamente nada! Francamente, *Mr.* Buffingham, sus declaraciones suenan harto sospechosas...

El hombre extrajo un cigarrillo y comenzó a hacerlo girar con rapidez entre sus dedos, fijos sus ojillos aviesos en él.

—A decir verdad, no quería meter en líos a nadie —declaró finalmente.

—Pues déjeme usted a mí afligirme por ello, amigo mío. ¿Qué es lo que oyó?

—Crujidos y chasquidos... En el vestíbulo. Rumores bajando las escaleras. Pero sólo ruiditos ligeros... levísimos...

—¿Por dónde comenzaron? ¿Al otro lado del vestíbulo?

El cigarrillo giró más pausadamente:

—Creo que no... más bien parecían producirse por mi lado... y barrunto que pasaron frente a mi puerta.

—¿Frente a su puerta, eh? ¿Quizá del cuarto de Grant? ¿O bien del de Hodge Kistler?

—Él —señaló con la cabeza a Kistler—, no se había acostado todavía. No lo sé... aún no había conciliado el sueño...

—¡Grant, entonces!

—¡Grant! —exclamó Hodge—. ¡Vaya una tontería!

—¡Grant! —el policía repitió vivamente, mientras sus ojos despedían llamaradas—. ¡Demontres! ¡*Grant*! ¡Siempre vuelvo a tropezar con ese individuo!... ¡Él la odiaba a muerte! Así nos lo

confesó paladinamente y... Bien, le haré llamar a él también, amigos míos. ¡No, Buffingham, usted se me queda aquí!... ¡Grant! Sí... Grant...

CAPITULO 22

Cuando *Mr. Grant* penetró en la habitación parecía tan viejo, tan frágil y agobiado, que Hodge, automáticamente, le ofreció una silla. *Mr. Buffingham*, sin que ninguno se lo pidiera, se dejó caer en otra.

El policía abrió el fuego sobre la marcha:

—*Mr. Buffingham* acaba de declarar que el lunes por la noche oyó caminar furtivamente a alguno por la casa, *alguno que echó a andar desde su puerta, caminó por el vestíbulo y descendió luego las escaleras.*

Mr. Grant pareció meditar su contestación antes de expresarla a viva voz:

—Eso es perfectamente cierto —manifestó después—. Caminé, si, por el vestíbulo de los altos, bajé las escaleras a la planta baja y luego descendí las del sótano. Eso no lo dije el otro día porque no lo creí necesario, algo así como ajeno al asunto principal...

—¡Hombre, pues ya podría usted haberme dejado a mí juzgar sobre el particular! —berreó, furioso, el teniente—. ¿Sería usted tan amable de explicarme las causas de ese viajecillo nocturno?

—Por supuesto, *Mr. Strom*. Fue por algo que oí... un rumor en extremo extraño a esas horas de la noche... ¡Un ruido de barreduras! ¿Entiende? Se parecía extraordinariamente a alguien barriendo allá abajo...

—¡Ajá! ¿Barreduras, eh?... ¡Hum!... —la voz del policía vibraba de insinuaciones.

—Desde luego, parece imposible, pero ésa es la mejor descripción que puedo hacer.

—¡Usted oyó barrer allá abajo y no dijo palabra a la policía! ¡Cuando sabemos que el sujeto que atacó a Mrs. Dacres barrió esa noche las escaleras del fondo de los sótanos!

Una expresión sorprendida apareció en la faz del anciano, mechada, al parecer, de cierta curiosa satisfacción.

—¿Alguien estaba barriendo, eh? ¡Entonces estaba en lo cierto!

—¿En lo cierto? ¡Pues claro que sí, hombre! Bien, vuelvo a preguntarle por qué no nos lo dijo antes, *Mr. Grant*.

—¡Pero si ésta es la primera vez que oigo decir que las escaleras del fondo fueron barridas, teniente Strom! —puntualizó *Mr. Grant*, con dulzura.

Y he aquí bien jaqueado al policía. Existían todas las probabilidades del mundo de que *Mr. Grant* no hubiera sabido nada al respecto. Por cierto que tales pormenores no habían salido a relucir en el curso de su interrogatorio del día anterior. Por otra parte, *Mr. Grant* no era dado a chismear con los demás inquilinos de la pensión.

Mr. Buffingham se mostraba apático, casi indiferente. El hombre no demostró sorpresa cuando el policía describió los rumores que, a buen seguro, se produjeron la noche del lunes último. ¿Acaso lo sabía ya de antes? Y *Mr. Waller*... Mis pensamientos volaron a la entrevista de esa tarde. El ex policía no había revelado tampoco mayor sorpresa ante la reconstrucción del ataque contra mí, hecha por el teniente Strom.

—¡Bueno, que me maten! —masculló, desamparadamente el policía, y paso a paso fue explicándole al anciano su teoría acerca de los probables movimientos de mi cobarde agresor.

Mr. Grant asintió:

—Pues eso cuadra exactamente en lo que escuché, teniente —murmuró, borrosamente—. Como ya dije, oí ese ruido de barrido. Picado por la curiosidad, decidí investigar y descendí al sótano muy quedamente, no obstante ello, nada vi anormal, ya fuera en el

cuarto del horno o bien en la cocina de *Mrs. Garr*, aunque es cierto que no encendí las luces del sótano. Apenas salí de mi aposento, reinó el más profundo silencio en la casa. Seguidamente retorné arriba, pensando que me había equivocado.

—¿No creyó deber suyo prevenir a los demás inquilinos, a *Mrs. Dacres*, por ejemplo?

—No... creí que... que estaba convenientemente protegida... Las sillas debajo de las manijas de las puertas son excelentes...

—¿Y cómo sabe usted ese pormenor de las sillas debajo de las manijas?

—Creo que olvidé mencionar que cuando estaba abajo, en los sótanos, regresaron *Mrs. Dacres* y *Mr. Kistler* a la casa. Les oí despedirse en el vestíbulo y a ella informarle que todo estaba... ¡ejem!... *okay* fue la expresión empleada, *Mr. Strom*... Luego oí que *Mrs. Dacres* echaba llave a las puertas y que arrastraba algunas sillas hasta encajarlas debajo del picaporte de las mismas. Ella no ocultaba sus acciones para nada, por cierto —el anciano sonrió, dulcemente—. ¡Cosa normal en los jóvenes! Como es natural, no quería que me sorprendieran allí y aguardé algunos minutos antes de regresar a mi dormitorio.

El teniente *Strom* volvía los ojos de *Grant* a *Hodge* y de *Hodge* a *Grant*, y de éste a mí y vuelta a lo de antes, cual si buscara formar juicio cabal de aquella sorprendente declaración.

—¡Hum!... ¡Todo eso me suena hartito vidrioso, amigo mío! —gruñó al fin—. Conviene que se vaya preparando a explicarnos los hechos con más detenimiento, *Grant*, o de lo contrario... De modo, pues, que usted vagaba por la casa a las tres de la madrugada, ¿verdad?... ¡Hum!... ¡A esa hora volvieron estos dos! —se volvió después a *Buffingham*—. Eso no parece concordar con sus afirmaciones referentes a que usted llegaba en ese momento.

—Sólo afirmé lo que me parecía más probable —respondió, meditabundo, *Mr. Buffingham*—. Es posible que haya leído un rato más. O quizá me quedé despierto, otra media hora... Francamente, no podría asegurarlo. ¡No sé, no sé!

—Ninguno sabe nada en este caso —rezongó el policía—. Grant, usted no bajó al sótano porque percibió esos ruidos. ¡Usted fue el causante de esos rumores! *¡Grant, era usted quien barría las escaleras del sótano!*

Sus palabras, empero, no parecieron surtir el efecto deseado en el ánimo del anciano. El policía amenazó, gritó, vociferó, acusó una y otra vez hasta enronquecer, hasta rompernos los oídos; todo en vano; *Mr. Grant* se mantenía firmemente en sus trece; *Mr. Grant* palideció, enrojeció, se encogió aún más, tembló como una hoja, pero no cedió un ápice en su firmeza de roca.

Y fue el teniente quien cedió primero.

—¡Al demonio! —barbotó, finalmente—. ¡Ya estoy requeteharto de todo este misterio! ¡Ya pueden todos ustedes dejarse asesinar cien mil veces que a mí se me importaría un pepino! Vuelvo a casa a acostarme.

Salió a escape de la habitación, gruñó algo al detective de servicio en el vestíbulo, y cerró la puerta de calle dando tremendo golpazo. Los cuatro que quedáramos en mi salita nos miramos, desconcertados, unos a otros. Creo que todos estábamos inundados de emoción. Por mí, sé decirles que compadecía profundamente al ancianito y abatido *Mr. Grant*.

Y así se lo dije. Y ahora me alegro de habérselo dicho:

—No creo que haya sido usted quien me atacó, *Mr. Grant*. ¡No lo creería jamás!

—Pues tiene usted razón, muchacha —musitó, blandamente.

—¡Al diablo la policía! —masculló *Mr. Buffingham*—. Me voy a la cama.

Salió cansadamente de la habitación y subió las escaleras con desesperante lentitud.

Mr. Grant y *Mr. Hodge* se levantaron también.

—No me atrevo a decirles, hipócritamente: «¿Se van tan pronto, amigos míos?» —murmuré, pugnando por hablar con ligereza—. No ignoro que ustedes se sienten horriblemente cansados... al igual que yo...

Automáticamente me agaché a recoger una hoja de papel caída en el piso.

—Espero que pasen ustedes una buena noche y... ¡oh!... ¡Mira, Hodge!... ¡Este es el papel escrito por *Mr. Waller*... la copia de la carta póstuma de Rose Liberry!... El teniente Strom debe haberla dejado caer, descuidadamente.

Hodge se inclinó por sobre mi hombro para leer la conmovedora epístola de la muchacha suicida. *Mr. Grant* pareció interesarse también en ella; cuando levanté la vista, el anciano, de pie a mi lado, leía con extraña, con enigmática curiosidad y avidez infinitas...

De súbito, sin articular palabra, sin exteriorizar señal alguna de lo que pasaba dentro de él, *Mr. Grant* giró sobre sí mismo, desplomándose al suelo.

—¡Se ha desvanecido! —gritó Hodge—. Hazte a un lado y permíteme llevarlo a la cama.

El pobre anciano parecía misteriosamente leve, casi incorpóreo, cuando lo depositamos sobre el lecho. Jones, el detective de guardia en el vestíbulo, acudió a nuestras voces. Los tres juntos nos afanamos sin tregua por hacer reaccionar al anciano.

Pronto recobró los perdidos sentidos, pero se quedó quieto en la cama largo tiempo; sus mejillas y sus ojos estaban más sumidos que nunca, pero las pupilas brillaban con fuego extraño, devorador.

—¡Tantas... tantas preguntas! —balbució.

—¡Ya sabía yo que el teniente Strom se portó con demasiado dureza con usted, *Mr. Grant*! —proferí, indignada—. Quédese aquí descansando un rato hasta que se recobre por completo.

El detective rondaba cerca de las ventanas, vigilante. El anciano se agitó y una sonrisa dulce apareció en sus labios.

—¿Qué estaba mirando antes?... ¡Ah, sí!... ¡Ese papel!... ¿De dónde procede, *Mrs. Dacres*? —preguntó, quedamente.

—Se trata de unos pormenores descubiertos esta mañana por la policía. No creo que usted lo recuerde, *Mr. Grant*, pero años atrás

hubo un resonante escándalo en Gilling City. Una muchacha llamada Rose Liberry se suicidó y como la misiva que dejó tras de sí era demasiado peligrosa para alguien, fue traidoramente destruida. Sin embargo, el hombre que la leyó entonces la recuerda ahora con claridad meridiana. Y ésa era la copia de la carta de la muchacha suicida.

Ante mi sorpresa, el anciano asintió, borrosamente:

—Sí, recuerdo el *caso Liberry*... ¡Un gran escándalo!... Sí, lo recuerdo perfectamente bien... Yo... yo conocía a la familia... ¡Pero la policía no encontró ninguna carta al lado de la muchacha muerta!...

Vacilé, pero le vi tan interesado, tan esperanzado —¿de qué?— que me sentí conmovida profundamente. ¿Por qué no decírselo? *Mr.* Grant era uno de los pocos que recordaban aquel resonante escándalo. Y era amigo de la familia de la desventurada Rose Liberry. Con todo, no deseaba complicar a *Mr.* Waller ante los ojos de aquel anciano y me limité a decirle:

—Descubrimos al policía que fue el primer representante de la autoridad en hacer acto de presencia en el lugar del suicidio. Demostramos que *Mrs.* Garr le había pagado cierta suma de dinero en aquel tiempo, y el teniente Strom le obligó a confesar que había encontrado una carta postrera al lado del cadáver de la muchacha suicida y que dicho dinero le era abonado por *Mrs.* Garr por haber destruido la nota incriminatoria...

—¿Destruida? Pero ¿y esa misiva?...

—Aquel hombre... ese policía la recordaba al pie de la letra. ¡No podía olvidarla jamás!... Según nos declaró, desde aquel momento los remordimientos le habían roído el alma... Y la transcribió en ese papel para que la leyera el teniente Strom... tal cual era el original de Rose Liberry...

Pocos minutos después estaba en pie de nuevo. Hodge y el detective se le aproximaron para ayudarle a subir las escaleras. Cuando estuvo de pie, el pobre viejo se volvió en redondo hacia mí, con gesto ausente, cual si sus pensamientos volaran lejos, muy lejos de allí:

—¡Muy interesante, señora! Recuerdo, sí, aquel caso famoso... Los padres de la muchacha... los recuerdo ahora con claridad... ¡Rudo golpe fue para ellos la pérdida de su Rose!... Su muerte y... y las circunstancias de la muerte... Pero eso cambia todo de medio a medio... La carta de la suicida... ¿no se opone usted a que la lea otra vez? Desde luego, pienso devolvérsela mañana por la mañana al teniente Strom. ¡Es... es tan interesante!

Vacilé una vez más. El policía podría enfurecerse conmigo si accedía a los deseos del anciano, pero si la copia se perdía, *Mr. Waller* podría escribir otra en cualquier momento. Clavé mis ojos en el desvaído rostro de *Mr. Grant*. En esos momentos un leve tinte rosáceo iba apareciendo en su cara, en cierto modo parecía una criatura, perdida, patética, acongojada, pidiendo humildemente un favor... un modesto favor...

—No veo por qué no podría prestársela, *Mr. Grant* —respondí, tendiéndole la hoja de papel.

Aquella noche la pasé desvelada, insomne.

Me resultaba difícil concretar mi desasosiego a un solo punto.

Mr. Waller no regresó a la pensión. Inferí de ello que la policía continuaba reteniéndole. Si él no era el merodeador nocturno de mis noches de terror, allí estaba el detective del vestíbulo resguardándonos de todo peligro.

Al final, logré circunscribir mi desazón insomne en *Mr. Grant*. No lograba explicarme con claridad su extraña actitud. Su vocecilla cascada me susurraba algo en los oídos mientras luchaba vanamente por conciliar el deseado sueño. E imaginaba al anciano veinte años más joven... amigo de *Mr. John G. Liberry*... Conocido de *Miss Rachel Staines*, tía de la desventurada víctima de la codicia de la maldita arpía Garr... A no dudarlo que eran amigos íntimos. La primera diligencia que haría a la mañana sería apremiar al teniente Strom a que encontrara a los amigos y parientes de Rose Liberry, supuesto

que la policía ya no hubiera iniciado los pasos de práctica. Tanto los unos como los otros tenían que enterarse de la verdad...

El padre y la madre de la jovencita mártir. Vivirían quizá fuera de la ciudad. Pero la tía residiría, a buen seguro, todavía en Gilling City. Sí, consultaría la guía telefónica. El sueño terminó por dominarme, pero toda la noche sufrí agitadas pesadillas en que los desventurados padres de Rose Liberry clamaban en mis oídos: «¡Apresúrate! ¡Apresúrate! ¡Apresúrate!».

Cuando desperté era de mañana, temprano y radiante; sin embargo, aún me sentía terriblemente fatigada. Me arrastré penosamente fuera del lecho y preparé, bostezando, mi desayuno. Después de comer vagué por el vestíbulo. *Mr. Grant* rondaba siempre por mis pensamientos. Jones estaba siempre allí, somnoliento y malhumorado.

—¡Buenos días! ¿Sin novedades? ¿Ningún crimen?

—No.

—¿Vio esta mañana a *Mr. Grant*?

—Todavía no descendió al vestíbulo.

—¡Pobre hombre! —murmuré—. Probablemente estará fatigadísimo. Voy a prepararle café.

—¡*Okay*, hermanita! Ya puede usted traerme una taza, si no es molestia.

De modo, pues, que hice café, llevé un pocillo al agradecido detective, y luego otro a los altos. El vestíbulo estaba a oscuras y sumido en pesado silencio, y la puerta de *Mr. Grant* cedió un poco cuando golpeé con los nudillos. El anciano la había dejado sin llave la noche pasada. Probablemente temió sentirse malo durante la noche y necesitar ayuda ajena... ¡era tan anciano!... Seguramente no se molestaría si entraba a ver cómo se sentía. Abrí la hoja en silencio...

El viejo dormía en el lecho con el rostro vuelto a la ventana abierta. La luz del día daba de pleno sobre su semblante vencido por el sueño; parecía sereno, tranquilo, inmensamente tranquilo, como si en él se hubiera esfumado todo el cansancio de la noche anterior...

Levanté la vista. ¡La luz eléctrica del cielo raso estaba aún encendida!

Y creo que en ese momento lo comprendí todo. Suavemente, deposité el pocillo sobre el mármol de la cómoda. Y luego toqué con suavidad y cuidado infinitos el descarnado brazo del viejo. Frío. Frío como el hielo. ¡Muerto!... Y busqué lo que adiviné tenía que buscar.

Sobre la mesilla de luz al lado del lecho vi dos trozos de papel, uno colocado con cuidado sobre el otro. El de arriba me era ya familiar. ¡La misiva de la muchacha suicida!

Y el otro... ¡otra carta postrera de suicida!

Yo soy John Grant Liberry. Esta noche me siento muy feliz; no puedo esperar más para reunirme con ella.

CAPITULO 23

Descendí silenciosamente las escaleras para enterar de todo al detective. El hombre lanzó una exclamación de sobresalto, corrió arriba y a poco bajó a paso de carga. Por mi parte, me eché en un sofá a llorar. Jones llamó por teléfono a Strom y se paseó de un lado al otro, ansiosamente:

—¡Demontres! ¿Qué dirá el jefe? ¡Conmigo aquí! —murmuraba como un eterno estribillo.

El teniente Strom apareció en casa con su habitual prontitud, llevando a remolque a los casi infaltables Van y Bill.

—¡Me alegro tanto que leyera aquella carta! —sollocé.

—¿Qué carta? —inquirió, atónito.

—La que usted dejó caer ayer... la misiva de la muchacha suicida... Rose Liberry!... Él... ¡Él era su padre!

—¡Demonios coronados! —balbució el policía—. ¡Sígueme, Jones!

Ambos detectives subieron estrepitosamente a los altos. A los pocos minutos fui interrumpida de continuo por nuevos visitantes. Policías, hombres del juez de instrucción. Entraban con aires autoritarios, preguntaban: «¿Dónde está?» y luego subían las escaleras de prisa. *Mrs.* Waller bajó a poco; su rostro estaba moteado de rojo y sus ojos traicionaban ansiedad y terror.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó roncamente.

—¡Es por *Mr.* Grant!... Murió... se quitó la vida... y dejó una carta...

Aún no había discurrido acerca de las complicaciones que acarrearía aquel lamentable suceso. Luego ellas cruzaron de pronto por mi mente al observar la expresión de alocada esperanza aparecida en el rostro de la mujer. Comprendí inmediatamente el significado cabal de sus palabras, cuando prorrumpió, estridentemente:

—¿Confesó... confesó todo?

—¡Oh, no, no!... Su suicidio no significa que él sea culpable del asesinato de *Mrs. Garr*. Se trata de algo enteramente diferente. Fue por... por...

La comprensión del grado de vinculación de los Wallers con la muerte trágica del infeliz anciano pasó como un rayo por mi mente. ¡Aquellos dieciocho años de crudísima agonía le habían llevado a tomar tan dramática resolución! Volví mis ojos lejos cuando contesté:

—El teniente Strom estuvo aquí anoche y dejó caer, inadvertidamente, la copia de la carta póstuma de Rose Liberry, la misma escrita por su esposo. Y *Mr. Grant* la vio... —hice una larga pausa—. *Mr. Grant* vio esa misiva después de la partida del teniente... y se desvaneció... Su nombre no... no era Grant... ¡Se llamaba John Grant Liberry... y era el padre de Rose Liberry!

Mrs. Waller contuvo su aliento tan largamente que me estremecí de horror cuando miré su semblante. Casi al punto la mujer estalló en un llanto convulsivo, horrible. No era una mujer de imaginación fértil y creo que ésa fue la primera vez que comprendió realmente el significado de aquella misiva fatal para los desventurados padres de la pobre muchacha suicida.

No tendría que haber sido compasiva con ella, pero es menester hacer todo cuanto se pueda por un semejante en desgracia. Recalenté un poco de café y la mujer bebió el humeante líquido entre sollozos convulsivos.

El teniente llamó con los nudillos a mi puerta; entró solo en la pieza; parecía exaltado y triunfal:

—¡Vaya un final de tragedia griega, *Mrs.* Dacres! —prorrumpió—. ¡Esto sí que supera a cuanto vi u oí en todos los días de mi vida!

Repetí una de las palabras pronunciadas por él con asombro sin límites:

—¿*Final*? ¿Qué quiere usted decir con *final*?

—Bueno, ¿no le parece a usted que todos los interrogantes quedan ahora contestados, nena?

Me quedé mirándolo de hito en hito, boquiabierta. El policía se me echó a reír en las barbas.

—¡No me diga usted que su supercolossalmente no ha caído en ello! ¡John Grant Liberry! ¡Demontres, vaya un melodrama! El padre de la muchacha suicida aguarda hasta que la mujer que provocara la caída de su hija salga de la cárcel. No creyó jamás en un consentimiento voluntario de Rose. Conoce a su hija. Y considera a *Mrs.* Garr su auténtica asesina. De suerte, pues, que cuando esa maldita mujer sale del presidio se llega hasta aquí para buscarla. Cambia su nombre y rompe todo vínculo con el pasado. Alquila un cuarto a la *matadora* de su Rose. Es perfectamente posible que Liberry anduviera obsesionado en apoderarse de la misiva de su hija; rebusca en la casa en procura de dicha carta, o bien de alguna pista que le demuestre la culpabilidad de la vieja arpía. Sabe que cuenta con tiempo de sobra. Tal vez descubra algo o tal vez no. Por mi parte, creo que no halló nada. Pero la Garr retorna a la casa con demasiada anticipación de su supuesto viaje a Chicago y sorprende al viejo en la cocina del sótano, sobreviene entonces una lucha o altercado cualquiera y la mujer cae al suelo. ¡Todo calza cabalmente en el cuadro! ¡Caramba! ¡*Si él llegó hasta a confesar que la vio la noche del crimen!* Él dejó escapar esa confesión clarísima y luego trató de enmendar su error pretendiendo haberla visto desde la ventana. ¿Y quién si no él puso el grito en el cielo por la prolongada desaparición de la vieja arpía? ¡Pues el propio *Mr.* Grant, padre de la muchacha suicida!

El policía calló, insoportablemente vanaglorioso y satisfecho consigo mismo.

—Pero ¿y los ataques contra mí? —objeté—. ¿Cree usted que él también es culpable de ellos?

—¡Seguramente! ¿Por qué no? ¿Acaso no admitió haberla oído encajar las sillas debajo de las manijas de las puertas? Piense usted en eso. Nuestro amigo estaba acechando en la cocina, escuchando con toda su alma. ¡Oh, sí, el tipo sabía que yo le tenía en las manos! Bueno, ahorró a la ciudad los gastos del juicio.

Miré de hito en hito su rostro de fatuo. Si el policía se sentía tan seguro de la culpabilidad de *Mr. Grant*...

—¿Cómo se...?

—Con polvos contra el insomnio. Una manera calma y tranquila, indolora. ¡No le recrimino nada! No le recrimino por lo que hiciera, salvo su comportamiento con usted. ¡El padre de la muchacha suicida! ¡Vaya una historia!

Desvié mis ojos de aquel rostro radiantemente satisfecho al de *Mrs. Waller*; una expresión de esperanza alboreaba en ella. Formulé la pregunta que la otra mujer no se atrevía a hacer.

—Supongo que ahora *Mr. Waller* quedará en libertad, ¿verdad?

—¡Desde luego! Claro que sí... —hizo una pausa, ensimismado—. ¡Demontres! ¡Aquella fue una jugarreta la mar de sucia, pero no veo qué podría hacer después de transcurridos tantos años! *Mrs. Garr* ha muerto también y... según mi entender, el asunto puede considerarse definitivamente terminado.

—Si permite usted que los diarios armen escándalo en torno a este suceso, no le volveré a mirar jamás, teniente Strom. ¡Pobre *Mr. Grant*! —suspiré.

Después de eso, los modales del policía se tornaron más reservados.

Salió al vestíbulo en donde cinco o seis hombres se agitaban de un lado al otro. A la postre resultaron periodistas. Strom les habló largo tiempo. *Mrs. Waller* se escurrió entre ellos con el delantal sobre la cabeza. Los intrusos llamaron asimismo a mis puertas para formularme preguntas, pero desplegué infinito cuidado en lo que les respondía. *Mrs. Halloran* arribó al promediar la mañana; la mujer se

encargó de contestar a todas las preguntas que se le hicieron, cosa que me pareció de perlas, pues no sabía palabra de lo ocurrido en la casa desde el miércoles.

Aprovechando uno de los escasos momentos en que el vestíbulo estaba desierto llamé por teléfono a Hodge Kistler, en la *Guía del Comprador*, para enterarle de lo ocurrido. El muchacho se quedó también atónito. Desde luego, no ante el suicidio de *Mr. Grant*, cosa que nos pareció perfectamente lógica dadas las circunstancias, sino por el hecho de que fuera el matador de la vieja arpía.

—No lo entiendo muy bien —murmuró luego—, pero creo que nunca se puede estar seguro de nada.

—Por mí, sé decirte que hubiera matado sin compasión a *Mrs. Garr* si aquella muchachita hubiera sido mi hija.

—Lo mismo digo yo, querida.

—Ahora me siento furiosa contra el teniente Strom. Ese hombre es un loco por la publicidad. ¿No piensas tú que el pobre hombre tuvo bastantes pesares y dolores en su existencia sin cargar todavía con esa acusación de asesinato después de su muerte?

Hodge concordó conmigo en ello; sin embargo, entró como un alud en mi habitación al mediodía, portador de un ejemplar del *Cometa* extra, adquirido en el centro.

—¡Lee esto y avergüénzate luego de tus palabras contra Strom!

Y así lo hice. El teniente Strom se había mostrado todo un caballero. Y fue entonces cuando me alegré de mi discreción al contestar las preguntas de los periodistas.

SE ACLARA UN VIEJO MISTERIO CON LA MUERTE DE
JOHN LIBERRY.

LA POLICÍA DESCUBRE LA CARTA DE LA FAMOSA
SUICIDA ROSE LIBERRY.

«Dos décadas atrás la tragedia de Rose Liberry conmovió a Gilling City y a todo el país; hoy sus últimos ecos resonaron en

un cuartito de la casa del número 593 de la calle Trent, en donde yacía John Grant Liberry, muerto por su propia mano, dichoso al fin luego de su doloroso calvario.

»Anteayer, la policía, en prosecución de una feliz pista, consistente en un pagaré por dos mil dólares encontrado en los bienes de la finada Harriet Luella Garr, arrancó la confesión a su poseedor de que el dinero en cuestión le había sido prometido como pago para ocultar el hallazgo de la carta de la muchacha suicida, dejada por ésta en el lecho.

UNA TRAGEDIA DE VEINTE AÑOS.

«La desventurada Rosa Liberry, que en esa época sólo contaba 16 años de edad, abandonó la casa de su tía, *Miss Rachel Staines*, residente entonces en la avenida Cleveland 1128, la tarde del 23 de mayo de 1919 y no volvió a ser vista viva por ninguno de sus parientes o amigos.

»Los padres de la jovencita, *Mr. y Mrs. John G. Liberry*, de Cincinnati, llevaron las investigaciones hasta el último grado posible, pero vieron dificultados grandemente sus esfuerzos por la venalidad del famoso régimen político de Hartigan. La tragedia salió a la luz del mundo cuando el cadáver de una muchacha suicida en una casa infamante de la calle de Saint-Simon, regentada por Harriet Luella Garr, fue identificada como Rose Liberry.

»Se realizaron todos los esfuerzos posibles para demostrar que la desdichada adolescente había sido llevada y retenida en aquel antro de vicio por la fuerza; con todo, no se descubrieron pruebas fidedignas en contra de las declaraciones de *Mrs. Garr* de que la muchacha se alojaba en aquel lupanar por su propia y libre voluntad. No fue posible hallar ninguna carta de la muchacha suicida ni pruebas al efecto. El caso provocó resonante *barrida* política por parte de *Mr. David L. Lamson*,

entonces gobernador del estado, que derivó y se concretó en nuestra actual organización política depurada.

LAS INVESTIGACIONES DEL TENIENTE STROM

«El descubrimiento de la carta de la muchacha suicida se debe por entero a las excelentes investigaciones realizadas por el teniente de policía Peter Strom, a cargo de la jefatura de la *Sección Homicidios*, de Gilling City.

»Al indagar la muerte de *Mrs. Garr*, hecho producido, como se recordará, el 28 de mayo del corriente año —fallecimiento atribuido por el jurado a causas naturales— el teniente Strom descubrió que uno de los inquilinos de la pensión de *Mrs. Garr* no abonaba alquiler desde hacía muchos años atrás. Apremiado, dicho inquilino entregó a la policía un pagaré firmado por *Mrs. Garr* y fechado el 8 de julio de 1919, día en que fuera encontrado el cadáver de Rose Liberry. El teniente Strom, llamándole la atención la fecha aludida, ordenó realizar investigaciones al efecto, tanto en los archivos judiciales y policiales como en los del *Cometa*.

UNA FOTOGRAFÍA DEL COMETA DA LA PISTA

«Uno de los pesquisas advirtió cierta similitud entre el inquilino en cuestión y la fotografía del patrullero que fuera llamado al lugar del suicidio de Rose Liberry. Provistos de tales informaciones, Strom confrontó al inquilino con el hecho incontrovertible de que la única cosa por la cual *Mrs. Garr* habría abonado los dos mil dólares en cuestión al patrullero sería la destrucción de la carta de la suicida».

EL DESTRUCTOR DE LA MISIVA CONFIESA TODO

«El acusado terminó por confesar de plano. De conformidad con sus propias declaraciones, dicha esquila rezaba del modo siguiente:

»Papá y mamá: he tratado una y otra vez de escapar de aquí. Pero no puedo, la casa está cerrada con llave. Las cosas que me obligan a hacer aquí son horribles, horribles. ¡Oh, papá y mamá, perdónenme! Mucho les quiero y bien sé que me querrán mucho más cuando su Rose esté muerta.

»La trascendental importancia de esta carta salta a la vista. Demuestra, fuera de toda duda, que la muchacha fue una víctima y que sufrió horrible calvario en la casa de la Garr. Con ella, los abogados de Liberry habrían conseguido, incuestionablemente, una pena mucho más pesada que los cinco años de prisión a que fuera condenada la miserable celestina.

»Según se evidenció ahora, después de la muerte de la madre y de la tía de la joven suicida, precipitada por la tragedia familiar, el padre de Rose, John Grant Liberry, no abandonó su lucha por esclarecer el buen nombre de la muerta. Presentándose como John Grant, siguió los movimientos de la Garr después de su liberación en Waterford, hasta hallarla regentando una respetable pensión familiar. Alterado su aspecto exterior por sus hondos sufrimientos, el hombre, evidentemente, no fue reconocido por la Garr. Alquiló cuartos en la pensión de ésta, y allí siguió, con tenacidad, su angustiosa búsqueda, esperando hallar alguna pista referente a la muerte de su hija.

EL PADRE VE LA CARTA FATAL.

«El teniente Strom dejó caer accidentalmente una copia de la misiva de Rose Liberry, transcrita por el antiguo patrullero, en el suelo. Leída por *Mr.* Liberry, éste se desplomó desvanecido.

»Aproximadamente a las nueve de esta mañana una mujer joven, pensionista de la casa de la calle Trent número 593, llamó a la puerta de la habitación de *Mr.* Grant. La hoja se abrió sola. La

luz del cielo raso estaba aún encendida. *Mr. Liberry*, hasta para los ojos inexpertos de la mujer en cuestión, yacía muerto sobre el lecho. Llamado inmediatamente Strom, encontró una carta postrera, las últimas palabras de una vieja tragedia que figura entre las más sensacionales producidas en Gilling City. Esta era la carta:

«Yo soy John Grant Liberry. Esta noche me siento muy feliz; no puedo esperar más para reunirme con ella».

En la mitad de la primera plana figuraban antiguas fotografías: John Grant Liberry, y el gobernador de la época; *Miss Rachel Staines*, ya fallecida, precipitada su muerte por la honda tragedia familiar. *Mrs. John G. Liberry*, rechoncha y morena. Una frase interrumpida de Grant Liberry resonó, sordamente, en mis oídos... «... las muchachas cuyas madres murieron llorando a gritos...».

—Mucho me alegro que *Mr. Grant* muriera —murmuré, sonándome la nariz.

—¡Chica, chica! ¡Qué historia!

—¡Eres odioso! Poco te preocupa de que ocurran cosas horribles, basta que sean buenas para alguna crónica sensacionalista.

—¿Es eso leal, después que juré no publicar nada? ¡Demontres! ¡Yo y dos torpes mecánicos estamos trabajando duro y parejo en la rotativa! ¡Hasta luego!

Y salió a escape.

Los funerales de *Mr. Grant* se efectuaron el lunes. El martes, *Mrs. Halloran* llamó a la puerta para anunciarme que me llamaban por teléfono.

La voz del otro lado del cable me hizo asir con fuerza del receptor, presa de asombro. Daba por seguro no oírla jamás.

—¡Hola! ¿Leyó los diarios? —el tono era pomposamente genial.

—Sí, los leí, y creo que es usted todo un caballero.

—¿De veras? ¿Cómo se siente no ser más un sospechoso?

—¡Es verdad! Ya no lo soy más, ¿no? Casi me siento perdida...

—Siempre pago mis deudas, amiga mía. ¿Gustaría una hermosa ex pesquisa cenar en el mejor restaurante de la ciudad esta misma noche?

—¿Una hermosa ex pesquisa... y quién más?

—Un servidor.

—¿Pretende usted que cene con un hombre casado? ¡Vamos, teniente Strom!

—¿Qué le hace pensar que soy casado?

—Su aspecto... ¡Usted parece casado!

El policía juró con desbordante fluidez.

—Si sigue maldiciendo así, la compañía le retirará el aparato.

—¡Ahora comprendo lo que mantiene a Hodge Kistler en su sitio!
—masculó—. Sé bien que no es su carita. Bueno, iré a buscarla a las siete en punto.

No me importa ser insultada bajo tales condiciones. Me puse mi mejor bata y me pasé toda la tarde acicalándome. El teniente Strom llegó puntual al filo de las siete; llegó bien relamido y mejor planchado; me llevó a cenar al *Athletic Club*, al cual, sólo ingresaban, según me explicó él con gentileza, las gentes más principales de la ciudad; seguidamente, me invitó a ir al *Orchid Club*, del *Plaza*. Nunca había concurrido antes a esos dos lugares privilegiados, lo cual demuestra la riqueza impar de mis admiradores. La noche pasó divertida, pero lo más divertido de todo fueron mis peleas con el teniente.

Debatimos todos y cada uno de los detalles del caso, del principio al fin; ante la solución de policía, que cargaba al pobre Grant con el fardo del crimen, entablamos una encarnizada batalla que se prolongó hasta entrada el alba.

Strom entretejía su caso con mano maestra; y tan maestra que, en rigor, me declaré vencida. Comenzó ilustrando su lógica con otros casos de su carrera; ya para ese momento me sentía tan por la contraria que puse en tela de juicio la forma en que investigara estos

últimos. Cuanto más hablaba y bebía, el teniente se volvía más furioso; bailábamos cuando, de súbito, Strom me apartó de sí con un empujón a fin de barbotarme en la cara un nuevo argumento que se le había ocurrido. ¡Oh, fue una noche maravillosa!

Cuando penetramos en el vestíbulo de casa, encontramos a Hodge recostado, dormido, en el sillón de cuero negro. Despertó sobresaltado:

—¿Dónde demonstres estuviste, mujer? —masculló, malhumorado—. Si *Miss Sands* no me hubiera jurado por todos los santos del cielo que saliste con el teniente Strom y aún no habías regresado, juro que habría forzado a puntapiés la cerradura de tu puerta.

—Sí, salí con el teniente Strom —respondí, desafiante— para celebrar la triunfal conclusión del caso.

Hodge extrajo, lentamente, el reloj del bolsillo:

—¡Las cuatro y media, nena! ¿Son éstas las horas de regresar a casita, con una muerte en ella hace menos de dos días?

—No es necesario que custodie usted más a la chica, amigo mío —terció protectoramente, el policía—. Ahora está a salvo como si se encontrara encerrada en una caja fuerte del Banco de la Nación.

—Sí... *¡eso es lo que usted cree, compañero!* —masculló, seco, Hodge.

CAPITULO 24

Y fue después de esa noche que Hodge empezó a proceder diferentemente conmigo. Ya no me volvió a pedir que saliera con él. A menudo le sorprendía meditando en algo que no quería explicarme. Cuando el teniente me pidió que saliera con él de paseo, accedí. Y Hodge no dijo esta boca es mía...

Mrs. Halloran trasladó a la casa algunos de sus efectos en el curso de la semana siguiente a la muerte de *Mr.* Grant. La mujer merodeaba por la casa durante todo el día, pero no permanecía en ella de noche. Y ninguno de la familia se mudó a la pensión.

—¿No piensa usted mudarse aquí? —pregunté cierta vez.

Ella me miró con gesto de ave de mal agüero:

—¿No oyó usted decir que la muerte viene en rachas de a tres? —inquirió en tono sepulcral—. ¡Dos muertes! No me mudaré a la casa hasta que se muera alguno de los demás.

¡Lindo no más!

Los Tewmans no regresaron jamás. Pero los restantes inquilinos no iniciaron el éxodo fatal previsto por una servidora; sólo *Miss* Sands me anunció su partida de la casa donde tanto sufriera.

—*Mrs.* Halloran exige que siga pagándole cinco dólares por ese cuartucho infecto... ¡imagínese usted! —la muchacha hizo una pausa y enrojeció—. Ha sido usted muy buena en no decirle nada... ¡Ya me veo a esos Halloran jugándome la misma partida que la vieja bruja!

—No lo dudo —respondí, suavemente—. Nada tema usted.

Hodge, cuando se lo pregunté, se limitó a encogerse de hombros:

—¿Y para qué? —contestó—. Siempre me agradaron más de la cuenta las aventuras misteriosas, preciosa. Este caserón posee unos encantos como nunca hubiera esperado encontrar en él. ¡Además, piensa en la distinción de los demás inquilinos!

Mr. Buffingham mantuvo un formidable altercado con *Mrs.* Halloran justo frente a mi puerta; ganó la batalla, quedándose con un alquiler semanal de tres dólares.

Lo más sorprendente de todo fue que los Wallers tampoco se mudaron. *Mrs.* Halloran me informó que le pagaban seis dólares por semana por sus habitaciones, sin rechistar. Por otra parte, la mujeruca no dijo palabra acerca de su insolente pedido de desalojo. Y no pensaba en mudarme de allí. Confieso ahora por qué no me mudaba, pero en aquel momento no lo hubiera hecho ni a cien mil tirones. Entonces cifraba mi determinación en *algo* que sentía cuando me acostaba por la noche en mi lecho.

¡La casa no descansaba, aún! ¡La casa seguía escuchando!

Me parecía eso la mar de ilógico. Si *Mr.* Grant, con su suicidio, había concluido definitivamente con todos los horrores de las semanas pasadas, cabía suponer que la maldita casa se aquietaría al fin.

Culpé de todo a mi exaltada imaginación mientras yacía, despierta, en mi cama, prestando oídos a los crujidos y chasquidos y chirridos de muebles y pisos y muros, presintiendo la traspasante mirada de ojos aviesos en la noche tenebrosa, percibiendo la tensión de múltiples oídos escuchando en las tinieblas. Cuando le hablé al teniente Strom sobre ese particular, en nuestra segunda cita, el policía tuvo un apoplético ataque de hilaridad. En cambio, Hodge Kistler se quedó muy callado y muy quieto.

Una semana después del fallecimiento trágico de *Mr.* Grant, vi su automóvil deslizándose de prisa calle arriba llevando en su interior a un pasajero extra. El pasajero extra era *Mr.* Waller.

No volví a pensar en ello, pero el domingo siguiente, no teniendo otra cosa que hacer, cociné pastelillos. Llevé un plato de los mismos a Hodge. Cuando abrí la puerta de su aposento, *Mr. Waller* estaba en la salita. Pensé que su presencia allí no podía ser menos rara. Y *Mr. Waller* no se marchó del cuarto. Dejé sobre la mesa los pastelillos y descendí a la planta baja.

¡Pobre *Mr. Grant*! Su muerte había sido semejante a un relámpago cegador, que ni bien se apagó, ya había sido olvidado. El teniente Strom me informó que el pobre viejo legó toda su fortuna a un orfelinato; conforme con lo que averiguara, no quedaban vivos miembros de la desventurada familia de los Liberry.

—En todo el mundo no existe, probablemente, salvo yo, usted y los Wallers, una sola persona para la cual el nombre de Rose Liberry signifique algo —le dije con tristeza, pensando en la fotografía de la hermosa muchacha.

Conversé al respecto con el teniente Strom otra noche de un viernes. ¡Es extraño la de cosas raras que ocurrían en la casa de la Garr los dichosos días viernes! Por segunda vez, Hodge Kistler me olvidó completamente en su día de asueto; de modo que, cuando el teniente me llamó telefónicamente para invitarme a ir al cinematógrafo y cenar juntos, acepté encantada.

Pero confieso que no desbordaba de felicidad. A las diez anuncié a mi acompañante mis deseos de tornar a casa. No me agradaba el nuevo vuelco de las cosas; el teniente Strom parecía cada vez más infatuado conmigo, y con franqueza, yo no me sentía particularmente ansiosa de conquistarlo. Aquella noche me sentía un tanto desasosegada con el policía, como si tratara de apartar de mí algún peligro.

Strom me acompañó hasta casa y se despidió de mí sin estrépito. Comprendí que el hombre reparaba en mi frialdad.

Recogí un libro para leer, pero mi mente no cesaba de saltar del teniente Strom a Hodge Kistler y a su irritante desafecto para conmigo. Oí llegar a *Mr. Buffingham*. Tras él vino Hodge. ¡Cosa

extraña, pensé, el acompañante de Hodge Kistler era *Mr. Waller*! Ya para entonces había aprendido a distinguir las pisadas.

Me sentía demasiado nerviosa para acostarme y conciliar el sueño. Deseaba tener baño particular para darme un buen remojón y calmar un tanto mis agitados nervios. A buen seguro que no había agua caliente; tendría que encender el calefón si quería un baño. Finalmente, descendí al sótano y encendí el calentador.

Vagué por mi habitación alrededor de media hora. Preparé el lecho y me metí en mi pijama. Cuando bajé a apagar el calentador, el agua caliente sólo llegaba a menos de la mitad del tanque. Aguardé allí otros cinco o diez minutos, a los efectos de que se calentara un poco más y luego eché a andar escaleras arriba, pisando los mismos escalones cerca de los cuales la siniestra *Mrs. Garr* acechara durante tantos años, los mismos peldaños por los cuales merodeara mi atacante nocturno, tres semanas atrás, mientras aguardaba a que me acostara y conciliara el sueño.

¡Viejas escaleras, peldaños desgastados, mostrando las vetas desgastadas de las maderas a través de las capas de desgastada pintura grisácea!

A pocos peldaños del tope de las escaleras me detuve en seco.

Algo *curioso* en la luz acababa de llamar mi atención. La lamparilla eléctrica del sótano pendía cerca del cielorraso, casi al mismo nivel del peldaño inmediatamente anterior a la cima de las escaleras.

¡En una hendidura de la parte posterior de dicho escalón, casi invisible, percibí el brillo opaco de un metal!

Me inclinó hacia adelante para mirar más de cerca. Mis pupilas percibieron de nuevo, vagamente, ese destello metálico, debilísimo, en el ángulo formado por el peldaño y el montante. Con los ojos de la imaginación vi a *Mrs. Garr* sentada abajo en su hamaca. Vigilando...

¿Qué?

Inútil cavilar qué metal era aquel. ¡Bien lo sabía!

Formaba parte de una bisagra...

Como si se moviera por su propia y libérrima voluntad, mi mano derecha se alzó y tendió adelante y asió el borde sobresaliente del peldaño contiguo al tope. Y levanté...

¡Fácil como cortar manteca! El escalón se levantó con la misma sencillez que si fuera la tapa de una olla. Fácilmente. Sin soltar un chirrido. Ni un crujido.

Dentro del escalón vi algunos trapos de limpieza. Enmohecidos. Polvorientos. Sucísimos.

Y diarios debajo de los mismos. Diarios limpios, lisos. Curvada sobre mi hallazgo, levanté el papel.

Dinero. Gruesos fajos de dinero. Billetes nuevos, sin doblar. Empecé a retirar el dinero; gruesos fajos de billetes flamantes, ligados mediante tiras de papel engomado; gruesos mazos de billetes en mis manos...

... ¡Y en ese instante las tinieblas del cuarto de arriba se partieron en mil pedazos... y parte de los mismos cayeron, ferozmente, sobre mi nuca!...

Unas *tinieblas humanas* se aplastaron sobre mí; humanas tinieblas contra las cuales era menester luchar para no perecer. Y luché. Con salvajismo, con ferocidad. Titánicamente. Y luché, porque no bien las garras fatales se enroscaron en torno a mi garganta, intuí que *allí estaba mi enemigo*... ¡Esas eran las mismas garras que atenazaron mi cuello... las mismas tinieblas rondando alrededor de mi lecho... la Muerte que persiguiéramos y no lográramos dar caza!

Me debatí con desesperación para izarme; durante unos instantes logré volver el rostro, pero sólo percibí las mismas sombras negrísimas en donde *tendría que haber visto una cara*. De nuevo luché con encarnizamiento para levantarme, mas las garras del cuello me forzaron a bajar la cabeza; pugué con furia loca por lanzar un grito de socorro, pero la mano en mi boca me estrujó con mayor furia aún los labios. Me esforcé rabiosamente por hacer ruido, estrépito, algo que atrajera la atención de Hodge Kistler. Me debatía por conservar el equilibrio; luchaba con mayor furia por no perderlo, pues sabía que en las tinieblas me acechaba una muerte segura

hacia la cual me empujaba, inexorablemente, aquella Sombra Humana...

Y perdí la lucha. Un minuto... dos minutos, no más lucha... Y luego caí, despedida, hacia atrás, de espaldas... ¡hacia la Muerte!

Sabía que la Muerte a la cual me aferraba caía junto a mí, pero yo estaba debajo de ella; la noche se resquebrajó en mil pedazos cuando mi cabeza golpeó contra los peldaños.

No sentí el resto de mi caída.

Cuando recuperé los sentidos, experimenté la misma sensación que si abrieran la tapa del ataúd de un enterrado en vida.

En aquel *cementerio* se desarrollaba una lucha salvaje. Hombres debatiéndose sobre mí. Gruñidos. Jadeos. Manotadas. Un aullido.

—¡Cuidado con Gwynne! —la voz de un hombre. Reconocible. ¡Hodge!

La riña rabiosa continuó desplegándose algo más lejos de mí. Volví la cabeza un dedo; un brazo estaba allí, extrañamente doblado debajo de mi cabeza y de mi hombro. ¿De quién podría ser? Una luz sobre mí. Vi que me hallaba al pie de las escaleras. La lucha indescriptible proseguía librándose junto al horno. Dirigí hacia allí la mirada. Tres combatientes. Tres hombres luchando como fieras. Golpeándose, trastabillando, acometiéndose de nuevo. Un rostro se proyectó adelante al recibir el impacto aplastante de un puño. Era Hodge. Con los cabellos sobre la cara. Ensangrentados. ¿Sería él la Muerte? Pero había vociferado: «¡Cuidado con Gwynne!». Luego... Recordé los fajos de dinero, depositados en aquel peldaño, como si fuera una caja fuerte. ¡Eso era! Los tres hombres combatían por el dinero. Aún cavilaba al respecto, cuando un hombre se desplomó pesadamente. Durante unos instantes, el grupo luchador se aquietó; luego dos de los hombres parados se inclinaron y manotearon sobre el caído...

Uno de ellos se volvió en redondo y saltó hacia mí:

—¡Vigílelo! —aulló. Era Hodge—. Voy a llevarla arriba. ¡Llame a un médico! ¡Llame a Strom! ¡No...!, llame primero al médico. ¡Pronto! ¡i por el cielo!!

El muchacho me izó de prisa y subió, rápido, las escaleras. Advertí, asimismo, que el brazo debajo de mí, *el brazo extra*, venía también conmigo. Luego debía ser mío, a buen seguro... Pero mi mente se circunscribía en el grupo extraño junto al horno... el grupo formado por un hombre agazapado, jadeante, sobre otro desplomado, inmóvil, de espaldas al piso, con la cabeza caída contra el horno.

Y vi algo más mientras mi pobre cabeza se bamboleaba, inerte, sobre el hombro de Kistler.

Dinero. Billetes de banco. Desperdigados por doquier sobre el piso del sótano.

El brazo no parecía dolerme mucho entonces. Pero cuando vino el médico y me lo tocó, experimenté un dolor agudísimo. Me sentí agradecida a mí misma cuando volví a desvanecerme. Reaccioné luego a intervalos breves, siempre en circunstancias la mar de raras e inexplicables. En una ocasión me vi en un lecho, desplazándome con rapidez. En otra observé que estaba en otra cama, avanzando también con vertiginosa velocidad. Otra más estaba en el lecho con una luz cegadora sobre mi cabeza; mis ojos fueron prestamente recubiertos con algo y el único aire que me permitieron inhalar hedía dulzonamente.

Cuando torné a recobrar los sentidos, las cosas circundantes continuaban siendo extrañas, pero explicables. Me encontraba en un hospital.

Tan vendada estaba que no podía moverme un ápice: sin embargo, aun cuando hubiera podido moverme, escasas eran mis ganas de sacarme ese capricho. Una vez traté de doblar el dedo meñique y el resultado me indicó la conveniencia de no repetir la experiencia.

La brillante luz matinal me reveló la presencia de una enfermera.

—¡Hola! —musité—. ¿Qué diablos me pasa?

—Tiene usted algunas fracturas —contestó la mujer—. Se cayó usted de las escaleras.

—¿Quién saltó sobre mí?

—¡Vamos, vamos! ¡Tranquilícese y duerma!

Y eso fue todo cuanto saqué en limpio de la enfermera.

Todo ese día me lo pasé durmiendo y formulando preguntas no contestadas. Interrogué a la enfermera, al médico, a una mujer que entró a barrer, a un practicante. Pregunté a Hodge Kistler, que se apareció por allí a cierta hora de la tarde.

—¿Lograste atraparlo?

—Sí, esta vez le echamos el guante. ¡Ya no volverán a asaltarte!

—¿Quién fue?

—¡Ea! ¡El médico no quiere que te excites!

—¿Cómo quieres que no me ponga excitada si ninguno me dice nada? ¿Recuperaste el dinero? Estaba guardado dentro del peldaño contiguo al tope. ¿Quién fue mi agresor?

—La paciente se está excitando. Es necesario que usted se retire enseguida, señor —expresó la enfermera y lo sacó volando—. Mañana —me dijo luego a mí—, mañana permitiremos que *Mr.* Kistler converse con usted quince minutos cabales.

Restregó mi lengua con un trapo empapado.

A la mañana siguiente me sentía suficientemente somnolienta como para conciliar ocasionalmente el sueño; sin embargo, no me dormí cuando el reloj marcaba las tres de la tarde.

Hodge entró apresuradamente al filo de las tres. Penetró en mi cuarto, sonriéndome con su sonrisa famosa de oreja a oreja; su rostro parecía impregnado de triunfo y de placer.

—Bueno, bueno, parece que estás destinada a vivir, nena —se inclinó, radiante, sobre mí—. Conviene que recibas siempre los golpes en tu cabeza; es allí donde parecen dañarte menos.

—No tengo tiempo para recibir insultos, señor mío —gruñí—. ¿*Quién era mi atacante?* ¡Mira que volveré a quebrarme en media docena de puntos si no sé pronto quién era ese diablo!

—¿Qué viste en ese escalón? ¿Sólo dinero?

—Sí.

—Entonces tú no sacaste ningún billete, ¿verdad?

—Sí, querido, sí; saqué dinero de allí. Levanté la tabla del peldaño y saqué fuera las alfombras y los diarios... ¡y allí estaba el dinero!... Y luego él me atacó... ¡bang!... Creo que también se inclinaba sobre los fajos de billetes.

—Sí, imaginaba que era algo por el estilo, nena. El tipo se inclinaba sobre ti, al pie de las escaleras, cuando llegué al sótano. Manifestó haberte oído caer; pero reparé en que apretaba dinero entre los dedos y cuando descubrí un antifaz negro en el bolsillo, le ataqué a puñetazo limpio.

—¡Eh, eh! ¿Quieres hacerme enloquecer?

—¿Yo? ¡Ni por pienso! Pero creo que mereces conocer el final del melodrama. En aquel escalón había algo más, preciosa... un eslabón del caso Liberry... Sí, allí se encontraba, oculto en ese escalón. ¡El último eslabón perdido del caso Liberry!

—¿No puedes decírmelo todo? ¿No podrías mostrármelo? —gimoteé.

—¡Bueno, bueno! Llegó el momento, el momento solemne. Pedí prestado este documento al teniente Strom, y probablemente me freiré en la silla eléctrica si llego a perderlo. Sin embargo, con las cosillas que tengo contra él... bueno, mejor no recordarlo. Este es un documento incriminador, Gwynne. Y el nombre al pie del mismo es el del matador de *Mrs. Garr*, que intentó, asimismo, estrangularte una vez y matarte dos. ¿Lista para recibir el impacto emocional?

—¡Sí, sí!

Con sus ojos, brillantes, fijos en mí, Hodge metió la mano en un bolsillo interior del saco, extrajo al punto una hoja de papel de carta, amarillento y muy antiguo, y lo desplegó. No tenía manos para ayudarme y el muchacho la sostuvo a un palmo de mis narices. El papel estaba manuscrito con desvaída tinta negra, y la escritura era irregular, nerviosa.

Confieso que fui yo quien, valiéndome de arterías, introdujo a Rose Liberry en la casa de Mrs. Garr. La joven entró en la droguería pidiéndome un refresco; como era hermosísima, le mezclé un filtro en la bebida, y cuando el mismo surtía efectos, le dije que la llevaría a un lugar donde podría reposar un rato. Igual hice con todas las muchachas que proporcioné a Mrs. Garr. Ella me pagó 25 pesos extra.

Eso era todo, excepción hecha de la firma; el nombre lo adiviné cuando comenzaba a leer la segunda línea:

RICHARD BUFFINGHAM.

CAPITULO 25

Confieso que desbordaba de *cómos, porqués y cuándos*. Hodge irradiaba tanto triunfo que dañaba los ojos mirarlo.

—¡Imagino la cantidad fabulosa de «¡Ya se lo había dicho!» que andarás diseminando a tu paso! —murmuré.

—¡Seguramente! ¿Y por qué no? No tan a menudo tengo tanta razón como en este caso.

—Cuéntamelo todo, Hodge.

—¿Sabes quién descubrió la segunda prueba invaluable del caso? ¡Pues *Mr. Waller*!

—¿Quieres decir que él sospechaba también de Buffingham?

—Después de darle vueltas al asunto, sí, nena. Luego del fallecimiento de *Mr. Grant*, *Mr. Waller* vino a entrevistarse conmigo en forma. Aseguró que, como ya no temía que la policía descubriera la verdad, se había puesto a pensar a fondo. Me preguntó quién creía yo que era el criminal, y le contesté que Buffingham. Y él me respondió: «¡Vaya, es curioso, pues también yo llegué a la misma conclusión!».

»Debatimos el asunto, y Waller decidió vigilar a Buffingham. Además de eso, se convino en que él merodearía por los alrededores de la *Droguería Elite*, donde trabajaba Buffingham, las noches en que nuestro sospechoso amigo tuviera asueto. No pasó mucho tiempo sin advertir que cierto número de individuos frecuentaban la droguería por la noche, y hacían una visita a la trastienda del comercio. No nos fue difícil deducir la verdad. Buffingham y el

propietario de la droguería eran “capitalistas” de una especie de “quinielas” en base a los números correspondientes a la entrada de ganado en pie del Mercado de Hacienda de Gilling City; los números figuraban en la edición vespertina del *Cometa*.

»Waller llegó, con el tiempo, a conocer a los clientes habituales: dependientes de zapatería, carpinteros, almaceneros, obreros. Nada logró sonsacarles hasta que cierta noche trabó estrecha relación con un parroquiano a quien veía con frecuencia. Cuando le preguntó acerca de su oficio o empleo, el hombre contestó: “Guardia de banco”.

»Nuestro amigo se ingenió para encauzar la conversación al hecho de que residía en la misma casa que Buffingham, en donde falleciera la anciana *Mrs. Garr*, a los efectos de estudiar su reacción. Y por primera vez en sus investigaciones, logró un éxito positivo. El guardia aludido expresó lo siguiente: “¿Así que la vieja murió, eh? ¿Quién recibió su dinero?”.

»Waller respondió: “¿Qué dinero? ¡No dejó mucha plata, amigo!”.

»Y el guardia de banco, dando una palmada sobre la mesa, lanzó una exclamación: “¿Cómo que no dejó mucho? Hombre, ojalá que tuviera yo lo que ella poseía. Nunca olvidaré aquel instante en que penetró en el banco, cuando Estados Unidos se apartaba del patrón oro, llevando consigo una bolsa negra y viejísima que mi tatarabuela se habría avergonzado de usar. La vieja depositó la bolsa en la ventanilla del cajero, la tomó por los fondos y luego desparramó oro sobre todo el mostrador. La cantidad de oro más grande entregada de una sola sentada por un particular. ‘Deme usted billetes nuevos por este oro, pidió. ¡Cuarenta mil dólares, contantes y sonantes, según manifestó el cajero! La vieja bruja metió tan tranquila aquellos fajos de billetes en su bolsa y salió del banco como si llevara cuarenta centavitos”.

«Creo que cedió mucho dinero a su sobrina, —respondió Waller —, amigo mío, ésa es una historia en sumo grado interesante. ¿Qué expresó Buffingham cuando se enteró de ello?».

«Contestó que ignoraba que la vieja bruja poseyera tanto dinero», replicó el guardia a nuestro amigo.

Hodge enmudeció unos instantes para permitirme «trasegar» aquellas importantísimas informaciones.

—¡Dios mío! —bisbisé—. ¡Y pensar que me creía detective!

—Sí, Waller tiene pasta de policía. A buen seguro que habría progresado grandemente en su carrera de no arruinarse por lo que hizo por *Mrs. Garr*.

—¡Adelante, adelante!

—Waller formuló otra pregunta más. ¿Quieres saber de qué trataba? Bueno, Waller dijo a su interlocutor como sigue: «¿Qué manifestaron los demás?». Y el otro: «¡Hombre! ¡No osaría contar semejante historia a esos tipos! Algunos de ellos no me parecen sujetos de confianza. A decir verdad —aquí el hombre se mostró nervioso— me arrepentí después de contarle lo ocurrido a Buffingham. Otro individuo escuchó también nuestra conversación; con todo, nada ocurrió y yo me quedé más tranquilo. Ese hombre falleció; pero eso me enseñó la lección de mirar dos veces a un tipo antes de charlar por demás en un tugurio como ése. Confieso que me puse bastante nervioso cuando lo sucedido apareció en los periódicos». «¿Qué es lo que ocurrió, amigo mío?, —preguntó Waller—. Pues que el otro individuo pereció asesinado —respondió el guardia bancario—. Se llamaba Zeitman y solía merodear por aquí antes de ser asesinado».

—¿Hodge, te refieres tú a ese pistolero descubierto muerto al fondo de casa?

—El mismo que calzaba y vestía, preciosa.

—Pero ¿por qué ese guardia de banco no contó todo a la policía al enterarse del hecho? ¿Por qué no confesó que él...?

—¿Y dónde crees tú que iría a parar su empleillo caso de hacerlo, nena?

—¡Oh, Dios mío! ¡Entonces Zeitman conocía también que la Garr guardaba mucho dinero en su pensión! ¡Y Buffingham conocía a

Zeitman! ¡Aguarda! Aún necesito formularte nuevas preguntas, querido. ¿Por qué escribió él esa confesión que acabo de leer?

—Strom logró que se lo confesara todo, nena. Los abogados de *Mrs. Garr* le obligaron a escribirla en la época del resonante caso Liberry. Aquellos avenegras amenazaron a Buffingham con obligar a testificar a la Garr que él, Buffingham, había traído a la casa a la muchacha, seduciéndola y abandonándola luego en aquel infame lupanar. En tal caso, advirtieron piadosamente nuestros leguleyos, el estado sumaría un nuevo linchamiento a su haber. Recuerda que Gilling City estaba profundamente agitada y soliviantada por el caso Rose Liberry. Y Buffingham firmó más que ligerito, nena. Seguidamente, los abogados de la vieja arpía utilizaron dicha confesión a guisa de arma que impidiera a Buffingham testificar contra la Garr. Y cuando ésta salió de la prisión, empleó dicha confesión para sus fines particulares... ¡extorsión!...

—¿Confesó Buffingham... confesó ser autor de la muerte de *Mrs. Garr*?

—¡Tendrías que haber visto a nuestro amigo, el teniente Strom, ganando el tiempo perdido, al echarle el guante a Buffingham el viernes por la noche! ¡Vaya si confesó el muy canalla! El tipo andaba merodeando por la cocina a la pesca de los cuarenta mil dólares de marras cuando entró la vieja arpía y lo sorprendió con las manos en la masa. Y entonces saltó sobre ella y la estranguló como un pajarito...

—Pero esa parte relativa al pistolero Zeitman... ¿Cómo diablos...?

—Strom logró sonsacarle también esa confesión, nena, luego de oír las declaraciones del guardia bancario aludido. Buffingham comprendió, al fin, que estaba perdido, y confesó ser el matador de Zeitman. ¿Y por qué, preguntarás tú, querida?

—Sí, sí, ¿por qué?

—Pues por *causa tuya*, preciosa, por *causa tuya*.

—¡No te chancees!

—No, no me chanco, bien mío. El caso ocurrió así; el día en que viniste primero a la pensión de *Mrs. Garr*, a objeto de examinar tu

departamento, Buffingham estaba parado en la embocadura de las escaleras y oyó decir a *Mrs.* Garr que conservaba uno de los cuartos de trastos de la cocina. Y el tipo comenzó a rebuscar desde entonces. *Mrs.* Garr le andaba siempre pisándole de cerca los talones, de suerte que nuestro asesino no podía revisar tus habitaciones sin que te mudaras de ellas. Zeitman se impacientaba ya como el diablo y quería precipitar los acontecimientos; abrigaba el proyecto de forzar la entrada a tus habitaciones, atarte como un salame o liquidarte limpiamente y rebuscar luego tan tranquilo tus cuartos. Pero Buffingham objetó sus propósitos. Probablemente albergaba la santa intención de dar sólo con el dinerillo de la vieja y traicionar a su compinche. Zeitman barruntaba algo por el estilo y parece que discutieron, sentados en el automóvil de nuestro sirvesodas. Zeitman desenfundó el «hierro», a los efectos de amedrentar a su camarada de fechorías... y en un periquete el otro le metió un plomo en el cuerpo. ¡Todo un drama por culpa tuya!

—Pero ¿quién arrojó el cadáver dónde le encontramos?

—Zeitman murió, asesinado, en ese coche. Muerto su cómplice, Buffingham volvió a la ciudad con el cuerpo —asegurando a los curiosos que el otro se encontraba ebrio como una cuba— y con calma chicha condujo hasta los fondos de nuestra casa, lanzó murallón abajo a Zeitman por sobre el antepecho, estacionando luego el coche a un costado del edificio y eliminando de él con cuidado todo rastro de impresiones digitales... y terminó por irse tan tranquilo a la cama. ¡Un angelito!

—Pero ¿por qué intentaba asesinarme?

La sonrisa triangular de Hodge surgió de nuevo en sus labios voluntariosos.

—¡Pequeña nerviosa! —musitó, zumbonamente—. ¡Pequeña nerviosa!

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Parece que después de cierto incidente el tipo andaba temeroso de que tú supieras sacar el hilo por el ovillo, nena.

Después de todo, ¿no fuiste tú, por ventura, quien le sorprendió dando caza al gato la noche del asesinato de *Mrs. Garr*?

Si alguno me hubiera asestado un golpe con una maza, juro que no me habría sentido más apabullada que en aquel momento.

¡Aquella bendita *pista invaluable* danzándome ante mis propias narices! Sí, tal era lo que hacía *Mr. Buffingham* la noche anterior al Memorial Day, cuando regresaba a casa al toque de las diez. ¡*Sí, el bandido perseguía a la gata!*

Me sentía tan avergonzada que ni atiné a formular media pregunta más, pese a que me corroía la curiosidad.

Pensaba que ya era bastante que un detective aficionado atrapara al asesino que una misma había perseguido, sin que todavía vinieran a decirle que tendría que haberlo sabido todo desde el principio. Y así tendría que haber sido, dado el caso de poseer la inteligencia de una mosca.

Y ésa es la historia del asesinato de *Mrs. Garr*.

El resto de la misma consiste poco más o menos en lo acaecido después, que pasaré a contarles brevemente, si es que gustan de saberlo.

Mr. Waller y *Mr. Kistler* se cubrieron de gloria por su captura del asesino Buffingham, y el primero recibió felicitaciones extra por su descubrimiento del harto locuaz guardia bancario. Los periódicos publicaron la mar de fotografías: la única existente de *Mrs. Garr* —la que viera en la estación ferroviaria— y las de Charles Buffingham y Reginald Buffingham, y hasta el antifaz negro utilizado por mi atacante para ocultarse el rostro.

De suerte, pues, que la prensa saboreó dignamente unas croniquillas que por un tris no le fueron birladas. Al leerlas, empero, se sentía la clara impresión que las relaciones adolecían de incompletas. El público comenzaba a preguntarse por qué la policía ignoraba al principio que *Mrs. Garr* había sido asesinada. El interés

popular creció de punto al formularse ciertas promesas de sensacionales revelaciones en el decurso del juicio.

Sin embargo, la noche novena de mi estadía forzosa en el hospital, tanto el juicio como los regodeos periodísticos cesaron de golpe.

Mr. Buffingham se ahorcó en la cárcel.

Miss Sands vino a verme una tarde al hospital. La pobre mujer parecía patéticamente dichosa de constatar mi alegría al verla. Contó que el teniente Strom llamó a *Mr. Waller* y luego de mil rodeos y vueltas y revueltas, le anunció el ingreso al cuerpo policial de nuevos grupos de pesquisas ayudantes, manifestándose, además, agradablemente impresionado por las excelentes investigaciones de *Mr. Waller*, rematadas en las sensacionales declaraciones del guardia de banco. Seguidamente, el policía le entregó el pagaré por los dos mil dólares de marras y *Waller* lo rompió en cien mil pedazos y los arrojó a la canasta de papeles de Strom, y regresó a casita con un flamante empleo. *Miss Sands* me aseguró haber regresado a casa para llorar en el silencio de su alcoba.

El teniente Strom me envió un ramo de flores, pero no vino él mismo, cosa que me dejó intrigada.

Los *Waller*s no se presentaron en el hospital, pero sí la *Halloran*.

—¡Oh, Dios mío, usted ni reconocería la casa si vuelve! — exclamó, pomposamente—. Un ejército de pintores y decoradores me arreglan la casa del sótano al techo. ¡Todo color verde pálido! Desde luego, pensamos subir todos los alquileres.

—Entonces ustedes querrán inquilinos más adinerados que yo — murmuré.

Rabiaba por mudarme de aquel fúnebre caserón, con verde pálido o sin él.

—¡Oh, por supuesto que no me atrevería a solicitarle que se mudara, *Mrs. Dacres*, en su estado y todo! Pero si a usted le parece bien, no hay ningún inconveniente por parte nuestra... —hizo una pausa y me miró, insinuante—. ¡Ejem!... ¿No era en este día de la semana que usted solía abonarnos el alquiler?

Pagué los ocho dólares de las dos semanas atrasadas de alquiler.

—Sentiré muchísimo perder a tan buena inquilina como usted, *Mrs. Dacres*, pero la vida es así... ¡algunos se elevan en el mundo y otros se van abajo!

—Continúen ustedes siempre progresando y elevándose en el mundo, *Mrs. Halloran*.

—¡Oh, sí, sí! ¡Por descontado, *Mrs. Dacres*! ¿Sabe usted, acaso, el dinero que encontramos en casa? Es decir, el que halló usted... Bueno, vinieron a vernos algunos abogados cuando la noticia apareció publicada en los diarios, y nos expresaron que era una vergüenza que nosotros, únicos parientes de la riquísima *Mrs. Garr*, no recibiéramos su fortuna. Y nos aseguraron, además, que nuestro caso era imperdible. Y no suponen que los encargados de regentar ese *asilo para gatos y perros* disputarán con demasiada saña nuestro dinero. ¡Y entonces lo recibiremos todo! ¡Todo! ¡Oh, Dios mío! ¡Nada menos que cuarenta mil dólares!

—¡Qué bien, *Mrs. Halloran*! —murmuré—. ¡Magnífico para sus chicos... y también para los abogados!

—¡Oh, no, no crea usted eso, *Mrs. Dacres*! Esos abogados son muy razonables, según nos aseguraron. Imagínese que si ganamos, sólo se contentarán con la mitad de lo que recibamos, y si perdemos, no quieren más que dos mil dólares como honorarios...

De suerte, pues, que tal era el destino ulterior de los cuarenta mil dólares de *Mrs. Garr*, de esa fortuna abominable que tanto y tanto vigilara la horrible arpía. ¡Tal era el destino de aquella fortuna por la cual *Mr. Buffingham* asesinara dos veces y se ahorcara en la cárcel, y cuya falta acarrearía a su hijo el castigo harto merecido de sus fechorías!

Dos semanas después de mi internamiento en el hospital, el médico de guardia me dio de alta. Desde luego, continuaba llevando el brazo en cabestrillo, y por su parte, el costado izquierdo de mi faz parecía todo él una mancha de vívida púrpura, con bordes violáceos.

Hodge se presentó en mi pabellón al promediar la mañana a los efectos de llevarme a casa en su coche. Condujo a través de las calles del barrio residencial.

—Eres la mar de amable en abandonar el hospital un viernes, cuando tengo tiempo de sobra —exclamó el muchacho—. Vamos a festejar el día de hoy. De hecho, pienso pasarlo de festejo en festejo. Con todo, nos detendremos aquí a ver a un tipo que yo me conozco. ¿Quieres acompañarme?

—De mil amores —respondí—. Últimamente concurrí a muy pocos lugares.

La casita era muy blanca y con amplio porche. Hodge aporreó la campanilla.

Un anciano de blancas patillas y aspecto bonachón apareció en la puerta.

—¿Es usted el joven que aguardábamos para las once? —inquirió—. ¡Entre usted, entre usted!

Entramos en una salita de tono caoba y pelo de caballo; no creía en la supervivencia de ninguna de ellas.

—¿Tiene usted ahí la licencia? —preguntó.

El hombre de las albas patillas me miró con aire dubitativo, pero no me invitó a tomar asiento.

Hodge asintió a su anterior pregunta:

—Sí, aquí está —dijo, entregándole luego un papel extraído del bolsillo, limpio, inmaculado, cuidadosamente plegado.

—¡Ejem!... ¿La señorita sufrió un accidente? —interrogó el anciano.

—¡Oh, no! ¡Nada de accidente! —replicó Hodge—. Yo me las conquisto a puro puño, amigo mío. Los procedimientos de mis antepasados salvajes son más que suficientes para mí. Ella intentó resistirse y...

Recordarán ustedes que regresaba a casa del hospital y que hasta dos días atrás había estado en cama.

—¿Qué quieres tú decir? ¿A puro puño? ¿A qué intenté resistirme? —inquirí atónita.

—¿Cómo? ¿No lo sabías aún? —preguntó, a su vez, Hodge, con displicencia—. ¿No estabas enterada de que hoy nos casaríamos?

El viejo se echó a reír, cortésmente:

—¡Los jóvenes de hoy son tan alocados! —filosofó.

Se marchó arrastrando los pies y a poco retornó con dos mujeres.

Nos casó entonces, y su mujer y la sirvienta de la casa sirvieron de testigos.

—Cometo esta tontería como medida de salvaguardia —explicó, gentilmente Hodge, de vuelta al coche—. No resulta seguro dejarte sola por las noches, pues sufres demasiados accidentes. Y siempre me pregunté si sería divertido el papel de marido galante y cortesano, querida.

Nos detuvimos frente al número 593 de la calle Trent en medio de un estrépito de chirridos y bocinazos.

—Alquilé un departamento amueblado para residir en él hasta que encontremos el paraíso que ansía tu naturaleza doméstica —Hodge daba las órdenes—. Lié todas mis cosas y la mayor parte de las tuyas, nena. Ahora vamos a empaquetar tus chismes restantes en un periquete, de modo de convidarnos con el almuerzo nupcial antes de que empiecen a molestarnos los muchachos de la prensa.

Mis platos estaban guardados en barrilitos en la cocina, al igual que mis cacerolas y demás chirimbolos. ¡Era curioso cómo Hodge había sabido reconocer lo mío y lo de *Mrs.* Garr... ahora de *Mrs.* Halloran! Los únicos efectos que dejó sin empaquetar eran mis vestidos, la ropa de cama y otras telas. Arrastró el baúl y las maletas del cuartito reservado. Sus cabellos quedaron despeinados, casi desgredados y su faz estaba roja como un tomate mientras acondicionaba todo convenientemente.

—¡Mira el bello y guapísimo novio! —bromeé.

—¿Qué novia lograría que su marido de... ¡aguarda un instante!... de cincuenta minutos escasos empaquetara su ropita interior? Contéstame eso, mi adorada y maltrecha esposa.

Hodge cerró de un golpe el baúl y se arrodilló encima para echarle llave.

—Subo a mis cuartos para arreglar mis chismes. Todavía me quedan algunos efectos por guardar. ¿Crees que puedes permanecer aquí sola cinco minutos sin romperte el otro brazo?

—¡Gracias mil! —repliqué, con dignidad de matrona romana—. Aquí estaré perfectamente bien.

El muchacho salió volando del cuarto. Recorrí el departamento para echarle la última, la inevitable ojeada. Aquel lecho donde dormía y en que estuve en un tris de perecer asesinada. El sillón donde Strom oficiara de juez de instrucción, severo y aburrido a la vez. La puerta del sótano, de doble pestillo, tras la cual acechara el miserable criminal. El cuartito en que colgara mis prendas de vestir; y en el cual, jadeando, horrible, la vieja bruja de Garr me ayudara a levantar el baúl que Hodge acababa de sacar fuera con pasmosa facilidad.

Esa sería la última vez que recordaría a la maligna mujer, en su propio caserón, sentada abajo, en el sótano, vigilando el precioso contenido del penúltimo escalón de las escaleras. Sentada escaleras abajo, escuchándome *a mí* también, pues siempre la mujer se presentaba de sopetón, y muy presto, en mis habitaciones todas las veces que hacía algo insólito. Una vez cambié la ubicación de los muebles. Otra vez saqué fuera el baúl para orear mis vestidos estivales.

De pronto, me quedé hecha una pieza en aquel sombrío corredor, pensando con furia.

—¿Por qué la vieja bruja me *espiaba a mí*? ¿Por qué, si vigilaba el fatal escalón de las escaleras al sótano?

—¿Cuál era la razón que la impulsara a escuchar tan recelosamente todos y cada uno de mis pasos?

Pensaba furiosamente, mientras mi pulso aceleraba su ritmo y la sangre latía vertiginosamente en la parte maltrecha de mi semblante.

La vieja subió cuando removía muebles. Subió cuando desplazaba el baúl.

Y me ayudó a acarrear el baúl hasta el cuartito.

La única vez que me ayudara desde que me mudé a su lúgubre caserón.

Contemplé fijamente el cuartito. Paredes desnudas, perchas, ganchos, varilla para perchas...

Nada...

Salvo la plataforma para el baúl.

Salí a escape a la salita; las puertas del vestíbulo estaban cerradas. Precipitadamente arrastré varias sillas hasta las puertas encajándolas debajo de las manijas.

Si Hodge quería entrar, llamaría con los nudillos...

De prisa regresé al cuartillo e inclinándome sobre la plataforma, tiré con fuerza de su borde. No se movía un ápice. Tironeé con mayor fuerza. No cedía. Y allí me quedé pensando que era una perfecta tonta.

Desde luego que no podía haber nada... ¿Qué razones alimentaba yo para presuponer semejante tontería?

Sin embargo, aquella plataforma... ¿Por qué esa plataforma allí? La mujer me había explicado que debajo de la misma se abrían escaleras. ¡Pero allí no había visto escalera alguna! Recordaba bien que se hallaban a un costado...

Arrodillándome de nuevo, inspeccioné la plataforma palmo a palmo. Ni una sola rendija, ni una resquebrajadura sospechosa. Probé izar de nuevo la plataforma, tirando con toda la fuerza de mi único brazo disponible. Nada. Inconmovible.

Sentándome sobre mis tacos, reflexioné rabiosamente.

La tabla vertical. Parecía sólida. Y era sólida de toda solidez. La tabla del fondo.

¡La tabla del fondo terminaba donde comenzaba la plataforma!

Un cajón se abre por cualquiera de sus cuatro lados. Asenté la palma de mi mano derecha sobre el borde anterior de la plataforma y comencé a ejercer presión, constante y firmemente, hacia abajo.

¡Se movía! Volví con espanto la cabeza hacia atrás medrosamente, temiendo que *algo o alguien* saltara otra vez sobre mí. ¡Aquella escena era tan similar a la de la otra noche! Pero nada sucedió. Nada. Regresé a la cocina, a la salita, inspeccionándolo todo. Nada se veía allí.

Temblando como una hoja, me hiqué de rodillas nuevamente ante la misteriosa plataforma. Ahora rápidamente, empujé con la mano el reborde exterior de la hoja de madera.

El tope encajaba a maravillas y subía lentamente, palmo a palmo. Y luego, de súbito, saltó hacia atrás.

Miré adentro y... boquiabierta, me aferré, atónita, a la tapa de madera. Debajo del tope de la plataforma no había ocultamiento alguno. Ni trapos de limpieza. Ni diarios. Sólo dinero.

¡*Dinero!* Fajos de billetes de banco de cuatro pulgadas de grosor. Extraje uno o dos y lo revisé ávidamente. Un paquetito de billetes de a cinco dólares. Otro de veinte. Sobres abultados.

Temblando convulsivamente, recogí un fajo de billetes de diez dólares y conté. ¡Doscientos en total! Conté los billetes de veinte dólares que extrajera anteriormente. Doscientos. El paquete de billetes de cinco dólares era del mismo tamaño. Examiné una bolsa de almacén de papel de manila. Monedas de cincuenta centavos. ¡Demasiadas para contar! Abrí un pequeño sobre. Piezas de oro de cinco dólares. Exactamente, veinte de las mismas. Y más fajos de billetes, de a uno, de a cinco, de a diez y veinte, todos en paquetes de doscientos. Uno de ellos era de billetes de cien dólares. Trabajaba febrilmente, con rabia, maldiciendo mi inútil mano izquierda.

Cuando el cansancio me aplastó, me apoyé de nuevo sobre mis tacones, contemplando, con incredulidad aturdida, todo aquel dinero diseminado frente a mí.

¡Ciento treinta mil dólares, contantes y sonantes! Sólo atinaba a contemplarlos fijamente, con expresión abobada.

Me puse de pie con dificultad, sin dejar de mirar aquella fortuna. Y pensé en las cuatro mascotitas de la vieja arpía: Rover, Richard, George y Cecilia. Todo esto, más los cuarenta mil dólares

descubiertos anteriormente integraban «el resto de mis bienes»... Sí, aquella masa informe de billetes de banco constituía la fortuna legada a Rover, Richard, George y Cecilia, que no aguardaron a que les alimentaran y por ello habían sido sacrificados.

El dinero pertenecía a sus herederos. A individuos que se disputarían, con moderado interés, los cuarenta mil dólares de marras, pero que, a buen seguro, reñirían con vehemencia infinitamente mayor por el privilegio de gastar y malgastar aquella vasta suma de dinero en beneficio de algunos gatos, perros y... de ellos mismos... Sí, pertenecía a abogados que andarían en enjuagues sucios con los Halloran, metiéndolos en furiosas batallas jurídicas. Abogados avenegras. Leguleyos. Picapleitos. Sí, pertenecía a los Halloran, si luego de las luchas judiciales quedaba algo de la fortuna amasada por la vieja bruja. Suficiente, quizá, para que se embriagara hasta el bebé...

Di un respingo. Llamaban a la puerta. Mi mano derecha saltó al cuello como para protegerlo. Luego recordé todo. ¡Hodge Kistler!

—¿Qué es eso de encerrarte? —chilló el muchacho—. ¡Oye! ¿Qué demontres ocurre ahora?

Le conduje de la mano hasta el cuartito. El muchacho abrió la boca de par en par; soltó un resoplido y se apoyó contra el muro para no caerse de espaldas.

—¡Demonios coronados! —balbució—. Nena, creo que te voy a dejar solita más a menudo.

Y eso fue nuestro último incidente antes de abandonar el sombrío caserón de la Garr para siempre jamás.

Desde entonces un sinnúmero de acontecimientos agradables ocurrieron a algunos de los antiguos inquilinos de *Mrs.* Garr. Casi milagrosos, muchos de ellos.

Uno de dichos acontecimientos es que *Mr.* Kistler, copropietario de la *Guía del Comprador*, posee ahora una flamante rotativa;

máquina ésta que tanto él como su colega, *Mr. Lester Trowbridge*, observan con deleite, con placer, con júbilo ilimitados.

Otro acontecimiento gratísimo es que cierto joven abogado, amigo de Hodge Kistler, descubrió un tío Hubert en no sé qué parte de los Estados Unidos que había dejado unos veinte mil dólares a *Miss Sands*. La pobre solterona se despidió, alborozada, de su rutinario empleo en la tienda y fue a residir con los Waller, que ahora alquilan una casita con varios acres de terreno en el campo. *Mr. Waller* progresa como auxiliar pesquero. Y *Miss Sands* va a comenzar, según me dijo, a formar un jardincito para el próximo mes de agosto.

¿Y yo? De perlas, amable lector, mil gracias. Sé bien que soy una ladrona. No ignoro que soy deshonesto. Y algunas veces pienso en los abogados que defraudo, pero créanme si les digo que *nunca* me aflijo por ellos.

Actualmente redecoro mi departamento para hacer juego con mi sofá azul. Mi nuevo hule es tan grueso que saca ampollas a mi mano cuando lo aliso. Tengo un cofre de plata *sterling* tan hermoso que es como presenciar un *ballet* en el teatro.

Nada más agradable que cuidar de su hogar y de su marido.

FIN



MABEL SEELEY (25 de marzo de 1903, Herman, Minnesota - 9 de junio de 1991, Nueva Jersey, Estados Unidos) comenzó a escribir en la escuela secundaria y ganó una beca para la universidad, graduándose con honores de la Universidad de Minnesota en 1926.

Después de mudarse a Chicago, Seeley escribió textos publicitarios para unos grandes almacenes, que luego utilizó en su primera novela como inspiración para su heroína. Seeley era conocida por sus personajes y escenarios realistas, ya que realizaba investigaciones de campo para asegurarse de que sus libros fueran creíbles.

Seeley fue autora de varias novelas de misterio y recibió excelentes críticas del *New York Times*, *The New Yorker* y *The Saturday Post*. *The Chuckling Fingers* ganó el premio Misterio del año en 1941.

Dejó de escribir a principios de los años 50.

Otras obras incluyen: *The Listening House*, *The Crying Sisters*, *The Beckoning Door* y *The Whistling Shadow*.